

ediciones
al arco

GENERACIÓN LIO

Héctor Roberto LAURADA y Julio MARTÍNEZ



Prólogo:
JORGE SAMPAOLI

GENERACIÓN LIO

[Héctor Roberto Laurada y Julio Martínez]

ediciones
al arco

Laurada, Héctor Roberto

Generación Lio / Héctor Roberto Laurada ; Julio Martínez. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Alarco Ediciones, 2018.

224 p. ; 21 x 14 cm.

ISBN 978-987-1367-71-9

1. Fútbol. 2. Biografías. I. Martínez, Julio II. Título
CDD 796.334092

Fuentes:

Diario La Nación, "Sabella" de Román Iucht, "Messi" y "Pep Guardiola, otra forma de ganar" de Guillem Balagué, El Gráfico, DeporTV, Fox Sports, TyC Sports

*A mis viejos, Hilda y Pablo; y a mis hermanos, Soledad y Pablito,
que están siempre.
A Celeste, el amor que me hace bien.
A Julio Boccalatte y Marcos González Cezer, por esta oportunidad y
las anteriores; generosidad, talento y buena gente, ante todo.
A Fernando Bianculli, Sacha Fillol, Jerónimo Granero, Milo Taboada,
Sebastián Agostoni, Rodrigo Gadano, Ignacio Uzquiza, Mario Sábado, Carlos Nis,
Marina Butrón, Natalia Ressia, Fernando Faia y toda la banda de Telam.
A Víctor Hugo Morales, un buen tipo, maestro y referente
A Román Lucht, que también estuvo en las malas
A Fabiana Segovia, la tía que siempre que quise tener
A César Francis, un comandante bondadoso
A Matías Canillán, por las enseñanzas
y a Héctor Laurada, por la comprensión,
el compañerismo y las experiencias compartidas.*

Julio Martínez

*A todos los que me acompañaron y me siguen acompañando
a lo largo de la vida, estén donde estén.
A mis padres, Alejandra y Roberto.
A Mabel, mi compañera de ruta, y a mis hijos, Mariángeles y Federico.
A María y Margarita. A Corina, Poroto, Marta, Noe, Pablo y Víctor.
Y a todos los amigos de antes, ahora y, fundamentalmente, de siempre.
A la banda de Deportes de Télam. Al Chopo y Marcos por sostener esta idea.
Y a Julito por compartirla.*

Héctor Roberto Laurada

Agradecimientos

A cada uno de los entrevistados

Horacio Pagani, Román Iucht, Pablo Andrés Martínez, Ezequiel Scher, Ana Paoletti,
Nicolás Roggero, Ediciones Al Arco y una vez más al *Chapo* y Marcos.

[Prólogo]

Los viernes, en blanco y negro, poníamos la televisión en mi casa no sólo para ver a River: lo hacíamos para sentir a Norberto Alonso. No era una simple admiración. Era una convicción familiar. Porque siempre la magia de los números diez era la que se ganaba un respeto. Porque la creatividad estaba y está por encima de la estructura. Esa gente es imborrable.

Si yo fuera un chico de nuevo recordaría cada gol y cada jugada de Messi. No tengo dudas. La historia real del fútbol argentino hace que cada movimiento suyo quede en la memoria de cada uno que ama este hermoso juego. No hay retina adicta a este deporte que no pueda captarlo.

La memoria en el fútbol es compleja. Siento que la creación y el talento tienen mejores recuerdos que el funcionamiento de un equipo. Que uno va a la cancha para ver un caño o un gol distinto. Que Alonso, de a ratos, quedaba por encima de River. Que Maradona, con su mano y con sus gambetas y con su tobillo hinchado, era más adorado que la selección. Los hinchas, más allá de ver conjuntos, quieren ver pinceladas que emocionen.

El recuerdo individualiza. Esta “Generación Lío” está compuesta por un grupo de jugadores que, sobre todo, tienen el mérito de haber jerarquizado nuestro país a nivel Mundial. En la última década, más de uno ha poblado el ranking de los top cinco. Las mejores ligas del mundo han celebrado los logros individuales de estos chicos. Son ídolos donde sea. El recuerdo colectivo va a tener que competir con esta realidad social del existismo. En ésta historia, el azar hizo que este equipo, todavía, no haya sido reconocido. Lo merecido no lo obtuvieron. Ganar depende de demasiados

factores. Muchos que ni siquiera dependen de este grupo. Sí serán elogiados individualmente. Y, lo más probable, es que, aunque no esté de acuerdo con esa percepción, necesiten ganar un título para ser reconocidos.

Pero puedo decir que percibí una victoria que merece recuerdos. Lo sentí antes de asumir como entrenador del seleccionado. Lo reafirmé en éste poco tiempo en que estuve al frente de éste equipo. Hay aquí algo admirable que es la sensación de estos hombres por vestir la camiseta de Argentina. La sed de revancha. De ahí, la injusticia del exitismo. Desde ahí, la razón y el motor y la emoción de la victoria que queremos trazar.

JORGE SAMPAOLI

[Introducción]

“Ahora que lo tenemos en nuestro equipo, queremos que venga ‘Leo’, no que venga Messi; o sea que queremos la versión más placentera del mejor jugador del mundo, la más genuina, y que se sienta muy feliz”. Esa fue la metafórica recepción que le ofreció el técnico del seleccionado argentino, Jorge Sampaoli, a su capitán, el mejor futbolista contemporáneo, el mismo día de su ascunción. ‘Leo’ es, si de puntilliosidad semántica se trata, ‘Lío’, el líder futbolístico de una generación que vio la luz en 2007 con él y Javier Mascherano como sus ‘socios fundadores’, y fue creciendo sin parar durante 10 años, no solo en el número de sus integrantes sino en calidades, arañando siempre esa gloria que terminó resultándole esquiva a la hora de la consagración final, de la definitiva, de esa que marca el camino hacia el bronce eterno o, en su defecto, el reconocimiento que llegará con la comparación histórica de sus sucedáneos.

“Hagan lío, pero también ayuden a arreglar el lío que hacen”, exhortó el Papa Francisco, el argentino Jorge Bergoglio, a todos los jóvenes del mundo, durante una misa popular ofrecida en Asunción, en el marco de su visita a Paraguay de principios de junio de 2015. Su alocución, pronunciada cuando simultáneamente el seleccionado argentino estaba en Chile jugando la Copa América en la que buscaba una media revancha por la final perdida el año anterior en el Mundial de Brasil a manos de Alemania, por 1 a 0 y en tiempo suplementario, obviamente no tenía nada que ver con Messi ni con la selección de su país, que muy cerca de allí lamía sus heridas con otro entrenador, Gerardo Martino, luego de la salida de Alejandro

Sabella, pero el sentido de la frase bien podía caberle a sus integrantes.

Es que este grupo de futbolistas, como todo grupo, tuvo durante esta década de existencia sus altos y sus bajos, sus luces y sus sombras, sus soles y sus lunas. Y como dijo Francisco, “hicieron lío”, pero “del bueno”, y cuando no, “trataron de arreglarlo”, aún a despecho de los entrenadores que pasaron en todo ese tiempo, siete en total, atravesando dos campeonatos del mundo y cuatro Copa América.

El balance de lo competido da positivo porque la selección llegó en ese lapso a la final de un Mundial (Brasil 2014) y tres Copa América (Venezuela 2007, Chile 2015 y la Centenario 2016), mientras que se quedó en los cuartos de Sudáfrica 2010 y, paradójicamente, Argentina 2011.

Los siete entrenadores que durante ese tiempo tuvieron a su cargo la selección fueron Alfio Basile, Diego Maradona, Sergio Batista, Alejandro Sabella, Gerardo Martino, Edgardo Bauza y Jorge Sampaoli.

Esta historia se contará entonces tomando cada uno de esos ciclos y coincidiendo su final con el epílogo de las eliminatorias al Mundial de Rusia 2018, luego de la angustiada clasificación alcanzada el 10 de octubre de 2017 en los 2.850 metros de altura de Quito, a partir de una noche mágica de Messi, que reabrió la ilusión de los argentinos por ir tras el tercer título ecuménico de su historia ocho meses más tarde.

Pero no será Lionel Andrés Messi el protagonista excluyente de este libro, sino él como ineludible líder futbolístico de su tiempo y quienes lo rodearon en el seleccionado argentino en esta decena de años, entre 2007 y 2017, conformando esta denominada ‘Generación Lío’ que da cuenta, precisamente por lo que cuentan a los autores sus protagonistas y los hechos que los consumen, de una época a la que la historia le hará honor “aunque no existan victorias”, pero también los interpelará por su influencia corporativa para imponer la voluntad de este grupo por encima de decisiones claves que debían tomar cada uno de los entrenadores que los tuvieron a cargo.

Porque esto terminó aportando progresivamente a la instauración de la sugestiva identificación de sus “miembros” como componentes del denominado “club de amigos” de Messi, a partir de su gravitación no sola-

mente por encima de esa toma de decisiones de los respectivos directores técnicos, sino también sobre ciertos aspectos de la logística de la selección que también alcanzó a los dirigentes de la AFA, algo esto último que se agudizó sobre todo después del fallecimiento de Julio Humberto Grondona, acaecido un puñado de días después de la final perdida ante Alemania en el Mundial de Brasil 2014.

Cuanto tuvo esto de leyenda y cuanto de realidad, es algo que el lector seguramente podrá desentrañar cuando concluya su análisis sobre el contenido de este libro.

[Capítulo 1]

Alfio Basile y el comienzo de la *Generación Lio*

“El Mundial de Estados Unidos '94 fue la frustración más grande de mi vida”, confesó Alfio Basile en una extensa entrevista concedida a los autores de este libro, 23 años después de que el doping de Diego Maradona hiciera desbarrancar emocionalmente a un seleccionado argentino que jugando un fútbol excelso parecía encaminarse hacia el tercer título ecuménico de su historia.

Por eso el retorno a la conducción del equipo nacional en aquellos últimos días de invierno de 2006 lo observó como una nueva primavera por venir en su carrera, que llegaba con los aromas de una revancha que había soñado desde el mismo momento en que se bajó del avión que lo había traído de regreso desde San Francisco una docena de años antes, apenas Argentina fue eliminada por Rumania en los octavos de final de aquella cita estadounidense.

No lo dudó un instante el *Coco* cuando le llegó la noticia que partió del propio presidente de Boca Juniors, Mauricio Macri. “Julio Grondona me llamó para decirme que te quiere llevar otra vez a la selección”, le informó el titular *xeneize* a un Basile que acumulaba cuatro títulos consecutivos al frente del equipo de la Ribera e iba por uno más, la Recopa Sudamericana de 2006 que le ganaría al brasileño Sao Paulo el 14 de septiembre de ese año. Al día siguiente y ya con todo acordado entre ambos dirigentes, sería sustituido en la dirección técnica del conjunto *auriazul* por Ricardo La Volpe, teniendo entonces vía libre para volver a hacerse cargo del representativo nacional.

Lo curioso del caso fue que para entonces ya había debutado al frente de la selección, siendo por dos semanas el técnico de Boca y el representativo nacional simultáneamente, ya que la AFA tenía acordado un partido amistoso nada menos que ante Brasil, en Londres, para el 3 de septiembre, y como José Pekerman había renunciado al puesto apenas finalizado el Mundial de Alemania en julio de ese año, fue Basile el que debió hacerse cargo de ese compromiso, algo que no fue un buen augurio para lo que vendría, ya que el equipo argentino terminaría perdiendo el encuentro por un contundente 3 a 0.

Sin embargo en este segundo y último paso por la selección alcanzaría otro hito del que se ufanaría mucho tiempo después, cuando ya su trayectoria como entrenador también estaba bien guardada en el arcón de los recuerdos: iba a tener bajo su tutela a Lionel Messi. “Fui el único entrenador del mundo que dirigió a Maradona y a Messi”, señalaría con el pecho inflado, la cara más ancha por la sonrisa de satisfacción que lo invadía, y su voz aguardentosa, esa que partía de una “garganta con arena” masculina, reconocida en la autoría de su íntimo amigo *Cacho* Castaña como una referencia elogiosa para con la dúctil cantante de tangos Adriana Varela.

Basile, que nació el primer día de noviembre de 1943 en Bahía Blanca, tuvo su reestreno oficial en la Copa América de Venezuela 2007, donde como dice una frase del tango *El Último Acto*, de Chico Novarro, “todo fue brillante, menos el final”, ya que después de una fase de grupos perfecta en cuanto a puntos y unas no menos “ideales” performances en cuartos y semifinales, otra vez Brasil se cruzó en el camino del *Coco* tronchándole con otro lapidario 3 a 0 en la definición del torneo, la chance de sumar su tercer título en esta competencia, después de los que obtuviera en su anterior paso por la selección, en las ediciones de Chile 1991 y Ecuador 1993.

Este certamen, pese a su frustrante final ante un Brasil que asistió a la cita venezolana sin la totalidad de sus habituales titulares, entre ellos el propio Ronaldinho, fue un mojón para la historia del seleccionado argentino, porque allí se firmó el acta de nacimiento de esta *Generación Lio*, que comenzó su recorrido de 10 años ininterrumpidos con solamente dos de los integrantes que se mantuvieron vigentes en el equipo nacional hasta fines

de 2017, y ellos son nada menos que sus líderes, Messi y Mascherano. Carlos Tevez también formó parte de aquel equipo iniciando inclusive los partidos, pero no pudo completar el camino hasta el final como lo hicieron los futbolistas de Barcelona.

Y en cuanto al juego propiamente dicho, Basile iba a crear el marco como para que Messi formara una sociedad futbolística con otro jugador de incommensurable talento como Juan Román Riquelme, uno de sus preferidos, algo que el actual capitán argentino no encontraría nunca más en ningún otro integrante del seleccionado durante todos los procesos que sobrevinieron al del *Coco*.

Después llegarían las eliminatorias para Sudáfrica 2010, un camino que en el arranque no imaginaba Basile que resultaría tan pero tan azaroso que le impediría concretar su sueño de volver a una Copa del Mundo con el seleccionado de su país.

Es que desde el debut con victoria por 2 a 0 sobre Chile en Buenos Aires, con banderas conteniendo críticas por la final perdida en la Copa América, hasta la despedida ante el mismo rival dirigido entonces por Marcelo Bielsa, en Santiago, con derrota por 1 a 0, hubo otros ocho encuentros en el medio, de los que Argentina ganó tres (Venezuela, Bolivia y Uruguay, por 2-0, 3-0 y 2-1, respectivamente), empató cuatro en fila, con Ecuador, Paraguay y Perú (todos 1-1) y con Brasil (0-0), cayendo en el restante por 2 a 1 frente a Colombia en Bogotá.

Esos 16 puntos obtenidos al cabo de 10 partidos dejaron a Argentina en el tercer lugar de las eliminatorias, por detrás de Brasil y Paraguay y compartiendo el mismo escalón de las posiciones precisamente con Chile. Claro que también esa cosecha de la mitad más una de las unidades en juego dejó a Basile sin su puesto al frente del seleccionado nacional y sin su tiempo de revancha.

La erupción de un volcán de rumores respecto de un complot orquestado por esos bisoños primeros integrantes de la *Generación Lio*, a los que ya se había incorporado Sergio Agüero, para facilitar el acceso al cargo de Diego Maradona, curiosamente mentor del anterior paso de Basile por Boca Juniors, empezó a erosionar con su lava la credibilidad de estos

jóvenes jugadores, y simultáneamente a alimentar ante la opinión pública la leyenda sobre el “club de amigos de Messi” liderado ideológicamente por Mascherano, que se iría devorando, uno a uno, a todos los sucesores del *Coco* a lo largo de una década, empezando por él mismo.

En el próximo capítulo de este libro, que refiere justamente a la ‘era Maradona’ al frente del seleccionado argentino, el propio Basile relativizará la existencia de una confabulación directa en su contra, pero en ésta, ‘su’ parte dentro de la historia de la *Generación Lio*, intentará despegar especialmente a Messi de ella, aunque sus confesiones, vertidas a quienes escribieron estas líneas durante prolongadas charlas compartidas en su “segunda casa”, como él refiere al restaurante palermitano *La Raya*, encierran la descripción de un clima adverso que fue creciendo desde adentro y desde afuera del plantel, hasta transformarse en una tempestad que terminó arrasando con sus renovadas ilusiones mundialistas.

“La diferencia entre mi primer paso por la selección y el segundo fue muy grande, fundamentalmente porque las condiciones de preparación de un equipo en los 90 eran muy distintas a las que nosotros tuvimos que afrontar cuando volvimos casi 15 años después”, recordó un Basile más nostálgico del pasado mediato que del inmediato.

“Lo que sucedió cuando regresé fue que me encontré con un grupo de jugadores a los que tenía disponibles apenas un par de días antes de cada partido de eliminatorias y nada más. Eso provocaba, y sigue provocando, que no haya convivencia entre el director técnico y sus dirigidos, por lo que ellos nunca llegan a quererlo a uno, pero uno tampoco a ellos. Y eso es lo malo, porque es muy importante que el jugador tenga afinidad con el entrenador, ya que así uno sabe bien a quién gritarle para motivarlo o, en su defecto, a quién acariciar por la misma razón, porque todos los futbolistas tienen personalidades diferentes. El que te quiere, aunque le pegues un grito, no se va a enojar. Pero también tenés que jugarle por ellos. Cuando yo lo traje a Riquelme para la Copa América de Venezuela, no estaba jugando por un conflicto con el Villarreal, de España, y todos me querían matar por eso. Pero yo lo puse igual y la rompió. Por eso él me quiere tanto”, destacó.

“Entonces, lo único que queda es hablar, hablar mucho. Porque todo lo que se les pueda meter en la cabeza a los jugadores es lo único que vale cuando se juegan eliminatorias. Todo lo demás que se dice, eso de trabajar en las previas de los partidos, preparar sistemas y organizar circuitos de juego, son absolutas mentiras, ya que nunca hay tiempo de hacer nada durante los entrenamientos de campo, que como mucho son dos antes de cada encuentro”, reflexionó a modo de crítica para algunos de sus sucesores en la dirección técnica del seleccionado argentino, que años después intentarían mostrar (y no demostrar) lo contrario.

“El técnico al que le toca en estos tiempos dirigir a Argentina ya no es más un entrenador, sino que es solamente un seleccionador”, remarca el *Coco* como para acentuar el significado de esa frase que lleva su *copy-right*, pero que fue adoptada por muchos de sus colegas, inclusive de otras partes del mundo.

“En estos tiempos vos sos realmente entrenador solo cuando trabajás en un club, pero en las selecciones es imposible. Por eso es clave cuando se dirige a un seleccionado, elegir jugadores con buena técnica, ya que la técnica es la que reemplaza y suple los tiempos de trabajo que no se tienen. Esa es la razón por la que hoy en día lo más importante que tiene una selección, lo único diría yo, son los jugadores”, enfatizó en un tono que tenía un destinatario específico.

Es que Basile, un tipo “de y con códigos”, como él mismo se define, por esa concepción de la vida siempre fue respetuoso de sus colegas, y evitó las críticas directas hacia otros entrenadores, aunque más adelante en este libro ofrecerá referencias muy significativas respecto de uno de los seis entrenadores que lo sucedieron al frente de la selección argentina hasta el final de las eliminatorias para el Mundial de Rusia 2018: su inmediato sucesor y ex dirigido, Diego Armando Maradona.

Pero de esa media docena de técnicos que siguieron tras sus huellas en el equipo nacional (el mencionado Diego, Sergio Batista, Alejandro Sabella, Gerardo Martino, Edgardo Bauza y Jorge Sampaoli), Basile le apuntó especialmente al último de esa lista cronológica, el santafesino Sampaoli, justamente porque éste pregonó todo lo contrario a lo que él expuso co-

mo argumento para dejar en evidencia la incidencia negativa que tiene la falta de tiempo de trabajo en la selección.

Para tomar distancia entre lo anticuado y lo moderno, Sampaoli iba a contradecirlo respecto de esa mención sobre que “la técnica suplente la falta de tiempo de trabajo”, al cambiarla por otra en la que hace referencia a que “la tecnología es la reemplazante de la falta de tiempo de trabajo”.

Entre el bahiense y el casildense hay 15 años de diferencia en sus documentos de identidad, y aunque no se puede hablar en ese aspecto de una brecha generacional profunda, las distancias conceptuales existen y Basile, cultor de métodos de trabajo considerados “obsoletos” hoy en día por muchos de sus colegas y, especialmente, por los futbolistas, entre ellos los componentes de esta *Generación Lio*, es el que reniega de la modernidad, más allá de reconocer que abandonó “definitivamente” su carrera como entrenador “no por la edad”, sino “porque las rodillas no daban más y si uno no está en condiciones de patear una pelota para mostrarles a los jugadores algún tipo determinado de acción, entonces no puede seguir dirigiendo, aunque el *Maestro* (Oscar) Tabárez lo haya hecho en Uruguay sentado sobre un carrito de cortar el césped y le haya ido bien. Pero lo suyo fue distinto, porque él tenía una relación de muchísimos años con sus dirigidos y todos sabían lo que debían hacer”.

“Los técnicos de ahora son distintos a los de mi época –dice Basile con un tono más cuestionador que resignado- porque andan usando los drones y todas esas cosas. A Sampaoli nunca lo vi en mi vida, y en el ambiente de los entrenadores no lo conoce nadie. Porque entre nosotros, entre colegas, nos conocemos todos, ya que siempre nos encontramos en distintos congresos que se hacen permanentemente en distintos países de Sudamérica, pero él nunca participó de ninguno. Es increíble cómo llegó a la selección argentina. Lo hizo solamente porque nos ganó a nosotros la Copa América con Chile. Recién ahí me enteré quién era”.

“Por eso, si Sampaoli no agarraba la selección después de Bauza y todo lo que pasó con la AFA, no lo hacía nunca más. Porque nunca dirigió nada importante. Nunca dirigió a un equipo grande”, remarcó el *Coco*, que además de Boca Juniors y su querido Racing Club, también supo estar al

frente de San Lorenzo, mientras que en España fue técnico de uno de los tres clubes más importantes de ese país, Atlético Madrid, y uno de los dos más grandes de Uruguay, el *tricolor* Nacional, de Montevideo.

“A Bauza justamente lo sacaron de la selección porque, según decían, sus métodos de trabajo eran antiguos y los futbolistas se lo cuestionaban. Ahora que me pongo a analizar eso, yo hacía los mismos tipos de entrenamientos que el *Patón*, pero aparentemente nadie estaba en contra. Ahora, lo que no sé, es si los jugadores hablaban por atrás, porque al menos de frente no me decían nada. Al que más se lo señaló en ese aspecto fue a Mascherano, porque siempre fue el líder intelectual de la selección. Pero atención, porque cuando yo lo dirigía, él jugaba en Liverpool, de Inglaterra, pero después con Bauza ya era diferente, porque cambió mucho, ya que llevaba bastante tiempo en Barcelona y había ganado todo, por lo que sus opiniones tenían más peso. Por eso siempre es necesario que exista un intermediario entre el técnico y el jugador, algo que normalmente ejerce el preparador físico. No es algo imprescindible, pero suele resultar muy útil”, indicó. Ese “intermediario” en su caso fue el profesor Carlos Dibos, con quien la relación entre ambos terminó quebrándose con el paso del tiempo.

Basile volvió a la selección para suceder a José Pekerman, el técnico que hizo debutar a Messi en una Copa del Mundo cuando estaba por cumplir los 19 años, en Alemania 2006, y con quien aseguró que “nunca hubo afinidad”, mientras que de Marcelo Bielsa, el entrenador más admirado por ‘Lío’, entre otras cosas por su raigambre ñulista, el *Coco* dice que es “un loco, un tipo raro, que cuando no dirige, vive aislado en su quinta de Máximo Paz (una localidad del departamento santafesino de Constitución)”.

“Pero ojo, que Bielsa es también el técnico más marketinero del mundo. Más que (Josep) Guardiola y (José) Mourinho juntos. Porque dirige siempre a equipos mediocres para no tener la obligación de salir campeón. Cómo será que cuando tomó al Lille, que no existe, los franceses le televisaban hasta los entrenamientos. Y un día apareció cantando un tango. Que bárbaro. Yo cantaba todos los días con *Cacho* Castaña y nunca salía en ningún programa. Marcelo no toma riesgos, nunca agarra a los equipos gran-

des. Porque atención, que ofertas tuvo. Sin ir más lejos, el Inter, de Italia, lo quería a cualquier costo, pero él no quiso saber nada. El único desafío importante que tomó fue el de la selección argentina, pero claro, dirigirla es lo más lindo que hay en el mundo”, enfatizó.

“Ahora, también hay que decir de Bielsa que es un buen tipo, honesto. Pero es un monstruo del marketing”, insistió el *Coco*, amigo y admirador a ultranza de César Luis Menotti, “otro tipo especial, al que todos los jugadores también querían como al *Loco*, pero porque posee un tremendo carisma. El *Flaco* entra a cualquier lado, a un restaurante o donde sea, y aun si no fuera quien es, llamaría la atención nada más que con verlo, por la figura que tiene”.

En cambio de la contracara de Menotti, el otro técnico argentino campeón del mundo, Carlos Bilardo, tiene una particular percepción. “Es un culón”, según dice. “En la vida hay gente con culo y gente sin culo. El *Narigón* lo tiene y bien grande. Si él nos hubiese dirigido en las tres finales que perdimos, la del Mundial de Brasil y las dos de la Copa América, seguramente las ganábamos. Pero no porque él fuera más que Sabella o Martino. No. Simplemente porque tiene más culo que ellos”.

Pero si el matrimonio entre Basile y la selección argentina tuvo una segunda oportunidad, eso se debió pura y exclusivamente a la gestión de un ‘celestino’ imprescindible, esencial, como el presidente de AFA, Julio Humberto Grondona, quien se lo “quitó” a Boca Juniors para lanzarlo nuevamente a los brazos de su amor albiceleste, aunque éste finalmente no fue correspondido de la misma manera que la primera vez. Y en eso también tuvo mucho que ver *Don Julio*.

“En mi segundo paso por la selección, y aunque había hecho todo lo necesario para sacarme de Boca y llevarme nuevamente allí, ya Grondona no era el mismo con el que había convivido en mi paso anterior. Había cambiado mucho. En 1994, cuando fuimos al Mundial de Estados Unidos, hablar de Julio era como hablar de Carlos Gardel. Era Gardel. Pero cuando regresé en 2006, ya era un tipo distinto. El predio de AFA, en Ezeiza, ni lo pisaba. Y si alguna vez lo veía, era un ratito, después de un partido, y siempre y cuando lo hubiésemos ganado. La cara visible de la diri-

gencia en aquel momento era Luis Segura. Cómo sería que fue a él a quien terminé presentándole la renuncia después del partido que perdimos con aquel Chile que justamente dirigía Bielsa”, evocó con una mueca que reflejó no solamente lo que para él significó ese segundo alejamiento del seleccionado, sino el propio Grondona en su carrera como entrenador. Alguien que lo hizo feliz.

La tristeza de este nuevo intento no provino entonces de Grondona, sino “de una pelea con otro dirigente”, algo que el *Coco* profundizará en el próximo capítulo de este libro dedicado al período comandado por Maradona y que referirá al mencionado Segura. “Por eso, después que le ganamos a Uruguay, ya tenía resuelto que el partido siguiente con Chile en Santiago sería el último para mí, aunque ganáramos 4 a 0”, refrendó con la mirada profunda clavada en su interlocutor.

“En aquel partido con Chile me faltaron Riquelme y Tevez, porque estaban suspendidos”, puntualizó como si nombrara a dos *aliados* en medio de una *guerra* en la que los *enemigos* parecían ser más que los *amigos*.

“Carlitos también era un fenómeno, pero lo expulsaron inútilmente dos veces en esos partidos de eliminatorias y nos terminó perjudicando. Y eso que le decía que se cuidara. Desde mi salida de la selección, no volví a verlo, pero un día, en la fiesta de casamiento de Guillermo Cópola se acercó a la mesa donde estaba, me saludó, y ahí mismo me pidió disculpas por esas oportunidades en que lo habían echado. Y bueno, a veces más vale tarde que nunca”, lo “perdonó” Basile, ya con el tiempo a favor del *Apache*.

“En aquel grupo de jugadores había varios que llevaban la voz cantante además de Riquelme, como Roberto Ayala, Esteban Cambiasso, Sebastián Verón, Javier Zanetti o Gabriel Heinze. El *Gringo* era el más bravo de todos, porque se enojaba, y en los entrenamientos le gustaba gritar. No era como los demás. Te planteaba las cuestiones a los gritos, y la verdad que decía cada cosa que no se podía creer. Cómo sería que cuando hacía eso, Riquelme se le paraba atrás, me miraba y se mordía el labio inferior mientras sacudía la cabeza, como diciéndome: ¿de qué está hablando este tipo?”, precisó como para darle más énfasis a esa velada antinomia entre los que lo apoyaban explícitamente, y “los otros”.

“Una vez contra Paraguay, cuando el partido estaba resuelto y faltaban 10 minutos, me acuerdo que lo saqué a Heinze y se enojó mal. Fue y lo encaró a nuestro preparador físico, Carlos Dibos, que era una especie de intermediario entre el plantel y yo, algo que a veces se torna necesario, aunque no imprescindible. Entonces fui y lo agarré. Le dije que ya se terminaba el partido y había decidido sacarlo por eso. Que no tenía razón para molestarse. No le gustó ni medio, pero no me importó, porque le transmití las razones de mi decisión cara a cara”, enfatizó.

“El que en cambio cuando yo lo tuve ni hablaba era Messi. Lo único que hacía era jugar. En ese momento tenía 20 años, pero ojo que no era que no hablaba porque era el más chico del grupo solamente, sino que no lo hacía porque directamente no quería. Era el más callado de todos. Tenía mucho respeto por los demás muchachos. Demasiado diría yo. La verdad que no me lo imagino imponiendo nada a nadie, como se dice cuando se habla de que la selección se forma con su ‘club de amigos’. Y yo que lo conozco bien a Martino, tampoco puedo creer que le impusiera nada. Justo al *Tata* le va a hacer algo así”, describió el *Coco* cuando llegó el momento de referirse a Messi, un jugador del que dice seguir “enamorado como el primer día” que lo vio entrenar.

“También se menciona a Mascherano como el cerebro de ese *club de amigos*, pero así como digo que Messi es un buen pibe, de *Masche* debo decir que es un chico que juega más por su inteligencia que por sus condiciones. Eso sí, a partir de la cabeza que tiene es que llegó a convertirse en un gran jugador, porque es un tipo ganador mil por mil. Pero nada que hacer al lado de *Lio*, obviamente”, aclaró como si hiciera falta.

Las opiniones de Basile respecto de quién y cómo es Messi lo llevaron también al terreno de las comparaciones con Diego Maradona, algo a lo que refiere naturalmente y no porque se torne inevitable, ya que para el *Coco* tanto “uno como otro son los mejores del mundo, pero generacionales. Cada cual en su época. Y para mí hay uno más que completa el podio: Pelé. Pero muy distintos los tres”.

“Lo que pasó con Messi cuando estuvo conmigo fue que hacía todo bien, pero de tan crack que era. Ahora, tácticamente no sabía nada. Le

decías algo, le dabas alguna instrucción, y te hacía todo al revés. En cambio Maradona era mucho más táctico. Le señalabas cualquier cosa y te la hacía al pie de la letra”, explicó, tratando de marcar diferencias pero sin mostrar preferencias.

“Por ejemplo al principio, yo le decía a Messi que se parara detrás del *cinco* rival y cuando tuviese la pelota en ese sector del campo, encarara todos los tiros mano a mano al marcador central de ellos, porque con su habilidad se lo limpiaba y enseguida quedaba frente al arquero. Pero no había caso. Al ratito de indicarle eso, lo veías parado en la punta, como wing derecho, mascando un pastito. Porque viste que él masca pasto que va arrancando de la cancha, en medio de los partidos”, cuenta Basile con ese particular gracejo que hace de un detalle nimio pero certero, una anécdota graciosa.

“Pero claro, de golpe le caía una pelota, se limpiaba a tres en velocidad como hacía Claudio Caniggia, pero en vez de tirarla larga llevando la pelota al pie como solamente él puede hacerlo, y te ganaba el partido solo. Entonces, ¿Que le ibas a reprochar? No podías decirle nada. Solamente aplaudirlo”, reconoció con un dejo de devoción futbolera.

“Por eso yo, cada vez que tengo que definir a Messi, digo que es un extraterrestre. Aunque la mejor definición que le cabe a ese pibe es que como futbolista es un hijo de puta. Un hijo de puta”, remarcó el *Coco* haciendo más grave ese vozarrón que lo caracteriza y que hace volver la cabeza a los ocupantes de las mesas circundantes, como si estuviera refiriéndose a alguien que le provocó algo malo en su vida. “Y afuera de la cancha, mientras yo lo dirigí, me parece que no estaba abierto el *club de amigos de Messi*. Que por lo menos en aquel momento no existía”, argumentó en tiempo pasado.

“Pero atención, que así como digo una cosa, digo la otra. Messi es un pibe guapo, que no se queja cuando lo golpean ni necesita de nadie dentro de la cancha, pero también es inexpresivo, no tiene carisma, y por eso no puede ser de ninguna manera el capitán de la selección argentina”, advirtió con una elocuencia casi admonitoria.

“Lo que pasa es que cada vez que me acuerdo del gol que le hizo a México, de emboquillada, el segundo de aquel 3 a 0 en la Copa América de

Venezuela, que era para cerrar la cancha e irse en ese mismo momento, me tengo que sacar el sombrero y callarme la boca”, coronó Basile, también como para intentar despegarlo de algo que para él resulta inexplicable: las tres finales perdidas entre el Mundial de Brasil 2014 y la Copa América Centenario de Estados Unidos 2016, pasando por supuesto por la Copa América de Chile 2015.

“La verdad que haber perdido tres finales consecutivas, y encima siendo en la mayoría de los casos superiores a nuestros rivales, es algo a lo que no le encuentro explicación. Y eso golpeó mucho a la selección, es casi inevitable. Porque más allá de eso que dije respecto de que con Birlardo se ganaba porque es un tipo con culo, lo cierto es que seguramente hubo otros factores para que, por ejemplo, no hayamos salido campeones mundiales en Brasil, ya que jugamos mejor que Alemania en esa final”, apuntó.

“Seguramente ese gol que se perdió Messi contra los alemanes, cuando la pelota se le fue al lado del palo, si era jugando por Barcelona lo hacía. Y el que malogró Rodrigo Palacio, que tampoco es un pibe muy inteligente y cuando lo tuve en Boca le tenía que explicar mucho las cosas, aunque después suplía eso con sus grandes condiciones futbolísticas y también físicas, entre ellas una gran velocidad, no como la de Caniggia pero bastante parecida, en otro contexto también lo metía”, aventuró.

“Pero de todos, el que quedó más marcado para la gente fue Gonzalo Higuaín. Y no lo quieren porque cuando se recuerda ese mundial, el gol que erró en el arranque del partido fue para todos el que nos hizo perder el título. Y la verdad que es difícil explicar que le pasó, porque de golpe se encontró con la pelota, sin marca y a 20 metros del arco, con todo el terreno para recorrer y elegir tranquilamente donde colocar la pelota, pero se nubló y no hizo nada de eso, sino que la tiró a cualquier lado. La verdad, sinceramente, no queda bien que diga que se cagó, pero eso fue lo que pasó. Le pesó la responsabilidad de darse cuenta que estaba a punto de hacer el gol que lo iba a llevar a él y a Argentina a la inmortalidad como campeón del mundo”, afirmó con el convencimiento de quien cree que su impresión es la correcta, pero que también lamenta que eso haya sucedido así como él piensa que sucedió.

Y yendo de los jugadores a los técnicos que terminaron padeciendo esas frustraciones, el fue benévolo con ambos, ya que al describir sus potencialidades destacó que el equipo de Sabella “tiraba el achique, mientras que el de Martino hacía control del balón. Pero los dos jugaban bien”, aclaró.

“Pero a mí, por ejemplo, nunca me gustó la línea de tres, porque para aplicarla primero debés contar con los jugadores adecuados, y después trabajarla mucho, algo que si de la selección se trata, es imposible. Pero además es mentira que para el seleccionado argentino no se encuentran laterales como para hacer línea de cuatro. Lo que pasa es que hay que salir a buscarlos”, avisó.

“De hecho, mi sistema preferido siempre fue el 4-3-1-2. El *10* mío era el que manejaba el equipo. Por ejemplo en el Mundial de 1994 tenía tantos buenos jugadores que para meterlos a todos en el equipo tuve que trabajar bastante, pero al final pude hacerlo. Y así, del medio para arriba jugaron juntos Diego Simeone, Fernando Redondo, Abel Balbo, Batistuta, Canniggia y Maradona”, evocó.

Pero inmediatamente después de ese recuerdo que le hacía brillar los ojos y enarcar las cejas en un gesto muy propio de sus momentos de regocijo, el *Coco* bajó la cabeza hacia su copa de vino “tinto y sin soda” a medio beber y ensayó otro lamento. “Mi segunda experiencia en la selección no fue buena. Apenas discreta. Duró dos años, y en todo ese tiempo, que no me alcanzó para ir a otro Mundial como quería, tuve unas eliminatorias muy irregulares”, aceptó.

Claro que esto no fue, en suma, tan diferente a lo que vivió en sus anteriores eliminatorias, cuando después de sumar 33 partidos invicto, su selección perdió 2 a 1 con Colombia como visitante y después cayó en el Monumental riverplatense ante la misma selección del *Pibe* Valderrama, Freddy Rincón, Leonel Alvarez, el *Tren* Valencia y compañía por 5 a 0, lo que le valió a Argentina tener que afrontar el primer repechaje de su historia clasificatoria para Copas del Mundo ante el campeón de la zona de Oceanía, el seleccionado de Australia.

“Pero después de esas eliminatorias y hasta el dopping de Maradona, tuvimos un Mundial de los Estados Unidos brillante”, recogió el guante

Basile cuando se le parangonó uno y otro momentos vividos por él en las previas de los campeonatos del mundo.

Ese Mundial, pero especialmente el nombre de Diego con el que empezó este capítulo, lo llevará a Basile a cerrarlo para empalmarlo con el siguiente, el que justamente tiene que ver con su “ingrato” sucesor. Con el *Diez*.

“Maradona está loco”, disparará sin contemplaciones. “Ya no sabe lo que dice. Como va a salir a defenderlo a Nicolás Maduro, con todos los muertos que hubo en Venezuela durante su gobierno. Está loco”, reiterará Basile mientras acompaña a sus entrevistadores hacia el exterior del restaurante, “para de paso fumar un fasito”. No habrá reclamos por el pasado, ni para Diego ni para *Lio*. Todo será para delante. Como jugaban sus equipos. Como su vida. La de un tipo con códigos. Porque si fuera lo contrario, no sería el *Coco*.

[Capítulo 2]

Diego Maradona. Diez y diez.

Diego Armando Maradona debutó como entrenador del seleccionado argentino en el mismo lugar y ante el mismo rival al que le convirtió como futbolista su primer tanto con la camiseta albiceleste, el estadio Hampden Park, de Glasgow, donde sus dirigidos se impusieron a Escocia por 1 a 0 con tanto convertido por Maximiliano Rodríguez.

Este momento simbólico para el fútbol argentino pero muy particularmente para Diego, se registró el 19 de noviembre de 2008, apenas 20 días después de que celebrara su cumpleaños número 48. Todavía faltaba, por entonces, que transcurriera todo el año 2009 para que Messi obtuviera su primer Balón de Oro, que sería coincidentemente el último que iba a entregar en exclusividad la revista francesa *France Football*, ya que a partir de 2010 lo haría en paralelo con la FIFA.

Lio había cumplido el 24 de junio de ese 2008 recién los 21 años, por lo que la figura de Maradona eclipsaría hasta el Mundial de Sudáfrica, al que se iba a clasificar no sin atravesar serias dificultades, a todo lo que se movía a su alrededor, incluyendo a la creciente estrella de Barcelona, que por el momento y aunque amenazaba con hacerlo, todavía no podía compartir constelación alguna con el héroe de México '86.

Y en su cuerpo técnico, además de Alejandro Mancuso, tendría Maradona a dos hombres que lo acompañaron en aquella gesta mexicana que derivó en el segundo y último título mundial obtenido por Argentina: su ex compañero dentro de la cancha, el *Negro* Héctor Enrique como ayudante

de campo, y su sempiterno preparador físico, Fernando Signorini. Y quien mejor que este último, conocedor de Diego desde la adolescencia, para *resetear* todo lo vivido en ese tiempo del *Diez* ya sin la camiseta argentina, que debía dirigir al verdadero “equipo de sus amores” y, particularmente, a la todavía incipiente generación futbolísticamente liderada por quien se convertiría en su sucesor, por entonces todavía más Messi que *Lio*. El linqueño Signorini será quien “traduzca”, en un próximo segmento de este libro, ese lenguaje *maradoniano* con el que Diego se hacía entender cuando “hablaba” con la pelota.

La llegada de Maradona a ese cargo que tanto había reclamado como derecho propio, estuvo niquelada desde el principio con el oscuro barniz de una supuesta confabulación encabezada justamente por Messi, Javier Mascherano y Sergio Agüero, este último por entonces yerno de Diego, ya que estaba en pareja con su hija Giannina, quienes habrían “gestionado” la caída de su antecesor, Alfio Basile, para propiciar el acceso del suegro del *Kun* a ese puesto.

“Ya me veía venir que Maradona iba a ser mi sucesor cuando lo vi acompañando al seleccionado olímpico que dirigía Sergio Batista y que ganó el oro en Beijing”, confesó el propio Basile casi una década después de aquel episodio, mientras que sus colaboradores de entonces, el ayudante de campo Jorge Ribolzi y el preparador físico Carlos Dibos, directamente acusaron a Diego y a algunos de esos futbolistas de haber contribuido a la destitución del *Coco*, acompañados por la mirada aprobatoria del propio presidente de AFA, Julio Grondona.

La posterior renuncia de Juan Román Riquelme al seleccionado ya conducido por Maradona, acusándolo a éste de no comulgar con sus mismos “códigos”, pareció darle más veracidad a las versiones de Ribolzi y Dibos, ya que el ídolo boquense había entablado una fraternal relación de ida y vuelta con Basile.

“No tengo los mismos códigos que tiene Maradona. Siendo Diego el técnico de la selección, no podemos trabajar juntos. Me muero por jugar el Mundial de Sudáfrica y me va a doler mucho ver los partidos de eliminatorias que faltan por televisión, pero acá hay cuestiones que no están claras

y últimamente me estoy enterando de más cosas por la radio o la televisión que por lo que me dicen personalmente”, cuestionó Riquelme.

“Quiero que Riquelme sea desequilibrante en los últimos 20 metros y que se comunique con Messi, Agüero y Tevez. No me sirve que se atrase y le saque la pelota de los pies a Demichelis, o que gire alrededor de Mascherano y Gago. Lo necesito sacándose hombres de encima”, le devolvió Maradona con su siempre filosa verborragia.

Estaba amaneciendo el año 2009 cuando Riquelme dejó definitivamente atrás la selección y a ese grupo con el que tanto había disfrutado en la Copa América de Venezuela 2007 pese a la final perdida ante Brasil, pero en la que había encontrado una simbiosis futbolística diferente con un chico que estaba llamado a ser el mejor del mundo y de cuyo juego Basile se había enamorado tanto como del suyo: Lionel Messi.

Sin embargo, un poco más de ocho años más tarde y entrevistado para este libro, Basile, quien pidió expresamente hablar “a grabador abierto”, porque no tenía “ningún problema en contar las cosas tal como sucedieron”, desmintió aquella asonada y apuntó como la razón de su segunda salida del cargo de entrenador del seleccionado argentino a una “pelea muy grande con un dirigente de AFA”, quien más tarde se quedaría interinamente ocupando el sillón de Grondona cuando éste falleció el 30 de julio de 2014: Luis Segura, que además de su vicepresidente, había ejercido como Director de Selecciones Nacionales.

“Son todas mentiras esas que se dijeron de que Messi y Mascherano me habían hecho la cama. No sé porqué Dibos dijo eso, pero hace tiempo que no ando bien con él y no le doy bola, aunque seguramente fue porque se había peleado con varios de esos jugadores y buscó revancha”, refirió Basile sobre su ex preparador físico, a la sazón cuñado de Diego Simeone, ya que está casado con la hermana y a la vez representante del *Cholo*, Natalia.

Justamente Simeone había sonado por primera vez para hacerse cargo de la selección argentina ya en 2008 como sucesor de Basile, algo que se fue reiterando en el tiempo cada vez que un técnico abandonó el equipo nacional, pero hasta nuestros días esa posibilidad nunca se tradujo

en hechos concretos. “Sin embargo, te garantizo que en unos años el *Cholo* va a estar dirigiendo al seleccionado”, vaticinó plenamente convencido el *Coco*. Por aquel entonces el otro candidato a asumir el cargo era Sergio Batista, pero Maradona se anticipó a todos ellos.

Su derrotero oficial como técnico de la selección se abrió y se cerró con un mismo marcador, 4 a 0, ese que logró Argentina a favor frente a Venezuela en eliminatorias y que padeció en contra ante Alemania en cuartos de final del Mundial de Sudáfrica.

En el medio, claro, se sucedió un cúmulo de circunstancias que transitaron desde el descalabro hasta la épica, en un farragoso transitar de situaciones disfuncionales muy propias de su personalidad, que en algún momento hasta parecieron arrastrar a sus dirigidos en esa vorágine cuasi anárquica.

Es que entre tanto culto a un solo hombre, detrás de Diego se encolumnó, como buscando una reivindicación laboral, la por entonces bautizada *Generación del '86*, que no era otra cosa que un grupo de ex futbolistas que se habían consagrado campeones del mundo al lado suyo en México y querían conseguir un trabajo en el predio de AFA, bajo el cobijo de la gloria pasada y el reconocimiento que le demandaban traducir en hechos concretos al propio Julio Grondona.

Héctor Enrique, por caso, era uno de los beneficiarios inmediatos de esa movida al ser incorporado como su ayudante de campo, aunque Diego extendió ese *nepotismo maradoniano* hasta a sus vínculos familiares, incorporando como jefe de prensa particular, al margen de AFA, al joven Fernando Molina, por entonces novio de su hija mayor, Dalma. Algo parecido aplicaría casi una década después Jorge Sampaoli, incluyendo en una función similar al periodista Ezequiel Scher, aunque éste con muchas más calidades profesionales, ningún parentesco con el técnico y, por ende, mejores resultados.

Un viaje posterior a Europa para la acostumbrada “visita” a los futuros convocados, entre ellos Javier Mascherano, al que le “llevó” la cinta de capitán, y un amague de renuncia a su regreso, ante la negativa de Grondona a aceptar como su ayudante de campo al emblemático zaguero campeón

en México '86, Oscar Ruggeri, por algunos comentarios vertidos por éste en perjuicio de la conducción de AFA, fueron los “entremeses” que matizaron los días previos al debut oficial de Diego como seleccionador nacional.

Pero después de ese prometedor comienzo ante los venezolanos, la inexperiencia de Maradona como entrenador iba a pesar más que su condición de deidad del fútbol mundial, y además, preso de sus palabras, sus dichos iban a entrar en franca colisión con los del propio Messi y hasta los de su entrañable Signorini, cuando en el compromiso siguiente Argentina se llevó de los 3.650 metros de altura del estadio Hernando Siles, de La Paz, la peor derrota de su historia en eliminatorias, un lapidario 6 a 1 ante el seleccionado de Bolivia, que tenía como antecedente más cercano el ‘inolvidable’ 5-0 padecido en el estadio Monumental frente a Colombia en 1993, durante la clasificación para Estados Unidos '94, cuando justamente al equipo nacional lo dirigía el propio Basile, en su primer paso por esa función.

“Se puede jugar en la altura. Cada selección tiene el derecho de actuar donde nacieron sus integrantes”, argumentó Maradona antes de las eliminatorias, en apoyo a Bolivia y a su presidente y amigo, Evo Morales, que defendía esa sede ante los embates surgidos en Brasil para que la FIFA “bajara” al llano al seleccionado de su país.

“No se puede jugar en la altura. Corrés y te falta el aire, no podés respirar”, reclamó Messi cuando la derrota era una herida abierta que había derramado a Argentina en la tabla de posiciones hasta el cuarto lugar, apenas dos puntos por encima de Uruguay, que por entonces se encontraba establecido en el escalón del repechaje.

“Si se sigue jugando en la altura, algún día se puede morir alguien”, fue mucho más a fondo Signorini, desafiando no solamente a su propio jefe sino poniendo en discusión todos los estándares sobre el punto que se manejaban hasta entonces. Sin embargo, nada cambiaría a futuro en este tema. Y si de algo había servido lo dicho previamente por Maradona, los bolivianos agradecidos por siempre.

El derrotero marcaría como parada siguiente a Colombia como local y la historia entre ambos empezaría a cambiar para Argentina, ya que el re-

presentativo 'cafetero' comenzaría a convertirse en el adversario fetiche, una especie de cuasi imprescindible tabla de salvación cuando el agua está llegando al cuello. Y la saga, que se prolongaría en las eliminatorias para los Mundiales siguientes, se inició justamente con Maradona en el banco y aquel 1-0 logrado con un gol convertido por el zaguero boquense Daniel 'Cata' Díaz.

Claro que a diferencia de lo que ocurriría después con sus sucesores Alejandro Sabella, Gerardo Martino y Edgardo Bauza, en este caso, tal vez por ser la primera vez, el triunfo sobre los colombianos no iba a estabilizar la marcha del equipo, que sin un patrón de juego definido y aferrado permanentemente a los arrestos individuales de sus más conspicuos integrantes, iba a caer en sus siguientes tres presentaciones frente a Ecuador en Quito (2-0 con un penal atajado por el arquero argentino Marcelo Elizaga a Carlos Tevez cuando el marcador estaba en blanco), con Brasil, que así se aseguró la clasificación a Brasil 2014, en cancha de Rosario Central (3-1 con descuento de Jesús Dátolo estando 0-2) y Paraguay, que también con la victoria consiguió su boleto mundialista (1-0 en Asunción).

De esta manera el equipo argentino cayó en zona de repechaje y otra vez debía aferrarse a la épica para que le sellaran el pasaporte con destino a Sudáfrica, algo que iba a dirimir en las dos jornadas finales de eliminatorias frente a su histórica 'sombra negra' sudamericana, la selección de Perú, la misma que lo había eliminado en la clasificación para México 1970 y casi lo deja afuera también de México 1986 (y hasta de Rusia 2018), donde paradójicamente después se consagraría campeón, y Uruguay en el emblemático Estadio Centenario, de Montevideo.

Y si de épica se trataba, la coincidencia de dos referentes boquenses como Maradona y Martín Palermo en la cancha de River Plate aquella noche que hasta encerraba una simbología por tratarse del 10-10-2009, un número y un mes decididamente 'maradonianos', iba a convertir a aquel partido ante los peruanos en uno de los inolvidables mojones en la historia de las eliminatorias para todos los argentinos.

Es que desde el quinto puesto de repechaje el equipo de Maradona debía dar un salto imprescindible de calidad pero fundamentalmente de re-

sultados, ya que las tres derrotas en fila hacían temblar aun a aquellos que por pertenecer a las nuevas generaciones no tenían demasiadas referencias de aquel empate 2-2 frente a los peruanos registrado un lejano 31 de agosto de 1969 en cancha de Boca Juniors, donde el héroe de la jornada y consecuentemente verdugo de la selección albiceleste fue el delantero visitante Oswaldo *Cachito* Ramírez, autor de los dos tantos del conjunto 'incaico' que significaron la única eliminación de un seleccionado argentino dentro del campo de juego, porque en las tres oportunidades anteriores en que no participó de campeonatos del mundo –Francia 1938, Brasil 1950 y Suiza 1954- las razones para no hacerlo fueron políticas.

La noche del partido frente a ese seleccionado de Perú dirigido por José *Chemo* Del Solar pintaba mal de movida, ya que una tormenta que venía amenazando a la Ciudad de Buenos Aires desde un par de horas antes de comenzar el cotejo se iba a desatar con toda su furia en pleno partido, mientras Argentina transitaba por el farragoso e irregular camino futbolístico que caracterizaba su juego desde la llegada de Diego.

Pero los centrodelanteros argentinos iban a ser protagonistas en dos ocasiones, después de sendos sustos propiciados por los peruanos, el primero sobre los 45 minutos del primer tiempo con un disparo del ex Colón, de Santa Fe, Juan Vargas, que rebotó en el travesaño del arco defendido por Sergio Romero, tras lo cual apareció 120 segundos más tarde Gonzalo Higuaín poniendo en ventaja a Argentina.

Y una situación parecida iba a repetirse sobre el final del partido, cuando la lluvia y el viento castigaban tanto a los cuerpos como el empate conseguido por el peruano Hernán Rengifo, ya con el tiempo regular de juego cumplido, a las almas de todos los argentinos. Pero fue entonces cuando la historia dijo "acá estoy" vestida de celeste y blanco, y nuevamente en el segundo minuto de descuento un defectuoso remate del ingresado Federico Insúa fue corregido casi sobre la línea de sentencia por Palermo, que había entrado en el comienzo de esa etapa final por Enzo Pérez, para desatar la eufórica celebración de Diego haciendo el *avioncito* sobre los charcos que inundaban el contorno del campo de juego del Monumental, y del *Titán* con el torso desnudo y la boca abierta, como queriendo tragarse la

tormenta que a esa altura ya había arrastrado hacia su figura el momento más glorioso de su carrera.

El último acto de esas eliminatorias se escribió cuatro días más tarde en un colmado estadio Centenario, donde Argentina, siguiendo con su ya característico juego deslucido, iba a arrimar ante Uruguay otra victoria, la última, la definitiva, la que iba a ser el sello del pasaporte hacia Sudáfrica. Y más allá de que el héroe de esa victoria por 1 a 0 iba a ser otro jugador ajeno a los oropeles de la gloria vistiendo la camiseta argentina como el volante cordobés Mario Bolatti, autor del tanto triunfal en las postrimerías del encuentro, la relación intrínseca entre el flojo rendimiento del equipo y las pobres prestaciones que venía registrando Messi iba a quedar de manifiesto una vez más. Por suerte para Maradona y sus dirigidos, era la última vez antes del Mundial.

Y el Mundial, para el que Maradona iba a realizar su última convocatoria con los 23 jugadores que integrarían una nómina en la que iba a convivir una brecha generacional de 15 años que iría desde el más joven, Javier Pastore (20), hasta el más veterano, Juan Sebastián Verón (35), iba a redondear las 108 citaciones que Diego realizó a lo largo de sus 20 meses al frente del seleccionado argentino.

Pero la nota de la convocatoria no la dio ninguna de las figuras conocidas, cuyas citaciones se caían de maduras, sino la del defensor Ariel Garcé, surgido en River Plate y por entonces en Colón de Santa Fe, que solamente había sido tenido en cuenta por Maradona para el último amistoso previo al Mundial que se jugó frente a Haití en la localidad petrolera neuquina de Cutral-Có, situada a un centenar de kilómetros de la capital provincial.

Esa fría noche del 5 de mayo de 2010 aquel seleccionado integrado por futbolistas del ámbito local se impuso 4 a 0, en la jornada que marcó la despedida de su ex compañero en River, el *Burrito* Ariel Ortega, de la selección nacional, algo que eclipsó absolutamente la presencia del *Chino* Garcé en la cancha. El partido fue programado a beneficio del pueblo haitiano, que acababa de soportar un devastador terremoto que había arrojado un saldo de 220.000 víctimas fatales. Pero aunque no lo supiera en ese

momento, el tandilense ya se había ganado un lugar en el Mundial un rato antes, en los vestuarios, hablando, no jugando.

El misterio de aquella inesperada citación, que en principio se había atribuido a un presunto sueño que tuvo Maradona, en el que se veía asimismo, acompañado por el defensor, dando la vuelta olímpica en Sudáfrica, fue revelado casi siete años después por el propio Garcé, quien aseguró que cuando Diego lo convocó para ese partido con los centroamericanos “no pensaba ir. Sabía que esos partidos ya estaban, era el final del proceso. Se jugaba en Cutral Có, con mucho frío, un miércoles. Por eso le comenté a mi hermano que no iba. Pero él me dijo que fuera igual, que lo hiciera por mamá y papá, que ellos me querían ver. Además me remarcó que era raro para él que yo le dijera que no a la selección. Así me hizo cambiar de opinión. La cuestión fue que el día del encuentro, un rato antes de que empezara, dieron la habitual charla entre los jugadores Ortega y Palermo. Pero en un momento, después de la arenga de ellos, nos quedamos todos en silencio en el vestuario, y ahí fue cuando me puse a hablar. Me salió decir que si en ese momento se jugaba el Mundial, la selección éramos nosotros. Sonó como algo positivo y con eso saltamos a la cancha”, recordó.

“Pero al día siguiente, cuando ya casi me había olvidado de eso, me llamó el profesor Signorini y me dijo que no me bajara yo solo del Mundial. Que Diego estaba ahí de citarme, que le había metido una duda porque le gustaba mucho lo que había dicho. Realmente, toda una verdadera locura. Por eso cuando ya me había convocado para el Mundial y se hizo el partido para despedirse del público argentino en un amistoso con Canadá, en cancha de River, en vez de molestarme, terminé divirtiéndome y disfrutando mucho con una bandera que me habían puesto los hinchas, y que decía “Garcé, traé alfajores”. Eso sí, el masajista del plantel, Marcelo *Daddy* (por su parecido con *Daddy* Brieva, integrante del trío humorístico *Micachi*) D’Andrea, es el día de hoy que todavía me sigue cargando cuando me ve”, evocó el *Chino* con alegre y genuina gratitud por aquel mojón “grandioso” de su carrera profesional.

Pocos días después llegaría el Mundial, el gran momento, el más deseado, el que le devolvería a Maradona la aureola de endiosamiento que

ahora se iba a sostener sobre la cabeza de un tipo más grande en años y en kilos, que ya no luciría camiseta y pantalones cortos sino un fino traje de Armani, pese al calor que abrumaba a Sudáfrica por aquellos días de junio de 2010. Para Diego volvían a ser días de gloria, con todo el mundo del fútbol girando a su alrededor. El reloj parecía haber girado sus agujas hacia atrás para que, como nunca antes, la gran estrella de una Copa del Mundo fuera un entrenador, alguien parado más allá de la línea de cal, y no alguno de los que suele decidir historias grandes dentro del campo de juego.

Y como si su 'magia' tuviera carácter transitivo, el equipo sufrió una fuerte y positiva metamorfosis respecto de aquel que luciera confundido y errático hasta el final mismo de las eliminatorias, realizando una magnífica fase de grupos que lo dejaría instalado en el primer puesto de la Zona B con puntaje ideal al cabo de sus tres presentaciones, siendo al cierre de ese primer tramo el seleccionado de mejor producción entre los 32 participantes mundialistas.

Ya en ese plantel, de sus 23 integrantes habría 11, un equipo completo, que pertenecerían a la "planta permanente" de la *Generación Lio* casi hasta el epílogo de las eliminatorias para el Mundial de Rusia, a fines de 2017. Además del propio Messi estuvieron en aquel grupo el capitán Mascherano, los arqueros Sergio Romero y Mariano Andújar, los defensores Martín Demichelis y Nicolás Otamendi, los volantes Javier Pastore y Ángel Di María, y los delanteros Sergio Agüero, Carlos Tevez y Gonzalo Higuaín, este último de gran tarea al convertir cuatro goles, con un *hat-trick* en el segundo juego frente a Corea del Sur. Una curiosidad: en el equipo de los *sparrings* que acompañaría a la delegación bajo la dirección técnica de Sergio Batista, estaba el zaguero central Ramiro Funes Mori, que por entonces tenía 19 años. Recién el 16 de marzo de 2015, apenas 11 días después de cumplir 24, sería convocado por primera vez para el seleccionado mayor por Gerardo Martino en ocasión de una gira por los Estados Unidos, y en un puñado de partidos se ganaría la titularidad formando dupla con Nicolás Otamendi.

Y para ese último corte Maradona dejó afuera a un amigo de Messi, Ezequiel Lavezzi, aunque el gran ausente en Sudáfrica, como siempre suce-

de con un futbolista puntual en cada previa ecuménica, fue Javier Zanetti, el experimentado lateral derecho ídolo de la afición de Inter, de Italia, a quien la opinión pública reclamaba tanto por su experiencia y su buen nivel, como por el hecho de que la selección no tenía a otro jugador en su puesto. Sin embargo Diego ignoró todo eso y lo marginó de la convocatoria final. El *Pupi* si- gue siendo, a pesar de estar retirado, el futbolista que más veces vistió la camiseta de la selección mayor argentina con 145 presencias.

El derrotero de esa primera ronda ganadora se inició con una apretada pero justa victoria sobre Nigeria por 1 a 0 con un gol de palomita de Gabriel Heinze, acto seguido llegó la mencionada goleada por 4 a 1 sobre Corea del Sur con los tres tantos del *Pipita* Higuaín (Park Chu Young en contra de su valla y Lee Chung Yong a favor, fueron los autores de los restantes goles del encuentro), y finalmente un 2 a 0 sobre Grecia con la apertura de Martín Demichelis y el cierre de Martín Palermo para convertir su única y otra vez muy celebrada conquista en Copas del Mundo.

Los octavos de final iban a traer consigo la curiosidad de que el rival sería México, con el que Argentina se había enfrentado por la misma instancia en la Copa del Mundo anterior, en Alemania 2006, pero a diferencia de aquella oportunidad en que había vencido ajustadamente al equipo dirigido entonces por el argentino Ricardo La Volpe por 2 a 1 en 30 minutos suplementarios, con un recordado golazo de Maximiliano Rodríguez en ese lapso, esta vez la resolución del partido le iba a resultar mucho menos complicada a los conducidos por Maradona.

Es que en esta oportunidad las distancias futbolísticas iban a resultar mucho más amplias para el conjunto argentino, que daría cuenta de los mexicanos por 3 a 1, con dos conquistas de Carlos Tevez y la restante de Gonzalo Higuaín, que de esta manera se convertiría en el goleador albiceleste en este Mundial con cuatro tantos, la misma cantidad que habían anotado durante todas las eliminatorias los máximos artilleros del equipo nacional: Juan Román Riquelme, Sergio Agüero y Lionel Messi. Javier *Chicharito* Hernández descontó para los aztecas.

Maradona le dijo a Messi antes de este partido que si no le hacía “dos goles” a los mexicanos, le daba “una patada”, y después del encuen-

tro, ya en la previa del enfrentamiento por cuartos de final ante Alemania, anticipó que no haría cambios porque el equipo estaba bien, y que saldrían decididamente “a ganarles” a los germanos.

La realidad, sin embargo, se iba a encargar de impedir que ambas cosas sucedieran. De hecho Messi no pudo anotar frente a México y tampoco lo haría frente a los teutones, por lo que se marcharía del Mundial con la cuenta en cero, ya que los alemanes desalojaron a Argentina de la Copa del Mundo con un contundente 4 a 0 (Thomas Muller, Arne Friedrich y Miroslav Klose, éste en dos oportunidades, fueron los autores de los goles) que no solamente marcaría el punto final para las ilusiones mundialistas de la selección de Maradona en Sudáfrica, sino que también para el propio Diego como técnico del equipo nacional.

La eliminación con una derrota tan abultada, otra vez en la misma instancia de cuartos y repitiendo lo sucedido en Alemania 2006, aunque en aquella oportunidad el equipo dirigido por José Pekerman se quedó afuera en un desempate por tiros penales luego de igualar 1 a 1, resultó un duro y sorprendente golpe no solamente para el propio seleccionado y su cuerpo técnico, sino también para un entorno que por entonces vivía días festivos en la concentración de Pretoria, a la que Maradona recorría a sus anchas, hablando con la prensa y con sus jugadores siempre de buen talante, sonriente y satisfecho de encontrarse otra vez en la cima de la consideración mundial. Todo eso se vino abajo de un plumazo y en un santiamén las críticas hacia su valorización como entrenador y las de sus propios dirigidos, Messi incluido, entraron en discusión con resultados decidida y previsiblemente desfavorables.

A su regreso a la Argentina, y mientras los jugadores se diseminaban por sus distintos destinos, la gran mayoría en Europa, a Maradona le quedaban las horas contadas para su desvinculación, ya que el propio Grondona, que lo había entronizado en el puesto, se encargó de destronarlo, “rodeándole la manzana” con algunas condiciones “inaceptables” para él como, fundamentalmente, la remoción de algunos colaboradores directos, por ejemplo el caso del ayudante de campo, Alejandro Mancuso. Claro que Diego también “colaboró” para eso, insistiendo en su pedido de incorporar a Ruggeri a su cuerpo técnico.

Así fue entonces que el 27 de julio de 2010, apenas 24 días después de haber quedado eliminado de la Copa del Mundo de Sudáfrica y habiendo ya confeccionado una lista de convocados para el primer amistoso post Mundial ante Irlanda, previsto para el 11 del mes siguiente, Maradona dejó de ser el técnico de la selección, tras una sesión del Comité Ejecutivo de AFA que tomó la determinación al cabo de una reunión que duró lo que un tiempo de un partido de fútbol: exactamente 45 minutos. Su “sueño cumplido”, 20 meses atrás, había finalizado demasiado lejos de la gloria que lo había llevado a la cima del universo futbolístico casi tres décadas antes.

Sergio Batista ocuparía interinamente la sucesión de Maradona en el cargo durante los siguientes tres meses, hasta que el 1 de noviembre sería oficializado en el cargo, con un desafío inmediato de alta exigencia y doble responsabilidad para el seleccionado argentino, ya que tendría que afrontar la Copa América de 2011 nada menos que en condición de local. Después de ese certamen en el que no le iba a ir bien (Argentina quedaría eliminado en cuartos de final por Uruguay mediante definición por tiros penales, tras igualar 1-1 en Santa Fe, y por ello resultaría despedido por AFA), al año siguiente tomaría la dirección técnica del Shanghai Shenhua chino, club en el que posteriormente jugaría Carlos Tevez en 2017, pero no coincidiría con el *Checho*, que a fines de ese año estaba asumiendo como técnico del seleccionado mayor de Kuwait. Previamente, en 2015, Batista viviría una experiencia similar en otro destino futbolísticamente exótico de Asia como Baréin, donde dirigió también a su representativo nacional.

Siete años después de esta Copa del Mundo un grupo de *hackers* rusos conocidos internacionalmente como *Fancy Bears* realizaría una acusación a la FIFA por presunto encubrimiento de 23 casos de doping ocurridos durante esta competencia, marcando entre ellos a cinco jugadores argentinos: Juan Sebastián Verón, Carlos Tevez, Gabriel Heinze, Walter Samuel y Diego Milito. El médico de la selección, Donato Villani, rápidamente se ocupó en aclarar que la medicación suministrada a esos futbolistas durante el desarrollo del certamen fue “autorizada” y no “ocultada” por las autoridades de la casa madre del fútbol mundial.

Al mismo tiempo, y consultado para este libro, el preparador físico

Fernando Signorini, mencionado en líneas anteriores de esta publicación, revelaría detalles y vivencias compartidas por este grupo de futbolistas bajo las órdenes de Maradona, la interacción entre las partes y, muy especialmente, la relación entre Diego y Messi, por entonces 'el rey' y su 'príncipe heredero'.

“Lo que vivimos en Sudáfrica fueron 43 días idílicos. Para mí ese fue mi mejor Mundial, inclusive por encima de lo que experimentamos en el de México 1986, aunque en este hayamos salido campeones y en aquel nos vinimos en cuartos de final y con una goleada ante Alemania. La verdad es que si tengo que encontrar un integrante de aquel grupo que haya generado problemas, estaría mintiendo”, enfatizó quien acompañó a Maradona con una fidelidad a prueba de tormentas durante su etapa como futbolista y posteriormente durante sus aventuras como entrenador.

“Y después de tantos años de profesión y de haber compartido largas convivencias con distintos planteles, recién allí me convencí de que la fuerza más poderosa que existe es la del afecto. Es que a través de ese sentimiento se logra que los jugadores te respondan a muerte. A nosotros nos pasó eso con Diego. Tuvimos a cargo un grupo fantástico, con jugadores muy respetuosos y dedicados. Y eso que dentro del mismo estaba Carlos Tevez, que tiene una personalidad especial, pero con nosotros se comportó tan bien como los demás”, advirtió un Signorini al que la vida lo llevó a transitar los caminos del fútbol al lado de los más grandes de la historia.

El profesor de educación física Fernando Signorini empezó su carrera profesional en 1972 en su ciudad natal, Lincoln, donde nació el 7 de diciembre de 1950, ejerciendo la preparación física en el club Rivadavia, y una década más tarde alcanzó el cenit de su trayectoria al convertirse, después del Mundial de España 1982, en el preparador personal de Maradona, tarea que desempeñó durante 12 años y concluyó con posterioridad al Mundial de Estados Unidos 1994, cuando sucedió el caso de doping de Diego.

En ese lapso tuvo la oportunidad de acompañar a Maradona como su preparador físico individual durante tres de los mundiales de los que participó: México 1986, Italia 1990 y el mencionado de Estados Unidos 1994, mientras que en el de Sudáfrica cumplió su sueño de ser el máximo res-

ponsable de la preparación física del seleccionado argentino, por primera y única vez en su carrera.

“Pero de todo ese tiempo de trabajo hoy puedo decir con orgullo que me di el lujo de entrenar a los dos mejores futbolistas de la historia, Diego Maradona y Lionel Messi. Y además trabajé con los dos entrenadores argentinos campeones del mundo, Carlos Bilardo en México 1986 y César Menotti 10 años después, cuando empecé a acompañarlo tras sumarme a su cuerpo técnico, primero en Independiente de Avellaneda, a donde volvimos en otras dos oportunidades, y después en Rosario Central, la Sampdoria de Italia y los Tecos de México”, enumeró.

“Y a propósito de Maradona y Messi, a Diego se le caía la baba por Lionel. ‘Viste lo que hizo en la práctica’, me decía constantemente. Para *Lio*, él no era su técnico, sino que actuaba como si fuera su hermano mayor”, describió con la justeza necesaria como para definir la relación que unía a los dos más grandes ‘diez’ que dio el fútbol argentino a lo largo de su historia.

“Una vez estábamos en Marsella, en uno de los primeros amistosos que tenía que jugar Argentina ante Francia desde que Diego había asumido, y fui testigo de un momento futbolístico íntimo entre los dos en el que realmente me sentí un privilegiado”, evocó.

“Resulta que ya se había terminado el entrenamiento y Lionel le quería hacer un gol de tiro libre a Juan Pablo Carrizo antes de irse al vestuario. Entonces puso la pelota cerca del vértice del área, de derecha a izquierda, y le pegó buscando el primer palo. La pelota salió arriba, como a tres metros del arco. La cara que puso en ese momento de mínima frustración, fue parecida a la de un chico al que le impiden tomarse un helado”, recordó.

“Entonces yo me acerqué, lo abracé y le dije que estaba muy bien que le diera bronca, porque eso lo llevaría a seguir intentándolo y superarse cada día más. *Lio* tenía 21 años por entonces. Pero el que había visto todo a la distancia había sido Diego, que se cruzó media cancha y me reemplazó en el abrazo. Le habló como un padre más que como un hermano, y se puso de ejemplo para dejarle una enseñanza que en el tiempo fue aplicando y lo llevó a ser el gran ejecutante de tiros libres que es actualmente”, verificó.

“Diego tomó la pelota, la colocó en el mismo lugar en que la había ubicado Lionel, le avisó a Carrizo que iba a patear, le dio de zurda, con sus casi 50 años y sus no sé cuántos kilos de más encima, y la clavó en ese mismo ángulo en el había querido hacerlo Messi un par de minutos antes. Y fue inmediatamente después de eso cuando fui testigo de un consejo memorable que le dio Maradona a ‘Lío’. Le dijo: ‘cuando vos le entrás a la pelota, no le saqués el pie tan rápido como lo hiciste recién, mejor dejáselo un poco más, porque sino ella no entiende que es lo que vos querés. Viste como le dejé el empeine un instante más, y comprendió a donde yo pretendía que fuera’. En ese instante era como si hablaran tres personas a las que las identificaba absolutamente el fútbol: Maradona, Messi y la pelota”, comparó.

Esa afirmación decriptiva de aquel hecho, de aquel instante que quedó grabado a fuego para él, desnudó también su veta literaria, esa que llevó a Signorini a escribir en los albores de 2014 un libro que contenía sus experiencias deportivas pero también su manera de ver en profundidad esta actividad, la vida y sus circunstancias. El título de la publicación es una buena definición de sí mismo y del propio Maradona, al fin y al cabo, integrados por una insoluble masa de vivencias: ‘Fútbol, un llamado a la rebelión’.

“Maradona y Messi son dos fenómenos de la naturaleza propiamente dicha. Una vez, estando en Nápoles, lo llevé a Diego a hacerse unos estudios médicos con un prestigioso profesional romano, el doctor Antonio Dalmonte, que le realizó distintos tipos de evaluaciones y le dijo algo que describe con nitidez por qué es un superdotado. Este profesional le manifestó que además de eximio futbolista, Diego podría haber sido un gran piloto de aviones de guerra, porque tiene una visión periférica superior a la normal”, rememoró Signorini.

“Por eso un día, durante un entrenamiento y para comprobar si con Messi pasaba lo mismo, hice una prueba. Él iba haciendo jueguito sin que se le cayera la pelota desde una punta a otra de la cancha, así que me le fui acercando por detrás, sin que me escuchara ni percibiera mi presencia, para sacarle la pelota con un solo movimiento. Tomé impulso, y viéndolo tan absorto con la pelota, levanté la pierna derecha a 30 centímetros suyos para punteársela, pero en el instante final de mi movimiento él hizo ‘tac’, y evi-

tó que se la sacara. Lo más gracioso es que siguió avanzando como si nada, mientras yo me hacía el gil y me iba para otro lado mirando el piso. Pero ahí pude comprobar que Messi tiene la misma sobrenaturalidad que Maradona”, refirió.

“La otra conclusión que saqué de ese episodio es que los grandes talentos no son para ser explicados. Lo mismo que los liderazgos. Maradona y Messi fueron capitanes de la selección con personalidades muy diferentes. Porque Diego era el que mejor jugaba, pero también se hacía oír en el vestuario, mientras que con Lionel eso no ocurre en la misma medida. Pero yo creo que eso de los líderes tiene que ver más con quienes son los liderados que con quien los lidera. Jorge Valdano anda dando conferencias por el mundo sobre el tema y la verdad que es puro chamuyo, algo que le digo siempre desde el afecto que le tengo. Pero si ponemos como ejemplo una fábrica, el dueño será un buen líder en tanto y en cuanto les pague a los empleados lo que corresponda y los provea de buenas condiciones de trabajo. De lo contrario, por más carisma que tenga, si eso no ocurre, nadie lo considerará un buen líder”, sentenció Signorini.

[Capítulo 3]

Sergio Batista. Otro golpe duro, pero en casa

La eliminación del seleccionado argentino en Sudáfrica 2010 dejó secuelas. La aplastante derrota ante Alemania por 4 a 0 desnudó las falencias de un ciclo que convivió con la improvisación y chocó con la organización total alemana en cuartos de final. El impacto fue resonante porque en la cancha estuvo Messi y en el banco de los suplentes, con un rosario en la mano, Diego Maradona.

Desde aquella despedida en Ciudad del Cabo se tejieron diversas historias referidas a la continuidad o no de Maradona. El debate fue generalizado y por momentos escandaloso. Con el advenimiento de la Copa América en suelo argentino, la elección del director técnico urgía, sin lugar a equivocaciones para una pronta revancha después de otra decepción en Sudáfrica.

“No necesito de un micrófono y una cámara para respaldar a Maradona. Lo hice en la cancha, donde debo hacerlo”, afirmó Mascherano ante los periodistas en los primeros días de agosto de 2010, pero Grondona dejó la pelota picando en el área: “No hay que descartar a nadie”.

La imagen de Maradona entrenador circulaba como factible, pero se agregaron más nombres: Carlos Bianchi, Ramón Díaz y Miguel Ángel Russo. El amistoso programado ante Irlanda para el 11 de agosto en Dublín no permitió un análisis detenido de la situación y para cumplirlo se apuntó a Sergio Batista.

El *Checho* contaba con una ventaja. Su trabajo como DT del seleccionado Sub-20 en los Juegos Olímpicos de Beijing, en 2008, se coronó

con la medalla de oro. Su acercamiento con varios jugadores de la Generación no significó un dato menor. Es más, un respaldo llegó desde la declaración de una voz autorizada para Grondona: Lionel Messi. “No esperaba que Diego se fuera, creí que se iba a quedar, pero Batista puede ser una oportunidad”. Aquel Messi, que se había incorporado a Barcelona de España con “unos kilos de más” según el entrenador catalán Josep Guardiola, sentó posición. Messi, con su tono bajo y juvenil, se comprometió, a su manera, en las decisiones y el futuro del equipo. Gabriel Heinze, en una charla con los periodistas acreditados para el partido con Irlanda, dejó en claro su visión del asunto: “Tiene una personalidad fuerte. Acá no se es líder porque te nombran capitán. Hay gente que es líder en silencio. A *Lio*, de a poco, la edad le va a permitir ser más participe, pero tiene carácter”. Las palabras del *Gringo* anunciaron lo próximo, lo inminente y lo necesario no solo para el seleccionado, sino también para Messi.

Batista se hizo cargo del equipo como DT interino, pero de entrada lidió con problemas como las declaraciones de Carlos Tevez, un defensor acérrimo de la gestión de Maradona. La voz de “Carlitos” retumbó en la concentración argentina de cara al partido ante los irlandeses sin necesidad de gritos. El “Apache” culpó a Grondona por el alejamiento de Maradona a quien se le pidió renovar el cuerpo técnico, siendo Alejandro Mancuso un foco de conflicto, en una situación que puso a Diego entre la espada y la pared. “Diego lo que siento y no me importa si el próximo partido no estoy en el equipo. La dirigencia de AFA siempre deja mucho que desear”, espetó Tevez. Su opinión no tardó en llegar a oídos de Grondona quien al día siguiente concretó una reunión con el ídolo de Boca para explicarle “cómo es la vida”.

Argentina no encontraba paz. Mientras Maradona acusó de “mentiroso” a Grondona y de “traidor” a Bilardo, Tevez aportó más leña al fuego. En tanto, la Generación, con Mascherano a la cabeza, no podía creer lo que sucedía. “Es feo pelearnos entre nosotros. Si nos tenemos que decir algo, que sea en privado. No podemos pelearnos ante los ojos del mundo”, dijo el ex River y Liverpool de Inglaterra en su bajada de línea.

A la hora de jugar, la Argentina de Batista superó a Irlanda con el gol de Ángel Di María, mediante una buena actuación teniendo en cuenta los

vaivenes, las declaraciones y un clima denso en las horas previas. No solo Batista quedó conforme con el rendimiento. Es más, fue por más y no se consideró “un entrenador interino” del seleccionado. Acto seguido, Messi también se retiró del Aviva Stadium de Dublín con satisfacción con otra frase de apoyo: “A Batista lo tomamos como entrenador, no como interino. Me llevo muy bien con él. Viene con un proyecto y hay que dejarlo trabajar”.

La voz de Messi, con el reconocible acento rosarino, no necesitó de un volumen elevado. Con calma, el entonces juvenil dejó en claro su postura. De a poco, en *Generación Lio* se gestó un líder. El propio Mascherano lo notó con el correr de los partidos y del tiempo. Batista, en otra muestra de agradecimiento a *Lio*, desarrolló la idea de otorgarle la cinta de capitán, en caso de ser confirmado como DT del seleccionado argentino, pero para eso debía esperar.

Mientras el mundo, especialmente Sudamérica, observó las noticias provenientes de Copiapó, en Chile, con los 33 mineros atrapados bajo tierra, que luego dio lugar a una producción estadounidense en formato de película, en el predio de AFA no se habló de otra cosa: el rumbo a seguir. Ese futuro tenía muy cerca a la Copa América en la Argentina, evento que no se registraba desde 1987; la presión era grande.

Los jugadores, en especial Mascherano y Messi, siguieron de cerca las alternativas sobre el posible sucesor de Maradona. Entre tanto, Batista preparó el amistoso ante España en el estadio de River Plate, programado para el 7 de septiembre. Por las dudas, el crack rosarino reforzó su idea ante los medios de comunicación: “Ninguno lo ve como interino. Me gustaría que se quedara para seguir creciendo con su idea de juego”.

El plantel, al menos en las palabras de Messi, se inclinó por Batista, pero el hombre elegido por Grondona, con gran apoyo de Bilardo, era Alejandro Sabella. Además, los medios recordaron las dos caras de Batista con proyectos diferentes. La consagración en Beijing, con varios referentes de la Generación; y el fracaso con el seleccionado Sub-20 con la eliminación prematura en el Mundial de la categoría en Egipto. De esta manera, el *Checho* dependió de varios factores para quedarse. Su as bajo la manga fueron los jugadores.

La muestra de aprobación de los futbolistas se plasmó frente al entonces campeón del mundo, que plagado de estrellas cayó de manera contundente por 4 a 1. Messi cortó una racha de 297 días sin marcar para el seleccionado. La vez anterior sucedió justamente ante España el 14 de noviembre de 2009. En esta ocasión, con una definición exquisita ante la salida del arquero Pepe Reina, se besó el escudo argentino para delirio de los hinchas en una tarde a pleno sol en Buenos Aires que ya había vivido otra gesta de la otra generación, la dorada, la de básquetbol, que derrotó a Brasil en los octavos de final del Mundial de Turquía.

Lio recibió una ovación aquella tarde en el Monumental y el equipo, que tuvo los regresos de históricos como Javier Zanetti y Esteban Cambiasso, renovó el idilio con la gente. El *Checho*, a esa altura, se frotó las manos. Los resultados positivos, con goleada incluida al mejor seleccionado de entonces, le otorgaron más respaldo, pero enfrentó un cruce indirecto con Bilardo, quien ya había sido un obstáculo en el armado para el cuerpo técnico de Maradona en noviembre de 2008. “Alguien me separa de Diego”, dijo el ex volante central de Argentinos Juniors, en referencia a quien lo dirigió en el Mundial México ‘86.

La distancia entre Carlos Bilardo y Sergio Batista era evidente. El ex entrenador devenido en Director de Selecciones Nacionales no creyó en el proyecto del “Checho” y tuvo en carpeta los nombres de Alejandro Sabella y Miguel Ángel Russo. Es más, Bilardo aseveró que el próximo DT del seleccionado argentino debía ser de su agrado, de lo contrario dejaría su cargo. Batista, a todo esto, acumuló golpes, estuvo contras las cuerdas, pero no besó la lona. Su idea de convertirse en el entrenador del seleccionado mayor estuvo delante de cualquier situación o cualquier nombre y para eso fue paciente. Los triunfos ante Irlanda y España, con buenos rendimientos, le hicieron sumar puntos. Además, la aceptación de Messi jugó a su favor.

La idea de Batista se basaba en un contrato extenso, hasta julio de 2014, con la finalización del Mundial de Brasil 2014, para desarrollar su proyecto a largo plazo. De todas maneras, su deseo de dirigir a la Generación fue muy fuerte. Si le daban plazo por menos de un año, con la evalua-

ción del rendimiento y resultado en la Copa América de por medio, firmaba con las dos manos. La situación marcó que Batista no quería dejar pasar su gran oportunidad y para ello iba a luchar hasta el final.

El rostro del *Checho*, aquel que Jorge Burruchaga confundió con Jesús en el abrazo del tercer gol ante Alemania en el Mundial de México 1986, quedó perplejo cuando encendió el televisor y en pantalla observó la reunión del ex Presidente de la Nación, Néstor Kirchner, con Diego Maradona en la Quinta de Olivos. En esa reunión del 18 de septiembre de 2010, Maradona y Kirchner tocaron varios puntos. La foto entre ambos significó un gran respaldo para el ex número 10 del seleccionado argentino, el mismo que el 11 de agosto apareció en la presentación del programa gubernamental *Fútbol Para Todos* junto con la presidenta Cristina Fernández de Kirchner y el titular de la AFA, Julio Grondona, luego de la rescisión del contrato con la empresa *Televisión Satelital Codificada* (TSC).

Diego estaba dolido por su salida del seleccionado “albiceleste”, por la forma que se concretó, por un nuevo desencuentro con Grondona y mucho más molesto con Bilardo por una reacción que interpretó como traición.

Aquella entrevista entre Kirchner y Maradona significó un apoyo explícito del político patagónico para uno de los ídolos más grandes del deporte argentino. Kirchner quiso que Maradona fuese una vez más el entrenador del equipo nacional de cara a la gran cita de la Copa América.

La gran exposición de Maradona, quien con solo decir una palabra ya genera la atención de todo el mundo, continuó una semana después cuando en declaraciones a *Fox Sports* lanzó dardos directos a Batista por sus dichos post partido ante España.

“Batista dice que ahora Messi es feliz ¿No lo vio en Pretoria? ¿De qué te disfrazaste, Batista? ¿De *Piñón Fijo*?”, dijo Maradona en alusión al reconocido payaso que aparecía en televisión para deleite de los chicos y que fue encarnado por el actor cordobés Fabián Gómez.

Maradona y su lengua filosa fueron más allá cuando reprodujo la siguiente frase: “un carnicero no puede dirigir a la selección”. Diego también le respondió a Batista por esa diferencia de perfiles y estilos entre uno y otro: “dicen que yo lo opaco al jugador y que el técnico que venga debe te-

ner un perfil bajo. Dice eso porque solo hizo tres goles en su carrera. Yo tengo el perfil que me gané en la cancha”.

En tanto, para Batista, bajo su tutela, Messi podía repetir lo que hacía en Barcelona donde ya era una figura decisiva a fuerza de goles y grandes actuaciones. “En los Juegos Olímpicos y en los dos amistosos, Messi jugó al nivel del Barcelona. No hay que presionarlo, para que disfrute”.

El 8 de octubre de 2010, la Argentina del interino Batista enfrentó a Japón y resultó un llamado de atención importante que el entrenador digirió como pudo. Con Sergio Romero; Nicolás Burdisso, Martín Demichelis, Walter Samuel y Gabriel Heinze; Javier Mascherano y Esteban Cambiasso; Lionel Messi, Andrés D’Alessandro, Carlos Tevez y Diego Milito como titulares perdió 1 a 0 en el estadio de Saitama. La caída generó preocupación, con un nivel pobre, por debajo de lo ofrecido ante Irlanda y España.

En el vestuario los jugadores evidenciaron su enojo por la logística del partido, un factor que los desgastó físicamente y alertó a sus dueños, los clubes más poderosos de Europa. Las lesiones de Milito y Cambiasso, reemplazados antes de la finalización del primer tiempo por Gonzalo Higuaín y Mario Bolatti, respectivamente, dieron cuenta del riesgo con un viaje extenso a la tierra de *Godzilla*, con escaso tiempo de adaptación y descanso.

Otro tema que desveló al plantel fue el entrenador. La indefinición colmó la paciencia. La AFA no había tomado una resolución y el enfado de los futbolistas se hizo evidente. “Si se queda el *Checho* o no, lo va a decir la gente que maneja este tema. Sería lo ideal que se defina cuanto antes para saber cómo va a seguir esto”, manifestó Mascherano a los medios luego de la derrota ante Japón. El mensaje fue dirigido a Grondona, Bilardo y el comité de AFA.

Batista también dijo lo suyo: “Si me juzgan por los resultados, voy ganando 2 a 1. Ni cuando le ganamos a Irlanda y España éramos el mejor equipo del mundo, ni ahora, al perder, somos el peor equipo”, fue su frase de cassette, pero con significativa incertidumbre ante tantas voces en contra y un partido que bajó su promedio de eficacia.

El miércoles 27 de octubre, una noticia paralizó el país. Mientras se

realizaba un nuevo censo, los argentinos se informaron sobre el fallecimiento del ex presidente Kirchner por un paro cardíaco en su residencia de El Calafate, en Santa Cruz. Su muerte conmocionó el sistema político y social de la Argentina. Su viuda, la entonces Jefa de Gobierno, Cristina Fernández, recibió muestras de apoyo y afecto que se extendieron como un mensaje de condolencia en la reelección de 2011 con el 54% de los votos, un porcentaje descomunal que ni siquiera el grupo Clarín, el multimedio más poderoso y incidente del país, pudo soslayar. Kirchner, un ferviente hincha de Racing Club, ya había jugado sus cartas con Maradona, pero esa idea quedó descartada.

La ratificación de Batista no solo implicó el descontento de Maradona o el desacuerdo de varios nombres ligados al fútbol argentino. La ambición del *Checho* por convertirse a como de lugar en el director técnico de Messi no pasó por alto para algunos de sus colegas que por convicciones o interés de vestir ese buzo manifestaron su desacuerdo.

Don Julio se dispuso a marcar el número en el teléfono para la comunicación con los dirigentes de Estudiantes La Plata. El club platense contaba por entonces con una persona idónea según el pensamiento del mandamás de la AFA. La consagración del conjunto *Pincha* en la Copa Libertadores 2009 fue un gran golpe de efecto para la carrera de Alejandro Sabella quien en sus primeros pasos como DT demostró sapiencia e inteligencia para llevar adelante un grupo. Ya no estaba bajo la sombra de su gran amigo, Daniel Pasarella, a quien acompañó como asistente del seleccionado argentino entre 1994 y 1998 y en otros equipos como Monterrey de México, Corinthians de Brasil y River Plate. El Torneo Apertura se encontraba en un momento decisivo con Estudiantes y Vélez en una pelea palmo a palmo. Grondona, alentado por Bilardo, se comunicó de todas maneras con las autoridades de la institución platense, pero la respuesta, con cierto temor a un enojo, fue negativa. Estudiantes se jugaba el campeonato y no querían que el entrenador dejase su puesto aunque se tratase del seleccionado argentino.

Con Sabella tachado de la lista, y sin un convencimiento total por Miguel Ángel Russo, quedó Sergio Batista, el DT interino en las victorias an-

te Irlanda y España que contaba con el apoyo de los jugadores y en especial de Messi.

El 2 de noviembre de 2010 se organizó en el predio de AFA, en Ezeiza, una conferencia de prensa para el anuncio formal. “Es para mí una satisfacción compartir con ustedes la nominación del nuevo cargo que tiene *Checho* Batista con AFA. A partir de estos momentos, y hasta 2014, será el entrenador de la selección mayor. Lo único que me queda es desearle lo mejor, lo que se merece por su trayectoria, por su hombría de bien y porque donde has pasado has dejado un viento de felicidad”, fueron las palabras elegidas por Grondona para confirmar a un Batista feliz, con indumentaria deportiva, y sin Bilardo a su lado.

La imagen de Batista como nuevo entrenador de la Argentina despertó diferentes opiniones. Entre ellas la de Gerardo Martino, quien por entonces estaba al frente del seleccionado paraguayo: “Para mantener la forma (Carlos) Bianchi era el candidato normal para asumir la dirección técnica de la selección argentina”, en una declaración replicada por los medios de comunicación. Otros personajes del fútbol, como le sucedería a Jorge Sampaoli en un futuro, pero con aristas diferentes, criticaron el procedimiento de Batista para aferrarse al cargo. Entrenadores como Gustavo Alfaro, Ramón Díaz y Miguel Ángel Russo se expresaron en contra de una relación por demás encantadora entre un DT y el grupo de jugadores. Maradona y Claudio Caniggia también se subieron a esa idea. Más allá de los reclamos o puntos de vista distintos, Batista logró su cometido en un momento difícil del equipo, con aire de transición, y con la responsabilidad de lograr la Copa América por las derrotas del pasado y por jugarse en casa.

A todo esto, Messi recibió con agrado la ratificación del *Checho* y lo plasmó, a su manera, en una entrevista concedida a la revista *El Gráfico* en busca de comunidad y unión. “Me molesta cuando algunos pretenden vender cosas que no tienen nada que ver con la realidad porque parece que les interesa que la selección fracase y creen que utilizándome a mí pueden romper el grupo o dividir la opinión de la gente”, lanzó el rosarino en lo que se asemejó a una descarga. Messi y Mascherano intentaron que el seleccionado sea noticia por su rendimiento en la cancha y no por frases des-

afortunadas, en caliente y apuradas. Había llegado el tiempo de parar la pelota, de tranquilizarse para barajar y dar de nuevo. Messi sentía cómo desaparecía la armonía del Barcelona cada vez que aterrizaba en suelo argentino, pero eso no lo desalentó, al contrario, puso el hombro en cada convocatoria. De hecho, Messi fue la figura y contribuyó al primer éxito de Batista con el triunfo ante Brasil por 1 a 0 en otro amistoso, en Qatar. El crack rosarino definió el partido en el último minuto y pagó así una deuda: por primera vez gritó contra el histórico rival.

Aquella formación ante Brasil, dirigida por Mario Menezes y con Neymar como incipiente atracción, ya reflejó los cambios del *Checho* en algunos nombres. Ese día, la Argentina se paró con Romero; Zanetti, Nicolás Pareja, Burdisso y Heinze; Éver Banega, Mascherano y Pastore; Messi, Di María e Higuaín.

En ese triunfo no participó Carlos Tevez por lesión y quedó al margen de los convocados, pero a pocos días de su negativa al seleccionado se puso a la órdenes de Manchester City, cuestión que irritó al cuerpo técnico de Batista.

El siguiente paso del seleccionado del *Checho* se registró en el año 2011. El 9 de febrero, en Suiza, dos de los jugadores más importantes del planeta se enfrentaron. Esta vez no se trató un clásico español. Sin las casacas de Barcelona y Real Madrid de por medio, Messi y Cristiano Ronaldo ingresaron al campo de juego del estadio *Genevê* de Ginebra de Suiza para el amistoso entre Argentina y Portugal. La atracción fue considerable porque resultó un boom comercial ineludible para un deporte cuyo negocio se acrecentó con el correr de las décadas. En esa misma cancha estuvieron las dos figuras futbolísticas del siglo XXI y desde entonces, Messi se propuso llevar a la Argentina a lo más alto de las consideraciones, a ganar trofeos y principalmente, a ser querido en su país de una buena vez.

La victoria argentina dejó una sensación de alivio una vez más para Batista. Di María y Messi, en el último minuto, fueron los goleadores para el conjunto nacional, mientras que Ronaldo señaló el empate transitorio para los portugueses.

El mes de marzo de 2011 programó dos amistosos más para Batis-

ta. El primero lo afrontó el día 16 con jugadores del medio local en la goleada 4-1 ante Venezuela en el día de la inauguración del estadio Bicentenario de San Juan, uno de los escenarios para la Copa América. El evento de apertura convocó a varias personalidades del mundo político argentino, entre ellos el gobernador de la provincia, José Luis Gioja, y el presidente de AFA, Julio Grondona, que se sumaron a una comunicación vía teleconferencia con la presidenta de la Nación, Cristina Fernández de Kirchner.

Diez días después, la alarma futbolística se encendió otra vez en la gestión de Batista. La Argentina, sin Carlos Tevez, viajó a Nueva Jersey para disputar otro amistoso, esta vez ante el local, Estados Unidos, un seleccionado ubicado siempre dos escalones debajo en comparación con el poderío y la historia de la *albiceleste*. El empate 1-1 deparó rostros serios en la zona de vestuarios. Con Messi en cancha, la Argentina no pudo ni supo imponerse con una actuación deslucida.

Los siguientes compromisos amistosos, con o sin Messi, con jugadores que militaban en el fútbol europeo o con una selección local, solo generaron dolores de cabeza para el *Checho* que buscaba la mejor forma para un equipo obligado a ganar la Copa América. Los empates ante Costa Rica (0-0) y Ecuador (2-2) generaron más incertidumbre y el triunfo ante Paraguay (4-2) alivió la tensión por un momento.

Sin embargo, ante los guaraníes, en la provincia de Chaco, resonó fuerte el nombre de Tevez. La ausencia del *Apache*, denominado “el jugador del pueblo”, respondió a un acto de reflejos de los hinchas cada vez que el seleccionado no respondía en la cancha. Cuando los triunfos no llegan, los de afuera, los que no fueron citados, son la solución. Y en esa ocasión, Tevez, el que apoyó a Maradona, el que se reunió a solas con Grondona para limar asperezas, divisó todo desde muy lejos.

El gran cimbronazo se produjo el 1 de junio cuando la Argentina cayó 4 a 1 ante Nigeria, en la ciudad de Abuja, a un mes del comienzo de la Copa América. El *Checho* eligió a Adrián Gabbarini; Pablo Zabaleta, Ezequiel Garay, Federico Fazio y Emiliano Insúa; Fernando Belluschi, Mario Bolatti, Alberto *Tino* Costa y Nicolás Gaitán; Mauro Boselli y Diego Perotti para seguir observando rendimientos, pero la derrota categórica solo complicó las

cosas entre el entrenador y el titular de AFA, Don Julio, quien puso el grito en el cielo. Grondona entendió que el prestigio del seleccionado se desmoronaba a poco del inicio de la Copa América, un certamen esquivo desde 1993, en un año importante para la escena de la política nacional.

Dos días después de la goleada ante Nigeria, que pudo haber sido más abultada de no haber mediado Gabbarini con algunas atajadas, apareció la voz del empresario Guillermo Toffoni, el presidente de *World Eleven*, la empresa que organizaba los amistosos del seleccionado argentino.

“Estos amistosos los pide Batista para ver jugadores. Dios quiera que saque algún jugador, pero no es justo ni necesario arriesgar con un resultado que termine marcando, no como selección A o B, sino como que la Argentina perdió con Nigeria”, manifestó Toffoni a diario *La Nación* en un pensamiento muy cercano al de Grondona.

La aparición de Lionel Messi despertó un sentido comercial en el combinado nacional que Grondona y compañía decidieron explotar, pero con errores porque los rivales y los escenarios elegidos no resultaron indicados. El fútbol es un negocio, los jugadores son los exponentes y los dirigentes manejan los números. La crítica a Batista no solo se elevó por la producción futbolística de un equipo perdido en cancha, desorientado y con pocas luces. Los reproches también incluyeron un factor económico sometido a la lista de convocados. Así, Tevez volvió a colarse en la polémica.

El seleccionado argentino, con sus estrellas en cancha, tenía un piso de millón de dólares como cachet. Aquel partido ante Nigeria, que luego se extendió con el arribo a Polonia, no dispuso de nombres rutilantes. La primera inquietud de los organizadores se depositó en la presencia de Messi. De lo contrario, esperaban que al menos Tevez se calzara la casaca celeste y blanca. Quedó claro que a la Argentina de ese entonces no le servían esos amistosos. La AFA se quejó por pérdida de prestigio, los organizadores por pérdida de dinero y Batista expuso sus errores como entrenador.

El siguiente cotejo, ante Polonia en Varsovia, no ayudó mucho. La alineación sufrió varios cambios, pero el equipo cayó 2 a 1. A esa altura, el apellido Tevez recorrió cada rincón del país. El reclamo se hizo unánime en

los hinchas, pero también en los medios de comunicación que pusieron al *Apache* en la famosa y maldita agenda deportiva.

La relación Batista-Tevez no pasaba por su mejor momento. El entrenador estuvo disgustado por la supuesta lesión del delantero antes del llamado en el amistoso ante Brasil y no le encontraba un lugar en el equipo. “Lo llamé a Batista y no me atendió el teléfono. No sé cuáles son los motivos por los que no estoy en la selección. Que me llame y me diga que no me va a tener en cuenta”, dijo Carlitos el 18 de mayo de 2011 en rueda de prensa a los periodistas.

Tevez tenía en claro un regreso al equipo. Su apoyo a Diego Maradona estaba fresco, con críticas incluidas a la AFA que motivaron una reunión con Grondona, pero el entonces delantero de Manchester City estaba empeinado en volver.

Para Batista, Tevez no tenía lugar en el equipo, un dilema que se mantuvo en el tiempo con los entrenadores siguientes. La presión para la vuelta de Tevez fue muy fuerte para el “Checho” que intentó mantener su decisión hasta el último momento, pero las imposiciones externas fueron más. Batista, quien tanto había luchado para convertirse en entrenador del seleccionado argentino, sintió que era Tevez o él. La puja por Tevez tenía como responsables, no solo al periodismo y los hinchas, principalmente a la dirigencia de AFA, es decir, Julio Grondona, pero también a la política nacional.

“La orden de convocarlo vino de arriba, de AFA y de más arriba. En ese momento tuve ganas de irme, de dar un paso al costado”, afirmó Batista en una nota concedida a *TyC Sports* en 2013.

A todo esto, Messi y compañía observaron todo desde afuera. Sin palabra u opinión mediante. La no convocatoria de Tevez se basaba en una decisión de Batista, exclusivamente, y el propio *Carlitos* expresó su buena relación con el crack rosarino en los medios de comunicación.

“No soy un tipo de conflictos. Menos cuando se viene algo importante como la Copa América, que la tenemos que ganar sí o sí. Tienen que jugar Messi y diez más, dejémonos de joder. Claro que el equipo tiene que armarse a la medida de Messi. No hay problema. Si Messi quiere, tiene que

ser el arquero. Es el número uno, lejos, no hay dudas. Que no le echen la culpa al *enano* de que yo no estoy en la selección. Es con el que más hablo. Si él quiere decir: ‘*Carlitos* no va a estar’, ningún problema, pero no porque yo vaya a armar problemas en el grupo”, manifestó Tevez.

Casi siete años después, el ídolo de Boca confirmó en televisión que su regreso al equipo se produjo por factores externos y que coincidió con un mal momento físico: “Estaba diez kilos arriba de mi peso”.

Finalmente, a último momento, el deseo de volver se cumplió para Tevez y Batista, preso de sus palabras, quedó condicionado a pocos días del inicio de la Copa América. Mientras tanto, se organizó un nuevo amistoso, pero esta vez en el estadio de River ante Albania. El resultado fue una goleada contundente por 4 a 0 con goles de Lavezzi, Messi, Agüero y Tevez.

El 1 de julio de 2011 comenzó una nueva ilusión para el seleccionado argentino de fútbol en el estadio Ciudad La Plata. La Copa América retornó al país y a pesar del frío penetrante y crudo en la noche platense, la expectativa, al menos en la previa, se mantuvo a una buena temperatura. El partido inicial ante Bolivia despertó mucho interés con el plus de Messi y Tevez juntos en cancha luego del indulto del entrenador al *Apache*. El astro de Barcelona y el “jugador del pueblo” en un mismo espacios y todos contentos.

Sin embargo, esa formación, que combinó juventud con experiencia, no funcionó y la producción fue baja. El equipo de Gustavo Quinteros, ex defensor de San Lorenzo, se puso en ventaja a los dos minutos del segundo tiempo con el gol en contra de Éver Banega, participe de un *blooper* cuando la pelota pasó debajo de su suela luego del taco de Edivaldo Rojas en la ejecución de un córner. El grito boliviano fue un balde agua fría para los espectadores que ya tenían bastante con la temperatura real y aumentó el escepticismo sobre el equipo. En especial con Messi quien tuvo un par de ocasiones para definir, pero no concretó. La gente esperó mucho de él y en el campo de juego del Ciudad La Plata solo advirtió a un futbolista desconectado en ataque y superado por la marca.

El empate de Sergio Agüero, que ingresó por Ezequiel Lavezzi a los

25 minutos del segundo tiempo, calentó las gargantas por un rato, pero la Argentina no pasó de la igualdad frente a Bolivia y las críticas no se hicieron esperar. Al día siguiente, la opinión pública juzgó a Messi y compañía. “Messi nunca juega mal, lo que juegan mal son los que tiene alrededor”, dijo Julio Grondona en una nota radio *Del Plata*.

La segunda presentación del seleccionado de Batista se produjo cinco días después en el estadio de Colón de Santa Fe. El rival fue Colombia, dirigida por Hernán Darío Gómez, que tuvo las mejores situaciones para convertir un gol. Se trató de otra actuación deslucida, con la misma formación que jugó en La Plata, acaso para retribuir la confianza a pesar del traspié en el debut. El empate sin goles fue otra gran decepción. La Argentina no encontraba el rumbo, el juego, y menos los resultados. La presión por ganar devoró el raciocinio en la cancha. Los nervios se apoderaron de la jugada pensante, de la definición fría. El público santafesino no fue contemplativo con el equipo, ni mucho menos. Y si bien Batista estaba en el ojo de la tormenta, Messi fue alcanzado por la lluvia de reproches. Quizás fue su partido más difícil en el seleccionado argentino. Ante su gente, era un desconocido, un extraño. La discusión sobre sus dotes futbolísticos entró en escena y al número diez le dolió. El final de ese partido lo encontró abatido. A falta de diez minutos fue protagonista de un tiro libre que ejecutó como si estuviese en un partido de rugby. De inmediato, escondió la cabeza con el brazo izquierdo en señal de vergüenza. Luego, los ojos clavados en el césped y una mueca de bronca fueron la postal de su partido. Para colmo, con el inconformismo a flor de piel de los hinchas, Messi también recibió el reproche de un compañero de equipo. Al retirarse de la cancha, el crack rosarino escuchó del defensor Nicolás Burdisso: “¡Pendejo! ¡La última jugada se corre! ¡No te podés dejar anticipar, la puta que te parió!”. Las quejas continuaron en el vestuario y ameritaron la intervención del cuerpo técnico para calmar los ánimos.

La ilusión de hacer una gran Copa América con la Argentina fue enorme para Messi, tanto como la decepción de los hinchas en Santa Fe. El mundo se le vino encima y cualquier situación sirvió para reprobarlo. Que no cantase el himno fue la más comentada. De pronto, la compara-

ción con Diego Maradona se hizo inevitable y fue otra carga en una mochila con un lastre descomunal, de arrastre en el tiempo. Messi no solo lidió con el objetivo de ganarse el cariño de la gente sino también con un equipo que intentaba jugar como el Barcelona de España y se quedaba a mitad de camino.

El apoyo a Messi llegó desde el seno del plantel, en distintas formas y personas. “Podría haber jugado para España, pero lo hace en Argentina. Tenemos la suerte de que el mejor jugador del mundo es argentino y no lo dejamos en paz”, dijo Batista. En tanto, Mascherano señaló: “Leo es un fenómeno, es el mejor jugador del mundo y por ahí si se molesta es porque quiere buscar una solución y no sale. No sé si lo que siente Lionel es fastidio, quizás sea un poco de frustración por el hecho de querer y que las cosas no salga”. En tanto, para Javier Zanetti, Messi no era “el problema” del seleccionado: “El problema es de todo el equipo, que no jugó como debía. Lo que pasó entre Burdisso y él son cosas normales. A mí contra Bolivia me tocó discutir con Gabriel (Milito) y somos grandes amigos. Lo tomamos como algo natural”.

El propio Maradona, en una nota al diario *Olé*, trató de “injustos” a los hinchas que criticaron a Messi. “Quiero decirle a Messi que tenga tranquilidad. Antes del Mundial ‘86, jugué partidos malos, era un desastre, criticado por el 80% de los periodistas y después del Mundial no había uno que no me pidiera una nota, así que puedo entender cómo viene el tema”, cerró *Pelusa* en un apoyo incondicional al rosarino.

Al cabo de dos partidos de la Copa América en la Argentina, Messi tenía el ánimo por el piso. Su familia lo apoyó en todo momento y sus compañeros buscaron la forma de complacerlo y de ayudarlo.

En la provincia de Córdoba, en el estadio Mario Alberto Kempes más precisamente, Messi sintió un cambio. En la previa del partido ante el débil Costa Rica, dirigido entonces por Ricardo La Volpe, la Argentina estaba obligada a quedarse con los tres puntos. Las malas producciones indujeron al equipo de Batista a una presión extra alimentada de antemano con la localía y la sequía de títulos. El contexto fue otro. Los hinchas cordobeses se juraron apoyar al seleccionado argentino, pero especialmente al número diez.

“Messi creemos en vos”, fue uno de los mensajes depositados en una bandera celeste y blanca como fiel testigo del pensamiento de los hinchas. Del castigo de Santa Fe al optimismo en Córdoba. Más argentino imposible. Todo aquello jugó en la cabeza del rosarino, consciente de lo que había generado en la gente, mientras se debatía entre la bronca y la tristeza por no responder en cancha como hubiese deseado.

El buen rendimiento de Messi, con dos asistencias incluidas, se sustentó en la compañía de Fernando Gago en el mediocampo y en la conformación de una ofensiva que meses después le dio buenos resultados al seleccionado. El goleador de Barcelona de España se juntó con Di María, Agüero e Higuaín y hubo química.

La goleada 3 a 0, con dos tantos del “Kun” y el restante de Di María, depositaron a la Argentina en los octavos de final de la Copa América. Los silbidos se transformaron en aplausos. Cuando finalizó el partido, Messi miró a las tribunas y agradeció tanto apoyo. Los hinchas retribuyeron el saludo con una ovación y así, *Lio* vivió su primera gran noche con la selección y que confirmó en declaraciones post partido a los medios de comunicación: “Le agradezco a la gente de Córdoba por cómo nos trató. Me hacía falta ese cariño”.

De un momento a otro, Messi y sus compañeros pasaron de una pesadilla al plácido despertar con el sonido de los golpes de palmas generosas.

Cumplido el objetivo ante Costa Rica, el equipo argentino finalizó segundo en el grupo A de la Copa América con cinco puntos, detrás del líder Colombia (7) y avanzó a los cuartos de final. Su próximo rival fue Uruguay que reeditó el clásico del Río de la Plata. El 16 de julio, argentinos y uruguayos se vieron las caras en el escenario que destrató a Messi: el estadio de Colón de Santa Fe. Esta vez, los santafesinos cambiaron su postura con sostén al seleccionado y a su figura. La buena producción ante Costa Rica no alteró los planes de Batista quien dejó en el banco a Tevez, pero la Argentina repitió errores de partidos anteriores con desequilibrio en defensa y eficacia escasa en ataque. El propio Messi tuvo el gol del triunfo, el de la gloria, minutos antes del pitido final del árbitro en una jugada que él mismo inició, pero falló ante el arquero Fernando Muslera, en el último esfuerzo.

El empate 1 a 1, con goles de Diego Pérez (expulsado a los 38 minutos del primer tiempo) e Higuaín, determinó definición por penales. La noche santafesina fue pura decepción cuando Tevez (ingresó a siete minutos del final por Agüero) marró su penal, desviado por Muslera, y el resultado finalizó 5-4 a favor de los uruguayos que ese mismo día, pero de 1950, se consagraron campeones del mundo ante Brasil por 2 a 1 en el Maracanã, en Río de Janeiro, en la gesta que el mundo conoció como *Maracanazo*.

El golpe fue enorme, de grandes dimensiones. La Argentina, sin haber perdido un partido, quedó eliminada. Messi, que portó la cinta de capitán luego de la expulsión de Mascherano, no convirtió goles, como en el Mundial Sudáfrica 2010, y quedó en deuda con el seleccionado y consigo mismo.

El retiro con cabeza gacha de la Copa América significó también el adiós de Batista como entrenador. El *Checho* intentó mantenerse, no consideró un fracaso el desempeño del equipo en el certamen continental, pero las críticas se hicieron insostenibles. Batista, después de ocho triunfos, seis empates y tres caídas, era historia y la obsesión de *Don Julio*, con el apellido Sabella entre ceja y ceja, se reactivó.

La *Generación Lio* acusó el golpe, pero esta vez no emitieron opinión o juicio alguno. La resolución del nuevo director técnico ya era cosa juzgada. Messi, refugiado en un rincón del vestuario del estadio Estanislao López, lloró como un niño desconsolado. Su intención de rescatar al equipo quedó tan solo en eso. No pudo. Las dudas fueron una constante en el breve ciclo de Batista, el entrenador que apoyó desde un principio con declaraciones a los medios. Una vez más, la camiseta argentina y Messi se pareció a una historia de amor no correspondida. O al menos de poco entendimiento. El mejor Messi solo se perfiló en Córdoba, con el cariño del hincha, con sociedades en la cancha, tal como le sucedía cada vez que pisaba el estadio Camp Nou de Barcelona. El próximo entrenador, apuntado por Grondona, sabía perfectamente qué le sucedía y programó un plan para rescatar a la joya del equipo y el resto de sus compañeros.

[Capítulo 4]

Alejandro Sabella:
El clímax futbolístico de la *Generación Lio*

Al tiempo que el seleccionado argentino se despedía de la Copa América en suelo cordobés con el penal fallido de Tevez, el entrenador Alejandro Sabella preparaba su valija con destino a Emiratos Árabes para dirigir a Al Jazira de Emiratos Árabes luego de su exitoso ciclo en Estudiantes La Plata. El pico más alto de ese equipo lo logró en el Mundial de Clubes de 2009 cuando en Abu Dabi cayó 2-1 en la final ante el poderoso Barcelona de España. Aquel equipo catalán contaba con figuras como el brasileño Dani Alves, el francés Thierry Henry, el sueco Zlatan Ibrahimovic y el español Xavi Hernández y su máxima estrella, el ascendente a ritmo vertiginoso Lionel Messi, con Josep Guardiola como director técnico. Aquel 19 de diciembre de 2009, Estudiantes estuvo cerca de la hazaña, pero Pedro, con un gol a dos minutos del final, y Messi, con la definición de pecho en tiempo suplementario, pulverizaron el sueño *pincharrata*.

Sabella llevó a cabo en Estudiantes durante 2009 y 2011 una idea que no solo generó dos títulos como la Copa Libertadores 2009 y el Torneo Apertura 2010. Forjó esas acciones con un sentido de pertenencia hacia el club y la camiseta que los jugadores tomaron al pie de la letra.

La *Generación Lio* no atravesaba un buen momento cuando el presidente de AFA, Julio Grondona, pensó una vez más en Sabella para que se hiciese cargo del destino del seleccionado mayor de fútbol. La idea de *Don Julio* rondó tiempo atrás, cuando Diego Maradona dejó su lugar luego del Mundial Sudáfrica 2010, pero los dirigentes de Estudiantes rogaron por Sa-

bella que estaba inmerso en la lucha por el torneo local. Sergio Batista, otro de la Generación del '86, finalmente asumió como DT.

“La comisión de selección vio con buenos ojos que fuera Sabella, nada más. No creo que sea mal visto. Yo escucho, leo y miro la televisión y tengo la sensación que no puede ser mal visto por nadie”, dijo Grondona en una nota con radio *Rivadavia* a fines de julio de 2011.

El nombre de Sabella se impuso frente a Gerardo Martino y Carlos Bianchi. El *Tata* exhibió sus pergaminos con el seleccionado paraguayo de fútbol con una buena actuación en las Eliminatorias 2010 que le permitieron la clasificación al Mundial de Sudáfrica, el torneo donde fue eliminado por España, en cuartos de final, que finalmente resultó el campeón por primera vez en su historia. La Copa América 2011 lo encontró en la definición, pero con derrota inapelable ante Uruguay por 3 a 0. Aquel Paraguay solo se sostuvo por los resultados y no tanto por su juego.

Por su parte, Bianchi fue el apellido de la discordia para Grondona. Nunca se llevaron bien. La relación significó un obstáculo gigante para el *Virrey* que encontraba respaldo en la opinión pública por los títulos nacionales e internacionales logrados con Boca Juniors (1998-2001 y 2003-2004).

Grondona conocía muy bien a Sabella desde su rol de ayudante de campo de Daniel Passarella entre 1994 y 1998 en el seleccionado. El estilo meticuloso, estudioso, pensante y reflexivo de Sabella, acompañado de un perfil bajo, fueron rasgos tenidos en cuenta por el titular de la AFA. Además, en los oídos tenía el constante consejo de Carlos Bilardo para finiquitar la contratación de uno de sus hijos dilectos.

Bilardo, otro símbolo de Estudiantes, conocía aun mejor a Sabella. Lo dirigió en el club platense de principios de los ochenta y *Pachorra* siempre expresó gratitud hacia la figura de su ex entrenador, aunque éste no lo citó para el Mundial México 1986. Delante suyo tuvo a Maradona, Ricardo Bochini, Carlos Tapia y Marcelo Trobbiani, aunque el mito urbano indique que el propio Grondona le bajó el pulgar. Tanto Sabella como Bilardo cultivaron la escuela de Osvaldo Zubeldía, la mente del Estudiantes de los sesenta que agigantó su leyenda con la conquista de la Copa Libertadores en

tres oportunidades. Sabella no conoció personalmente a Zubeldía, fallecido el 17 de enero de 1982 cuando *Pachorra* no había demostrado su calidad como jugador en Estudiantes, pero Bilardo se encargó de trazarle un perfil detallado de su maestro.

“Estimado Osvaldo: aunque personalmente no tuve el gusto de conocerlo, ha sido tanto lo que recibí de usted que solo me queda agradecerle. Espero haber honrado su memoria y aportado un granito de arena para los más jóvenes. No escuché el timbre de su voz ni estreché su mano, pero dentro mío atesoro muchas de sus enseñanzas, porque como en *El Principito de Saint-Exupéry*, lo esencial es invisible a los ojos”, escribió Sabella en el prólogo para el libro dedicado a la vida de Zubeldía, *Viejo Zorro*, escrito por Facundo Bañez para *Ediciones Al Arco*.

Sabella presentó su renuncia a Estudiantes en febrero de 2011 y la noticia causó estupor en el club porque nadie esperaba tal suceso. El entrenador ya había entregado todo a ese grupo de jugadores comandados por Juan Sebastián Verón y su temor residió en no ser capaz de mantener esa línea. El ex volante de River y Estudiantes firmó contrato en junio de ese año con Al-Jazira, pero el llamado de Grondona resultó imposible de declinar. Después de algunas idas y vueltas, resolvió su desvinculación con el equipo árabe.

La presentación de Sabella como nuevo DT del seleccionado *albiceleste* se produjo en agosto con un discurso claro y marcado por influencias políticas. En su primera conferencia de prensa en el predio de AFA en Ezeiza habló del ex presidente de los Estados Unidos, John Fitzgerald Kennedy, asesinado en Dallas en 1963, pero principalmente del intelectual, economista, abogado, político y periodista que nos legó una enseñanza en la historia de la República Argentina: Manuel Belgrano.

“Allí tenemos la Bandera, creada por Manuel Belgrano. Él dio todo por la patria. Dejó su sueldo y murió pobre. Es el ejemplo a seguir. Es poner el bien común por encima del individuo”, dijo Sabella en la sala de prensa de AFA en un mensaje que surtió efecto entre los presentes y aquellos que siguieron de cerca sus declaraciones en los medios de comunicación.

Belgrano, un prócer que impulsó la educación con todas sus fuer-

zas, ideó muchas frases que fueron recogidas por historiadores y pasaron a la historia. “A quien procede con honradez, nada debe alterarle. He hecho cuanto he podido y jamás he faltado a mi palabra”, quizás fue uno de esos pensamientos que Sabella adoptó de Belgrano como manera de presentación ante el grupo, en una característica que lo acompañó en todo el ciclo, desde el primer día hasta el último.

Esas palabras elegidas en la conferencia de prensa tuvieron un destino directo, sin escalas: los jugadores. Sabella intentó repetir la fórmula de su Estudiantes en el seleccionado. La Generación Messi debía asimilar un concepto básico. Hay algo que está por encima de todo y eso era el seleccionado argentino. Eligió un aviso que llegase directo al corazón, antes que a la mente, para motivarlos, para alzar las banderas como lo hizo Belgrano y defender los colores, tal como lo hicieron en citas anteriores, pero con mucha más fuerza.

El grupo era la clave de todo para Sabella. Esa fue otra idea que intentó transmitir con las citas a Belgrano y Kennedy. La primera persona del singular debía ser reemplazada por la primera del plural. Que el “nosotros” se interponga ante el “yo”. La premisa fue definida y clara desde el principio y se sostuvo hasta el final de su ciclo. De hecho, su esquema preferido se basaba en el 5-3-2, tal como lo confirmó en aquella presentación en Ezeiza, pero el mismo podía ser reemplazado o modificado con fundamentos por el bien del equipo.

La *Generación Lío* dio sus siguientes pasos con un entrenador puntilloso, de fuertes convicciones políticas, relacionadas al peronismo, que no iba a dejar nada librado al azar, a pesar de las múltiples cábalas que supo cultivar en otro guño a su escuela platense, en busca del prestigio perdido.

Cuando Sabella se hizo cargo del seleccionado argentino de fútbol, Messi, con 24 años, ya tenía una serie de récords sobre los hombros que causaron asombro en cualquier rincón del mundo. El crack rosarino dio por entonces 18 vueltas olímpicas contando sus logros en Barcelona y el seleccionado argentino. Con el equipo catalán festejó la Liga de Campeones de Europa (2006, 2009 y 2011), la liga española en cinco ocasiones (2005,

2006, 2009, 2010 y 2011), la Supercopa española (2005), la Copa del Rey (2009), la Supercopa europea (2009) y el Mundial de Clubes (2009).

Con la casaca argentina conoció el éxito en el Mundial Sub-20 de 2005 y con la medalla de oro en los Juegos Olímpicos de Beijing en 2008, en el embrión de la Generación.

Sus goles, sus gambetas y su desequilibrio solo motivaron elogios de la prensa y de los hinchas de Barcelona. Desde este lado del mundo, sus actuaciones brillantes causaron un efecto ambiguo ¿Cómo podía ser que en Barcelona lograra tal desempeño y en el seleccionado argentino su figura resultase opaca, sin brillo y sin resultados? La pregunta repicó fuerte, especialmente cada fin de semana, cuando Messi levantaba su puño y esbozaba una sonrisa luego de cada gol en España.

El flamante entrenador del seleccionado argentino debía resolver esa cuestión. Messi era su as de espadas en el equipo, sin dudas, su pieza fundamental, pero ¿por qué no rendía con plenitud en el seleccionado? Las imágenes de la eliminación en el Mundial de Sudáfrica 2010, con la goleada 4-0 ante Alemania y un Messi con la mirada perdida, abrazado por Maradona, sumado a otra derrota dolorosa por penales ante Uruguay en cuartos de final de Copa América 2011 seguían en la retina de los hinchas argentinos.

“Messi es el mejor del mundo, el más desequilibrante. Hay que darle tranquilidad y sentirnos agradecidos con él porque eligió jugar para la Argentina. La selección no es Barcelona. El contexto de la selección es otro con respecto al rival, a sus compañeros y otros factores. Hay que bendecir que Messi está con nosotros en la selección argentina”, manifestó Sabella luego de su primer periplo europeo, a mediados de agosto de 2011, para hablar con sus próximos dirigidos.

La defensa de Sabella a Messi fue encendida y dejó entrever que entre sus manos iba a manejar a uno de los mejores futbolistas del mundo en el inicio de su madurez, pero a esa etapa debía construirla, apoyarla y reforzarla. La cinta de capitán apareció como un signo.

Antonio Rattín se ganó un lugar en la historia del fútbol argentino, no solo con Boca Juniors, también con el seleccionado argentino. A esos

colores los defendió en el Mundial de Inglaterra 1966 con una expulsión incluida y una recordada imagen de estrujamiento a un banderín británico cuando dejó la cancha a instancias del árbitro alemán Rudolf Kreitlein.

“Ser capitán es una responsabilidad grande desde que usas el brazalete. Puedes responder de manera apreciable, en el trato, o a veces de manera brusca, pero debes imponer el respeto de todos sus compañeros. Un jugador tiene que tener personalidad para ser capitán, porque tiene que defender a sus compañeros, debe hablar con el técnico y con los rivales y el árbitro”, consideró Rattín quien solo jugó en Boca entre 1956 y 1970.

El *Rata* incluso recordó cómo asumió la capitanía en aquel seleccionado dirigido por Juan Carlos Lorenzo en el Mundial de Inglaterra de 1966, que lo tuvo como protagonista por razones extrafutbolísticas.

“El *Toto* Lorenzo me mandó a buscar por el preparador físico y yo estaba en la habitación, con un compañero. Estaba jugando a los cochecitos eléctricos con la pista armada entre las dos camas. “Uh profe, ¿a esta hora? Son las 23”. Y me dijo: “Quiero hablar con usted” y le respondí: “Bueno, si no queda otra voy”. Fui en pijamas, del segundo al décimo piso. El *Toto* estaba con uno de sus ayudantes y me dijo: “siéntese en esa cama que quiero hablar con usted” y le contesté: “¿qué pasa tanto misterio?”. Entonces me dijo: “es para informarle que usted mañana empieza a ser el capitán”. Fue en el partido debut contra España”, rememoró una gloria de Boca para este libro.

Para Alfio Basile, un capitán debe ser “confiable” para el resto de sus compañeros. “Tiene que defender a los jugadores a muerte, tanto dentro como fuera de la cancha y ante los dirigentes; tiene que tener una buena conducta”.

Para el *Coco*, la cinta en brazo de Messi solo se admite por su condición de “líder futbolístico” que supera por varios cuerpos a sus expresiones y modo de transmitir sus emociones en una cancha. “En el barrio era capitán el que mejor jugaba, pero en un plantel profesional, no. Los jugadores generalmente se van formando de a poco, cuando llegan a los 20 años, ahí ves la presencia que tiene. Nosotros teníamos otra personalidad, criados distintos y educados distintos. El jugador de ahora es distinto, los

tiempos van cambiando. Es más, hasta los entrenadores de ahora son distintos. Andan con los drones y esas cosas... qué se yo. Yo no critico ni nada, quizás es un fenómeno, pero es lo moderno”, mientras acomodó su copa de vino en el restaurant *La Raya*.

El viaje a Europa le sirvió a Sabella para plantear la idea de un Messi capitán. El rosarino ya contaba con la número diez en la espalda, un símbolopreciado en cualquier equipo, pero mucho más en el seleccionado argentino, emparentado con Maradona; ni más ni menos.

Un periodista consultó a Sabella, en su primera conferencia de prensa como DT de la Argentina, quién iba a ser su capitán, pero la duda se interpuso. No tenía un nombre definido. Más allá del esquema táctico a usar, de los nombres y otras cuestiones, ese tópico también generó inquietudes en Sabella quien divisó a Messi como el jugador encargado de usar el brazalete que alguna vez portaron orgullosos Maradona, Rattín, Oscar Ruggeri y su amigo Passarella.

De repente, aquel niño de voz baja en el plantel de Alemania 2006, con figuras como Juan Román Riquelme, Hernán Crespo y Roberto Ayala, se mostró en condiciones de asumir un puesto que no permite marcar más goles o evitarlos, pero puede guiar a un grupo de futbolistas en la cancha.

“Nosotros veíamos lo que él provocaba con sus compañeros. Él tiene una autoridad en silencio, que la transmite a través de la creatividad futbolística. Messi no necesita pegar un grito para que los otros sepan que el que manda es él. Es el máximo exponente del fútbol mundial, ¿cómo no te vas a alinear detrás de él?”, expresó Claudio Gugnali, integrante del cuerpo técnico de Sabella junto con Julián Camino, en un alto de sus actividades desde la ciudad de las diagonales.

Aquello que Sabella y compañía advirtieron estuvo en sintonía con el pensamiento de Javier Mascherano. El ex volante de River Plate portó esa cinta durante la Copa América 2011, pero supo que tarde o temprano decantaría en Messi. Por la cabeza de Mascherano rondó la posibilidad de que Messi resultase el abanderado del equipo. No solo porque entendió que Messi era la respuesta a todas las preguntas desde el plano futbolístico y que así impondría más respeto, también lo observó desde el punto de vis-

ta del hincha. Que Messi se transformase en capitán del seleccionado argentino implicaba un acercamiento más con la gente en una relación que a falta de buenos resultados no cuadraba del todo.

Sabella se reunió con Messi y Mascherano en el Viejo Continente. Conocía el perfil de los dos. Eran las caras visibles de esta Generación. El entrenador propuso la idea y dejó que ambos futbolistas discutiesen las razones de porqué uno de los dos debía ser el capitán. Messi, en primera instancia, no fue receptivo para no crear conflictos con Mascherano, pero éste insistió y de esa manera, el rosarino leyó que la entrega de la cinta resultaba ineludible y honesto por parte de su compañero. Leo no dejó pasar esta vez la oportunidad y aceptó con gusto el desafío. Desde ese entonces, Lionel, el chico callado y de los cachetes colorados como señal de vergüenza, demostró carácter y no se retrotrajo. Empezó el “nuevo” Messi para el plantel y para los hinchas. Esa imagen que se observó en Sudáfrica 2010, en la ciudad de Polokwane, con el triunfo ante Grecia, se impuso como moneda corriente. Messi y la pelota. Messi y el número diez en la espalda. Messi y la cinta de capitán.

Luego de aquel encuentro, al cabo de tres días, Mascherano llamó por teléfono a Sabella y le comunicó que estaba todo resuelto, tal como lo había planeado. El entrenador percibió en Messi un cambio. Entendió que sus palabras ya tenían otro rebote y apoyó con total confianza al flamante capitán.

“Mascherano es más interlocutor, habla más, se desenvuelve mejor. Entonces es casi una necesidad para Leo tenerlo cerca, pero les aseguro que el capitán, el referente nuestro era Messi. De repente, lo que Messi no expresaba desde la palabra, lo expresaba Mascherano, pero siempre coincidiendo porque no tengo dudas que si en algo no le erramos nosotros, fue en la conformación del grupo. Estoy convencido, más allá de la calidad y del entrenamiento, el éxito va de la mano con lo humano, con el grupo. Por más que tengas súper estrellas, si no tenés un buen grupo, terminan cada uno haciendo la suya sin lograr el objetivo final”, resumió Gugnali.

La noche del 2 de septiembre de 2011, en Calcuta, India fue testigo de un período de cambios en el seleccionado argentino y del inicio de un camino para la *Generación Lio*. El partido amistoso ante Venezuela, en

el estadio Salt Lake, fue la carta de presentación de la gestión de Alejandro Sabella como entrenador, pero también significó el debut de Messi como capitán frente a un equipo que más adelante en el tiempo lo puso en aprietos en Eliminatorias Sudamericanas.

Los equipos salieron a la cancha juntos y allí estaba Lionel, con la cinta celeste y la “C” en blanco en el brazo izquierdo, casi como niño con juguete nuevo, en una escena novedosa. El crack rosarino, minutos antes del inicio del juego, tomó el micrófono y leyó la consigna dictada por FIFA, liderada entonces por el suizo Joseph Blatter, luego implicado en casos de corrupción, con referencias al juego limpio. Con su acento rosarino inconfundible, dejando algunas “s” por el camino, leyó el texto breve para los espectadores y así fue su primer acto como capitán del seleccionado argentino de fútbol. Luego, el mediocampista Tomás Rincón hizo su parte desde el lado venezolano y se dedicaron a jugar.

Messi fue el protagonista absoluto esa noche, con algunas pinceladas de su talento, de esas que generan chispas cuando arranca. El conjunto nacional, que en el primer tiempo sufrió con los remates de Frank Feltscher, ganó por 1 a 0, con gol de Nicolás Otamendi, de cabeza (ST 25m), luego del córner que ejecutó el número 10.

“La cinta no va a cambiar nada porque voy a jugar como siempre, con las mismas ganas, con la intención de hacer siempre lo mejor. El traspaso de la cinta fue muy fácil porque lo veníamos hablando con Javier, pero fue una cosa que salió de él y estoy agradecido por cómo se portó. En realidad fue un cambio de cinta entre amigos y estoy contento, tranquilo y agradecido por eso”, manifestó Messi a los medios de comunicación una vez finalizado el partido en el comienzo de una nueva etapa, de un nuevo rol en la *Generación Lio*.

Ese primer partido del ciclo Sabella encontró a varios nombres de la Generación. El equipo se alistó con: Sergio Romero; Pablo Zabaleta, Martín Demichelis, Otamendi y Marcos Rojo; Luis González, Javier Mascherano y Ricardo Álvarez; Messi, Gonzalo Higuaín y Ángel Di María. Luego, se produjeron los ingresos de Javier Pastore, José Sosa, Sergio Agüero y Federico Fernández por *Ricky Álvarez*, *Lucho González*, Di María y Zabaleta.

El segundo paso de la Generación en tierra india se produjo el 6 de septiembre con la victoria 3-1 ante Nigeria, con algunas modificaciones en la formación, en el sistema táctico (del 4-3-3 al 5-3-2) y los goles de Higuaín, Di María y Uwa Echiejile, en contra.

Argentina continuó con la puesta a punto de cara a las Eliminatorias con los clásicos ante Brasil, denominados *Superclásico de las Américas*, con partidos en Córdoba y Belem, ambos con un combinado local donde aprovechó para las pruebas del 5-3-2 y el 5-3-1-1. Los resultados arrojaron el empate sin goles en el estadio Mario Kempes y la caída 2 a 0 como visitante con un gol de Neymar, quien militaba en Santos.

La primera actuación por los puntos de Sabella se produjo el 7 de octubre de 2011 con el estreno en Eliminatorias Sudamericanas ante Chile en el Monumental de River Plate. La noche resultó exultante con la goleada por 4 a 1 con tres de Higuaín y uno de Messi, en su primer tanto bajo las órdenes del ex DT de Estudiantes La Plata.

La contundencia en ataque fue un punto alto ante el seleccionado trasandino, dirigido entonces por Claudio Borghi, que dejó espacios muy bien aprovechados. La formación se nutrió muy poco de la Generación aunque con jugadores referentes como Messi, Higuaín y Di María quienes disputaron un gran juego. A ellos se sumaron Éver Banega y Rojo, un descubrimiento de Sabella en su tiempo como DT del conjunto platense, bajo una base bien *pincharrata* con el arquero Mariano Andújar y los volantes José Sosa y Rodrigo Braña quienes le permitieron pisar sobre seguro en su primera cita oficial con el buzo celeste y blanco.

El público argentino observó a un Messi feliz, contento, pero esta vez con la camiseta del seleccionado y no con la de Barcelona. Leo marcó un gol mediante la asistencia de Higuaín. El festejo de *La Pulga* fue con los puños en alto, hacia la tribuna, como una señal de reconciliación o tal vez de recuperación, en los primeros pasos de una nueva vida, de una etapa diferente, con más responsabilidades, con más gol y determinación. Además, el rosarino contabilizaba hasta ese instante 16 partidos oficiales sin marcar con el seleccionado. La racha abarcó Eliminatorias Sudamericanas 2010, Mundial Sudáfrica 2010 y Copa América 2011.

La expectativa de los hinchas, por ver a un Messi encendido, un deseo tantas veces postergados por factores diversos, se cumplió con creces esa noche en el Monumental. Al menos por un momento, las dudas quedaron al costado del camino.

El siguiente paso para reforzar lo brindado en la cancha de River apuntó a Venezuela, el rival de la segunda fecha de Eliminatorias Sudamericanas en la doble jornada de octubre de 2011. Para eso, la delegación argentina se trasladó a Puerto La Cruz, con varias escalas en el camino que evidenció una falla desde la faz logística y un entrenamiento en el estadio José María Ansoátegui.

Sabella, en la conferencia de prensa previa al partido, soltó una frase cautelosa. “Me conformo con ganar medio a cero”, señaló el entrenador, mitad en broma, mitad en serio. Sabella sabía que la empresa ante el local no resultaría sencilla, mientras buscaba que el plantel captase su mensaje, sin descuidar los resultados. El equipo de César Farías llevaba algunas temporadas encima, en los tiempos donde ya no se gana con la camiseta, y entendió que sacar al menos un punto resultaría beneficioso, aun tratándose de la Argentina ante Venezuela.

El regreso de Mascharano tras una suspensión supuso una pieza importante en el equipo de la Generación. Con él, la Argentina ganaba en confianza para mantener el envión de la goleada ante Chile.

Sin embargo, esa noche, la Argentina de Sabella sintió un golpe, un cimbronazo que borró las sonrisas del Monumental para cambiarlas por gestos adustos y de preocupación. Messi, quien no paraba de abrazarse con Higuaín y Di María en River, buscó en el césped de Puerto de La Cruz la respuesta a una derrota que no estaba en los planes de nadie y que resultó justa ante un equipo que mostró algo más que buenas intenciones.

“Nuestro ciclo tuvo muchas cosas lindas, pero también algunas feas, como la derrota con Venezuela. Y nos ganaron bien”, recordó Gugnali.

“Para jugar contra la Argentina, esa vez, Venezuela preparó dos equipos. El suplente, que jugó el primer partido afuera, y el que quedó concentrado, el mejor, el de los titulares, se quedó en Venezuela para ver si podían ganarnos a nosotros. Todos le quieren ganar a la Argentina y en ese

entonces no participaba Brasil, así que había un plus del resto de los seleccionados contra la Argentina”, señaló el ayudante de campo de Sabella.

La Venezuela suplente de Farías, que quedó a cinco puntos del repechaje en el final de las Eliminatorias Sudamericanas, cayó 2 a 0 ante Ecuador, en Quito, en la apertura del campeonato, pero apuntó sus cañones hacia a la Argentina.

“El viaje a Venezuela fue muy largo y yo había señalado mi error viajando el día anterior. Cambié el esquema táctico y jugué con línea de cinco en defensa, y sentimos el esfuerzo. Hasta los 30 minutos del primer tiempo, la idea era jugar así para tener un defensor más, tener la pelota en nuestro poder, manejar el ritmo del partido, y la tuvimos tanto que fue contraproducente porque nos desgatamos demasiado. Ellos, en el primer tiempo, la quitaban y tiraban pelotazos largos, pero en los últimos diez minutos nos superaron. Con el descanso del entretiempo pensé que el equipo se iba a reponer, pero no fue así y creo que ahí me equivoqué porque tendría que haber hecho un cambio. Entre el viaje y la demora del cambio produje dos errores que luego se fueron solucionando”, recordó Sabella en una entrevista concedida al canal DeporTV.

Aquella Venezuela, el 11 de octubre de 2011, jugó el partido de su vida. El equipo de Farías logró la primera victoria ante la Argentina, después de 18 partidos. Un hito venezolano y cachetazo grande para los argentinos.

La *Generación Lio* vivió durante un mes otro período de comentarios y opiniones diversas tanto en los medios de comunicación como en la opinión pública. La tarea de Sabella, a pesar de tener tan solo dos partidos oficiales en el inicio de su recorrido, entró en tela de juicio. La derrota frente a la *Vinotinto* no fue una más, significó un impacto alto con consecuencias del mismo nivel. Una de las potencias futbolísticas mordió el polvo ante un equipo de segundo o tercer escalafón que apeló al orden y la concentración máxima para vencerlo. Para los hinchas, perder ante Venezuela fue inadmisible.

El camino del seleccionado de Sabella encontró en el camino otro equipo menor en cuanto a medición de fuerzas como Bolivia, por la tercera fecha de Eliminatorias Sudamericanas, con el estadio Antonio Vespucio

Liberti como escenario. En la tarde del 11 de noviembre, el Monumental no lució como en otras épocas. Algunos claros en las tribunas evidenciaron el descontento de los hinchas con el equipo. No había feeling. Solo Messi e Higuaín recibieron aplausos que no llegaron al nivel de ovación, pero resultaron cálidos en señal de crédito abierto. Los resultados tampoco ayudaban. La *Generación Lio* era consciente de ello, pero el público le dio la espalda y esa sensación no ayudó en el ánimo para revertir la situación.

Luego de un primer tiempo discreto, con algunos destellos de Messi, la Argentina demostró cuán profunda fue la herida por la derrota histórica en Venezuela. El gol del delantero Marcelo Martins, a los diez minutos del segundo tiempo, colmó la paciencia de los espectadores quienes se ensañaron con el defensor Martín Demichelis. El ex River cometió un error en el gol boliviano en una jugada que le costó el puesto en la tarde donde Clemente Rodríguez, jugador de Boca por entonces, fue aplaudido desde las gradas del Monumental. Las intenciones de Clemente, el ímpetu y algunas de sus proyecciones fueron prueba suficiente para el hincha que tomó partido y buscó esa forma para descargarse, para capitalizar la bronca. Los esfuerzos de un futbolista del medio local se antepusieron sobre aquellos que sabían alegrar las jornadas de los aficionados europeos en sus respectivas ligas, en los campeonatos más importantes del mundo futbolero y con sueldos exorbitantes desde el plano financiero. Este contraste emergió entre la decepción y el enojo del hincha para tocar el orgullo de la *Generación Lio*.

A pesar del resultado, la Argentina, sin brillar y con el primer partido de Sergio Romero en el arco por los puntos bajo la gestión Sabella, mereció el triunfo ante Bolivia, pero el resultado no dejó conforme a nadie. Ni al cuerpo técnico, que transitó horas de nerviosismo, y mucho menos a la *Generación Lio*.

La inclusión del mediocampista Ricardo Álvarez supuso otro error de Sabella, en un equipo sin Ángel Di María y Sergio Agüero, que generó miradas incrédulas justificadas justificaron con el rendimiento del ex Vélez Sarsfield. Esa apuesta perdida fue subsanada con un reemplazo. En el lugar de Álvarez entró Ezequiel Lavezzi, el autor del empate cinco minutos

después de la conquista de Martins. El gol del *Pocho* rescató al equipo de otra caída dolorosa e histórica.

La *Generación Lio* sufría. Una mirada a la tabla de posiciones marcaba cuatro puntos sobre nueve disputados. El nivel de juego fue netamente inferior al estreno cuando la goleada ante Chile despertó ilusión y sonrisas.

El futuro inmediato apuntaba a Colombia, al calor de Barranquilla, a un equipo que derrotó a Bolivia, en La Paz, pero que había empatado ante Venezuela como local. Todos sabían que el puesto de Sabella dependía de un resultado. En la cuarta fecha de Eliminatorias ya no había margen error.

“Los entretiempos de Alejandro eran sensacionales. Él tenía una muy buena lectura de juego, siempre corregía en los entretiempos, pero me parece que hubo algo en el espíritu de los jugadores. Habrán dicho, “hoy no podemos perder” o “si perdemos capaz esta gente se tiene que ir; nosotros nos complicamos la clasificación”. Creo que salió un poco de ellos, el partido se dio vuelta y ganamos 2 a 1. Desde lo táctico fue un salvataje. De empezar con un 4-4-2 pasamos a jugar a un 4-3-3. Colombia podía liquidarnos de contragolpe con el 1-0 a favor, pero tomamos ese riesgo. Me acuerdo que entró el *Chavo* Desábato, hizo un gran partido y fue una de las figuras. Lo dimos vuelta gracias al espíritu y la vergüenza de los muchachos. Hizo un gol Agüero y otro Messi con una gran jugada de (José) Sosa por izquierda. A partir de ahí no paramos mas”, señaló Gugnali en su ejercicio de la memoria para el partido de la recuperación ante el seleccionado ‘cafetero’.

El 15 de noviembre de 2011, la Argentina y sus problemas se trasladaron a Colombia a la cálida Barranquilla, la tierra que recuerda siempre el 5-0 que el equipo comandado por Carlos Maturana le propinó al conjunto nacional de Alfio Basile en el Monumental en las Eliminatorias Sudamericanas para Estados Unidos 1994 mediante las actuaciones memorables de Carlos Valderrama, Antonio Valencia y *Freddy Rincón*.

La *Generación Lio* tenía en claro que la disputa ante Colombia no resultaría sencilla. En el aire también flotaba esa idea de un partido que podía marcar al grupo. Para bien o para mal, el resultado sellaría la suerte del

equipo. El descontento de los hinchas, a veces realimentado por un sector de la prensa, dictaminó como clave a ese compromiso. El calendario marcaba que tan solo transcurrieron tres fechas y la Argentina ya había perdido puntos con Venezuela y Bolivia. El camino al Mundial de Brasil recién empezaba, pero el reclamo al equipo era constante y exigente.

A Sabella tal vez se le haya cruzado aquel 12 de febrero de 1997 cuando el seleccionado de Passarella salió airoso en la misma ciudad con el triunfo por 1 a 0, con gol de Claudio López y que incluyó el penal marcado por Mauricio Serna. Oxígeno en el momento más crítico.

Colombia resultaría el termómetro para la Argentina de Sabella que debía ganar o al menos mostrar otra imagen, otra cara, otro rendimiento para despejar dudas en un horizonte lleno de nubes. El calor en Barranquilla, como era de esperarse, fue agobiante, alimentado por la humedad en otra jornada extendida de lluvias en la ciudad. Argentina se propuso cambiar dolor y frustración por coraje e inteligencia en busca de los tres puntos.

Esta vez, Sabella aprendió la lección y la logística del viaje fue diferente a la planificada en Venezuela con una llegada que se produjo dos días antes del encuentro. Esta decisión no alteró el humor y el físico de los jugadores.

El entrenador diseñó una formación batalladora que buscó deslucir el partido en pos de frenar el impulso colombiano. Su idea fue que el equipo contuviese a Colombia para equilibrar fuerzas y principalmente para dosificar esfuerzos con el objetivo de soltarse en la última media hora del partido.

El equipo se alistó con Sergio Romero en el arco; Pablo Zabaleta, Federico Fernández (en lugar de Demichelis), Nicolás Burdisso y Clemente Rodríguez en defensa; los mediocampistas fueron José Sosa, Javier Mascherano, Rodrigo Braña y Pablo Guiñazú; y el ataque estuvo conformado por Lionel Messi y Gonzalo Higuain.

Por su parte, Colombia presentó un equipo con nombres que continuaron en el tiempo como el arquero David Ospina, los defensores Camilo Zúñiga y Pablo Armero, y los delanteros James Rodríguez y Jackson Martínez.

La Argentina no sufría contratiempos. La batalla del mediocampo era

ganada por Mascherano, Braña y Guiñazú con un gran despliegue, mientras Colombia ofrecía pocas ideas para desnivelar. A medida que pasaron los minutos, el calor hizo mella y el cansancio se evidenció en los rostros de varios jugadores. Para colmo, en el minuto 37, apareció la dura lesión de Burdisso. Los ligamentos cruzados de la rodilla izquierda se rompieron y la defensa se quedó sin él. El reemplazo llegó con Leandro Desábato.

Las malas noticias para el equipo no terminaron ahí porque en tiempo cumplido padeció el primer gol del partido. La infracción de Zabaleta a James en el vértice del área dio derecho al tiro libre de Dorlan Pabón. El remate tenía como destino las manos de Romero, quien se acostó sobre el ángulo inferior izquierdo de su arco, pero el intento de Mascherano por despejar el balón solo hizo que los guantes de *Chiquito* atrapasen el aire pesado de Barranquilla. La pelota, mansa, a los 44 minutos, ingresó al medio del arco. Los colombianos estallaron con un grito de júbilo y los jugadores argentinos se miraron entre sí. La respuesta inmediata fue la mirada baja, centrada en el césped. La *Generación Lio* sufría otra adversidad. La cuestión no era sencilla. El factor psicológico entró en escena con un futbolista lesionado y un gol en contra en el último suspiro del primer tiempo.

Sin embargo, en el entretiempo el vestuario argentino no fue un mar de reproches o lágrimas. Todo lo contrario. “En ese entretiempo se habló de que teníamos que dar un poco más todos. Lo que estábamos haciendo no alcanzaba. No alcanzaba con solo jugar. El grupo lo entendió y lo demostró en la cancha. No se podía seguir encerrados en los errores del pasado; debíamos superarlos”, recordó Messi en septiembre de 2013 cuando la clasificación al Mundial ya era un hecho.

Sabella dejó de lado el equilibrio y apostó por el ingreso de Sergio Agüero en lugar de Guiñazú. La Argentina mutó del 4-4-2 al 4-3-3. Argentina debía salir, buscar el partido. Aquel plan de soltar amarras en la última media hora se trastocó. Otra derrota resultaba insoportable para el plantel.

Desde entonces, la Argentina apostó a la verticalidad, pero la intención costó unos minutos. Messi aun chocaba con la línea defensiva de Colombia. Cada pelota que dejaba en el camino generaba el fastidio, no solo

propio, sino de los hinchas argentinos que depositaban en él toda la fe para revertir un contexto complicado.

En el minuto 15, el *Principito* Sosa aportó un quite notable ante el avance de James Rodríguez que originó la avanzada argentina. A él se acopló Higuaín y luego Messi. El crack rosarino enfiló al área y buscó en Sosa la pared para internarse en el área. El envío del ex Estudiantes encontró una descoordinación entre Ospina y Yepes que fue aprovechada por Messi para el empate. El gol provocó desahogo, alivio y esperanza. Messi apareció en el momento justo. Se reacomodó la cinta de capitán en su partido 25 en Eliminatorias Sudamericanas, saludó a sus compañeros y les mostró el medio del campo con la intención de no claudicar en la búsqueda de la victoria.

Los espacios que dejó Colombia en los minutos finales fueron aprovechados por la Argentina que creyó en la victoria aun sin un juego brillante. Messi comandó el ataque a los 38 minutos, junto con Agüero e Higuaín, y fue el *Kun* quien capitalizó el rebote de Ospina luego del remate del *Pipita* para el 2 a 1. Agüero se quitó la camiseta y encontró a Messi para el festejo. Fue un abrazo entre amigos que observó toda Barranquilla. Un abrazo que duró varios segundos como símbolo del esfuerzo del resto del equipo. De la mano de Messi y Agüero, dos estandartes de la Generación, la Argentina dio vuelta el resultado. El árbitro brasileño Salvio Fagundes concluyó el partido con tres pitazos y la reacción de Sabella fue de descarga. Enseguida, buscó a sus colaboradores, Claudio Gugnali y Julián Camino, para un abrazo fuerte. La Argentina se puso de pie y la *Generación Lio* puso las cosas en su lugar. Íntimamente sabían que habría un antes y después para el equipo. Colombia resultó un punto de inflexión. Ese partido, como aquel de 1997, cimentó la base para reafirmar la confianza.

Una vez consumada la victoria, en un clima de alegría, Messi se paró delante de los medios de comunicación y habló de un grupo que tuvo una “respuesta espectacular” en tierra colombiana. “Ganamos como se debe porque cuando no aparece el fútbol lo que queda es meter y metimos. Las Eliminatorias son muy difíciles y es complicado hacer un juego vistoso. Por eso hay que meter, meter y sufrir hasta el final”, remarcó la estrella de Barcelona de España.

Tanto Messi como el resto de la Generación festejó el paso firme en Barranquilla porque encontraron la confianza que tanto necesitaban contra un equipo que no venía bien, pero que jugó en su casa abrazado por un calor sofocante. Los tres puntos en Colombia enderezaron el camino de un seleccionado argentino hasta entonces confundido. La victoria siempre ayuda en el fútbol y la Argentina sacó provecho de ella.

Alguna vez, Marcelo Bielsa dijo: “el liderazgo se ve en la derrota y el conductor solo es bueno si ha superado la adversidad. Las operaciones y cambios se hacen en la victoria, no en la derrota. La adversidad es el momento de observación de las cosas”. La *Generación Lio*, que estaba gestándose, ya conocía la frustración. Sabía lo que significaba morder el polvo, caer derrotado, como aquella vez en Córdoba con la caída por penales ante Uruguay por la Copa América. Los resultados le dieron la espalda en varias ocasiones a pesar del esfuerzo. Con ese triunfo, llegó el tiempo de fortalecer al conjunto, de reforzar el “nosotros” tan solicitado por Sabella para alimentar el sueño mundialista.

“Este equipo nació en Barranquilla”, rememoró años después Mascherano en los días previos al Mundial Brasil 2014. Esa frase engloba la importancia de ese resultado que otorgó el empuje necesario para un grupo de jugadores que desde entonces se juramentó sortear barreras por un lugar en la historia del fútbol argentino.

El éxito fue resonante porque en un contexto totalmente desfavorable el equipo salió a flote. Y si a esa gesta se le agrega que el mejor jugador, el capitán y emblema no escatimó sacrificio, con gol incluido, la ecuación resulta lógica. La tapa de los diarios deportivos del mundo eligió a Messi como la cara ganadora en Colombia. Para *Mundo Deportivo* de Barcelona, el crack rosarino fue el “salvador”, mientras que para *Marca* de Madrid, la *Pulga* echó agua “al incendio”, en un juego de palabras relacionado a la situación futbolística y a factores climáticos. E incluso fue más lejos: “Messi demostró que los que lo acusan de falta de implicación con su selección deberían besar por donde pisa”.

El partido ante Colombia resultó el último del año 2011 para el seleccionado argentino que recién apareció en un campo de juego el 29 de

febrero de 2012 con el amistoso ante Suiza, en Berna, por fecha FIFA. El triunfo fue 3 a 1 para el equipo de Sabella con tres goles del número 10.

“Messi es un genio del fútbol que tiene que estar arropado. Nuestra función es darle un contexto en el cual él se sienta lo más feliz posible, para tratar de que a partir de esas condiciones pueda expresar lo mejor de su juego. En el aspecto futbolístico hay que decirle muy poco. Solo algunas cuestiones tácticas para ver cómo nos posicionamos cuando perdemos la pelota y cuando la recuperamos, cómo ofrecerle todas las opciones posibles para el momento en el que tiene la pelota”, analizó el DT del seleccionado según el libro *Sabella* del periodista Román Iucht.

Aquella idea primaria del ex DT de Estudiantes La Plata estaba dando sus frutos. Messi se sentía a gusto en el equipo. La cinta de capitán ya no era discutida. A él no le hacía falta elevar la voz. Una gambeta, dos goles, pedirla siempre e iniciar una carrera al gol con una velocidad pocas vistas ya era suficiente para ejercer otra variante de liderazgo: el futbolístico. Con eso, Sabella supo leer cómo acompañar a Lionel quien se vio rodeado de compañeros en plan de auxilio. No era el Barcelona, se trataba del seleccionado argentino. Nombres como Di María y Gago aportaron soluciones. Referencias como Higuaín y Agüero ampliaron el panorama. El apoyo de Mascherano resultó clave. De a poco, la Generación encontró estabilidad y Messi se hizo cada vez más fuerte.

El carácter exhibido en Barranquilla y los goles en Berna reactivaron el vínculo entre Messi y los hinchas, que al fin y al cabo resultan el componente más importante de este deporte. El jugador juega para su país, se esfuerza por esos colores, lo hace por orgullo propio, pero también porque del otro lado hay millones de hombres y mujeres pendientes de un resultado. Son los que mantienen vivo el espíritu amateur. Los hinchas no cuentan billetes, gozan con el éxito, lloran en la derrota. La *Generación Lio* se encaminaba a un paso más seguro y, por supuesto, Messi tuvo mucha incidencia.

La figura de la joven estrella rosarina por entonces encontró más adeptos o al menos más voces que surgieron para apoyar una tendencia que se hizo causa común.

Carlos Bilardo, en una entrevista con *Agencia Télam*, dio cuenta de lo

importante que resultaba el seleccionado argentino para Messi: “Es un fenómeno como jugador y como persona; siente la camiseta como muy pocos”.

En tanto, Pablo Aimar, ex campeón del mundo Sub-20 con el equipo de José Pekerman, figura en River Plate e ídolo de la *Pulga*, también dio su parecer en una nota con el diario deportivo portugués *A Bola*: “Messi está a la misma altura de Maradona, es el mejor del mundo. Si no existiese Cristiano Ronaldo, sería el mejor con mucha diferencia sobre el resto. Durante años pensé que nunca más aparecería un jugador como Maradona y sin embargo ahora veo que Messi está a su nivel”.

Messi tuvo un gran 2011 con 68 partidos disputados entre el seleccionado argentino y Barcelona. El crack rosarino jugó 11 cotejos para la Argentina, marcó en tres ocasiones, y para Barcelona estuvo en 57 partidos con 55 goles. Con el equipo catalán ganó la liga española, la Supercopa de España, la Liga de Campeones de Europa, la Supercopa de Europa y el Mundial de Clubes.

El inicio de 2012 le deparó a Messi otro Balón de Oro, el tercero consecutivo, que premiaron tantas jugadas magistrales, goles vistosos y asistencias brillantes en suelo europeo.

Sin embargo, una declaración al diario *As* de España evidenció la verdadera obsesión del rosarino: “En Barcelona estoy genial y en Europa solo jugaré en Barcelona, pero mi ilusión es retirarme en la Argentina”.

Su país no resultaba una cuestión ajena para Lionel aunque la opinión pública lo condenó cuando los resultados en cancha no se dieron. “Él ama a su país. Siempre digo pudo haberse nacionalizado español y haberse consagrado campeón del mundo”, señala Gugnali.

A Messi lo desesperaba “reconciliarse” con el público argentino. Sentirse uno más. Que no lo excluyan. A su manera, sufrió cada partido, pero a partir del ciclo Sabella cambió indiferencia, mezclada con cierta decepción, por aplausos, elogios y aceptación.

“Nunca como hasta ahora me había sentido tan valorado en mi país y eso me hace muy feliz”, remarcó Messi en esa entrevista con el diario español *As*. La gesta en Barranquilla lo acercó más al hincha que lo observó detenidamente. Desde los avances con espacios en el estadio Metropo-

litano Roberto Meléndez, la reacción en el momento justo y hasta el gol.

En la concentración, al menos de cara al cuerpo técnico, Messi no exponía su sufrimiento cuando las cosas no salían como quería. “Él no lo manifestaba, pero nos dábamos cuenta porque somos muy perceptivos. Y nos dábamos cuenta cuándo estaba contento y cuándo no. Y yo creo, por supuesto, que él no la pasaría bien con el destrato. Aparte, es admirado en el mundo, más allá de las figuras que tiene la selección, como Agüero, Higuain o Di María. Messi es único. La admiración que tiene el mundo por Messi es por Messi, nada más. Entonces nosotros teníamos presente esa situación. Era admirado en el mundo, veíamos cómo era, pero venía a la Argentina, que es su lugar, donde tiene que disfrutar, y era donde menos se lo reconocía”, detalló Gugnali sobre la situación de Messi en los primeros pasos de Sabella como entrenador.

La relación entre el mejor jugador del mundo y su país no solo fue tratada por los periodistas locales. Trascendió las fronteras. Por ejemplo, el legendario magazine *Time*, en enero de 2012 para las ediciones de Australia y Asia, publicó en su portada una foto de Lionel Messi con el título: “Rey Leo”. La volanta aportó otro debate: “Es el mejor jugador de fútbol del planeta, posiblemente de todos los tiempos. Entonces, ¿por qué no lo quieren en su país?”.

Messi era consciente de que en Barcelona había conseguido mucho más de lo que había imaginado. Tal vez hubiese resignado algún campeonato con tal de verse triunfante con los colores argentinos, pero entendió que eran procesos diferentes, con la esperanza de trasladar su racha ganadora en tierra europea a las canchas sudamericanas.

“En Barcelona estoy todo el año y es más fácil el entendimiento con mis compañeros, que además son excelentes futbolistas. Estoy convencido de que tarde o temprano podré repetir con la camiseta de la Argentina los éxitos que logré hasta ahora con Barcelona. Se trata de seguir conociéndonos mejor entre todos y jugar con un gran equipo”, reflexionó Messi en una nota concedida a Don Balón, de Ecuador, en enero de 2012.

Por si hacía falta, Messi se dirigió a los argentinos, mediante una entrevista a radio *Rivadavia*, para dejar en claro una situación: “Estar en la

selección es lo máximo. Muchas veces se dijo que no sentía la camiseta y que me daba lo mismo estar o no. Creo que quedó demostrado que no es así, que hice muchísimos esfuerzos por estar y soy el primero que quiere que le salgan bien las cosas”.

La *Generación Lio* apareció así como una primera respuesta para Messi. Aquel plantel se hizo más unido, más fuerte, con sentido de pertenencia, tal como pregonaba Sabella. Con un Messi encendido desde lo futbolístico, el equipo debía acompañar ese potencial; lo mejor estaba por venir.

El calendario oficial recién deparó fecha por Eliminatorias Sudamericanas para el 2 de junio de 2012, cuando la Argentina recibió a su par ecuatoriano en el Monumental. La expectativa por ver al seleccionado mejoró con respecto a cotejos anteriores. El equipo estaba fortalecido luego de aquella muestra de carácter en Colombia y el amistoso ante Suiza, con tres goles de Messi, sumó más puntos en ese juego de seducción del equipo para con los hinchas.

El compromiso ante Ecuador no dejó lugar a dudas con la goleada 4 a 0 en el estadio de River Plate en la noche donde Messi volvió a deslumbrar con la camiseta *albiceleste* a fuerza de gambetas y un gol.

“Es difícil no sorprenderse con Messi porque a veces piensas que no, pero siempre hay una sorpresa mayor. Es un jugador extraordinario, el mejor del mundo y nos tiene acostumbrado a esas sorpresas”, dijo Sabella para *DeporTV* en la conquista de Messi que combinó velocidad extrema y justicia en una pared inolvidable con Higuaín.

Argentina resolvió rápido el pleito con tres anotaciones en el primer tiempo. El *Kun* Agüero a los 19 minutos; el *Pipita* Higuaín a los 29 y Messi a los 31. El ritmo fue vertiginoso. Con espacios, el equipo de Sabella hizo estragos en la defensa ecuatoriana y disputó hasta entonces su mejor partido en el ciclo.

Di María, a 15 minutos del final, aportó su gol, el cuarto del seleccionado, con asistencia perfecta en la red de los *Cuatro Fantásticos*, la línea ofensiva que realimentaba a la *Generación Lio*. Bajo esos cuatro apellidos se forjó un estilo que el resto acompañó. El grupo dio una muestra de unidad en cada abrazo. Los rendimientos superlativos en sus respectivos

clubes se trasladaron al seleccionado para regocijo de los hinchas que esperaron con ansías ese momento. En el banco de los suplentes, el entrenador que tanto trabajó por la unidad y el sentido de pertenencia, veía cómo los resultados se plasmaban en la cancha. Su mensaje no fue eufórico, fiel a su característica, al contrario, medido y mesurado. El equilibrio, una palabra afín en su diccionario, intentó imponerse para no crear una expectativa desmedida.

En aquel partido ante Ecuador no todo se centró en los *Cuatro Fantásticos*, también se asentaron otros nombres. El central Federico Fernández, quien apareció como toda una novedad en el partido ante Colombia en Barranquilla, volvió a transmitir seguridad. La baja de Burdisso por lesión le dio una oportunidad que no desaprovechó. Sabella, quien lo dirigió en Estudiantes La Plata, le otorgó confianza. Una frase repetida en el fútbol argumenta que los mejores equipos logran afianzarse cuando la seguridad nace en la última línea en conexión con la zona media. Los nombres comenzaron a repetirse, con Sergio Romero como arquero titular indiscutible, y Fernández, junto con Pablo Zabaleta, fue otro. Ante Suiza, Sabella probó con Ezequiel Garay en la conformación de la dupla central. La fórmula se repitió con Ecuador y los siguientes compromisos. A esa última línea se agregó Marcos Rojo. El joven surgido en Estudiantes asumió la defensa y el ataque por la banda izquierda en reiteradas ocasiones.

Los *Cuatro Fantásticos* en la *Generación Lio* fueron sinónimo de éxito en la mayoría de los partidos que disputaron juntos desde el inicio en la gestión de Sabella. Sobre un total de nueve cotejos con ellos en cancha, la Argentina ganó siete y empató dos.

Con Maradona solo coincidieron unos minutos en el triunfo ante Corea del Sur cuando Agüero reemplazó a Carlos Tevez, en su primera y fugaz aparición, y con Batista en la goleada ante Costa Rica y la igualdad frente a Uruguay por Copa América.

La sintonía entre los cuatro despertó la esperanza en todos. En cuerpo técnico, dirigentes, periodistas e hinchas. Con ellos, la Argentina se presentaba como una amenaza para el resto de los equipos que notaron su aparición y tomaron más recaudos.

Esa fuerza en ataque, en especial como rueda de auxilio de Messi, contó con Fernando Gago, lúcido para ver al crack rosarino en cancha y facilitarle el traslado de la pelota. De hecho, el mediocampista de Boca Juniors también se mostró como ladero en las concentraciones. Su constante compañía a Messi certificó lo bien que se llevaba con él, con diálogos a boca tapada de cara a las cámaras, tal como sucedía en el campo de juego.

Los siguientes partidos del equipo de Sabella fueron amistosos, pero ante rivales de jerarquía como Brasil y Alemania. Los resultados favorables evidenciaron el buen momento futbolístico del equipo con Messi, un factor cada vez más desequilibrante.

El 9 de junio de 2012, Argentina batió a Brasil por 4 a 3 en New Jersey, Estados Unidos, en un partido electrizante, intenso de principio a fin. Fue la tarde donde Messi marcó tres goles, el restante fue de Fernández, y se consagró como la figura sin discusión con una anotación memorable. A falta de seis minutos para el final, la *Pulga* tomó el balón en el mediocampo, levantó la aguja de la velocidad en cuestión de segundos para dejar atrás las marcas y clavó la pelota en un ángulo. Todo en velocidad, a la carrera, como el festejo con sus compañeros. *Lio* dibujó una sonrisa enorme en el rostro, como nunca antes en el seleccionado, y el mundo habló de su gol y de su partido.

La Argentina sufrió mucho en defensa esa tarde ante el seleccionado de Mano Menezes, quien luego fue cesanteado de su cargo, pero con su poder de gol, en especial en los pies de Messi, maquilló errores.

Ante Alemania, el 15 de agosto de 2012 en Frankfurt, Messi y Di María, con un gol cada uno, brillaron y la Argentina dio otro golpe ante otra potencia futbolística. El partido en tierra alemana dispuso a Rojo como titular por primera vez y mostró a Hugo Campagnaro, citado en compromisos anteriores, como primera alternativa en la defensa.

Los últimos partidos de Eliminatorias Sudamericanas y los amistosos de primer nivel dejaron de lado los cuestionamientos al equipo y al propio Sabella. Los pedidos por tal y cuál jugador, tanto de la opinión pública como del periodismo, quedaron sin efecto. Ya no se barajaron alternativas. Cesaron reclamos por la no inclusión de un futbolista en particular. Al me-

nos por un tiempo, la *Generación Lio* encontró algo de paz. Messi ya no era un chico que se cansaba de ganar todo con Barcelona y en el seleccionado parecía esconderse. El equipo lo rodeó mejor y él se sintió más cómodo. El capitán, en cada convocatoria, estuvo rodeado de jugadores que fueron citados por los buenos rendimientos en sus clubes, pero que también fomentaron armonía. El grupo, lo más importante para Sabella, se estaba conformando. La unión y el grado de pertenencia iban en franco aumento a la par de una mejora en el juego. Cada uno entendió su rol, dispuesto a ayudar en pos del objetivo mundialista y la gloria tan esquivada.

“Estoy contento de estar nuevamente en mi país para jugar con la selección. Es bueno que seamos casi siempre los mismos, que el grupo se haga fuerte y nos conozcamos. Por suerte, los resultados nos acompañaron para trabajar con tranquilidad; esperamos seguir así”, dijo Messi en la conferencia de prensa programada, pero improvisada a la vez, que brindó en el predio de AFA, en Ezeiza, en la previa de la doble fecha de Eliminatorias Sudamericanas ante Paraguay, en Córdoba, y Perú, en Lima, sin Sergio Agüero por lesión.

Messi, a paso lento, pero firme, sentó posición y se exhibió ante el mundo como el gran referente de la *Generación Lio*. El plantel, a base de buenos resultados, encontraba un afianzamiento que resultó clave en un certamen tan complejo, disputado y parejo como las Eliminatorias Sudamericanas.

En esa oportunidad, Messi hasta brindó una opinión sobre su lugar en el equipo: “Es verdad que me gusta cuando jugamos con dos delanteros y yo atrás, pero me siento bien jugando como sea. Igual no es tema mío. Alejandro es el que arma el equipo y el que decide de qué manera hay que jugar”.

La Argentina se enfrentó a Paraguay el 7 de septiembre de 2012, en un partido que terminó con los tres puntos en suelo cordobés, pero que por momentos fue más complicado de lo pensado. El equipo guaraní, entonces dirigido por el uruguayo Gerardo Pelusso, tuvo a mal traer al seleccionado argentino cuando empató el partido con el gol de penal de Jonathan Fabbro por la mano en el área del *Chapu* Braña.

Sin embargo, las individualidades aparecieron a tiempo para sellar otro éxito. Higuaín marcó el segundo y Messi, con un gran remate propiciado por un tiro libre, puso el 3-1 justo y meritorio.

La noche cordobesa reconfirmó el idilio entre el equipo y el público, entre la *Generación Lio* y los hinchas, y también generó la primera gran ovación para Messi. El estadio Mario Alberto Kempes fue testigo de cómo los espectadores se despegaron de los asientos ante cada intervención del rosarino quien si bien no tuvo una de sus mejores actuaciones, con destellos, cautivó a todos. El gol de tiro libre generó un aplauso generalizado y por fin apareció el reconocimiento que tanto buscó sin darlo a conocer públicamente. Messi, que a esa altura contabilizaba 28 goles con el seleccionado, estaba contento.

“Messi está feliz y nos va a dar alegrías a todos”, aseguró Sabella en conferencia de prensa para ratificar un instante y una imagen tan anhelada. El hijo de Celia y Jorge estaba más tranquilo. En el mismo escenario donde fue rescatado de tantas críticas y silbidos durante la Copa América 2011, concretó finalmente su objetivo: el hincha argentino lo cobijó y lo emparentó con la imagen del equipo. Las reverencias que solía tener en cualquier parte del mundo, ahora podía disfrutarlas en su país. Ya no era un extraño. Ya no sufría por las críticas. El equipo lo necesitaba y él respondía. La Generación se afianzaba, se comprometía con la causa e ingresaba a un plano donde las piezas encajaban de manera armoniosa, casi perfecta. De a poco, el camino al Mundial de Brasil 2014 ya no encontraba tantos obstáculos.

El siguiente paso, el 11 de septiembre, se dio en Lima y fue empate 1-1. Los goles de Carlos Zambrano y Gonzalo Higuaín; y el penal que *Chiquito* Romero le contuvo a Claudio Pizarro a los tres minutos de juego fueron las emociones máximas de un partido difícil para el conjunto argentino. Romero fue la figura y el poderío ofensivo, incluso Messi, fue bien controlado por el mediocampo y la defensa peruana.

El Estadio Nacional de Lima observó una versión opaca de Messi, quien llevaba diez goles en forma consecutiva en Eliminatorias, y aunque lució fastidioso ante el hostigamiento del público, los medios y los rivales, esta vez no recibió críticas despiadadas. El equipo no funcionó, pero rescató un punto, el dato positivo en la noche incaica.

Camiseta y banderas. Padres que cargaron a sus hijos menores en brazos. Madres que llevaron de la mano a más niños. Adolescentes que dejaron por un momento sus actividades escolares para estar cerca de sus ídolos. El aeropuerto *El Plumerillo* de la ciudad de Mendoza vio alterada su calma por acción de 300 hinchas que aguardaron en horario matutino la llegada de la delegación argentina. Otros apostaron sus fichas al hotel Diplomatic, del centro mendocino, para divisar lo más próximo posible a esas figuras de la televisión. Porque Messi, Higuain, Di María y Agüero, además de ser jugadores de fútbol, de triunfar en sus respectivos equipos y de ganarse el afecto del hincha argentino a fuerza de victorias, también eran estrellas. Fue como si una banda de rock arribase por primera vez a una ciudad en la previa de un concierto.

La salida de Buenos Aires, la despedida momentánea al Monumental, implicó la visita a otros puntos de un país muy futbolero, de mucha pasión y devoción a sus clubes, principalmente, y después al seleccionado. La realización y organización de la Copa América en 2011 permitió que muchos estadios que no estuviesen en Buenos Aires fuesen refaccionados. De esa manera, el equipo nacional amplió el número de opciones para jugar como local en las Eliminatorias. Por supuesto, cada gobernación luchó para que la *Generación Lio* desembarcara en la provincia. La llegada de jugadores de “otro planeta” generó la inquietud y curiosidad hasta de aquel poco afecto a la pelota. La ciudad dejó por unas horas la habitual tranquilidad.

La estadía del equipo argentino en Mendoza, con cientos de fanáticos apostados detrás de las vallas del Diplomatic, sobre la avenida Belgrano, el prócer que Sabella eligió para defender una idea y sentido de pertenencia, demostró que la gente se había entregado a los encantos de un grupo de jugadores de buenas virtudes futbolísticas y que en ese entonces transitaban su mejor momento.

El día después de la llegada a Mendoza, la Argentina se topó con Uruguay en el clásico rioplatense. No importa el momento, la *Celeste* siempre resulta un escollo difícil de sortear. El equipo de Oscar Tabárez, que venía de un cuarto puesto en el Mundial de Sudáfrica 2010, no llegaba de la mejor manera, pero su orgullo siempre basta para dar batalla en el campo de juego.

La Argentina se alistó con su mejor formación posible y el duelo no solo terminó con victoria. Aquella noche del 12 de octubre, Messi deslumbró como nunca, los cuestionamientos se hicieron añicos, y los *Cuatro Fantásticos* volvieron a brillar.

“Nos gusta jugar a los cuatro juntos. A mí me gusta jugar con más gente arriba, pero eso depende de los partidos. Cuando puede, Sabella lo hace”, dijo Messi en los días previos al partido en una entrevista con *Fox Sports*. Es que Lionel estaba embalado con ese contexto tan favorable entre sus compañeros y el idilio con la gente. Sabella disfrutó del poderío ofensivo, redituable para su equipo, pero no olvidó el equilibrio.

El equipo argentino desplegó su mejor versión en aquel clásico ante Uruguay. Solidez, manejo de la pelota, circulación y llegadas claras fueron prueba de la superioridad en el césped del estadio Malvinas Argentinas de Mendoza.

Sin embargo, la primera parte concluyó en empate sin goles. La llave de gol la tenía Messi, quien a los 20 minutos enfiló para el arco de Fernando Muslera, descargó en Di María por el sector izquierdo y en la devolución, con una velocidad increíble, anticipó al arquero para el 1 a 0. Poco tiempo antes, el defensor Diego Lugano le propinó una “plancha” a Sergio Romero, en un descuido de la última línea argentina, que provocó un revuelo y el enfrentamiento entre algunos jugadores de los dos equipos. Mientras Lugano, el capitán *charrúa*, se las vio cara a cara en las reacciones de Ezequiel Garay, Gonzalo Higuaín y Javier Mascherano, entre otros, el capitán de la *albiceleste*, Messi, contempló todo desde lejos, sin protestas al árbitro brasileño Leandro Vauden. El rosarino sí apareció en la jugada del gol. Ahí impuso respeto. En el área, de cara al arco, defendió la camiseta. Sin palabras, solo con juego. En el partido la pidió siempre. No se achicó por los golpes y tuvo su recompensa. Desde entonces el equipo resolvió con sencillez el partido y ratificó su buen momento.

El segundo gol de la Argentina fue obra de Sergio Agüero con las intervenciones de Messi y Di María en la jugada. Al abrazo de gol se sumó Higuaín. Los *Cuatro Fantásticos* fueron aplaudidos por todo el estadio. El siguiente en sumarse a la celebración fue Mascherano, un valuarte de la *Ge-*

neración Lio, en una postal rayana a la felicidad completa.

La frutilla del postre la aportó Messi, la figura de la noche. La *Pulga* provocó un estadillo cuando ejecutó un tiro libre con total maestría. Los uruguayos Walter Gargano, Cristian Rodríguez, Andrés Scotti, Edinson Cavani y Luis Suárez formaron la barrera por orden de Muslera quien se ubicó al medio del arco. Lio, recostado sobre el lado derecho, engañó a todos. Su remate cruzado, por bajo, traspasó la línea de los futbolistas uruguayos. El estiramiento de Muslera fue en vano porque la pelota ingresó en el ángulo inferior de manera justa; prácticamente inatajable.

“No lo vi al gol en el momento. No sé qué estaba mirando o si me puse a hablar con Julián (Camino), y vi que la pelota entró por abajo. Ahí me dijeron que le pegó por abajo. Lo vi muchas veces después. Creo que una semana antes, (Andrea) Pirlo hizo un gol similar. Creo que lo habrá visto y habrá pensado: ‘la próxima vez, el próximo tiro libre que tenga, lo voy a tirar por abajo’”, recordó Sabella para *DeportTV*.

En efecto, Messi se inspiró en el mediocampista italiano y en su amigo, el brasileño Ronaldinho, para su nuevo golpe de efecto. Su gol ante Uruguay en Mendoza llegó a los ojos del propio Pirlo quien según el sitio *Football Italia* se manifestó “muy contento” y admitió que lo había hecho “aun más feliz” que el crack rosarino fuese el autor de un recurso que el ex Juventus de Italia utilizó en un partido de la liga de su país ante Siena en el triunfo por 2 a 1.

La templada noche mendocina concluyó con todo un estadio rendido a los pies de Messi y una aprobación rotunda para el equipo. La *Generación Lio* otorgó otra muestra de carácter y esa vez le aportó buen juego con un Messi inspirado.

El día después fue de Messi también. Los medios de comunicación lo eligieron como portada, se apoderó de la pantalla de televisión en los noticieros y fue materia de análisis en los portales de internet. La gente siguió hablando de él; maravillada e ilusionada.

Sabella, en conferencia de prensa, mantuvo en alto su premisa: “Es importante que Messi esté feliz. Está contento, confiado, y es una tarea mía y del grupo mantenerlo así”.

La gran semana de la *Generación Lio* se completó cuatro días después cuando la Argentina venció a Chile en el estadio Nacional de Santiago por 2 a 1 con goles de Messi e Higuaín.

El deseo de Sabella, de mantenerlo contento y protegido, se puso en marcha. Las actuaciones de Messi dejaron como saldo 14 goles sobre 14 partidos en la gestión de *Pachorra* y como consecuencia elevaron el potencial del plantel. Mientras tanto, el rosarino, que en Barcelona había comenzado a quebrar récords, ya perfilaba algo similar en el seleccionado. El gol en Santiago fue el número 31 y quedaba tan solo a dos de la marca de Diego Maradona (33). En ese 2012, Messi convirtió 12 tantos con la casaca celeste y blanca y equiparó así a otro histórico como Gabriel Batistuta quien alcanzó esa cifra en 1998.

La vida de Messi en el seleccionado cambió y no solo fue advertido por los argentinos, sino también por los españoles que a través de sus portadas dieron cuenta del fenómeno.

“De la mentira a Dios: cómo Messi ha cambiado la opinión de Argentina”, fue el título de un análisis del diario catalán Mundo Deportivo. En el inicio del año, el mundo se preguntó porqué *Lio* no era aceptado en su país. Al finalizar 2012, Messi fue papá por primera vez con el nacimiento de Thiago, fruto de su relación con Antonela Rocuzzo, y su apellido apareció en las dorsales de la mayoría de los hinchas argentinos que asistieron a cada cita por Eliminatorias Sudamericanas. La ovación resultó moneda corriente con el paso de los partidos.

El partido amistoso del 14 de noviembre de 2012 con empate sin goles ante Arabia Saudita en Riad fue el último de La Generación en ese año. Messi generó una revolución en aquel país, ávido de fútbol, en especial de la liga española e inglesa, que se plasmó en una fotografía que dio la vuelta al mundo. En su arribo, la seguridad saudí lo escoltó, pero la cantidad de curiosos superó a los custodios. El fusil de uno de ellos apuntó sin querer al rostro del mejor jugador del mundo quien azorado intentó esquivar la dirección del pequeño orificio tan temido.

La estadía del equipo argentino en el lujoso hotel Ritz Carlton reci-

bió la visita de muchos príncipes oportunistas, deseos de ver a Messi, en primera instancia, Agüero o Di María. Mientras Carlos Bilardo deambulaba por el lobby, por momentos quedándose dormido a la vista de todos, a Sabella lo aquejó un tapón de cera en la previa del partido que afortunadamente superó.

El empate, a pesar del carácter amistoso, generó cierto malestar en Messi, fastidioso además por la desorganización en la seguridad, quien pretende ganar todo lo que juega. A eso se sumó el cansancio general de un compromiso cuyo fin fue recaudar dinero. Luego, en el plano futbolístico, Sabella incluyó en la *Generación Lio* a jugadores como Fabricio Coloccini, Alberto *Tino* Costa y Eduardo Salvio quienes contribuyeron a la búsqueda y a las pruebas del entrenador.

El comienzo de 2013 deparó el triunfo ante Venezuela, el 22 de marzo, en el estadio de River, con la inclusión de Walter Montillo en el equipo a raíz de sus buenas actuaciones en los amistosos del Superclásico de las Américas ante Brasil, y cuatro días después el empate 1-1 en La Paz, Bolivia.

La *Generación Lio* retornó en los primeros días de junio para otra doble fecha de Eliminatorias Sudamericanas que la encontró en el primer lugar rumbo a Brasil 2014. Los objetivos fueron Colombia, en River, y Ecuador, Quito, en busca de la clasificación, pero el capitán, la máxima expresión de fútbol en el seleccionado no llegó al ciento por ciento en lo físico. Una lesión en el bíceps femoral derecho alertó a Sabella y compañía. Desde Barcelona siguieron el caso detenidamente. El ex DT de Estudiantes prefirió preservar a Leo frente a los colombianos y dispuso su ingreso en el segundo tiempo. El partido finalizó empatado sin goles e Higuain fue expulsado a los 25 minutos del primer capítulo. El paso siguiente, en Ecuador, terminó 1 a 1. El resultado fue bien recibido por Sabella quien ponderó el esfuerzo de sus dirigidos con la entrada de Messi en la segunda parte.

El objetivo máximo, la clasificación al Mundial de Brasil 2014, estaba muy cerca, pero antes de concretarlo, el seleccionado argentino extendió su buen momento futbolístico en dos amistosos bien diferentes.

El 14 de junio, la Argentina goleó a Guatemala en el estadio Olímpico

co Mateo Flores por 4 a 0 con tres tantos de Messi y el restante de Augusto Fernández. La Argentina asumió otro compromiso para que el entrenador probase algunos nombres a un plantel con pocos lugares para definir, pero principalmente para cumplir y obtener ingresos económicos. Por supuesto, una cosa era con Messi en cancha y otra era sin él. La Federación de Fútbol de Guatemala ofreció un millón de dólares a la AFA, pero con una condición: Leo debía jugar. El crack de Barcelona no llegó en óptimas condiciones físicas luego de la cita por Liga de Campeones ante París Saint Germain de Francia, pero sin su presencia, el ente que regula el fútbol argentino hubiese recaudado la mitad de lo ofrecido. Messi, la estrella requerida a cada momento, con un protagonismo gigante, renovó el compromiso con el equipo. El capitán ya no solo se valía en la cancha, también en otras actitudes fuera de ella.

El verdadero impacto futbolístico ocurrió el 14 de agosto en Roma, Italia. El seleccionado argentino venció a su par italiano por 2 a 1, con anotaciones de Higuaín y Banega, en el partido por la paz celebrado por y para el Papa Francisco. Al evento no asistió Messi por lesión, pero el equipo salió adelante para derrotar a un favorito de todos los tiempos. La formación incluyó a José Basanta, un defensor que Sabella descubrió en Estudiantes La Plata y fue ganándose un lugar entre los galácticos; a Rodrigo Palacio, de buen rendimiento en Eliminatorias; y a Erik Lamela, el ex River Plate que asomaba como recambio.

El gran día para la *Generación Lio* llegó el 10 de septiembre de 2013 con el viaje a Asunción, en Paraguay, en la disputa de las últimas fechas de Eliminatorias Sudamericanas. Con la combinación de algunos resultados, la Argentina necesitaba de un éxito en el Defensores del Chaco para concretar su clasificación al Mundial Brasil 2014. La goleada por 5 a 2 no dejó dudas. Argentina sacó en Paraguay su pasaje al próximo campeonato del mundo. Aquel partido en Asunción mostró a la *Generación Lio* en plenitud. Sin Higuaín ni Mascherano por suspensión, el resto dijo presente y con Messi como líder conquistó un objetivo largamente anhelado. Esa noche, el capitán y goleador condujo a sus compañeros en una actitud que para entonces ya no era anormal. Messi sumó su partido número 35 por Elimina-

torias con el seleccionado y alcanzó a Juan Sebastián Verón. Además, sobre un total de 1.145 minutos bajo la gestión de Sabella acumuló 10 goles. A su lado estuvo su socio, su amigo, el *Kun* Agüero quien marcó dos goles ante Paraguay y fue otra de las figuras junto con Di María. El ex Central se anotó en la goleada y dejó en claro su importancia en el equipo como una de las descargas para Messi junto con Gago, encargado del pase limpio para el crack rosarino. La defensa apareció con remiendos ante las suspensiones de Garay y Zabaleta, pero cumplió. En tanto, Lucas Biglia, campeón con este grupo de jugadores en el Sub-20 de Holanda de 2005, aportó su sacrificio. La Generación se plantó fuerte en un terreno adverso porque el triunfo anterior se remontaba al 6 de junio de 1997 cuando el equipo comandado por Daniel Passarella, con Sabella como ayudante, ganó 2 a 1 con goles de Marcelo Gallardo y Verón.

Cuando el árbitro chileno Enrique Osses lanzó los tres pitazos con dirección al centro del campo de juego, la algarabía se apoderó de los argentinos. Abrazos, emoción, sonrisas y celebración. El desborde emocional se trasladó al vestuario. Los periodistas, a la espera de más declaraciones en la zona mixta, escucharon cómo una cumbia, por orden precisa de Ezequiel Lavezzi a alto volumen, se hizo paso entre todos. Sabella irrumpió en el vestuario y felicitó a cada uno de los jugadores. El entrenador recordó que “el grupo” logró semejante premio, el boleto directo al Mundial Brasil 2014. La primera charla en Calcuta se centró sobre el grupo y el discurso post clasificación también lo tuvieron como denominador común. La aparición de Sabella fue breve porque dejó que los futbolistas continuasen con su festejo, a su manera, con la música como eje de un clima de fiesta. Algunos se pararon sobre los bancos, otros revolearon la camiseta sobre sus cabezas, con los cánticos de “¡soy argentino en las buenas y en las malas!” y un tiro por elevación a los periodistas, “esos que critican todo”, con una dedicatoria antes de salir a hablar con ellos del objetivo cumplido en la caurosa noche guaraní.

Los últimos dos partidos de Eliminatorias, ante Perú en River, con victoria por 3 a 1 y Uruguay en Montevideo, con derrota por 3 a 2, se afrontaron sin Messi en un acuerdo con Barcelona de España.

La relación de Tevez con el seleccionado argentino tuvo sus idas y vueltas. Su fulgurante aparición en el fútbol argentino se produjo en Boca Juniors en la temporada 2002/2003. De la mano de Carlos Bianchi concretó su explosión. Su gran campaña en Boca generó una citación para el seleccionado, pero la definición del torneo Apertura 2003, que consagró campeón al club xeneize, pudo más. Tevez, en la vuelta olímpica, ensayó un cántico doloroso, a coro con los hinchas en la cancha de Racing: “¡La selección, la selección, se va a la puta, que lo parió!”.

El penal marrado ante Uruguay y el descontento de Julio Grondona esgrimió una reacción directa, sin filtro, sobre su parecer con el seleccionado argentino. “Uno es ídolo donde vaya y venir a la selección y sufrir y que te critiquen y aguantar a los periodistas y aguantar a la gente, aguantar un montón de cosas. Antes la selección te daba prestigio y hoy te lo quita”, expresó Tevez en una nota a *Fox Sports* poco después de la eliminación en Copa América.

Su nombre siempre estuvo asociado al seleccionado aun cuando al equipo de Sabella las cosas le iban de maravillas, pero mucho más cuando tambaleó en el arranque de Eliminatorias Sudamericanas. Sabella nunca negó las condiciones de Tevez, al contrario, lo tuvo en consideración, pero ¿qué lugar hubiese ocupado en una zona de lugares reservados?

Según el periodista Guillem Balagué en su libro *Pep Guardiola, otra manera de ganar*, en el subcapítulo: *Messi, el devorador de delanteros*, fue el entrenador catalán quien extendió el siguiente consejo a Sabella: “No es necesario darle muchas instrucciones a Messi, solo protegerle y escuchar lo que dice. Y no lo saques del campo, ni tan solo para la ovación”.

Messi y Tevez no protagonizaron conflictos en el tiempo que compartieron espacio en el seleccionado. Sabella jugó sus cartas en sus primeros pasos al frente del equipo con un grupo de jugadores. Ponderó a esos elegidos a quienes brindó confianza hasta el final. Una convocatoria de Tevez pedía un lugar entre los titulares ¿Cómo tener contento a un jugador así en el banco? El entrenador prefirió no comprarse un problema. El seleccionado ya tenía demasiados inconvenientes por solucionar y La Generación, tal como la conocemos, estaba en etapa de gestación. Maradona sufrió en carne propia

algunas reacciones de Tevez en Sudáfrica, pero también recibió el apoyo del *Apache* en busca de su continuidad como DT de la Argentina.

“Alejandro siempre tomó las decisiones. Nosotros nos manejamos con cinco delanteros, que eran Messi, Agüero, Higuaín, Palacio y Lavezzi. Tuvimos la suerte que tanto Messi como Higuaín y Agüero rindieron. Todos se quedan con el gol que erró Higuaín en la final, pero hizo muchos goles antes. Goles que fueron clave. Así que me da pena que no se valore a esta camada de cracks que creo que es una de las últimas que nos va a tocar”, dijo Gugnali sobre la mirada del cuerpo técnico sobre Tevez y el resto.

Sabella consideró que Tevez, más aun en un gran nivel, no iba a sumar en el equipo. Su idea de ataque estaba programada con esos cinco nombres, con esas cinco características, con el objetivo final de contener y abastecer al mejor jugador del mundo.

“¿Por qué no está Tevez? No es una pregunta para mí, es para el técnico. El técnico dijo que lo estaba mirando, siguiendo. Para nosotros bienvenido sea, sería bueno para él y para todos”, manifestó Messi en una conferencia de prensa antes del partido de Eliminatorias Sudamericanas ante Paraguay en Córdoba.

El acuerdo, sin mediar reunión alguna, era tácito. Los que estaban, rendían. ¿Para qué convocar a alguien más? Sabella lo sabía, lo intuía. Así dadas las cosas, estaban bien. El plantel no proponía nada, pero mostraba algunas señales. Sabella ponderó al grupo, lo más importante para él, y entendió, principalmente por juego y táctica, que Tevez no iba a tener un lugar en el equipo.

“Hay jugadores que nacieron para ser titulares. Por más buena voluntad que tengan, les cuesta sentarse en el banco. Me parece que pudo haber pasado por ahí también, que no encontramos el lugar para que tenga una chance. Y los cinco delanteros que llevamos fueron cumpliendo las expectativas y por eso no hubo más lugar”, indicó Claudio Gugnali.

Sabella dio otra muestra de su idea para Eliminatorias Sudamericanas cuando en junio de 2012 declaró que los hinchas (y periodistas) debían acostumbrarse “a un equipo sin engache” en obvia referencia a Juan

Román Riquelme, otro de los nombres pedidos junto con *Carlitos* cuando la *Generación Lio* no había alcanzado su mejor rendimiento.

Tevez atravesó una crisis personal en 2011, sumido en un grado depresivo que lo hizo engordar cinco kilos y lo llevó a replantearse varias cuestiones. Sus roces con el entonces entrenador de Manchester City de Inglaterra, el italiano Roberto Mancini, se hicieron públicas, con desaires de *Carlitos* en pleno partido que colmaron la paciencia del director técnico. Tevez paró la pelota, se enfocó en lo futbolístico y de esa manera, lejos del ruido del seleccionado, del periodismo y de los hinchas, revitalizó su carrera como jugador. A tal punto que luego entendió el plan de Sabella.

“La selección está bien sin mí y yo estoy bien sin la selección. No hay que dramatizar, hay que dejar a Sabella trabajar tranquilo. El equipo está bien, vienen ganando todos los partidos, eso es lo importante. Hay gente que le duele y otra que no. Hay gente que me quiere ver en la selección y otra no. Es una decisión difícil y es difícil decirlo, es la realidad y es así. ¿Si me llaman? No sé si diría que sí. Hoy estoy enfocado en Manchester City. Me siento feliz ahora, con hambre de gloria, de fútbol”, reflexionó Tevez el 3 de septiembre de 2012 en un encuentro suyo con la prensa en el aeropuerto internacional de Ezeiza.

Sin embargo, subió el tono de sus declaraciones cuando en una entrevista en *Fox Sports* manifestó: “Mirándolo de afuera más contento todavía. Sin ganas por ahora de volver”.

La decisión de Sabella no pasó por un capricho. El entrenador pensó en el bien del equipo, en su funcionamiento, en la armonía de un grupo ya conformado.

“Nosotros lo seguíamos a Tevez. Lo que pasa que por ahí para el funcionamiento de equipo, nos convenía otro. Y por eso, en lo chiquitito, en definitiva te podés equivocar. Elegías a uno y eras injusto con el otro. La verdad es que no tuvimos lugar para Tevez. Llevarlo a una selección y no hacerlo jugar; me parece que tampoco era conveniente para él y para el grupo”, aportó Gugnali.

La lista de convocados para el Mundial Brasil 2014 tuvo 23 apellidos. Sabella trabajó una semana con 26 futbolistas con vistas al trabajo

más difícil que se le puede presentar a un entrenador: la decisión de quién va y quién no al campeonato del mundo.

Sabella citó al plantel en el gimnasio del predio de AFA en Ezeiza. En ese lugar se reunieron solo el cuerpo técnico y el plantel. Nadie más. El entrenador ya tenía una idea al respecto. Consultó a Julián Camino y Claudio Gugnali algunos aspectos, pero con resolución tomada para hablar delante de los 26 jugadores.

Sabella, con la ropa de entrenamiento, rompió el silencio en el gimnasio. Antes de emitir palabra, observó a quienes tenía delante. Todos callados esperaron el desenlace. Algunos con mucho respeto, conscientes de su lugar en el equipo, pero consustanciados con aquellos compañeros que peleaban por un puesto. Afuera, el país continuó su vida. El oficinista firmaba papeles, la doctora atendía pacientes en el hospital, el verdulero pesaba un kilo y 200 gramos de tomates, el periodismo hacía sus elucubraciones sobre la lista, la abuela tomaba de la mano a su nieto para cruzar la calle y el picado de los niños en un potrero en Catamarca modificaba su resultado por un 4 a 2 con aquel gol dudoso por encima de una de las mochilas utilizadas como arco.

“Bueno, llega un momento muy difícil para mí. A los que no les toque viajar, los voy a entender porque a mí también, en un mundial, me bajaron el último día. Mejor dicho, el último día me enteré que no iba; así que los voy a entender, los voy a respetar. Y desde ya que aquellos afectados, a los que no van a viajar, arriba está mi habitación, los espero, hablamos, y me dicen lo que me quieran decir; lo que piensan”, dijo Sabella sin rodeos, sin titubeos. Era el entrenador de cara al grupo de jugadores. “Los tres que no viajan son Sosa, Banega y Otamendi”, se escuchó en el gimnasio de AFA y el silencio se apoderó de la situación completamente.

Para el entrenador fue un momento triste. Cuando era jugador lo vivió y como entrenador le tocó revivir esa situación, pero del otro lado del mostrador.

El cuerpo técnico, encabezado por Sabella, no dijo más. Los tres se retiraron a las habitaciones. Cuando el entrenador y compañía dejaron el recinto, los jugadores tuvieron una charla de quince minutos entre ellos,

consolando a quienes quedaron afuera de la convocatoria. Poco después, Sosa subió para hablar con el cuerpo técnico y les deseó suerte. Luego fue el turno de Otamendi quien por entonces tenía el mismo representante que Sabella. El último en ascender fue Banega. “Bueno, gracias por todo. Toda la suerte del mundo en el Mundial”, dijo el jugador iniciado en Boca Juniors con total respeto hacia el director técnico y sus ayudantes.

“Cuando te comportás bien, con respeto, recibís lo mismo. Pero no en la selección, en cualquier lado. Nosotros en Estudiantes, recibimos respeto. Sabella es un técnico que se le cree, entonces recibís respeto. Más allá de que se acepte, se comparta o no las decisiones. Y bueno, fue así. Fue un día triste, una tarde triste. Hasta ese mismo día, esos tres, habían estado en todas. Se eligió a los 23 adecuados para tal necesidad”, recordó Gugnali.

La baja de Banega fue la noticia que más ruido hizo en los medios de comunicación. El volante campeón en el Sub-20 de Canadá en 2007 y los Juegos Olímpicos de Beijing 2008 no era un titular indiscutido en el equipo, pero sí una pieza de La Generación. Además, entre los suplentes, solo Lavezzi lo superaba en presencias en el ciclo de Sabella. El *Pochó* acumulaba 14 mientras que Éver llevaba 13. El golpe en el plantel se sintió, sin dudas, pero todos aceptaron la decisión del entrenador. Enseguida, el periodismo deportivo manejó rumores. Hechos de indisciplina alcanzaron a Banega y Lavezzi. Uno se quedó afuera y el otro adentro, pero el cuerpo técnico de Sabella eligió por conveniencia futbolística.

La lista de los 23 elegidos fue: Sergio Romero, Mariano Andújar y Agustín Orión (arqueros); Martín Demichelis, Federico Fernández, Marcos Rojo, Hugo Campagnaro, José María Basanta, Ezequiel Garay y Pablo Zabaleta (defensores); Lucas Biglia, Augusto Fernández, Ricardo Álvarez, Enzo Pérez, Maximiliano Rodríguez, Fernando Gago, Ángel Di María y Javier Mascherano (mediocampistas); Rodrigo Palacio, Ezequiel Lavezzi, Sergio Agüero, Lionel Messi y Gonzalo Higuaín (delanteros).

Sabella se nutrió de La Generación para la aventura mundialista luego de los 102 jugadores que pasaron por el seleccionado, pero también recurrió a otros nombres como Enzo Pérez (de escasos minutos en su ciclo),

Basanta, *Ricky* Álvarez y Augusto Fernández. El caso de Demichelis fue singular porque desde el partido por Eliminatorias con Bolivia, en el empate 1-1, que no volvía al equipo. El ex River y Bayern Munich, alineado con el grupo, tuvo así su revancha del Mundial de Alemania 2006 cuando fue notificado a último momento y lo observó por televisión.

El sorteo del 5 de diciembre de 2013 depositó a la Argentina como cabeza de serie en el grupo F. El mundo futbolístico se juntó para verlo. Sabella asistió acompañado como no podía ser de otra manera por el vicepresidente de FIFA y titular de AFA, Julio Grondona. Con ellos, el dirigente de Boca, Juan Carlos Crespi, reconocido por su buena atención a la prensa y su costado pasional como hincha. Nigeria, Bosnia y Herzegovina e Irán completaron la zona. Sabella respiró aliviado, Grondona ni se inmutó y Crespi, captado por cámaras de televisión, hizo ademanes dando entender que *Don Julio* tuvo algo que ver al respecto.

El lugar elegido para hospedar a la *Generación Lio* fue Cidade Do Galo, el predio de Atlético Mineiro en Belo Horizonte. El cuerpo técnico ya lo conocía de antemano y programó la logística con tiempo de sobra. La conquista de Estudiantes en la Copa Libertadores de 2009 sirvió como experiencia con el hallazgo de un predio completo en materia de entrenamiento y comodidad.

La Argentina jugó previamente varios amistosos como preparación, con despedida doble en River y La Plata ante Trinidad y Tobago y Eslovenia, respectivamente, siendo el triunfo ante Bosnia en Estados Unidos, el 18 de noviembre de 2013, como el más importante para 'Pachorra'.

Esa formación no tuvo a Messi en cancha y tampoco a Higuaín, pero disfrutó del *Kun* Agüero quien convirtió los dos goles que le dieron el triunfo al equipo. Además, Sabella apostó por un 5-3-1-1 ante el rival que tiempo después resultó integrante de su grupo en el Mundial de Brasil 2014. La Argentina desplegó buen fútbol ante Bosnia, con el delantero Edin Dzeko como figura, y fue protagonista en tenencia de la pelota y en situaciones. "Puedo asegurar que desde lo táctico fue uno de los partidos que más contento lo vi a Sabella", recordó Gugnali.

El legendario estadio Maracaná de Río de Janeiro fue el escenario

que albergó la esperanza e ilusión argentina. Miles de hinchas coparon las calles y las playas con la bandera celeste y blanca, con el nacionalismo a flor de piel a través de una canción como caballo de batalla (“Brasil decime qué se siente...”). Esa entonación reflejó una vez más el sentir del aficionado argentino. El otro es el mal de todos los problemas, sus defectos son innumerables y las amenazas deportivas afloran.

La expectativa era alta. La “suerte” librada en el sorteo del grupo alojó a la Argentina en un lugar seguro. Nada de grupo de la muerte. En teoría, el seleccionado argentino debía imponer su juego para no sufrir sobresaltos.

Sabella apostó por Romero; Zabaleta, Garay, Fernández, Campagnaro y Rojo; Maxi Rodríguez, Mascherano y Di María; Messi; y Agüero para vencer a Bosnia y Herzegovina con aquel antecedente amistoso como recordatorio. A diferencia de esa vez, la Argentina contaba con Messi, un dato para nada menor, frente a un equipo que prácticamente fue el mismo en Río. Sabella sorprendió y dejó en el banco a Higuain. Sin él, no hubo *Cuatro Fantásticos* en cancha en el debut mundialista. La ausencia de Gago privó a Leo de más compañía. Los periodistas y los hinchas abrieron los ojos cuando advirtieron que la línea defensiva se plantó con cinco, pero la crítica no se hizo extensiva en demasía hasta el entretiempo a pesar de lo favorable que se presentó el resultado con el 1 a 0 arriba por el gol en contra de Kolasinac a los tres minutos de juego.

A Bosnia también le sirvió el amistoso de noviembre de 2013 y complicó a la Argentina, especialmente en la primera parte. “No, así no podemos seguir”, dijo Sabella cuando entró al vestuario del Maracanã y dejó en evidencia el error que cometió con el sistema táctico y la formación elegida para el debut. Los jugadores, a su forma, también se lo hicieron ver. “Vol vamos a los cuatro de arriba”, se escuchó. Y Sabella tomó nota. Su ejemplo debía imponerse. Él pregonaba la unión del grupo, el intercambio de ideas para bien del grupo y por un momento descuidó aquel consejo de Guardiola sobre el bienestar de Messi en el equipo. La *Generación Lio* elevó una queja y el entrenador la escuchó, la meditó y ejecutó en consecuencia.

En el segundo tiempo, Sabella dispuso los ingresos del *Pipita* y Ga-

go por Campagnaro y Maxi Rodríguez. Argentina ganó en profundidad y Messi se sintió mejor. A tal punto que marcó el segundo del conjunto *albi-celeste* a los 20 minutos, con una definición maestra. A falta de seis para el final hubo más emoción en el partido con el tanto Ibisevic que significó el descuento. El pitazo final del árbitro Joel Aguilar trajo alivio y felicidad en el conjunto nacional.

“Me voy conforme con el resultado y con algunos pasajes del rendimiento. Esto es fútbol y a veces cuesta. Y a veces son errores míos”, afirmó Sabella en la conferencia de prensa. Un día después, Messi habló. Todas las miradas y oídos se posaron en él quien afrontaba un mundial con más experiencia y una idea recurrente e impostergable: ganar la copa. Ya era capitán. Ya era padre. Su vida cambió. Lo había ganado todo con Barcelona, pero la vitrina poco registraba del seleccionado argentino. Estaba en un momento justo. El partido ante Bosnia no resultó tal como lo planificaron. No se sintió a gusto y así lo reflejó en sus palabras a los medios de comunicación. “Somos Argentina, no tenemos que fijarnos en el rival. En el primer tiempo hicimos cosas que no estábamos acostumbrados y eso no puede pasar”, soltó Leo. La frase rebotó por todos lados, por supuesto. Su necesidad de jugar con Gago al lado y que el sistema táctico sea el 4-3-3 quedó manifiesta. El líder habló, el capitán se mostró, pero no en la cancha, esta vez fuera de ella. La Generación exhibió unidad y voz en Leo.

Messi no buscó confrontación con Sabella. Se cuidó en cada declaración, pero dejó visible una manera de jugar de la Argentina que significaba ni más ni menos que su comodidad en cancha.

Mascherano, otra de las voces de la *Generación Lio* y un agradecido eterno a Sabella, también dijo lo suyo luego del partido ante Bosnia: “El técnico cambió el sistema en el segundo tiempo, es más que un par de retoques. El 4-3-3 es la manera de jugar que nosotros tenemos, a las que estamos más acostumbrados”.

En tanto, Sergio Romero también apoyó la moción del regreso al esquema que mejores resultados le dio al equipo: “Ese sistema arrancó en Barranquilla y nos hizo disfrutar durante tres años”.

Las repercusiones de la conferencia de prensa de Messi generaron

todo tipo de comentarios en la prensa y la opinión pública. Los rumores sobre las imposiciones de la *Generación Lio* estuvieron a la orden del día.

“Acá el único que toma las decisiones es Sabella y tiene todo nuestro respaldo. Se está culpando a Leo. Cuando el entrenador dio la lista de 23 quedó claro que Messi no pone ni saca a nadie porque quedó muy sorprendido con la exclusión de Banega que estuvo en Eliminatorias y es uno de sus grandes amigos”, manifestó Demichelis en los días previos al segundo partido.

“Alejandro no lo habló con nosotros. Creo que si él piensa que se equivocó, buenísimo, quiere decir que tiene autocrítica y que puede cambiar el sistema. Nosotros lo apoyamos porque cualquiera se puede equivocar”, deslizó Rodrigo Palacio.

El partido ante Irán, el 21 de junio en el estadio Mineirao de Belo Horizonte, fue el siguiente paso en el campeonato del mundo. “Es un pueblo acostumbrado a luchar contra la adversidad, un pueblo sufrido, son deportistas que sufren y que saben que ustedes son más. Entonces van a redoblar esfuerzos. No se relajen, no les den ventajas”, bramó Sabella ante sus dirigidos como señal de advertencia. La Argentina se alistó con el equipo ideal, bajo el 4-3-3, con Gago y los *Cuatro Fantásticos* en cancha, pero le costó derrotar a Irán. Tanta fue la paridad que el pleito se resolvió con una genialidad de Messi en el último minuto con un remate de media distancia en el único resquicio que encontró durante todo el partido.

Con dos ganados, el clima mejoró mucho y el paso a la siguiente instancia se corroboró con el triunfo ante Nigeria por 3 a 2 en Porto Alegre el 25 de junio. Esa fue la tarde donde el *Pocho* Lavezzi roció con agua a Sabella en plena indicación. La imagen dio vuelta al mundo, pero no generó la ira del entrenador. “Todo era producto de la empatía. Es una manera de ser. Como dijo Lavezzi, yo tengo la mía y él la suya y no dejó de ser una gracia, tal vez una muestra de cariño; yo lo sentí así”. El propio Lavezzi declaró que aquella travesura buscó “descomprimir” un tramo tenso del cotejo.

El rival en octavos de final fue Suiza. Para ese partido, Sabella dejó en el banco a Agüero quien desde entonces perdió su lugar entre los titulares a manos del *Pocho* Lavezzi. El *Kun* no llegó en su mejor versión a Brasil.

Molestias musculares lo tuvieron a mal traer, pero también otros de índole personal. Su relación conflictiva con Giannina Maradona, hija de Diego y madre de su hijo Benjamín, fue otro problema. La cabeza del ídolo de Independiente no descansó un segundo entre la concentración para el mundial y los constantes mensajes de texto con su ex pareja. Mientras tanto, en Barra de Tijuca, Maradona seguía de cerca los acontecimientos entre su hija y su ex yerno. El abogado del *Diez*, en los cortes publicitarios del programa *De Zurada* que se emitió por la señal de *TeleSur* de Venezuela y la *TV Pública* de la Argentina, le acercaba las respuestas de Agüero a Giannina vía celular. La seriedad de Maradona fue evidente durante el envío de propaganda en el pequeño estudio ubicado en el centro de prensa de Río de Janeiro. Diego solo quitaba esa mueca de ira cuando la cámara se prendía.

El gol de Di María ante Suiza en San Pablo, generada por una buena jugada de Messi y a los 13 minutos del segundo tiempo suplementario, valió el triunfo para la Argentina en un partido complicado y parejo. De hecho, un cabezazo del volante Blerim Dzemaili, a los tres minutos del segundo tiempo suplementario, pegó en el palo. Suiza fue un oponente duro, pero el resultado se ajustó a lo que se observó en cancha, con una leve ventaja para los de Sabella de la mano un Messi participativo.

Los festejos por el pase a cuartos de final se empañó con el fallecimiento de María Soledad, la hija del periodista *Tití* Fernández, a raíz de un accidente automovilístico. En el viaje de San Pablo a Belo Horizonte el auto dio un vuelco al ser interceptado por otro. María Soledad no llevaba puesto el cinturón de seguridad en la parte trasera de los asientos y salió despedida con una caída de seis metros a un barranco. El asesino de la hija de *Tití*, Marcos Vinicius da Silva, fue condenado luego a cinco años y tres meses de prisión en julio de 2015.

La siguiente parada encontró a Bélgica. Para ello, Sabella dispuso varios cambios entre suspendidos y lesionados. Higuain dio su mejor aporte en el mundial con el único gol del partido. A la Argentina no le sobraba nada, pero avanzaba. La noticia triste de la jornada fue la lesión de Di María, a la media hora del primer tiempo. Otro de los *Cuatro Fantásticos* se bajaba en el tramo más decisivo del certamen. Messi se quedaba con menos

socios en la cancha, incluida la merma futbolística de Gago, y de a poco, su desequilibrio y estrella se fueron apagando. La Generación suplió esa situación con firmeza en defensa y con Mascherano cada vez más caudillo; le alcanzó para dar pelea.

La Argentina no jugaba las semifinales de un campeonato del mundo desde Italia 1990. La *Generación Lio* y Sabella renovaron el calendario y en tierra brasileña aguardaron por Holanda, comandada entonces por Louis van Gaal.

“Desde lo táctico me impresionó mucho Holanda, el planteo que hizo van Gaal. Nos cortó todos los circuitos, parecía que él dirigía a la Argentina. Anuló todos los circuitos de juego y por eso se hizo tan duro el partido”, recordó Gugnali de una de las semifinales de la Copa del Mundo en Brasil 2014.

Holanda fue un rival muy duro para la *Generación Lio* que se apoyó esta vez en el temple Mascherano y las atajadas de Romero para el pase a la final. El choque entre argentinos y holandeses fue de dientes apretados, con pocas situaciones de riesgo en ambos arcos, pero el volante surgido de las divisiones juveniles de River Plate tuvo dos momentos que luego valieron un reconocimiento de grandes dimensiones. El primero tuvo lugar con un despeje salvador ante el mediocampista Arjen Robben. Por un instante, en tiempo cumplido, los corazones de los argentinos se paralizaron con la entrada del holandés en el área para definir ante *Chiquito*. El pie derecho de Mascherano se interpuso en la dirección del balón. La *Generación Lio* mantuvo su sueño gracias a ese esfuerzo descomunal que se aproximó a un grito de gol.

Con el partido estacando en cero hubo tiempo suplementario y luego penales. Los nervios se crisparon. Las piernas comenzaron a flaquear. Las banderas se agitaron más fuerte en las tribunas con un cántico de fondo como apoyo para el equipo. Romero se concentró al máximo. En ese estado, divisó a un compañero que lo encaró. No era el capitán, no era Messi. Fue el otro gran referente de la *Generación Lio*. Mascherano se acercó, lo miró a los ojos y le dijo: “Hoy te convertís en héroe”. Los labios del oriundo de San Lorenzo se leyeron con precisión. Los espectadores bramaron

frente al televisor. El mensaje surtió efecto y en definitiva, Romero y sus manos se consagraron en la definición por penales ante Holanda.

El vestuario, cargado de felicidad, recibió la visita de Julio Grondona quien pidió permiso al cuerpo técnico para dar un mensaje breve: “Muchachos, más allá del resultado del próximo partido, para mí, ustedes ya son campeones. Son campeones de la vida, muchachos. Gracias por lo que nos hicieron vivir, disfruten la final, se la ganaron para jugarla y para mí, les vuelvo a repetir, ya son campeones”.

El paso a la final, con el gol de Maximiliano Rodríguez con el último penal, se festejó de manera alocada. Messi salió corriendo desencajado. Esta vez no lo hizo en la búsqueda del gol. El paso veloz de Leo fue una descarga que se reflejó en el resto. El fallecimiento del periodista Jorge *Tolo* López, el 9 de julio, una semana después del desenlace fatal de la hija de *Tití* Fernández, fue otro golpe que el plantel, y Messi especialmente, debió digerir de la forma más rápida y menos dolorosa posible.

La Argentina, después de 28 años, volvía a jugar una final del mundo. En el medio pasaron toda clase de equipos e ilusiones, con nombres ilustres en la cancha y en el banco de los suplentes. La Generación logró el primer cometido: la final en Brasil. El ánimo estaba por las nubes, pero la formación, algo diezmada sin Di María y un Agüero en baja, apostaba por un gran partido ante Alemania, un rival clásico que dio el gran golpe con la goleada histórica por 7 a 1 a Brasil en Belo Horizonte.

El partido ante Alemania significó la primera final del seleccionado argentino en 24 años en los campeonatos del mundo desde Italia 1990. Era la gran posibilidad de poner fin a una sequía en títulos, sin contar las Copa América 1991 y 1993, con Alfio Basile como entrenador.

Sin embargo, la fortuna no estuvo del lado argentino. El mano a mano de Higuaín ante Manuel Neuer en el primer tiempo, la infracción en el área del propio arquero alemán al *Pipita* no sancionada por el árbitro, la chance malograda por Rodrigo Palacio, que luego propició el dicho popular “era por abajo”, y el remate cruzado de Messi que rozó el segundo palo fueron indicios claros de una buena final de la Argentina. El equipo de Sabella jugó mejor, pero no supo definir. Messi intentó imponer su talen-

to, pero estuvo solo otra vez. Di María quedó descartado por Sabella porque no lo vio recuperado totalmente de la lesión. El cuerpo técnico negó la versión de una supuesta presión de Real Madrid, dueño de su pase, para no arriesgarlo. Sabella preservó al futbolista que con lágrimas en los ojos aceptó la decisión.

Alemania se consagró campeón por cuarta vez en su historia con el gol del volante Mario Gotze, en el segundo tiempo complementario, y la ilusión argentina se derrumbó. Por supuesto, el vestuario fue diferente a aquel post triunfo por penales ante Holanda. La tristeza invadió a todos.

En Buenos Aires, la gente salió a la calle de todas formas. Muchos se dieron cita en el Obelisco para agradecer el esfuerzo de jugadores y cuerpo técnico. El regreso del plantel al país fue emotivo. Ezeiza se llenó de hinchas. Luego, la delegación argentina recibió las felicitaciones de la presidenta Cristina Fernández de Kirchner y de un pueblo que esta vez no le dio la espalda a la *Generación Lio*, a pesar del subcampeonato.

El plantel recibió un homenaje improvisado cuando el 25 de noviembre de 2014, meses después del subcampeonato en Brasil, Alejandro Sabella, junto con el entrenador de básquetbol Julio Lamas, brindó una clínica bajo el lema *Trabajo en equipo* que se desarrolló en el teatro Gran Rex, ubicado sobre la avenida Corrientes.

Sabella fue presentado en el bloque “Secretos de un líder - capacidad de trabajo, conocimiento y honestidad”. El ex DT del seleccionado argentino se sintió como un actor frente a la multitud cuando hizo su irrupción con la imagen del equipo que estuvo muy cerca de la gloria en Río de Janeiro. “No sé si me aplaudieron a mí o aplaudieron a esos muchachos. Si me aplaudieron a mí, quisiera que repitamos el aplauso para esos muchachos. Y yo los voy a aplaudir con ustedes porque tenemos que hacer memoria y a veces los argentinos no tenemos mucha memoria porque tuvimos que esperar 24 años para que pase esto”.

Fiel a su estilo, Sabella citó a Tupac Amará y lo emparentó con los entrenadores: “Estamos en el ojo de la tormenta, nos tironean de muchos lados y estamos en el medio de muchas situaciones”.

El sabio entrenador eligió a tres referentes de la *Generación Lio* pa-

ra agradecerles por la realización de un ciclo que escribió una nueva página en la historia del fútbol argentino.

Sabella empezó por Messi: “Fue el fiel reflejo de la idea y de los valores de este grupo. El nosotros sobre el yo, el plural sobre el singular y el colectivo sobre el individual. Lo mejor para Messi hubiese sido tener un delantero más y se adaptó a lo que el entrenador dijo que había que hacer. De última, si alguien se equivocó, no se equivocó Messi, se equivocó el entrenador. Es el mejor jugador del mundo, que sigue batiendo récords, pero se puso a disposición de los valores, los mandamientos de la selección argentina, y le estoy agradecido”.

Poco después, *Pachorra* se refirió a la voz de mando en la cancha, Mascherano: “Fue el jugador, junto con Verón, que más diálogo tuve, que más veces estuve hablando de fútbol. Cambié de opiniones con él y ese abrazo reflejó el abrazo del alma”.

El ex DT de Estudiantes La Plata no se olvidó de Ángel Di María, quien hizo lo imposible para jugar la final y no tuvo esa chance: “Era insustituible desde el principio y fue doloroso dejarlo fuera de la final”.

La despedida de Sabella del escenario del Gran Rex dejó otro concepto sobre la *Generación Lio* que él mismo ayudó a forjar en un instante de superación deportiva: “Nunca, en ninguna gira ni ningún partido hubo un escándalo. Dejaron sentado el orgullo de los argentinos. Si se podía ganar, mejor, pero sino, demostramos que ganar no es lo único. Seamos dignos con nosotros mismos, seamos dignos con nuestros compañeros y rivales, seamos dignos en la victoria y en la derrota”.

El paso del tiempo no alteró en Mascherano su opinión sobre Sabella con una declaración sentida al canal *Fox Sports* en septiembre de 2016. “Alejandro está en lo más alto que puede estar un entrenador. No solo en lo profesional, me une lo afectivo. Tuvimos conexión desde el primer día y eso te queda para siempre. Sabella fue un ejemplo por su honestidad, su capacidad, por todo lo que construyó en esos tres años”.

[Capítulo 5]

Gerardo Martino.
La consolidación del poder de la *Generación Lio*

Gerardo Daniel Martino debutó como técnico del seleccionado paraguayo justamente en la Copa América de Venezuela 2007 compartiendo su equipo la misma zona que Argentina, a la que enfrentó en el tercer partido de la serie con triunfo del conjunto dirigido por Alfio Basile 1 a 0, con gol convertido por Javier Mascherano.

Esta fue una de las tantas paradojas que marcaron la vida profesional del *Tata* en su época como futbolista y luego como entrenador. Basile debutó como técnico de la selección el 19 de febrero de 1991, en un amistoso que Argentina le ganó a Hungría por 2 a 0 en la cancha de Rosario Central, donde justamente Martino no era muy querido por sus hinchas, y ese fue su último partido con la camiseta *albiceleste*.

A Mascherano, en cambio, iba a dirigirlo por primera vez en Barcelona, de España, a donde llegó para reemplazar a un por entonces muy enfermo Tito Vilanova, que moriría de cáncer tiempo después. Allí comenzó una relación “profesional” entre ambos que tuvo un final complicado en el club catalán y continuó siendo no menos dificultosa en el seleccionado argentino.

Martino, nacido el 20 de noviembre de 1962 en Rosario, hinchas hasta la médula y referente histórico de Newell's, al punto que una tribuna del Coloso Marcelo Bielsa lleva su nombre, debutó como técnico del seleccionado argentino con un triunfo sobre Alemania, en Dusseldorf, por 4 a 2, el 3 de septiembre de 2014, luego de la final del Mundial perdida por 1 a 0, en tiempo de descuento, ante el mismo rival, dos meses antes en Brasil.

Luego vendría una gira por China en octubre siguiente con derrota 2-0 frente a Brasil incluida y más tarde, en noviembre, otra por Inglaterra, en la que vencería 2-1 a Croacia en Londres y posteriormente caería sobre la hora 1 a 0 frente a Portugal en el mítico Old Trafford de Manchester United, el día del promocionado enfrentamiento entre Cristiano Ronaldo y Lionel Messi vistiendo las camisetas de sus respectivos seleccionados.

Pero lo más interesante de esa estadía en suelo británico no fue justamente lo que pudo verse en la cancha, que fue bastante poco por cierto, sino todo lo que ocurrió puertas adentro de una selección que tuvo entre un partido y otro seis días de interregno, buen tiempo como para ir perfilando el modo en que iba a “organizarse” la relación entre el cuerpo técnico y los futbolistas de cara a las eliminatorias que se iniciarían el año siguiente camino a Rusia 2018 y la Copa América de Chile que también se disputaría en ese 2015.

El *Tata*, que ya se había convertido en el único técnico en haber dirigido a Messi en los únicos dos equipos en los que jugó en su carrera profesional, Barcelona y el seleccionado argentino, estaba muy afectado por su controvertido paso por el club español y especialmente por la relación que había mantenido durante el año que estuvo allí con la prensa catalana.

Por eso, aunque solamente había cuatro periodistas argentinos cuando llegó de regreso al hotel donde se hospedaba la selección, después de haber ido a presenciar un partido de tenis del Torneo de Maestros que se jugaba ese noviembre en Londres, se sintió “observado” al no poder pagar el taxi que lo había trasladado y que esos enviados especiales le cubrieron haciendo una “vaquita” de sus propios viáticos. Y reaccionó mal contra ellos. “¿Qué pasa, volvió Barcelona?”, inquirió mientras pasaba con cara de pocos amigos entre ellos. Los periodistas se miraban incrédulos. El subió las escaleras, se metió en un ascensor y se recluyó en su habitación del cuarto piso del hotel.

Pero al rato, luego de reflexionar entre cuatro paredes, bajó, pidió disculpas y aceptó que sus días en Barcelona lo habían afectado, al punto de, como en este caso, ver fantasmas donde solamente estaba un puñado de hombres de prensa tratando de hacer su trabajo de la mejor forma posible.

Claro que por ese entonces no era solamente el periodismo lo que lo empezaba a preocupar, sino especialmente la relación con la “planta permanente” del plantel, al punto de “adaptar” la formación a algunas prestaciones que se fueron modificando con el tiempo, como por ejemplo el caso de Angel Di María, figura estelar del Real Madrid campeón de la Liga de Campeones de Europa, al que situó como delantero por izquierda en vez de ubicarlo en su habitual posición de volante de ida y vuelta por ese sector. “Es que cuando vos valés 10 millones de dólares, corrés de área a área, pero cuando valés 80.000.000 ya preferís arrancar desde la mitad de la cancha”, justificó con agudeza crítica el ‘Tata’. Y para completarla, como ‘puntero derecho’ lo ubicó a Messi.

La otra preocupación que también desvelaba a Martino pasaba por los seleccionados juveniles, en ese tiempo dirigidos por Humberto Mario Grondona, el hijo de Julio Humberto, quien justamente lo había ungido como entrenador de la mayor pocos días antes de morir, el 30 de julio de 2014, después del alejamiento de Alejandro Sabella tras el subcampeonato del mundo.

El rosarino quería poner en ese lugar a un compañero de ruta que ofició de ladero desde que se inició como entrenador en Almirante Brown de Arrecifes en el Nacional B y que es “el mejor amigo” que le dio el fútbol, ya que habían empezado juntos sus carreras futbolísticas en las inferiores de Newell’s Old Boys, a la órdenes de Jorge Griffa: el ex marcador central Jorge Theiler.

“Si nos va bien en la Copa América de Chile y arrancamos en buena forma las eliminatorias, no solamente pongo al técnico del sub 20, sino también a los del sub 17, sub 15 y hasta sub 8”, aventuró el *Tata* entre ilusionado e irónico. “Ahora, si dentro de un tiempo sigue habiendo más *Humbertito* Grondona, es muy probable que no haya más Martino”, advirtió ya sin la sonrisa que había acompañado su primera afirmación. Nada de eso iba a suceder.

Es que después de un par de amistosos irrelevantes más en los Estados Unidos llegó la primera prueba de idoneidad para Martino, la Copa América de Chile. Claro que eso era lo que menos preocupaba a los juga-

dores, cuyo único objetivo era tomarse revancha de la final perdida en Brasil, esa que dejó una herida abierta que si bien no podría cerrarse en una competencia de menor valía, al menos iba a servir para empezar la cicatrización en el corto plazo.

Y fue Chile entonces, con punto de partida en la pintoresca ciudad balnearia de La Serena, a orillas del Pacífico, donde la *Generación Lio* terminó de desplegar todo su potencial, ese que había florecido con fuerza en el entretiempo de aquel primer partido con Bosnia en el Mundial de Brasil, cuando el *Jefe* Mascherano dio la orden de cambiar lo resuelto inicialmente por Sabella y *Lio* dispuso llevarlo adelante en el campo de juego, fortaleciendo ese particular ‘uno-dos’ en que el subcapitán decide y el capitán ejecuta.

Y el primer indicio de cómo eran e iban a seguir siendo las cosas lo dieron justamente Messi y Mascherano, que llegaron un par de días más tarde a esa concentración de la Cuarta Región chilena porque venían de jugar y ganar con Barcelona la final de la Champions League ante Juventus, de Italia, por 3 a 1, en Berlín.

Hasta ese momento la logística indicaba que después de los dos primeros partidos en el pintoresco estadio La Portada, la delegación argentina iba a trasladarse a Viña del Mar para afrontar el tercer juego ante Jamaica y después continuaría su itinerario en otras sedes, por lo que ya no volvería a La Serena.

Sin embargo, cuando Messi y Mascherano advirtieron que las comodidades que presentaba la concentración del hotel Serena Suites, donde la distancia mayor a recorrer eran 20 minutos en micro hasta el centro de entrenamientos Juan Soldado, pero después el aislamiento era total, un tanto por la protección de un cuerpo de carabineros y otro por la distancia (unos 400 metros) entre el portón de acceso y el lugar de hospedaje, decidieron “indicarles” a los dirigentes que acompañaban a la delegación, con el presidente interino de AFA, Luis Segura a la cabeza, que lo mejor era permanecer allí, viajar a Viña del Mar y luego retornar, pese a los 410 kilómetros existentes entre ambas ciudades.

Esto se decidió el día inmediato posterior al arribo de las dos ‘M’ que ‘mandan’ en el seleccionado argentino, y los dirigentes “obedecieron” en-

seguida. Como habrá sido de intempestivo el cambio de planes que en la conferencia ulterior que ofreció Martino, el mismo técnico debió dar esa información públicamente ante la consulta de un periodista, mientras que desde la AFA no había ninguna comunicación oficial al respecto.

Entonces, y más allá del desbande organizativo que supuso para toda la prensa que seguía al equipo argentino tener que “cambiar de caballo a mitad del río” (reservas hoteleras, traslados y otras hierbas), lo que quedaba por observar de allí en adelante era cuan penetrante iba a resultar esa incidencia de Messi y Mascherano sobre la tercera pata de esa mesa: el cuerpo técnico encabezado por Martino.

Y fue el propio técnico quien admitió, como sugiere ese slogan jurídico de que “a confesión de parte, relevo de pruebas”, que ese estado de cosas también lo alcanzaba, que no estaba exento, aún con el currículum que ostentaba de sus anteriores pasos por el seleccionado de Paraguay, donde compitió de gran forma en el Mundial de Sudáfrica 2010, y el más reciente dirigiendo al mejor equipo del mundo, pese a que con ese Barcelona, “también de Messi y Mascherano”, no hubiera alcanzado los logros que su ilustre prosapia podía suponer.

“Para terminar de cerrar la lista de convocados a esta Copa América tenía una duda, así que tuve que hacer una llamada telefónica. Lo consulté al ‘uno’, a Messi, y le pregunté a quien prefería entre Ezequiel Lavezzi y Nicolás Gaitán. Lo hice porque los dos estaban en un nivel parejo y quería saber cuál era el que podía ser más beneficioso para el grupo. Así fue que terminé citando al *Pocho*”, confesó el *Tata* después del segundo encuentro de ese torneo en el que Argentina logró una importante victoria por 1 a 0, sobre Uruguay, con gol de cabeza de Sergio Agüero.

La revelación de este hecho, que en un primer momento pudo haber dejado en evidencia una claudicación del técnico en cuanto a su principio de autoridad, fue en realidad un llamado de alerta a los periodistas, un mensaje cifrado, subliminal, solo apto para ojos afinados y oídos atentos, sobre la realidad de lo que estaba aconteciendo puertas adentro del seleccionado argentino.

Y esta lectura se fue enriqueciendo en los días posteriores, confor-

me el equipo argentino transitaba rumbo a la final del certamen con un rendimiento irregular, que pasaba de prestaciones de gran nivel como la de cuartos de final ante Colombia (pese al 0 a 0 final y el posterior triunfo por penales) y el segundo juego frente a Paraguay (6 a 1) en la semifinal, a otras previas que dejaban mucho que desear como el segundo tiempo ante el propio equipo *guaraní* que dirigía Ramón Díaz en el debut (Argentina ganaba 2-0 en los primeros 45 minutos y se lo empataron 2-2 en la segunda mitad) o el mencionado 1-0 con Jamaica durante todo el partido.

Pero más allá de lo relacionado estrictamente con el juego y ese 4-3-3 mutante que implementaba Martino y que solía transformarse en un 4-2-1-3 cuando Javier Pastore se trasladaba desde la izquierda al medio para jugar como enganche, lo que dejaba mayor entretela en la vida diaria del plantel era lo que sucedía entre un partido y otro, con los entrenamientos como un muestrario nítido de lo que estaba pasando pero, sobre todo, de lo que iba a suceder.

Porque Martino tenía entre sus máximas futboleras, por ejemplo, jugar “con un solo nueve”, aunque ello le generara constantes polémicas porque tenía a tres de calidades parecidas para el mismo puesto: Sergio Agüero, Gonzalo Higuaín y Carlos Tevez, para él en ese orden de prioridades.

El *Tata* no caía, como ocurrió con quienes lo sucedieron, en aquello de que Agüero y Tevez podían actuar como segundos puntas. De ninguna manera. Para él los tres eran centrodelanteros y como tal pensaba utilizarlos siempre. Y aún cuando el elegido era el *Kun*, siempre confiaba que al que más quería era al *Pipita*, a punto tal que, contrariando su forma de actuar en la vida, fue “al único” futbolista al que le recomendó a que equipo europeo le convenía ir cuando dejara Nápoli. “Le aconsejé que fuera al Arsenal, porque de la forma en que lo hace jugar Arsene Wenger, se iba a cansar de hacer goles, ya que todos los ataques concluían en el nueve”, confesó Martino que le dijo a Higuaín, quien sin embargo terminó ‘rumbeando’ para la Juventus.

Pero el problema mayor no lo tenía el técnico rosarino con ellos dos, sino con el tercero de su lista, ya que el *Apache*, que había forjado una gran amistad con Mascherano desde la época en que habían integrado el selec-

cionado argentino sub 17, y que se terminó de consolidar cuando ambos compartieron equipos en sus primeras salidas a jugar en el exterior, primero en Corinthians, de Brasil, y posteriormente en el West Ham inglés, no estaba conforme con ocupar el último lugar en ese podio de delanteros de punta.

“Si se banca esta Copa América jugando poco y nada, estaremos bien. Pero hay que ver si pasa este momento”, confió Martino con un gesto que revelaba más incertidumbre que firmeza, mientras en cada práctica observaba el ánimo pendular de Tevez, indolente cuando sabía que no tenía chances de estar en el partido siguiente, pero muy activo cuando las posibilidades de jugar parecían más cercanas.

Por eso fue un ejercicio de campo que cualquier psicólogo hubiese envidiado, observar cómo en las prácticas anteriores al partido con Jamaica en el que se sabía que Agüero iba a ser preservado, mostraron reacciones parecidas, pero por convencimientos diferentes, los dos candidatos a reemplazarlo.

Para todos, periodistas, compañeros e incluso el propio cuerpo técnico que acompañaba a Martino, el que iba a jugar de entrada ante los centroamericanos era Tevez. Por eso en los entrenamientos se lo notaba feliz, histriónico, con esa sonrisa ancha que iluminaba sus dientes ahora prolijamente alineados, y realizando los trabajos futbolísticos con una prodigalidad digna de la mejor causa.

Pero Higuaín, que compartía la misma sensación, actuaba igual que *Carlitos* en los entrenamientos, aunque con una postura distinta, ya que se lo notaba contrariado, con el gesto adusto, peleando cada pelota como si fuera la última, jugando al límite de la falta fuerte contra algún compañero. Y protestando todas, sin dejarle pasar ninguna al árbitro de esos picados informales, el preparador físico Elvio Paolorroso, al punto de irse de la cancha refunfuñando cuando no le cobraban una falta que él sostenía que le habían cometido. Se quedaba unos segundos afuera y después volvía con más cara de enojado aún.

Pero cuando todo indicaba que Tevez era número puesto frente a los jamaíquinos, a último momento Martino sorprendió colocando a Higuaín co-

mo reemplazante de Agüero desde el arranque, relegando al *Apache* una vez más al banco de suplentes, con lo que se le esfumaron así las últimas chances de ser titular aunque sea nomás en uno de los seis partidos que iba a jugar el equipo argentino en Chile.

Y la decisión, aunque sorprendente, terminó siendo acertada, porque Argentina ganó 1 a 0, en un flojísimo partido, justamente con gol del *Pipita*. Tevez volvió a jugar en cuartos de final ante Colombia durante algunos minutos, pero en la definición por penales en el estadio Sausalito, de Viña del Mar, tuvo un momento reivindicatorio al anotar el último disparo que le dio a Argentina la clasificación a semifinales, tomándose revancha así de aquel otro malogrado frente a Uruguay en Santa Fe y que le significó al conjunto dirigido entonces por Sergio Batista la eliminación prematura en la Copa América de 2011.

Pero lo que más sorprendió después de cada partido fueron las explicaciones que dio Martino sobre ambos sucesos que involucraron a Tevez. “La idea de ponerlo de entrada a Higuain contra Jamaica no la sabía nadie, solamente yo. Mi ayudante, Jorge Pautasso (terminó el ciclo en muy mala relación con los referentes del plantel), estaba convencido de que jugaba *Carlitos*, y cuando el día anterior le dije que iba a hacerlo Gonzalo se quedó mudo, se puso colorado como cada vez que no está de acuerdo con una decisión que tomo, y se fue sin decirme nada”, confió el *Tata*.

“Y cuando Tevez tenía que patear el penal ante Colombia me puse muy mal, porque pensé que esa responsabilidad, con el recuerdo de lo que había pasado en la Copa América anterior, lo iba a perjudicar. Por eso no lo coloqué en la lista de los cinco pateadores iniciales. Me quería morir cuando vi que se le presentaba la oportunidad de definir el partido”, reconoció Martino. El *Apache* convirtió el séptimo penal de la serie y Argentina le terminó ganando desde los 12 pasos por 5 a 4 a la Colombia de José Pekerman.

Tevez había vuelto al seleccionado argentino de la mano de Martino, después de haber sido olímpicamente ignorado por Alejandro Sabella durante su gestión, aunque esa marginación resuelta por *Pachorra* obedecía a una cuestión táctica, también encontró a una “preferencia” del presidente de AFA, Julio Grondona, quien se había molestado mucho con el *Apa-*

che cuando en un amistoso ante Brasil, en Qatar, que Argentina ganó por 1 a 0 sobre la hora con gol de Lionel Messi, el 17 de noviembre de 2010 y con Batista como técnico, había acusado una lesión que aparentemente no era tal, para no viajar a ese destino tan lejano.

Sin embargo, el *Checho* lo llevó después a la Copa América en la que Argentina ofició de anfitrión al año siguiente, pero la relación con el titular afista ya se había deteriorado demasiado y con la llegada de Sabella y la presencia de Carlos Bilardo, un hombre siempre muy cercano a Grondona, en la coordinación de selecciones nacionales, el destino de Tevez estaba echado.

Sin embargo con Martino el delantero surgió en All Boys, cuando todavía se apellidaba Martínez, tuvo la oportunidad de retornar al seleccionado, y lo hizo durante la gira por Inglaterra, cuando Argentina enfrentó a Croacia y Portugal. Transcurría noviembre de 2014. Grondona había fallecido poco más de tres meses antes. Por eso el *Apache* nunca le reprochó al *Tata* las pocas posibilidades de jugar que le dio en cada convocatoria.

“Lo iba a convocar para la gira anterior por China, pero como ustedes, los periodistas, insistieron tanto y dijeron que era un hecho que volvía a la selección, lo postergué para estos partidos en Inglaterra. Porque Tevez iba a regresar cuando lo decidiera yo, no cuando quisiera la prensa”, advirtió Martino en una fría noche de Manchester, cuando el triunfo sobre Croacia en la cancha de West Ham, en los suburbios londinenses, por 2 a 1, había quedado atrás, y el ‘duelo’ Ronaldo-Messi anunciaba su noche de gala en el ‘Teatro de los sueños’ de Old Trafford.

Esos eran todavía los tiempos en que el *Tata* confesaba que en el predio de AFA, donde vivía de lunes a miércoles “prácticamente sin salir a la calle”, porque dentro de ese bucólico marco sufría “cero stress”, se sentía “como en casa”, protegido especialmente de los todavía frescos recuerdos hostiles de su estadía en Barcelona.

“En Barcelona estuve un año (durante toda la temporada 2013-2014) y no fui feliz ni un solo segundo. Cuando me llamaron para ofrecerme el cargo ya olfateaba que la cosa no iba a funcionar, pero mis hijos me pidieron casi llorando que aceptara, porque no podía dejar pasar esa oportu-

tunidad única de dirigir al mejor equipo del mundo. Por eso agarré, pero la pasé siempre mal. Si salía a cenar, en la puerta del restaurante ya estaba la prensa observándome. Era así todo el tiempo”, confió un Martino atribulado por esa mala experiencia personal a la que, confesó, “seguramente le harían falta varias sesiones de psicología para superarla”.

Claro que no solamente los periodistas influyeron negativamente para que la pasara mal en “la cima del mundo”, el lugar “en el que todos los técnicos del mundo sueñan con estar”, pero que para él “nunca representó la felicidad. Al menos como yo la entiendo. Me di cuenta enseguida de que ese no era el sitio para mí”, admitió.

Pero más allá de esa sensación de “acoso periodístico”, hubo otras relaciones que si bien no se reflejarían en sus primeros pasos en la selección, iban a decantar hacia el final de su ciclo al frente de la ‘celestes y blanca’, y no fueron otras que las que mantuvo con Messi y Mascherano, no tan próximos a él pese a ser los tres oriundos de esa Rosario que para el *Tata* nunca ‘estuvo cerca’ en Barcelona cuando de afectos se trató.

Es que Messi fue, desde que Josep Guardiola llegó a Barcelona, “el dueño del 90 por ciento del vestuario” *culé*, según indicó que pudo comprobar ‘in situ’ Martino, y eso lo alejó, por decantación, de cualquier entrenador, más allá de la mejor o peor relación que fue teniendo con todos los que estuvieron de *Pep* en adelante. Y en ese aspecto el *Tata* no fue la excepción, por más compatriota y enamorado de Newell’s que fuera.

Por eso cuando volvieron a encontrarse los tres en la selección, la relación profesional y humana ya tenía un ‘back ground’ que los hizo jugar el juego de entrenador y dirigidos con las cartas marcadas, algo que empezó siendo positivo pero no concluyó de la mejor manera cuando el desgaste de ese ida y vuelta se fue acentuando en medio de repetidas frustraciones deportivas, un proceso similar al ocurrido en un ‘Barsa’ que con Martino solamente ganó una Supercopa de España pero no pudo avanzar en la Champions League y se quedó en la puerta del título en la Liga y en la Copa del Rey.

Esto provocó un crecimiento sostenido de la ‘autoridad’ de Mascherano y Messi (se remarca el orden de influencia de uno y otro) en desme-

dro de la de Martino, algo que no solamente empezó a verificarse con el comentado episodio en que el técnico reveló que lo consultó a *Lio* respecto de sus preferencias entre Lavezzi y Gaitán para cerrar la lista de convocados a la Copa América de Chile, sino en el trato cotidiano que se dispensaron justamente durante este certamen.

El momento simbólico de esos días transcurridos por la selección entre la Cordillera de los Andes y el Océano Pacífico se vivió en la jornada posterior a la goleada por 6-1 sobre Paraguay en la sureña y fría ciudad de Concepción, que depositó a Argentina en la final del torneo.

La ciudad de Concepción es capital de la provincia homónima y fue arrasada por uno de los ocho terremotos más devastadores en la historia de la humanidad, que tuvo lugar el 27 de febrero de 2010 y además de la destrucción material arrojó un saldo de 497 muertos y 25 desaparecidos, pero su recuperación edilicia durante ese lustro fue notable pese al poco tiempo transcurrido.

Como consecuencia de ese terremoto tuvo lugar también un tsunami que arrasó con la zona costera de esa región del Bío Bío y especialmente con el puerto de Talcahuano, muy cerca de donde está ubicado el club Deportivo Huachipato, emblema de la industria del acero en el país, cuyo equipo es participante de los campeonatos de la primera división del fútbol chileno en la que supo consagrarse campeón en 1974 y 2012.

Aquella brumosa mañana del primero de julio el plantel argentino fue a realizar el típico entrenamiento post partido en el que los futbolistas que jugaron el día anterior solo realizan ejercicios regenerativos y el resto hace fútbol reducido. Pero en el medio también hay tiempo para charlas, y hubo una que llamó la atención de los pocos, poquísimos, que pudieron observarla desde dentro mismo de la cancha principal del coqueto estadio Huachipato-CAP Acero.

Mientras en el área y sus inmediaciones que daba al acceso principal al escenario de juego se juntaban todos los futbolistas excepto el lesionado Ezequiel Garay, en la de enfrente se reunieron a solas, bien alejados del resto del grupo, Martino y Mascherano, iniciando una conversación que se extendió por espacio de casi media hora durante la que los tonos y los

gestos fueron haciéndose más elocuentes conforme pasaban los minutos.

Mascherano era el que llevaba la voz cantante y quien dominaba la escena con su gestualidad, mientras que la participación de Martino se iba reduciendo cada vez más a breves acotaciones y algunas señas que inmediatamente eran corregidas por el *Jefecito*, en ese momento aparentando ser en realidad el verdadero *Jefe*.

Así, cuando el técnico extendía el brazo derecho hacia un costado del campo para indicarle a *Masche* por donde debía presionar el equipo en la salida del rival, el subcapitán hacía el mismo gesto pero para señalarle que esa situación de juego debía ejecutarse por el sector opuesto.

Pero ese movimiento de brazos que se asemejaba a las aspas de un molino de agua, lo acompañaba Mascherano meciendo la cabeza de un lado a otro para contradecir enfáticamente cada intención de Martino, al tiempo que de su boca surgía un nítido “no” que desaprobaba las indicaciones que provenían del técnico.

El próximo paso, el último de esa Copa América, era la final con Chile, y Mascherano marcaba territorio con tanto énfasis que en el final de ese diálogo que por momentos era un monólogo suyo, fue quien se alejó primero de la escena dejando solo al *Tata*, como si le hubiese dado una reprimenda para demostrarle de que manera debían hacerse las cosas.

Todavía faltaba poco más de un año para que el ciclo de Martino al frente del seleccionado nacional se viera interrumpido abruptamente en medio del caos institucional que vivía la AFA en particular y el fútbol argentino en general, pero esa circunstancia empezó a delinear con fuerza cada vez más arrolladora que el futuro de la relación entre el entrenador y los referentes de la *Generación Lio* avanzaba hacia una inexorable inversión de roles y tergiversación del orden natural que corresponde a cualquier organización.

Es en ese punto donde, transcurrido cierto tiempo, es posible encontrarle una explicación fidedigna a las razones por las que Argentina jugó toda esa Copa América de una manera ofensiva, buscando siempre “ser protagonista sin importar el rival”, como advertía el propio Mascherano a medida que el equipo iba avanzando en la competencia, y justo en la final fue él quien cambió de discurso y el equipo de postura.

Mariano Andújar viajó a Chile como tercer arquero del plantel detrás del titular, Sergio Romero, y el primer relevo en el puesto, Nahuel Guzmán, y aunque no iba a jugar, en los ejercicios precompetitivos del último partido de la fase de grupos que Argentina le ganaría a Jamaica por 1 a 0, en Viña del Mar, se fracturó el hueso escafoides de la mano derecha, por lo que debió regresar a Buenos Aires para operarse, dejándole su lugar a Agustín Marchesín, que voló inmediatamente desde México (jugaba en el Santos Laguna) para sumarse al grupo.

El guardavallas nacido en Villa Lugano se operó y retornó a Santiago para estar junto a sus compañeros en la final, pero en una conexión interna, mientras se encontraba solo en la sala de preembarque del aeropuerto de Santiago leyendo un libro, fue abordado por uno de los autores de esta publicación y confesó lo que era un sentimiento doloroso clavado en el alma del plantel: “Estamos cansados de comer mierda. Por eso tenemos que salir campeones. Para que esta generación no se termine, sin haber levantado nunca una copa”.

“Acá hay muchos jugadores de élite en Europa que vienen a la selección con humildad, algunos a jugar muy poco y otros directamente nada, pese a que son estrellas en sus equipos, y jamás les vas a escuchar una queja, sino que siempre están apoyando a sus compañeros. Entonces, ¿cómo no se van a merecer un título?”, señaló Andújar, un tipo con tantas convicciones como cabeza abierta para cuestionar también a los elementos externos que según la consideración de los futbolistas perturban la vida de la selección.

“Por eso tengo dos cuestiones con la prensa: en primer término no creo que exista eso del periodismo militante, porque si así fuera se estaría lesionando la objetividad. Y en segundo lugar, me dan bronca todos esos que hablan de que los jugadores de esta selección con unos fracasados, precisamente por lo que dije anteriormente. Si a ninguno le hace falta venir a jugar por Argentina, pero igual lo hacen y encima los matan. Los argentinos no se merecen a estos futbolistas”, remarcó.

La primera afirmación le apuntó puntualmente al momento político que transitaba por ese momento el país y su idea respecto de cómo debía actuar la prensa en cuestiones alejadas del fútbol propiamente dicho, lo

que reflejaba un involucramiento social al margen de su profesión, en tanto que la segunda transitó por un pensamiento compartido con el resto de la *Generación Lio*, que iría alejando cada vez más a sus integrantes del periodismo nacional.

“Estamos cansados de comer mierda”, lo iba a parafrasear Mascherano a Andújar después de perder por tiros penales la final frente a Chile en el estadio Nacional de Santiago, tras igualar sin goles en el tiempo regular y los 30 minutos suplementarios. El cuarto capitán de Barcelona no hizo más que revelar públicamente un sentimiento generalizado que el arquero de Estudiantes de La Plata había transmitido previamente en privado. Por eso *Masche* también había puesto en circulación por primera vez la palabra “ganar”, anteponiéndola a esa manifiesta necesidad expresada hasta entonces de “ser protagonistas”, que enarbolaba en sintonía con Martino, justo antes de la final con los chilenos. Y por eso aquel sábado 4 de julio el seleccionado argentino jugó como jugó, y perdió como perdió.

Paradojas del destino, cuando el ex River Plate Alexis Sánchez anotó el penal decisivo y salió revoleando su camiseta, desde el costado del campo de juego el que se asoció a ese festejo desenfrenado fue Jorge Sampaoli, el “casildense” para los chilenos, que preferían decirle así en vez de identificarlo como “argentino”. Nadie suponía entonces que el *hombrecito*, otro apelativo que le adjudicaban por su escasa talla, iba a estar dos años más tarde al frente de la selección de su país, después de haber hecho sufrir a la *Generación Lio* “un dolor más grande que la propia final perdida en el Mundial de Brasil”, según confesó el propio Mascherano cuando esa nueva frustración aún estaba en carne viva.

Pero más allá de valorar lo hecho estratégicamente por el equipo de Sampaoli y conforme con ello cargarle los lógicos méritos que por su función le cabían, la prensa argentina le apuntó directamente a Martino por “haber cambiado la forma de proponer los partidos que había mostrado en los cinco juegos anteriores a la final”. El *Tata* nunca respondió a ese cuestionamiento. Entonces las críticas les apuntaron, por decantación, a los futbolistas, con la mira puesta esencialmente en los referentes, que habían repetido aquella historia brasileña justo un año después,

con el mismo desenlace.

A Gonzalo Higuaín se le reclamaron los goles perdidos en Santiago tanto como en el Maracaná frente a los alemanes. A Di María que estuvo lesionado en ambas finales. A Agüero que “por hache o por be” nunca dio la talla. Y a Messi que, “como de costumbre”, siempre aparecía “en los partidos decisivos de Barcelona, pero nunca en los de Argentina”.

Así, con esa mochila doblemente pesada iba a tener que empezar a desandar este grupo de jugadores el largo y espinoso derrotero rumbo al lejano Mundial de Rusia de 2018, tratando de volver a empezar después de haber estado por dos veces en un año pisando con la punta de los pies el umbral de la gloria, esa que se seguía mostrando esquiva mientras las agujas del reloj seguían girando en contra de la ilusión de estos futbolistas por dejar alguna huella visible de su paso por el seleccionado argentino.

Fue entonces que, a tono con el cimbronazo que había significado terminar invicto en el torneo y dejar sin embargo el título en manos de los chilenos, que lograban de esta manera su primera conquista a nivel selecciones de la historia, el comienzo de la eliminatoria fue de la peor manera, con una derrota inédita en el estadio Monumental ante Ecuador, por 2 a 0, que colocó al proceso todavía en formación de Martino en un terreno plagado de sinuosidades.

Y la primera de ellas iba a ser justamente la de la elección del técnico de las selecciones juveniles. Aquella frase vertida en una noche feliz de La Serena (“si ganamos la Copa América y arrancamos bien las eliminatorias, no solamente pongo al entrenador del sub 20, sino al del sub 17, sub 15 y hasta el sub 8”) retumbaba por esos días como una lejana y ahora quimérica expresión de optimismo y deseos que, definitivamente, nunca se iba a concretar.

En ese momento el seleccionado sub 17 que conducía Miguel Angel Lemme convivía en Chile con el mayor y oficiaba de partenaire en los entrenamientos, mientras se preparaba ‘in situ’ para disputar un par de meses después el Mundial de la categoría en el mismo lugar.

Sin embargo, la relación entre ambos entrenadores era muy fría, ya que Lemme estaba en esa función a instancias de Carlos Bilardo (quien ya no fun-

cionaba como coordinador de selecciones nacionales), y conocía las intenciones de Martino por reemplazarlo en el cargo apenas tuviera la oportunidad.

“La verdad es que no hablamos demasiado con Lemme. Es que mi sistema de juego es el 4-3-3 y yo no sé el que utiliza él. Ojo, que lo mismo me pasa con Walter Coyette que dirige el sub 15. El otro día fui a ver un entrenamiento que él conducía en el predio de AFA en Ezeiza y le pregunté cómo paraba al equipo. Me dijo que 4-3-3. ¿Eso es 4-3-3?, le consulté. Sí, me contestó. Miré un poco, no me pareció y me volví a la oficina”, contó el *Tata* con una inocultable molestia que transmitía su desacuerdo con la conformación del grupo de entrenadores que manejaba a los seleccionados argentinos juveniles.

Después de aquella derrota ante los ecuatorianos, Argentina, que no había contado por lesión con Lionel Messi en ese partido ni tampoco iba a hacerlo en los tres que faltaban disputarse todavía por eliminatorias en ese 2015, alcanzó una tibia igualdad sin goles con Paraguay en Asunción que no iba a conformar a nadie, sobre todo porque el próximo rival era Brasil, un seleccionado que tampoco inspiraba mucha confianza a sus compatriotas con Dunga como técnico.

No pintaba bien el panorama para Martino entonces, con la herida todavía abierta por lo de Chile, el mal comienzo en eliminatorias, el próximo partido ante Brasil y, encima, con el *as de espadas* fuera del mazo.

Pero la suerte iba a cambiar un poco en ese que se presagiaba como un noviembre aciago para el seleccionado argentino, ya que el cotejo con Brasil, que iba a jugarse un jueves y debió postergarse para el viernes por el anegamiento del Monumental ocurrido a raíz de la lluvia caída dos horas antes del encuentro y con los equipos ya en el estadio, terminó empatado 1 a 1 con una auspiciosa tarea del equipo argentino y su goleador en la ocasión, el cuestionado por la prensa Ezequiel Lavezzi.

Ese iba a ser el último partido que Argentina iba a jugar en cancha de River Plate por eliminatorias durante la era Martino, ya que los jugadores, que venían molestos por las críticas que recibían en Buenos Aires y el escaso aliento que les llegaba desde las distantes graderías del Monumental, pidieron enfáticamente cambiar esa sempiterna sede de la selección

por otras itinerantes en el interior del país, algo que iba a suceder a partir de marzo del año siguiente, cuando llegara el primer compromiso como local de 2016 rumbo a Rusia 2018.

Pero antes quedaba, para cerrar el año, visitar a la Colombia de José Pekerman en la calurosa ciudad de Barranquilla. Y Colombia, otra vez Colombia, como había sucedido durante las eliminatorias para Brasil 2014 con Alejandro Sabella como entrenador, se convirtió en la fuente de inspiración futbolística que le enseñó el camino de la recuperación al equipo argentino, que terminó imponiéndose por 1 a 0 con un goleador impensado como el volante Lucas Biglia.

Esto significaba un cierre de año un poco más benévolo y amable para el seleccionado nacional, pero increíblemente, sobre todo por las formas, surgió un rival impensado para su futuro, que no pateaba una pelota ni se vestía con pantalones cortos, pero era por demás peligroso: el desorganizado ámbito de conducción dirigencial del fútbol argentino.

El 3 de diciembre de 2015 el fútbol argentino escribió una de las páginas más vergonzosas de su historia cuando se celebraron las elecciones que iban a 'normalizar' la conducción de la AFA cuya presidencia estaba vacante desde el fallecimiento de Julio Grondona, y era ocupada interinamente por el vice Luis Segura.

Ese día debían votar 75 asambleístas entre dos candidatos: el mencionado Segura y el popular conductor televisivo y vicepresidente de San Lorenzo, Marcelo Tinelli. La puja previa por sumar votos de un lado y otro puso sobre la mesa las peores miserias humanas, con bajezas y traiciones de todo tipo, pero lo que sucedió ese día superó todo lo imaginable, ya que el resultado final del sufragio fue empate, algo imposible de ocurrir cuando la suma de los que debían elegir arrojaba una cantidad impar, y aun en caso de que alguien hubiera votado en blanco, a la suma le sobraba un votante. Es que los guarismos arrojaron un empate 38 a 38, aparentemente porque hubo dos cartones que identificaban a los candidatos que se pegaron e ingresaron a la urna como si fueran uno solo. El acto comicial, que se había celebrado en el predio *afista* de Ezeiza se consideró consecuentemente como nulo, y entonces se inició la época más nefasta en la historia

de la organización del fútbol argentino. Es que lo que vendría, sería mucho peor todavía.

El año 2016 iba a estar signado de principio a fin por un descontrol que puso en serio riesgo la estabilidad institucional del fútbol argentino, que a punto estuvo de ser desafiliado por FIFA ante su falta de conducción y algunas injerencias provenientes del orden judicial y también del gubernamental.

La casa madre del fútbol mundial estaba saliendo, con muchas heridas, de un proceso de corrupción que derivó en el procesamiento y la detención de muchos encumbrados dirigentes de gran parte de los países miembro, así como ejecutivos de cadenas televisivas que habían realizado contratos espurios, entre ellos varios argentinos. De hecho este escándalo universal terminó por llevarse puesto al propio presidente de FIFA, el suizo Joseph Blatter, y a otro conspicuo directivo como lo era el titular de la Unión Europea de Fútbol (UEFA), el francés Michel Platini, un ex jugador que deleitó con la pelota en los pies y también aparentó tener la misma habilidad con las manos detrás de los escritorios, pero lamentablemente para beneficio propio.

Las fechas para retomar la Asamblea Extraordinaria que había quedado trunca aquel 3 de diciembre del año anterior empezaron a “tirarse” sin solución de continuidad, pero a cada propuesta le sucedía una postergación, mientras los dirigentes tironeaban del timón y el barco de la AFA iba rumbo a los arrecifes de la desintegración, con el latente peligro de estrellarse y hundirse ante esa nueva ola de transparencia y disciplina que trataba de imponer la nueva FIFA, ahora comandada por otro suizo, Gianni Infantino, éste sí de buena relación con Diego Armando Maradona, a diferencia de sus dos predecesores, el brasileño Joao Havelange y el mencionado Blatter.

Dentro de ese desaguado que era el deporte más popular de Argentina en todos los órdenes, institucional, dirigencial, administrativo, económico y también deportivo, iba a surgir desde las entrañas del fútbol de ascenso un nombre que en el corto plazo iba a tener una incidencia decisiva, no solamente en la AFA, sino también en el seleccionado argentino, con amores y odios circulares en el tiempo. Ese hombre era Claudio Tapia,

Chiqui para los amigos hasta entonces, y después también para la opinión pública en general.

Lo único positivo que iba a tener ese comienzo de año pasaría por el seleccionado argentino, al que por entonces todavía no lo salpicaba el barro afista, aunque en poco tiempo empezaría inevitablemente a hacerlo. Hasta ese punto llegaría la descomposición local, que afectaría también al lejano e inmaculadamente europeo staff del equipo nacional.

Contrariamente a lo que iba a deparar el porvenir, los dos primeros partidos por eliminatorias del año iban a estar plagados de buenos augurios, ya que el 24 de marzo, fecha de luctuosos recuerdos para el pueblo argentino, su seleccionado iba a cobrarse una especie de revancha por la final perdida en los penales ocho meses antes, ante el mismo rival y en el mismo escenario, allí en el estadio Nacional de Santiago, donde iba a vencer por 2 a 1 al equipo ahora dirigido por otro oriundo de la provincia de Santa Fe como Juan Antonio Pizzi, de Rosario Central a diferencia de Martino, y de buena imagen en Barcelona (allí jugó entre 1996 y 1998), también a diferencia del *Tata*.

Justamente otro ex centralista como Angel Di María, y Gabriel Mercado, que empezaba a ganarse la consideración del técnico como lateral derecho por encima del 'tradicional' ocupante del puesto, Pablo Zabaleta, serían los autores de los goles albicelestes, que habían empezado perdiendo por un tanto del chileno Felipe Gutiérrez.

Ese encuentro también marcó el retorno de Messi a la selección y fue su debut en estas eliminatorias rumbo a Rusia 2018, por lo que el futuro aparecía inmejorable para el equipo argentino, que en la siguiente fecha iba a empezar su periplo por el interior del país enfrentando al accesible seleccionado boliviano en el estadio Mario Kempes, de Córdoba, que contaba con un piso en malas condiciones y reavivaba entonces la polémica por haber abandonado las 'seguridades' y 'garantías' que ofrecía el Monumental de Núñez.

El partido en el mundialista cordobés lo resolvió Argentina en el primer tiempo con otro gol de Mercado y el restante de Messi, de tiro penal, que así llegó a las 50 conquistas con la camiseta del seleccionado, bus-

cando alcanzar a Gabriel Batistuta, que contaba con 54 al cierre de su carrera. Con esta victoria el conjunto nacional alcanzó la tercera posición con 11 unidades, solamente dos por debajo de los punteros Uruguay y Ecuador, afirmándose en zona de clasificación mundialista cuando se llevaba jugado un tercio de la competencia.

Nadie imaginaba aquel 29 de marzo de 2016, y mucho menos Martino, que ese iba a ser su último partido dirigiendo al seleccionado argentino en eliminatorias, porque se venía un arrasador tsunami de descalabros que iba a arrastrar en su marcha a toda la estructura técnica del representativo nacional, a tal punto que hasta en algún momento el propio Messi también renunciaría a seguir vistiendo los colores celeste y blanco.

“Es muy tranquilizador haber ganado estos dos partidos, porque ahora nos podemos poner a pensar de lleno en la Copa América Centenario sin cargar con la mochila de tener que enfrentar a Uruguay a la vuelta de las eliminatorias apremiados por la clasificación”, confesaba por esos días con renovado optimismo el propio Martino. Ignoraba el ‘Tata’ que ya no habría “Uruguay” en su futuro.

La Copa América “excepcional”, que iba a jugarse celebrando los 100 años de una Conmebol fracturada y tambaleante, golpeada profundamente por la escalada de corrupción que terminó en la FIFA, había sido promocionada por su presidente, el paraguayo Juan Angel Napout, pero quien terminó dirigiendo su organización fue Alejandro Domínguez, el compatriota que lo relevó en el cargo cuando aquel fue detenido y luego procesado, eligiendo presentarse a declarar ante la justicia estadounidense en vez de la suiza, que también lo reclamaba, bajo la acusación de “administración fraudulenta”.

En cambio para la *Generación Lio* la cita norteamericana tenía otro objetivo muy superador: representaba ni más ni menos que la gran revancha, una de las últimas, sino la última posibilidad de levantar una copa, coronar un tiempo de caminos exitosos y finales de frustración. Y tan convencidos estaban los jugadores argentinos de que al fin había llegado la gran oportunidad, que enarbolaron un slogan que repetían de continuo, como para que el sueño se hiciera realidad anticipadamente. “Ésta no se nos es-

capa”, decían, aunque siempre por lo bajo para no alentar fantasmas, porque de esos ya habían visto lo suficiente.

Claro que los “fantasmas” que ellos imaginaban y contra los que habían luchado históricamente vendrían de otro lado, antes inclusive que la pelota empezara a rodar en suelo estadounidense, e iban a corporizarse en esa AFA etérea y desmantelada a la que la Inspección General de Justicia (IGJ) había decidido incorporarle dos veedores, algo que los dirigentes residuales interpretaban lisa y llanamente como una intervención, habida cuenta que esto dejaba sin efecto cualquier posibilidad de llevar adelante un acto electoral por un plazo de 90 días.

Por eso aquel 31 de mayo, a apenas seis días de que comenzara para Argentina la Copa América Centenario y con toda la delegación futbolística en Estados Unidos, comenzó a barajarse la intención de que el plantel retornara a la Argentina y no participara del certamen, lo que de por sí representaba para la AFA tener que pagar una multa de 5.000.000 de dólares y le generaba una prohibición de participar en las dos Copas América subsiguientes.

El argumento pasaba por la idea de que la AFA estaba sufriendo una intervención estatal, algo que en FIFA se considera como un hecho pasible de ser sancionado con la desafiliación de la Asociación en conflicto. Sin embargo la iniciativa fue abortada rápidamente, porque al margen de las consecuencias mencionadas, el papelón que ello significaba y las reacciones de los futbolistas liderados por Messi y Mascherano (o viceversa) podía desatar un cuadro de caos insostenible para el fútbol argentino en general, afectando inclusive al propio gobierno nacional.

Este último dato viene a cuento porque entre la Copa América de Chile y la de los Estados Unidos se produjo un cambio de gobierno en Argentina, ya que durante la primera era la presidenta de la Nación, Cristina Fernández de Kirchner, y para la segunda ya la había sucedido en el cargo Mauricio Macri, el ex presidente de Boca Juniors que, como tal, no solamente tenía más interés por el fútbol, sino también una mayor injerencia, contando en ese ámbito con un delfín incondicional como lo era uno de sus sucesores en la conducción del club *xeneize*, Daniel Angelici.

La sensación de desamparo en la que se encontraba una de las selecciones paradójicamente mejor ubicadas en el ranking por FIFA en los Estados Unidos era inconcebible, hasta brutal, porque el propio presidente de AFA debió retornar al país antes de la final, ya que en Argentina la jueza federal María Romilda Servini lo había procesado por “administración fraudulenta”, un cargo común a la mayoría de los dirigentes de Conmebol y FIFA afectados por la misma situación. El único sostén que tenían plantel y cuerpo técnico, la única vía de diálogo posible para encontrar soluciones donde imperaban los problemas, era *Chiqui* Tapia. El yerno del titular del gremio de Camioneros y presidente de Independiente, Hugo Moyano, empezaba así a tejer una telaraña que había impulsado desde la presidencia del modesto Barracas Central, al que había llevado hasta la Primera B, y estaba alcanzando, a caballo del desconcierto general, los espacios de poder a través de los que, menos de un año más tarde, concretaría su “sueño imposible”, como el mismo reconocía, de ser presidente de AFA. “Mi sucesor va a ser un dirigente del ascenso”, había anunciado Julio Grondona poco antes de morir. Su profecía estaba encaminada a cumplirse.

Como en la Copa América anterior, Argentina eligió San Juan para despedirse de su afición y, sobre todo, concretar el deseo de su gente y su propia gobernación por contar con Messi pisando el césped del Estadio del Bicentenario. “Ya tuvimos en dos oportunidades a la selección por aquí y en ambas ocasiones, por ‘hache o por be’, *Lio* no pudo estar”, se lamentaba por lo bajo a los autores de este libro el entonces gobernador José Luis Gioja un año antes, cuando el equipo dirigido por Gerardo Martino goleaba por 5 a 0 a Bolivia con un triplete de Sergio Agüero.

Un año después San Juan se iba a tomar revancha con Messi, aunque Gioja ya no era el gobernador sino quien había sido su vice, Sergio Uñac, aunque eso no le impidió al máximo referente político de esa provincia cuyana salir al campo de juego para homenajear a los futbolistas argentinos antes del encuentro que iban a disputar frente a Honduras, al que a la sazón vencerían por 1 a 0 con un golazo de Gonzalo Higuaín.

Messi había hecho mucho para jugar este encuentro, conector de la devoción con que lo esperaban los aficionados locales, y aunque al día

siguiente de aquel 27 de mayo debía regresar a Barcelona para declarar en una causa por presunta evasión impositiva, igual quiso dar el presente, pero como “no hay comedido que salga bien”, esa “buena acción” le resultaría negativa, ya que promediando el segundo tiempo el hondureño Oliver Morazán le iba a aplicar un rodillazo a la altura de la cadera que lo iba a dejar fuera de circulación e impediría inclusive que 10 días más tarde pudiera debutar en la Copa América ante Chile. Sí, otra vez los chilenos cruzándose en el camino de los argentinos, ya que ambos compartieron el Grupo D en ese certamen.

Nuevamente Martino no iba a poder contar con Messi, como le había sucedido en el comienzo de las eliminatorias, o antes aún, durante casi tres meses en el Barcelona español, también por una lesión. Sin embargo ese lunes 6 de junio le regalaría buenos augurios al equipo argentino, porque repetiría el resultado victorioso de las eliminatorias al imponerse por 2 a 1 con goles de Angel Di María, que le ofreció una emotiva dedicatoria a su abuela fallecida el día anterior, y Ever Banega, en tanto el ex Boca Juniors, José Fuenzalida, de cabeza tras una salida fallida del arquero Sergio Romero, descontó para los chilenos.

Esta Copa América Centenario se jugó en los Estados Unidos para celebrar los 100 años de la Conmebol siendo que este país no pertenece a ella sino que está bajo la órbita de la Concacaf, pero terminó siendo el “premio consuelo” para los norteamericanos después de perder a manos de Qatar la sede para el Mundial de 2022.

Esa victoria de los qataríes fue la que desató lo que posteriormente se denominaría Fifagate, el escándalo de corrupción que se originó en la presumible compra de votos para que fuera ese país asiático el que organizara la Copa del Mundo posterior a la de Rusia y no los Estados Unidos, desde donde justamente el FBI inició la investigación que terminó con la detención en Suiza de los principales dirigentes de aquel organismo en 2015.

Como Estados Unidos tenía listos 20 estadios para presentar en impecables condiciones como muestra de porqué debía ganar esa candidatura, cuando desde una Conmebol también enclenque le otorgaron esta Copa América “especial” de la que participarían los 10 representantes sudameri-

canos más seis de la Concacaf, divididos en cuatro zonas, los organizadores resolvieron que los seleccionados no tuvieran una sede fija durante la fase de grupos y cambiaran de escenario partido a partido, sin considerar las grandes distancias que debían cubrir para cumplir con ese cometido.

Por eso Argentina enfrentó a los chilenos en la californiana ciudad de Santa Clara, en la Costa Oeste, y cuatro días más tarde debió cruzar todo el país hacia el Este para jugar con Panamá en la populosa Chicago, donde todos esperaban el retorno al equipo y el debut en el certamen de Messi. Ese “todos” eran sus compañeros, el cuerpo técnico, los hinchas argentinos y, muy especialmente, los organizadores, que “vendieron” la competencia a través suyo, a una comunidad como la estadounidense que llama *soccer* al fútbol y tenía como recuerdo remoto de un evento por el estilo al Mundial de 1990, con otro argentino como protagonista, Diego Armando Maradona, aunque en aquella ocasión por su tristemente célebre caso de dopping.

De hecho el prestigioso diario *USA Today* calificó a esta Copa América como una “versión liviana pero nada despreciable de un Mundial”, y además de Messi mencionaba a figuras de primer nivel como el uruguayo Luis Suárez, el más cercano mexicano Javier *Chicharito* Hernández (los aficionados de su país fueron los que generaron las mayores concurrencias a los estadios), el colombiano James Rodríguez y el chileno Arturo Vidal. Se quedaron con las ganas de ver a Neymar Junior, porque de las dos competencias que se disputaban por ese entonces, el brasileño eligió los Juegos Olímpicos de Río de Janeiro que finalmente terminarían ganando por primera vez en la historia del fútbol de su nación.

El estadio *Soldier Field*, de Chicago, fue entonces testigo de una presentación hecha a la medida de Messi, que por precaución tampoco fue titular en ese partido, algo muy difícil de encontrar en la crónica de algún otro encuentro de su dilatada trayectoria, tanto en Barcelona como en la selección, pero que llamó al asombro en la apenas última media hora del cotejo que de común acuerdo convino jugar con el técnico Martino.

Es que en apenas 18 de esos 30 minutos que permaneció en cancha, el rosarino desplegó toda esa magia que lo acababa de llevar a la ob-

tención de su quinto Balón de Oro, algo nunca alcanzado por ningún futbolista en la historia de ese galardón hasta entonces (en 2017 lo “alcanzaría” Cristiano Ronaldo). En ese brevísimo lapso *Lio* anotó tres goles, del segundo al cuarto, luego de la apertura del marcador a cargo de Nicolás Otamendi y el cierre del *Kun* Agüero que redondeó el 5 a 0 final. Así quedó, con 53 tantos en su haber, a una conquista del récord de Batistuta, además de asegurar la clasificación argentina a los cuartos de final del certamen.

En ese momento estaba en el candelerero el tema de las sociedades *offshore* con las que muchas personalidades de todo el mundo, incluida Argentina, lograban evadir impuestos en sus países de origen a partir de la creación de las mismas en paraísos fiscales como Panamá. El asunto trascendió a la prensa y ésta la dio a conocer a la opinión pública con la caracterización de *Panamá Papers*. A partir de allí, a todas las publicaciones les quedó servida la asociación semántica para referirse a esa proeza, una más, con la que el astro argentino inundó las portadas de todos los medios deportivos del planeta.

Cuatro días más tarde y luego de cruzar nuevamente desde el Este al Oeste del país, llegó el compromiso casi “protocolar” ante Bolivia, que el equipo argentino ya clasificado resolvió durante el primer tiempo del encuentro jugado en el estadio *Centurylink* de la bella ciudad de Seattle, con goles de tres habituales suplentes: Erik Lamela, Ezequiel Lavezzi y Víctor Cuesta (ese 3-0 sería el resultado definitivo). Messi jugó un cuarto de hora más que en el partido anterior, aunque esos segundos 45 minutos ya no tuvieron aquellas luces y bengalas futbolísticas del cotejo anterior ante los panameños.

Pero ese encuentro, más allá de la blandura de un rival como el boliviano que con esa caída quedó eliminado del torneo en fase de grupos, y la clasificación anticipada del conjunto albiceleste a cuartos de final, quedó rápidamente atrás porque para la prensa argentino había otro foco de atención, de carácter evocativo, que se venía conjuntamente con el próximo compromiso frente a Venezuela, mientras que para la estadounidense el interés estaba centrado por esos días en la denominada ‘Masacre de Orlando’, la mayor tragedia por la muerte a tiros de medio centenar de personas en la historia del país.

En el primer punto la relación tenía que ver con que en el estadio de Boston donde se iba a disputar el partido de cuartos de final ante los venezolanos, el ahora llamado *Gillette Stadium* por obra y gracia del merchandising, la publicidad y los negocios, pero que 22 años atrás era conocido como *Foxboro*, tuvo lugar entonces el control antidopaje que terminó dejando a Diego Maradona fuera del Mundial USA '94, luego de una gran victoria del conjunto dirigido por Alfio Basile sobre Nigeria por 2 a 1 con sendas conquistas de un inspirado Claudio Paul Caniggia.

Aquel 25 de junio de 1994 fue el último día que Maradona se puso la camiseta del seleccionado argentino, al que volvería 15 años más tarde pero como entrenador. Por aquel dopaje positivo Diego recibió 15 meses de suspensión, mientras aquel equipo que ilusionaba con figuras como Fernando Redondo, Gabriel Batistuta, Abel Balbo, Diego Simeone y el mencionado *Pájaro* Caniggia, además de Maradona, ya sin él quedaba eliminado en octavos de final a manos de Rumania, que lo venció por 3 a 2 en San Francisco.

El segundo asunto, ese que mantenía en vilo a la sociedad estadounidense en particular y había generado una gran repercusión internacional, ocurrió el domingo 12 de junio en un boliche gay de Orlando, donde un ciudadano estadounidense de 29 años, de origen afgano, Omar Mateen, asesinó a balazos a 49 personas que se encontraban en el lugar antes de ser abatido por la policía.

La discoteca Pulse, así se llamaba ese club situado en un barrio residencial periférico, muy cercano al centro de Orlando, cuyas paredes exteriores estaban pintadas íntegramente de negro, se transformó aquella noche también en el escenario de la segunda mayor masacre de la historia de los Estados Unidos después del atentado a las Torres Gemelas del 11 de septiembre de 2001, en el que resultaron muertas 3.000 personas.

Luego de varias conjeturas iniciales y una investigación que no arrojó resultados públicamente conocidos sobre las razones de semejante matanza, los dos máximos líderes de la comunidad gay estadounidense que llegaron a Orlando para acompañar a los familiares de los asesinados, en su mayoría jóvenes latinos de origen puertorriqueño y mexicano,

le confesaron a la Agencia de Noticias Télam, único medio argentino que cubrió este caso en el mismo lugar de los hechos, con un enviado especial, durante los días posteriores a la tragedia, que el criminal era “un homosexual reprimido”.

Un par de semanas más tarde y luego de que el presidente Barack Obama se reuniera con las familias, en su mayoría madres y padres de los chicos muertos, en el imponente estadio del equipo de básquetbol de la NBA, Orlando Magic, donde se vivieron escenas desgarradoras de las que se hizo eco el mandatario estadounidense visiblemente conmovido, la policía dio por cierta esa versión, descartando otras que surgieron en un primer momento respecto de que la masacre había sido obra de un miembro del grupo terrorista del Estado Islámico, ISIS.

Fuera de ese contexto, la mayor atención en el partido frente a Venezuela sería otra vez para Messi, y por más de una razón. La primera de ellas pasaría porque por fin jugaría desde el arranque en esta Copa América Centenario, ya en instancias de mano a mano en las que una derrota implicaba volverse a casa. Y la segunda era la posibilidad latente de que alcanzara el récord de Gabriel Batistuta como máximo anotador de la historia de los seleccionados nacionales.

Las expectativas se colmaron en ambos aspectos, porque con *Lio* en cancha desde el primer segundo el equipo ganó en juego y profundidad, hasta el punto de celebrar la mejor actuación colectiva que registraría desde el comienzo del torneo, apenas con un bajón de tensión en el cuarto de hora final del encuentro.

Pero en esa hora de gran producción no solamente el equipo argentino convertiría cuatro goles (finalmente terminó ganando por 4 a 1), sino que además, sobre el cuarto de hora del segundo tiempo Messi alcanzó a Batistuta señalando el tercer tanto con un remate corto y bajo que se escurrió entre las piernas del arquero venezolano Dani Hernández.

Previamente, durante el primer tiempo, Gonzalo Higuaín había puesto en ventaja a Argentina con dos goles, y después del tanto de Messi llegaría el descuento de Salomón Rondón para Venezuela, generando algunas dudas que rápidamente fueron despejadas por la cuarta conquista a cargo

del ingresado Erik Lamela. Previamente *Chiquito* Romero le había atajado un penal al volante venezolano ex Banfield Luis Seijas, que le 'picó' la pelota en la ejecución desde los doce pasos.

Fue Boston entonces donde *Lio* tuvo una jornada felizmente histórica para él, contrariando aquella infeliz vivida más de dos décadas antes por Maradona en el mismo escenario. Y paradojas del destino, en una de cuerpo presente como aquella del Mundial de 1994, y en otra simbólicamente, también participó de ambas Gabriel Omar Batistuta, quien poco tiempo después diría que alguna vez ingresó a un vestuario donde se cambiaban la mayoría de los componentes de la *Generación Lio* y ninguno de los que allí estaban se acercó a saludarlo.

La próxima parada sería en Houston, donde justamente ante el seleccionado local el equipo argentino encontraría una formidable plataforma de despegue hacia la tercera final consecutiva en la misma cantidad de años. Sin embargo, lo que nadie podía prever aquel 21 de junio era que el conjunto albiceleste no estaba a punto de comenzar un verano luminoso como el que se iniciaba en los Estados Unidos, sino un crudo y oscuro invierno como el que empezaba en Argentina.

Ese aparente verano pareció brindarle al seleccionado argentino todo su calor aquel martes por la noche en el imponente *NRG Stadium*, de Houston, donde ocho meses más tarde iba a disputarse el *Súper Bowl*, la final del fútbol americano, que anunciaba segundo a segundo su cuenta regresiva en un cartel electrónico instalado justo en la principal boca de acceso al estadio.

Allí, ante 72.000 espectadores que colmaron sus graderías, los dirigidos por Martino dieron otra exhibición de poderío ofensivo frente al seleccionado dirigido por el alemán Jürgen Klinsmann, repitiendo la misma cantidad de cuatro goles que le habían convertido en los cuartos de final anteriores a Venezuela, con el agregado de que además conservaron la valla invicta.

El marcador lo abrió Lavezzi con un cabezazo y lo cerró Higuaín con dos conquistas, invirtiendo el orden en que había anotado frente a los venezolanos. El *Pocho* sufrió una grave lesión durante ese primer tiempo en

que anotó su tanto, cuando siguiendo la trayectoria de un balón que se perdía fuera de la cancha, quiso retroceder y chocó contra un cartel de publicidad estática, cayendo por detrás del mismo con tan mala fortuna que se fracturó el codo izquierdo. Anteriormente, el volante Augusto Fernández, que hasta esa semifinal era el reemplazante de Lucas Biglia, quien llegó lesionado a los Estados Unidos, también debió abandonar prematuramente el campo de juego por un desgarro.

Pero más allá de estas circunstancias, otra vez la gran atracción de la noche estuvo dada en torno a Messi, que fue el autor del segundo tanto argentino, un verdadero golazo de tiro libre que ejecutó a 30 metros del arco defendido por Brad Guzán, en línea recta a la valla, y terminó con la pelota cayendo ajustadamente contra el vértice superior izquierdo formado por el poste y el travesaño. Una conquista digna del récord que acababa de batir, ya que con ella alcanzaba las 55 vistiendo la camiseta argentina, apropiándose ahora sí en forma absoluta de la marca que poseía hasta entonces Batistuta con 54.

La grandeza que *Lio* exhibía dentro de la cancha con esas dotes futbolísticas magistrales que le regaló la naturaleza, contrastaban en ese momento todavía glorioso con la imagen de humildad que derrochaba fuera del campo de juego, donde generosamente se detenía a hablar con un cuarteto de periodistas enviados especiales de medios gráficos argentinos al término de cada encuentro, después de haber cumplido con el rito de someterse a los flashes y la luminosidad de los multimedios audiovisuales llegados a los Estados Unidos desde todas partes del mundo.

Pero esa noche, especialmente esa noche, Lionel tenía más ganas que otras veces de alejarse de las luces y meterse en conversaciones intimistas, contar algunos secretos y hacerse confidente de ese minúsculo grupo de compatriotas, con la concurrente picardía y candidez de ese pibe de barrio que quiere revelar algo que para él puede parecer una travesura, pero en la mediatización del fútbol hiperprofesionalizado de estos tiempos podría parecer una revelación ¿estratégica?, casi imprudente.

“¿Vieron lo que pasó en el gol de tiro libre, observaron lo que hice?”, inquirió con una sonrisa. Y sin esperar respuesta, confesó: “Es lo que hago

siempre, antes de un tiro libre. Como soy petiso, nunca puedo ver donde se para el arquero si miro por encima de la barrera. Entonces, lo que hago es agacharme, fingir que me estoy atando los cordones de los botines, y mientras tanto voy 'pispeando' dónde se ubica el arquero. Ustedes fíjense que yo tengo las manos sobre los cordones como si me los estuviera atando, pero nunca los miro, porque la vista la tengo puesta en la barrera, ya que lo que trato es observar el arco entre las piernas de los jugadores que la forman. Eso lo hice también esta noche. Y una vez que noto que el arquero no se va a mover más, es cuando decido a dónde le voy a pegar. Esta vez le apunté al ángulo izquierdo y entró justito". Una confidencia alejada del divismo, más cercana a la impronta de un pibe forjado para estrella entre los potrereros rosarinos y la emblemática 'universidad mundial del fútbol' que es La Masía de Barcelona.

Esa postura del capitán contrastaba en esos días con otra que había adoptado el arquero, Sergio Romero, quien eludía sistemáticamente el contacto con esos periodistas por una cuestión de 'cábala', ya que sostenía que había hablado con la prensa gráfica durante la Copa América anterior en Chile y después terminaron perdiendo la final. Por eso aquella noche, cuando esos cuatro enviados lo vieron pasar luego de la victoria sobre Estados Unidos y lo llamaron para que rompiera ese silencio que, por otra parte, no se hacía extensivo a los medios audiovisuales, porque a ellos sí les brindaba entrevistas todo el tiempo, *Chiquito* tuvo una actitud burlona que terminó, aunque en ese momento no se preveía, siendo un indicio de lo que sucedería más adelante en la relación periodismo-jugadores.

Ante la convocatoria, Romero se acercó sonriente a esos cuatro enviados, se puso cara a cara con ellos en actitud de prestarse al diálogo, pero cuando estos le acercaron los grabadores, les lanzó un onomatopéyico "oooleee", y se alejó a paso vivo. Los periodistas se quedaron observándolo y él, como si les quemara la mirada de ellos en la nuca, se dio vuelta exhibiendo otra sonrisa que intentaba ser componedora, pero que no fue replicada por los hombres de prensa, sino todo lo contrario. Algo había empezado a romperse con ese gesto, y la grieta, que terminaría abarcando a todo el grupo, iba a ensancharse mucho más con el tiempo.

Pero los tiempos de felicidad para el seleccionado argentino, impulsados por los vientos de cola que traía el arribo a otra final, la tercera consecutiva, y que alentaban inclusive desplantes como los de Romero, titular en el seleccionado argentino pero perenne suplente en cada equipo que revisó desde 2012 en adelante (Sampdoria, Mónaco y Manchester United), habían terminado con aquella victoria sobre los estadounidenses. Una sombría y prolongada etapa de caos y frustraciones estaba esperando a la vuelta de la esquina.

Dos días después de ese triunfo la delegación argentina debía trasladarse a New Jersey, sede del partido final frente a Chile, una revancha que el destino parecía haberle puesto en el camino a la *Generación Lio* para levantar, por fin, esa copa tan añorada como esquivo que ya se había vuelto obsesión, porque sus componentes advertían que los tiempos biológicos se estaban acortando y su árbol no podía secarse sin haber dado nunca un fruto que se reflejara para la posteridad.

Transcurría el 23 de junio y al día siguiente Messi cumplía 29 años. Por eso su esposa, Antonella Rocuzzo había viajado especialmente para encontrarse con él e iniciar juntos aquel viernes 24 a la medianoche, cuando la hora 0 iba a dejar atrás un tiempo de vida y empezar el siguiente.

Sin embargo eso no iba a ser posible, porque el avión que debía trasladar a *Lio* junto al resto de sus compañeros retrasó excesivamente su partida desde Houston y entonces el pactado encuentro no pudo producirse en tiempo y forma. Esto desató la consecuente molestia de Messi, quien lanzó una durísima crítica sobre la conducción de AFA que en ese momento todavía ejercía el cada vez más tambaleante Luis Segura. “Una vez más esperando en un avión para salir a destino. Qué desastre son los de la AFA, por Dios”, escribió el rosarino en su cuenta de Instagram, acompañando el texto con una foto en la que se lo veía a bordo de un avión, tomando mate con su amigo Sergio Agüero, que también respaldó esa queja a través de twitter.

El ‘rebote’ de ese episodio iba a llegar 24 horas después de la boca del propio Segura, aunque en ese caso el tema de la demora del vuelo era lo que menos le iba a importar al sucesor interino de Julio Grondona,

quien acosado por FIFA y la Justicia, terminaría dejando el cargo pocos días más tarde. Tan golpeado estaba por la situación el ex presidente del club Argentinos Juniors, que iba a regresar a Buenos Aires el 25 de junio, un día antes de la final. “Ya no quiero estar más acá”, confesó a modo de justificación. Desde Zúrich ya habían resuelto que un Comité de Regularización se ocuparía de los destinos de AFA y la conducción del fútbol argentino a partir del siguiente mes de julio.

En medio de ese caos, como si fuera un satélite del fútbol argentino, el seleccionado iba a jugar una final que iba a acrecentar de por sí su prestigio internacional, y de resultar victorioso, el peligro latente era que el árbol del triunfo tapara el bosque de la desorganización.

Es que obtener la Copa América Centenario hubiera prestigiado a la selección argentina, pero solamente a ella, no al fútbol argentino. Así, en esas condiciones y tratando de abstraerse de ese entorno se llegó a ese domingo 26 de junio, aunque hubo una persona que no pudo lograrlo y el día anterior, cuando tuvo que ofrecer la conferencia de prensa previa a cada encuentro, sacó a relucir todo su enojo. Ese fue el *Tata* Martino.

Su llegada a la sala de conferencias del estadio en el que se disputaría la final frente a los chilenos ya hacía presagiar algo malo, sobre todo porque los tiempos de realización de esa habitual ceremonia protocolar no se habían cumplido con pulcritud, aunque no era solamente la relación que él mantenía con el enojo ese motivo, sino algunos comentarios periodísticos que ponían ya no al equipo, sino al proceso que él encabezaba, entre la espada y la pared del éxito y el fracaso.

Las respuestas de Martino ante cada consulta eran cortas, contundentes, en muchos casos monosilábicas, hasta que un periodista estadounidense le replicó una afirmación que había realizado el día anterior Messi, aunque interpretándola de manera errónea, ya que el hombre de prensa le trajo que *Lio* había mencionado que perder otra final era “un fracaso”, algo que en realidad el capitán argentino no había referido, porque según él, “haber repetido tres finales consecutivas” encerraba “un éxito en sí mismo”.

La advertencia de los colegas argentinos respecto de la equivocada transcripción del periodista estadounidense fue captada por Martino, quien

censuró su “falta de información”, algo que incrementó esa manifiesta incomodidad con la que había llegado a la conferencia.

En ese tono fue entonces que mostró lo más auténtico de sus sentimientos, aun cuando la respuesta podía parecer políticamente incorrecta, porque la pregunta era periodísticamente correcta: ¿Qué cambiarías Gerardo para jugar esta final, aun a riesgo de que estuvieras traicionando tus convicciones?, se le preguntó. “Todo, cambiaría todo, porque lo único que importa en esta final es ganar. Nada más que eso. Así que hasta traicionaría lo que pienso con tal de ser campeones. Pero atención que no lo hago por mí, sino por los jugadores. Por estos jugadores que se merecen más que nadie un título y no es justo que sigan sufriendo tanto como lo vienen haciendo en las dos finales anteriores”, reconoció el *Tata* a corazón abierto.

La referencia no era sin embargo coyuntural, sino que arrastraba un cuestionamiento de un año atrás, exactamente de la otra final perdida frente a los chilenos en el estadio Nacional, de Santiago, cuando más allá del buen planteo de Jorge Sampaoli, en aquella definición, el equipo del *Tata* había hecho todo lo contrario a lo que había exhibido durante los cinco partidos anteriores que lo habían depositado en aquel escenario.

Por eso, para evitar potenciales críticas posteriores y de paso acompañar el modificado discurso de Mascherano, que para la circunstancia había canjeado el habitual “ser protagonistas sin importar el rival” por el de “ser campeones de una buena vez para dejar de comer mierda”, el *Tata* decidió abrir el paraguas antes de que lloviera.

La final, lamentablemente para esa perspectiva, iba a terminar dándole la razón, porque se repetiría la historia exactamente igual a la de un año antes, ya que se registraría un empate sin goles en el tiempo regular de 90 minutos y en la media hora posterior de alargue, y los chilenos se impondrían en la definición por tiros penales. Las que iban a resultar diferentes serían las consecuencias inmediatas a esa nueva frustración: Messi iba a anunciar en un vestuario golpeado por la derrota como pocas veces antes, su renuncia al seleccionado argentino.

El impacto y la conmoción que causaría esa noticia surgida desde las entrañas del imponente *MetLife Stadium*, de New Jersey, iba a dejar en

segundo plano la tercera final perdida en tres años, sin anotar goles en ninguna de ellas y habiéndose definido todas con tiempo suplementario incluido y apenas un tanto recibido por Alemania en la del Mundial de Brasil.

Hilando fino, seguramente Argentina mereció más en la definición frente al equipo de Juan Antonio Pizzi que al de Jorge Sampaoli, ambos santafesinos y verdugos de sus comprovincianos Messi y Martino pero, sobre todo, del seleccionado de su país natal. Pero lo más doloroso y alarmante era en lo inmediato el “discurso” de *Lio*: “Hasta acá llegué, se cumplió un ciclo en la selección y ya no da para más. Se terminó para mí”. En la serie de penales, el casi infalible dueño del quinto Balón de Oro había lanzado el suyo por encima del travesaño, mucho más arriba de donde se ubicaba su ex compañero en Barcelona, el arquero Claudio Bravo.

Esa decisión del capitán provocaría una reacción en cadena, ya que varios de los integrantes de su ‘círculo íntimo’ como el *Kun* Agüero, Angel Di María y Ezequiel Lavezzi también insinuaron con seguirlo. Por eso la acción periodística se trasladó hasta el lujoso hotel Westin Hoboken donde se hospedaba el seleccionado argentino, en una solitaria guardia que se prolongó hasta las 4 de la madrugada y concluyó vacía de palabras de los protagonistas, pero cargada de gestos e imágenes que valían incluso más que ellas.

La figura de Messi abandonando el lugar con la cabeza gacha, el paso lento y los ojos enrojecidos por las lágrimas derramadas en el estadio, dentro y fuera del campo de juego, resultaron el centro de atención de todos, desatando hasta un cierto sentimiento de compasión que extendió su benevolencia al resto de los compañeros.

El tiempo corroboraría poco después que aquella renuncia, más allá del legítimo dolor que había causado en él, enmarcaba una estrategia que tenía como objetivo distraer la atención de la crítica pública hacia sus compañeros y cambiar la perspectiva hacia su persona, pura y exclusivamente hacia su persona. Messi lo había hecho “a su manera”, quizá para consustanciarse con el espíritu de *La Voz*, el inolvidable Frank Sinatra, nacido en esa New Jersey donde supo darle forma e inmortalizar aquel tema “A mi manera” desde su garganta prodigiosa.

La vuelta a casa, en realidad Europa para la mayoría de los compo-

nentes del plantel, y Argentina apenas para el cuerpo técnico y Claudio Tapia, el único dirigente que acompañó al grupo hasta el final, estuvo cubierta por un enorme y oscuro manto de incertidumbre, agravado por una realidad que iba a seguir golpeando de frente y con extrema dureza al fútbol argentino a través de una AFA completamente desarticulada, que estaba a punto de ser virtualmente 'intervenida' por la propio FIFA a través de un Comité de Regularización de cuatro miembros que iba a presidir el entonces titular de Belgrano, de Córdoba, Armando Pérez.

Las vacaciones silenciosas de los futbolistas, en tanto, desencadenaban los peores presagios para un seleccionado argentino que debía volver a las eliminatorias después de los Juegos Olímpicos de Río de Janeiro enfrentando nada menos que a Uruguay.

Pero antes de eso, la cita olímpica brasileña era algo que motivaba a Martino. "Se puede armar un muy buen equipo con la selección sub 23 y algún jugador mayor. Nunca estuve en un Juego y es una de las metas que tengo como entrenador. Estoy muy ilusionado con esta posibilidad porque es una cuenta pendiente para mí", confesaba el *Tata* mientras cicatrizaba las heridas provocadas por las finales de Copa América perdidas y pretendía enfocarse en su próximo destino inmediato. Pero nada de eso sería posible y todo quedaría en una simple expresión de deseos. Estados Unidos había sido el final de un camino y el comienzo de otro para su carrera, aunque en aquel frío mes de julio en Argentina él ni por lejos imaginaba algo así.

Pero el derrumbe estructural que estaba padeciendo el fútbol argentino se producía a gran escala y él no estuvo exento de quedar aplastado por los escombros del egoísmo y la desorganización que arrastraban con todo lo que encontraban a su paso.

Martino tenía en mente ya no un equipo, sino un plantel entero de jugadores que pensaba llevar a Río de Janeiro, y entre los tres mayores de 23 años que permitía el reglamento ya había elegido a los zagueros centrales Ramiro Funes Mori y Mateo Musacchio, más el arquero Gerónimo Rulli, todos ellos componentes de la nueva camada de la *Generación Lio*. Pero, por si acaso algo fallara, tenía en carpeta, dentro de una nómina de 57 integrantes de los que debían quedar 18 (más cuatro reservas), a otro guar-

davallas como Nahuel Guzmán junto a los también marcadores centrales Jonatan Maidana, Javier Pinola y Víctor Cuesta.

“Exponer a Messi a una nueva competencia con todo lo que viene jugando en Barcelona y ahora en esta Copa América Centenario me parece una exageración y no le haría bien a él ni a la selección. Es preferible que descanse cuando nos vayamos de los Estados Unidos y vuelva entero para las eliminatorias”, soñaba despierto el ‘Tata’ en medio del certamen norteamericano, para justificar su elección respecto de Messi entre un torneo y otro, ya que por esos días Brasil había preferido que su estrella, Neymar Junior, participara de la cita olímpica y no concurriera a la estadounidense.

El compromiso de Martino se acrecentaba tanto como el entusiasmo que sentía por este nuevo desafío, al punto que hablaba de los Juegos Olímpicos en medio de la definición de la Copa América Centenario, casi como si no le importara romper con esos códigos futboleros que se aferran siempre a no pensar en mañana para no desconcentrarse del hoy. Argentina venía de ganar sucesivamente sus únicas medallas de oro en fútbol en Atenas 2004 y Beijing 2008, con Marcelo Bielsa y Sergio Batista respectivamente como entrenadores de esos seleccionados, pero no había logrado clasificarse a Londres 2012 bajo la dirección técnica de Walter Perazzo.

Había síntomas de que el fútbol juvenil, o casi en esta circunstancia puntual de los sub 23, estaba atravesando por una enfermedad terminal, pero quizá llevado por su ilusión el *Tata* no pareció advertirlo, o a lo mejor eligió no verlo. La prueba fehaciente de ese estado de descomposición la había tenido poco antes de viajar a los Estados Unidos, cuando a la hora de buscar a los habituales *sparrings* con los que realizar las prácticas de fútbol en Ezeiza, se encontró con que no había seleccionados menores constituidos ni mucho menos en preparación, lisa y llanamente porque no había técnicos en AFA que estuvieran trabajando en esas categorías.

Era triste ver en aquellas tardes otoñales como el hermoso predio Julio Humberto Grondona, que se erguía orgullosamente a la vera de la autópista Ricchieri, mostraba el césped reseco y amarillo de sus canchas sin utilizar, aun cuando el vergel se empeñaba en resistir ante las insinuaciones del desierto humano que amenazaba su impecable escenografía.

A tal punto había llegado la improvisación que el propio Martino tuvo que levantar el teléfono del predio una mañana y llamar a su amigo y ex compañero en Newell's Old Boys, Ariel Paolorrosi, a cargo por esos días del selectivo de inferiores de Lanús, club en el que él también había jugado, para pedirle si le podía “armar” un equipo de chicos y llevarlo a Ezeiza para realizar una práctica con el seleccionado mayor.

Es un tipo inteligente el *Tata*, pero resistió a esas señales, antes y después inclusive de la Copa América Centenario, tanto como el embate de la prensa sobre otras cuestiones que tenían que ver sobre citas nunca concretadas como la de, muy especialmente, Mauro Icardi. “Los periodistas saben tan bien como nosotros que es lo que está bien y que es lo que está mal. ¿Por qué entonces me quieren hacer decir a mí lo que en realidad ustedes piensan sobre el asunto?”, inquiría Martino a los hombres de prensa que lo azuzaban para que confesara las verdaderas razones por las que el marido de la modelo Wanda Nara no estaba en la selección.

Pues justamente esa era la causa: el goleador y capitán del Inter, de Milán, estaba en pareja con la mujer de quien había sido su amigo, Maximiliano López, que a la vez era un “amigo del alma” de Mascherano, con el que se conocían desde los 8 años, en los tiempos de esa cuna de jugadores rosarinos que fue el club Renato Cesarini, desde donde llegaron con 14 almanaques encima a River Plate para compartir pensión y sueños. ¿Había alguna explicación más que dar, además de la impronta machista que recubre al ambiente del fútbol, para responder a esa cuestión? Pues no, ninguna.

Pero había otro caso más que pasaba inadvertido para la opinión pública y hasta la prensa misma, que se suponía que tenía que ver con cuestiones estrictamente futbolísticas pero en realidad también transitaban por un plano personal, más íntimo, que tenía que ver con la relación y los orígenes de Martino y el defensor Ezequiel Garay, de quien puntualmente se trataba el asunto.

El tema venía de arrastre, ya que el *Tata* se había sentido traicionado por el ex defensor de Newell's Old Boys durante las eliminatorias, a partir de un episodio en el que el técnico se mostró contemplativo y generoso con el jugador, pero después éste, casi inmediatamente, le pagó con otra moneda.

Martino y Garay son rosarinos y aunque 24 años los separan según sus documentos de identidad (uno nació en 1962 y el otro en 1986) , sus raíces *leprosas* los unen y los hicieron conocerse en esos pasillos del club del Parque de la Independencia, al punto que el *Tata* siempre lo tuvo entre sus preferidos y cuando se hizo cargo del seleccionado, durante aquella gira por Inglaterra, supo confesar en la intimidad que para él la defensa argentina era “Garay y tres más”.

La diferencia de edad, algunos valores no compartidos y ciertas prioridades de vida podrían ser las causas de lo que vendría después, un distanciamiento impulsado por el entrenador pero provocado por el futbolista, que quizá se podría haber solucionado si éste último le hubiera hablado sinceramente a Martino. Pero no lo hizo y los caminos comunes que transitaban Garay y el seleccionado argentino se separaron para siempre, aunque sus condiciones futbolísticas seguían siendo tan valiosas como antes.

El motivo de este divorcio futbolístico se originó después del primer partido de eliminatorias post Copa América de Chile, con la dolorosa e inédita derrota por 2 a 0 frente a Ecuador todavía caliente, cuando aquel 12 de octubre de 2015 la difícil travesía de Garay y su pareja, la modelo española Tamara Gorro, en la búsqueda de su primer hijo, llegó a buen puerto. Se venía el partido ante el Paraguay del riojano Ramón Díaz en Asunción, pero el por entonces defensor del Zenit, de Rusia, debía viajar inmediatamente a los Estados Unidos, donde ya estaba su esposa, por razones estrictamente legales.

Es que la llegada de Shaila, así se llamaría la hija de Garay y Gorro, tendría una particularidad: al estar impedida la esposa del rosarino de ser madre por un problema de trompas, ambos decidieron recurrir a lo que se denomina “gestación subrogada”, que consiste en el alquiler de un vientre al que se le inyecta óvulo y esperma para que se concrete la fecundación. Esto fue concretado en una clínica de Los Ángeles y el parto estaba previsto para el 21 de octubre, pero se adelantó poco más de una semana y, por una ley estadounidense, los futuros padres tienen la obligación de estar presentes en el momento del nacimiento.

Ante esta situación, una vez informado por su esposa, Garay fue a

hablar con Martino y le solicitó el permiso para viajar, algo que el *Tata* le concedió inmediatamente, privilegiando lógicamente la faz humana por encima del perjuicio deportivo que implicaba la ausencia de un pilar como lo era el ex Real Madrid ante un Paraguay de buena Copa América (terminó cuarto) y, sobre todo, en un comienzo muy complicado de eliminatorias.

Los próximos dos compromisos de Argentina iban a llegar un mes después y resultarían más complejos aun, porque los rivales eran Brasil, el jueves 12 de noviembre en el Monumental de River Plate, y la Colombia de José Pekerman el martes 17 en Barranquilla.

Para esos dos cotejos tan trascendentes Martino volvió a convocar a Garay, pero una vez publicada la lista de citados al técnico le surgieron dos problemas: Pablo Zabaleta sufrió una fuerte contusión en la rodilla izquierda durante un partido entre su equipo, Manchester City, y Crystal Palace, por la Premier League inglesa, mientras que Garay denunciaba una tendinitis en el bíceps femoral derecho. Ambos debían ser dados de baja porque no llegaban a recuperarse para esos encuentros.

Fue entonces cuando se produjo el desencuentro. Zabaleta no pudo estar presente durante varios partidos en el City, lo que hablaba de la importancia de su lesión. Pero Garay, en cambio, jugó para Zenit al fin de semana siguiente de ser desafectado por esa lesión que había dicho tener. El *Tata* comprobó entonces que el jugador le había mentado y le dolió que no le hubiera dicho de frente que prefería quedarse en Rusia junto a su tan buscada hija de apenas un mes de vida antes que realizar un largo viaje hacia Argentina y dejar en San Petersburgo a su esposa sin compañía.

“Mientras yo sea el técnico de la selección, a Garay no lo convoco nunca más. ¿Y por qué?, porque no”. Así de contundente fue la confirmación de Martino un año más tarde, durante la Copa América Centenario en ese Estados Unidos que había sido el lugar de nacimiento de Shaila y el final anticipado de la relación entre Garay y el seleccionado, pero más que nada de la afectiva que lo unía a él con el *Tata*.

Y esto se hizo extensivo, lamentablemente para Garay en lo que a su vida deportiva competía, también a los referentes de la *Generación Lio*, al punto que cuando Martino se fue del seleccionado argentino y lo reem-

plazó otro ícono de Rosario, aunque de la vereda de enfrente, la de Central, como lo fue el *Patón* Edgardo Bauza, el ya por entonces defensor del Valencia, de España, tampoco volvió a ser convocado. Ni siquiera haber compartido equipo con Messi, Agüero, Biglia y Zabaleta en aquella selección sub 20, campeona del mundo en Holanda 2005, con Francisco *Pancho* Ferraro como entrenador, le alcanzó para que sus ex compañeros le perdonaran el engaño.

Y cuando un año y medio más tarde Jorge Sampaoli tuvo la idea de citarlo y se comunicó con él, recibió de Garay una respuesta plagada de evasivas, que interpretó, con desinformada sorpresa, como un manifiesto desinterés por volver a la selección. Es que el entonces zaguero del Valencia español era consciente del rechazo de los principales referentes de la *Generación Lio* y sabía con lo que se encontraría en caso de aceptar el convite del técnico casildense.

Porque si en algo hubo coincidencia entre Martino y el núcleo duro del plantel fue en este tema. Ese “pentágono rosarino” que componían Messi, Mascherano, Di María, Banega y Lavezzi, al que se sumaban Agüero, por su condición de mejor amigo de *Lio*, y Biglia, de estrecha relación con el *Jefecito* a partir de que empezaron a compartir habitación en cada concentración del seleccionado.

De hecho el volante de Lazio en aquel momento y posteriormente de Milan, no iba a viajar a los Estados Unidos por un severo desgarro en el isquiotibial de la pierna izquierda, pero finalmente lo hizo, aunque una vez allí fue cuando se verificó ese diagnóstico y entonces el propio Martino, que ya tenía otro caso similar en el plantel por una lesión del mismo tenor, como lo era el de Javier Pastore, decidió desafectar al oriundo de la ciudad bonaerense de Mercedes y citar en su lugar al ex volante de Lanús, Guido Pizarro, actuando por entonces con buen suceso en Tigres, de México (más tarde pasaría al Sevilla español).

Sin embargo, cuando la salida de Biglia era un hecho, tanto como el viaje de apuro de Pizarro, apareció en escena Mascherano, intercediendo por su compañero de pieza para que se quedara en el grupo. “Después de tanto comer mierda, ahora que tenemos la oportunidad de levantar una Co-

pa, en la foto debemos estar todos los que nos quedamos en la puerta en las finales anteriores”, sentenció el subcapitán. Y Martino dio marcha atrás, frenó la llegada de Pizarro cuando estaba casi a punto de embarcarse para el breve vuelo que lo trasladaría desde México a los Estados Unidos, en medio de una situación por demás confusa, y aceptó una situación claramente perjudicial para el futuro futbolístico del equipo.

Es que Biglia tenía para tres semanas de recuperación y recién podría estar disponible, con las reservas del caso, para los cuartos de final. La influencia de los líderes de la *Generación Lio* seguiría socavando así una relación con el técnico que iba a transformar radicalmente su discurso en los últimos días de permanencia en el cargo.

La ausencia del ladero de Mascherano en la mitad de la cancha fue bien suplida por Augusto Fernández y Biglia cumplió con los plazos preestablecidos, jugando poco y nada en cuartos y semifinal, pero sorpresivamente siendo titular por primera vez justo en la final ante los chilenos, evidenciando falta de ritmo futbolístico y una ostensible merma física que se hizo más apreciable cuando promediaba el segundo tiempo.

Sin embargo el mercedino no solamente jugó los 90 minutos regulares, sino que además permaneció en cancha durante los 30 suplementarios, y por si todo eso fuera poco, remató uno de los cinco penales de la serie de desempate, que encima le fue atajado por el arquero Claudio Bravo.

La permanencia en el grupo de Pastore pareció entonces un canje por la de Biglia, aunque a situaciones parecidas el cordobés fue directamente a pasear a los Estados Unidos, ya que muy a su pesar no pudo jugar ni un solo minuto en la Copa América Centenario. En muchos entrenamientos hasta daba pena verlo hacer trabajos diferenciados al margen del grupo, corriendo solo alrededor de los campos de juego a los que saltaba primero que nadie y se retiraba después que sus compañeros ya hacía un rato que habían regresado a los vestuarios. La justificación a tanto esfuerzo del jugador y a la defensa de él que hacía el técnico tenía una razón estrictamente futbolística: a Martino le encantaba Pastore, y cuando en Chile daba explicaciones de la forma en que atacaba el equipo y cómo planteaba el juego ofensivo, lo hacía siempre a partir de él y solamente de él. Ni

quiera de Messi. Y el *Flaco* le respondía coincidiendo casi con exactitud con los conceptos del entrenador, exhibiendo una capacidad de análisis poco frecuente en jugadores de su juventud. Decididamente ese espigado volante surgido en Talleres, de Córdoba, era la bandera futbolística del *Tata*, y no precisamente porque hubiera nacido un 20 de junio (de 1989).

“Nuestra idea de juego pasa por un sistema 4-3-3 original, que luego puede transformarse en un 4-2-1-3 dependiendo de dónde se ubique Pastore. Si va detrás del *nueve*, entonces actúa como enganche y es 4-2-1-3, pero si se abre hacia la izquierda, volvemos al 4-3-3 original”, explicaba el *Tata* en aquellas todavía dulces noches de confesiones en La Serena.

En la misma escenografía, pero sin escucharlo al entrenador, Pastore iba mucho más lejos en las precisiones y le daba características aún más ofensivas a su gestión, pero con algún aditamento sumamente llamativo a la hora de sus preferencias para encontrar el socio ideal dentro del ataque argentino.

“La propuesta de Martino empieza por la presión alta y los cuatro de adelante, entre los que me incluyo, somos los que tenemos que iniciarla sobre la salida del rival. Después la siguen los dos mediocampistas y finalmente los cuatro de atrás”, refería el cordobés con una gran capacidad analítica, demostrando un entusiasmo por esa forma de jugar que confesaba haber incentivado a partir de su paso por aquel Huracán subcampeón inmerecido (estaba para coronarse) de Vélez Sarsfield en el Torneo Clausura 2009 que conducía Angel Cappa, “un gran inspirador” según su experiencia.

“Pero a la hora de atacar, mi fuerte está jugando detrás del *nueve*, tratando de habilitarlo siempre colocándole la pelota adelante. Eso es lo que siempre hice mejor y con lo que me siento más cómodo. Por eso hoy, a los 26 años (al momento de aquella entrevista apenas habían pasado 48 horas del 20 de junio de 2015) acabo de ingresar a la mejor edad de un futbolista, cuando ya uno está lo suficientemente maduro como para entender el juego y es todavía lo suficientemente joven como para ejecutar lo que piensa”, describía criteriosamente, aunque su mejor revelación en aquel diálogo particular con este autor todavía estaba por llegar.

“Y en cuanto a mi socio ideal en el ataque, la verdad es que prefie-

ro a Di María antes que a Messi. Lo que pasa es que con *Fideo* puedo desarrollar mi mejor virtud que es ponerle la pelota adelante, porque es un jugador que ataca el espacio. En cambio con *Lio* se me complica, porque él se me acerca a tres metros para jugar cortito, y yo eso no lo siento”, confesaba el *Flaco*, demostrando sin falsas posturas que aquella madurez de la que hablaba estaba directamente relacionada con el convencimiento adquirido a partir de la confianza que tenía en sus condiciones futbolísticas, esas que lo habían llevado con apenas 20 años al fútbol europeo para militar primero en el Palermo italiano y luego en el París Saint Germain, pero y sobre todo al Mundial de Sudáfrica 2010, en el que curiosamente debutó oficialmente con la camiseta argentina.

Diego Maradona lo citó para un partido amistoso “no oficial” ante el combinado de Catalunya, como parte de la preparación para aquel Mundial, y solamente con esa impresión el entonces entrenador del seleccionado argentino decidió llevarlo a Sudáfrica, donde ingresó en tres encuentros: frente a Grecia en el último compromiso de la fase de grupos (jugó 24 minutos), en aquel recordado triunfo por 2 a 0 con el único gol de Martín Palermo en mundiales, posteriormente ante México en octavos de final (4 minutos) y finalmente en la dolorosa eliminación a manos de Alemania por 4 a 0 en cuartos, donde actuó por espacio de 14 minutos.

“La verdad que cuando lo puse contra Grecia el *Flaco* Pastore me sorprendió, porque se limpiaba a tres rivales como si hiciera tres años que jugaba en la selección. Lo único que le dije cuando lo hice entrar fue que se divirtiera y volara. Y vaya si lo hizo”, expresaría orgullosamente Maradona cuando los octavos de final estaban en la mira y todo era optimismo en el búnker sudafricano del seleccionado argentino.

El próximo Mundial, en Brasil 2014, ya no lo tendría a Pastore entre los convocados, porque el estilo de juego, más “pragmático”, según la propia autodefinición del entrenador Alejandro Sabella, no iba a encajar con lo que él podía ofrecerle. Recién podría regresar de la mano de Martino, cuando desde la conducción de Julio Grondona se decidió dar otro rotundo golpe de timón en cuanto a la idea futbolística de quien llevaría adelante los destinos del equipo nacional.

Es que la llegada del *Tata*, más allá de que la mayor parte de los protagonistas del “elenco estable” se mantuvieran, marcó un cambio de rumbo en el juego, pero más que nada de “ideología” futbolística, justo en la era de la agonía de las ideologías, similar a lo ocurrido en los '80 cuando se pasó de César Menotti a Carlos Bilardo, o más tarde en los '90, cuando se saltó del *Narigón* a Alfio *Coco* Basile.

Pero los tiempos de Martino después de esa Copa América Centenario habían llegado a su fin, y no iban a pasar ni 10 días para que pudiera corroborarlo, porque el camino se volvería tan angosto que ya no podría seguir avanzando siquiera hasta llegar a los Juegos Olímpicos de Río de Janeiro, que estaban allí nomás, a la vuelta de la esquina.

Algo intuía el *Tata* en los Estados Unidos, cuando se le empezaban a caer algunos convocados para ese seleccionado sub 23, especialmente Paulo Dybala, el cordobés de Laguna Larga al que la Juventus no iba a ceder, convirtiéndolo en un caso testigo que iba a tener su correlato en otros futbolistas que actuaban en el exterior.

“La Sampdoria ya nos preguntó qué jugadores vamos a llevar a Río de Janeiro, porque dicen que si hay otros clubes que no van a ceder a los futbolistas que nosotros les citamos, entonces ellos tampoco nos van a facilitar a Joaquín Correa”, advirtió Martino en referencia al ex volante de Estudiantes de La Plata que posteriormente pasaría a Sevilla, de España, donde Sampaoli lo convertiría en su jugador fetiche y lo terminaría llevando posteriormente a la selección mayor.

Lo de Dybala, que ya avizoraba todo lo bueno que en los meses posteriores iba a desarrollar en la Juventus, era una buena excusa de la Sampdoria, su compatriota italiana, para guardarse al tucumano Correa, ya que al no ser una competencia organizada por la FIFA, los clubes no tenían la obligación de entregar a sus jugadores a las selecciones que participarían de los Juegos Olímpicos.

Claro que el tema del ex Instituto, de Córdoba y Palermo, de Italia, era producto de un error de cálculo de Martino, quien dudó en un principio entre llevarlo a la Copa América Centenario o a Río de Janeiro, pero luego de evaluar, según su propia confesión, que era “preferible que en vez

de tener pocos minutos en Estados Unidos, cuente con más protagonismo en los Juegos Olímpicos”. Sin entrar en comparaciones respecto de la influencia de uno y otro en sus respectivos seleccionados, y aunque por razones opuestas, Brasil había tomado la misma opción con su máxima figura, Neymar Junior.

Así, la Copa América Centenario se quedó sin una de sus mayores atracciones, pero Brasil logró el cometido de conquistar la primera medalla olímpica, y en su propia casa. En cambio Dybala se quedó “sin el pan y sin la torta”. Y Martino también.

Es que a las negativas que le llegaban desde el exterior se le empezaron a sumar al *Tata* también las evasivas de los clubes argentinos, cuyos dirigentes evitaban la confrontación directa mediante excusas sin sustento que terminaron por destrozar el proyecto de una buena participación olímpica pero, sobre todo, la resistencia del entrenador, que llegó al límite apenas nueve días después de la final perdida en la Copa América Centenario, cuando el escenario celeste y blanco se había oscurecido definitivamente para él.

Sin el renunciado Messi en la selección mayor y sin el equipo olímpico que había proyectado en sus sueños, Martino fue en la fría mañana del martes 5 de julio al predio de Ezeiza, se paró a contemplar la inmensidad del lugar, esos campos verdes que brillaban aún más con el rocío de la mañana, y sacó de su intelecto una decisión que venía madurando en las últimas horas: ese día iba a ser el último en que visitara ese lugar como entrenador del seleccionado de su país.

Lo llamó a *Chiqui* Tapia, a la sazón vicepresidente “interino” de AFA pero, sobre todo, el único dirigente en que confiaba, pero también el único que por esas horas ponía la cara por la selección argentina mientras el resto de sus colegas se escondían. No fue muy larga la charla y tampoco hicieron falta demasiadas explicaciones, ya que el pedido de continuidad que le realizó el presidente de Barracas Central fue de compromiso, porque ambos comprendían que ya la situación no daba para más.

“Me voy porque estaba perdiendo hasta mi dignidad, que era lo último que me quedaba en juego hasta ahora”, fue la explicación breve pero diáfana y por demás reveladora que ofreció Martino, ya sin la rigidez del sem-

blante que caracterizaba sus momentos de enojo, sino con la inocultable imagen de un hombre agobiado por la decepción, el abatimiento y la tristeza.

“No estoy atado al sillón de técnico del seleccionado argentino, y si las cosas no van, pues no van. Me voy sin problemas”, sostenía en la intimidad de las largas noches en la que velaba sueños de gloria para aquel equipo que finalmente tampoco iba a poder alcanzarla en los Estados Unidos. Algo estaba ocurriendo por entonces para que el *Tata* modificara de esa manera su discurso inicial, cuando sostenía que llegar a la selección de su país después de la fuerte experiencia, en todo sentido, vivida en Barcelona, era como “estar en casa. Como si hubiera pertenecido a este sitio desde hace mucho tiempo”.

Y no fue el descalabro en que se había convertido la AFA, ni la imposibilidad de conformar un equipo olímpico competitivo, las razones que impulsaron su alejamiento. Esas fueron solamente las últimas dos gotas que terminaron por hacer rebalsar el vaso de su tolerancia. “Si existe algún entrenador que disfruta de dirigir a este nivel, ese no soy yo”, confesaba Martino en las horas previas a aquella final estadounidense ante los chilenos de su colega y compatriota Juan Antonio Pizzi.

¿Qué había pasado desde aquel discurso inicial a éste?, que se parecía tanto al de su antecesor Alejandro Sabella, quien en la previa del Mundial de Brasil manifestaba a los cuatro vientos que estaba viviendo “un momento de mucho sufrimiento”, que no podía “disfrutar en ningún instante”, y que solía despertarse “sobresaltado durante las noches”, asaltado por “pensamientos negativos”.

En ambos casos el desgaste en la relación con los componentes de la *Generación Lio* influyó decididamente en el final de sus relaciones con el seleccionado nacional, y aunque Martino venía más golpeado por la anterior con Barcelona, podría superarlo más rápidamente que Sabella, ya que *Pachorra* no logró reconstruir su vida profesional después de abandonar a su “novia albiceleste”, al verse también afectado su estado de salud.

Le faltaban 40 días a Martino para cumplir los dos años al frente de la selección cuando dijo adiós, después de dirigirla durante 29 partidos en los que sumó 19 triunfos, siete empates y solamente tres derrotas

(Ecuador en Eliminatorias, Brasil y Portugal en amistosos). Llegar a dos finales consecutivas de Copa América fue su aporte a la *Generación Lio*. Perderlas ambas por penales fue su karma. Restaba exactamente un mes para los Juegos Olímpicos cuando se fue, y un inexperiente Julio Olarticoechea, el único técnico con contrato que le quedaba a la AFA y estaba dirigiendo por entonces al seleccionado argentino femenino, ocupó su lugar en la cita carioca donde, como no podía ser de otra manera, terminó eliminado en primera ronda.

Una vida deportiva repleta de paradojas vivió Martino como quedó dicho en un principio, desde su debut como futbolista a los 17 años, un 15 de junio de 1980, vistiendo la camiseta de Newell's Old Boys ante Platense, que sería el primer equipo de la primera división que dirigiría cuando inició su carrera como entrenador 18 años más tarde, después de debutar en ese mismo año 1998 como técnico de Almirante Brown, de Arrecifes, en el Nacional B.

En el único club europeo en el que jugó fue en Tenerife, de España, donde actuó en 15 partidos, siendo su debut justamente frente a Barcelona, en el Camp Nou. En ese recorrido solamente anotó un gol, y fue frente a Sevilla, el club desde el que llegaría a la selección, realizando un recorrido similar al suyo, con previa en un seleccionado sudamericano y en una entidad española, su sucesor mediato, Jorge Sampaoli, otro hombre de rai-gambre ñulista.

La primera vez que vistió la camiseta argentina fue en 1981, durante la realización del campeonato sudamericano sub 20 de Ecuador, que clasificó al representativo nacional para el Mundial de la categoría de Australia de ese mismo año y en el que también tuvo la posibilidad de estar. Su debut en aquel juvenil tuvo lugar precisamente ante Chile. Aquella vez Argentina ganó 3 a 0, pero no era una final.

No tuvo fortuna en las finales americanas de todo tipo que disputó el *Tata*, ya que además de las dos mencionadas frente a Chile con el seleccionado de su país, también cayó en la de la Copa América de Argentina 2011 frente a Uruguay (3-0) cuando era el entrenador de Paraguay. Fue el técnico que más veces dirigió al representativo de ese país en la historia,

ya que lo hizo en 72 oportunidades, recibiendo después del Mundial de Sudáfrica 2010 la distinción al “Mérito deportivo” de parte del entonces presidente de la Nación, Fernando Lugo.

Pero también la suerte le fue esquiva como futbolista, ya que perdió con Newell's Old Boys las dos finales de Copa Libertadores que disputó, la primera en 1988 a manos de Nacional, de Montevideo, con el que sucumbió en el partido decisivo por 3 a 0, cuando al equipo del Parque de la Independencia lo dirigía José Yudica, y la otra en 1992 frente al histórico San Pablo, de Brasil, dirigido por Telé Santana, con el que cayó en otra definición por penales en el estadio Morumbí, luego de repartirse ambos equipos sendos triunfos como locales por 1 a 0.

El final de ese ya paradójico recorrido como futbolista lo encontró a Martino, casi como si no pudiera ser de otra manera, retirándose en Barcelona, aunque en este caso fuera el de Ecuador, para después empezar una carrera como entrenador en la que estableció un raro récord, ya que durante los primeros siete años de su trayectoria en clubes, nunca un equipo dirigido por él perdió dos partidos consecutivos. Esa racha se cortó en 2005, cuando estaba en Colón de Santa Fe, otro club de colores rojinegros, los mismos del Atlanta United de la *Major Soccer League* (MLS) estadounidense, a donde volvió a dirigir después de dejar atrás “en cuerpo, alma y mente” al seleccionado argentino.

La elección de ese destino en la MLS, una alternativa que se transformó en una especie de “jubilación de privilegio” para las grandes estrellas del fútbol mundial que ya están en el anochecer de sus carreras, tuvo más de una razón para ser tomada por el *Tata*, ya que se mezclaron cuestiones de gustos personales y profesionales a la vez.

El primer motivo pasó por la posibilidad de acceder a una franquicia absolutamente nueva, que iba a competir por primera vez en la liga norteamericana y para ello no solamente debía terminar de construir su propio estadio, sino también un equipo de fútbol por primera vez, sumando los jugadores que integrarían su plantel uno a uno. Como si se tratara de una selección. Como para no extrañar tanto el lugar que acababa de dejar en Argentina.

Otra causalidad pasó por el hecho de aflojar tensiones, ya que las presiones, más allá de las lógicas inherentes a cualquier actividad profesional, no iban a parecerse ni por asomo a las que estaba acostumbrado y venía soportando prácticamente desde el día en que la pelota pasó a ser más que un elemento lúdico en su vida.

La posibilidad de vivir también en una sociedad distinta a la argentina, a pesar de tener a sus amigos del bar rosarino *Pan y Manteca* bastante lejos, pero con menos sobresaltos y una mayor tranquilidad en el día a día, fue también algo que inclinó la balanza a la hora de tomar la decisión. Y lo último para bajar el martillo, más allá de lo económico, que por supuesto pesó y mucho, fue el hecho de estar cerca de un gran amor deportivo que Martino tiene desde que su mirada empezó a trasladarse más allá del fútbol: el mejor básquetbol del mundo que se juega en la NBA. Y Atlanta era un buen lugar para estar porque la ciudad tiene, además de la sede de la fábrica Coca Cola, al equipo de los Hawks a mano para poder ir a verlo cuantas veces fuera posible.

El tiempo y las circunstancias le habían dado la razón a aquellas afirmaciones repletas de pedagogía que el gran técnico del seleccionado argentino de vóleibol pero, más que eso, maestro de entrenadores en cualquier disciplina que se trate por su impronta filosófica volcada al deporte, el platense Julio Velasco, le había hecho a Josep Guardiola cuando éste fue a consultarlo porque pretendía empezar a meterse “en eso de dirigir equipos de fútbol”.

“El equipo es una cosa y el grupo es otra. No lo olvide”, le refirió justamente Velasco a *Pep*, quien enseguida recogió las explicaciones que le faltaban a esa aseveración. “El equipo se forma con personas que persiguen un objetivo común y para alcanzarlo, cada una de ellas debe cumplir con un rol específico. El grupo, en cambio, es anárquico, porque pueden formarlo unos cuantos amigos que se reúnen a comer un asado y cada uno hace lo que quiere. En el primer caso quizá no todos se lleven bien entre ellos, pero alcanza con que cumplan eficientemente las funciones que les fueron asignadas. En el segundo, seguramente la camaradería y el afecto es común a todos, y no les hace falta nada más”.

De eso se nutrió el *Tata* a lo largo de su carrera como entrenador, y lo pudo comprobar en carne propia durante sus dos experiencias más fuertes a nivel profesional, que se le presentaron consecutivamente en Barcelona primero y en el seleccionado argentino después. En ambos casos asistió con más brutalidad que nunca quizá, a esa dicotomía de la que daba cuenta Velasco entre “equipo y grupo”.

“Si en un equipo todos se llevan bien como grupo, mucho mejor, pero si no es así, tampoco es imprescindible. Lo fundamental es que cada uno sepa cuáles son sus obligaciones y cumplirlas. Por eso, para que las individualidades funcionen, hay que apretarles la tecla justa”, le completó Velasco su consejo a Guardiola. Eso lo leyó Martino y tomó nota, pero a veces eso es difícil de controlar cuando de lo que se carece es de tiempo de trabajo para ‘distribuir’ y poner en práctica las tareas que les corresponden a cada uno.

Otro entrenador exitoso de una selección argentina, en este caso la de básquetbol, como Sergio Hernández, también le dejó al ‘Tata’ alguna enseñanza a partir de su propia experiencia. “Lo que hacen los técnicos del seleccionado de fútbol es muy complejo. Yo no sé si podría. Es que para ejecutar cualquier idea necesitás trabajarla. Eso es indispensable. No hay otra manera. Y ellos reciben a los jugadores dos o tres días antes de cada partido, pueden hacer un solo entrenamiento más o menos en serio y enseguida a jugar. Así, dependés absolutamente de los jugadores y tu participación es módica. Apenas alguna referencia de ubicación y nada más. Olvidate de la estrategia para encarar determinado partido ante un rival fuerte y ni hablar de la táctica para llevarla adelante. “¿Como hacés?”, se preguntaba, trasladando su asombro a la resignación con la que asentía Martino al escuchar estas declaraciones de la *Oveja* Hernández.

“Y esa dependencia de los jugadores hace que si son buenos, las posibilidades de ganar aumenten, y si no lo son, lo más probable es que te vaya mal. Porque sin trabajo, a un equipo mediocre la inserción de algún buen jugador lo puede mejorar, pero un técnico sin ejercitación no puede hacer nada”, remarcó Hernández casi como compadeciéndose de los pesares de un Martino, que lo veía y escuchaba por televisión y lo envidiaba

en silencio, porque su colega podía tener a disposición durante un buen tiempo a Emanuel Ginóbili y sus referentes de la Generación Dorada antes de cada competencia y él apenas si pasaba de una práctica limitada de fútbol con Messi y compañía antes de jugarse cada tres o cuatro meses la clasificación a un Mundial. El destino querría que después Hernández sufriera en carne propia esa “falta de trabajo grupal”, cuando las eliminatorias mundialistas de básquetbal pasaron a jugarse con la misma modalidad que las del fútbol en 2017.

“Por eso es tan importante que la prensa diga estas cosas. No es verdad que la gente nos quiera escuchar solamente a nosotros y no le importe lo que digan los demás. Los periodistas son formadores de opinión porque hablan y escriben todos los días, mientras que nosotros nos expresamos una vez cada tanto. Sin embargo nunca tienen en cuenta estas cosas en sus publicaciones y nos cuestionan si algo no sale bien. Pero si lo decimos nosotros parece que en vez de un atenuante, lo que estamos buscando es una excusa”, se quejaba el *Tata* cuando algún cronista lo interrogaba sobre un tema y él vertía como respuesta otra pregunta. “¿Por qué me quieren hacer decir a mí lo que en realidad ustedes piensan? ¡Díganlo ustedes! Si la gente les va a creer igual”, sentenciaba con la lógica perenne del que está del otro lado del mostrador.

Así, por eso, cuando Martino decidió irse de la selección, atrás dejó más frustraciones que sueños cumplidos, más proyectos truncos que realizaciones logradas con esa selección que es “la aspiración de cualquier entrenador nacido en Argentina”, pero que tantas amarguras trajo a todos aquellos que no se llamaron Menotti o Bilardo. Sin embargo, el aporte del *Tata* a la *Generación Lio* fue valioso, porque la llevó a dos finales de Copa América consecutivas. Lo mismo hizo Basile, que dirigió su primer partido en la selección mayor el mismo día en que Martino jugaba el último. La diferencia radicó en que el *Coco* (a excepción de la derrota dolorosa ante Brasil en Venezuela 2007) las ganó, y una de ellas, la de 1991, fue justamente en Santiago ante el local Chile (la otra ante México en Ecuador 1993). La coincidencia: tampoco él había tenido un final feliz con *Lio* y compañía cuando Julio Gronzona le dio una segunda oportunidad en el seleccionado nacional.

Pero las paradojas, los parecidos, las similitudes y las coincidencias persiguieron a Martino hasta en las propias características de su alejamiento de la selección, que fueron una réplica casi exacta en la faz argumentativa de las razones por las que también su máximo referente y de quien es devoto admirador, Marcelo Bielsa, había renunciado al seleccionado nacional 12 años antes.

Así como la debacle de AFA en particular y el fútbol argentino en general lo habían dejado solo arriba del barco de la selección, del que hasta se había bajado el capitán Messi, lo mismo le había sucedido a Bielsa en aquel “septiembre negro” de 2004 en que se vio rodeado por la indiferencia de una dirigencia encabezada por Julio Grondona, que no apoyó su puja por contar para el seleccionado mayor con algunos que él consideraba fundamentales para el equipo y algunos clubes europeos de primer nivel se los retaceaban.

“No podía seguir aceptando estas condiciones”, fue el encabezado del discurso con el que Bielsa abandonó el seleccionado argentino después de seis años de gestión durante los cuales le tocó quedar eliminado en la primera ronda del Mundial de Corea-Japón 2002 y convertirse dos años más tarde en el primer técnico en consagrarse campeón olímpico con Argentina en Atenas.

Esas inaceptables “condiciones” que le quitaron “todas las energías”, según explicó, estuvieron relacionadas con la batalla que libró durante 15 días para que la AFA exigiera sanciones a los clubes Inter, de Italia, y Valencia, de España, que se habían negado a ceder a Javier Zanetti y Christian Kily González el primero y a Pablo Aimar el segundo.

“A la AFA no le gustan las situaciones conflictivas”, argumentó Grondona para enviar a ambos clubes solamente una nota informativa sobre la cuestión en vez de ir a fondo con el reclamo. Entonces Bielsa se sintió desautorizado por Grondona y decidió renunciar.

“Esto es una falta de respeto. Si el que altera o viola los reglamentos no recibe reprimenda, ¿cuál va a ser la consecuencia? Pues que nadie cumpla. De hecho, esto que ahora hace Valencia ya lo hizo Inter y no recibió ningún castigo. A Aimar querían cederlo fuera de reglamento, después del par-

tido de Valencia con Villarreal [se jugó el 30 de agosto y Argentina venció a Perú 3 a 1 en Lima por eliminatorias, en el que sería el último partido del 'Loco' al frente de la selección, el 4 de septiembre], pero les dije a los dirigentes que no lo hicieran porque sería una estafa para el resto de las instituciones. Lo que pasa es que hay condiciones que son inaceptables, como aconsejar que convoque a tal jugador para determinada competencia y a otro para tal otra", puntualizó Bielsa entonces, como si estuviera escribiendo el guión de una película que iba a tener su *remake* una docena de años más tarde con otro actor bien conocido por él como lo era el *Tata*.

Si Bielsa hasta le presentó su dimisión a un directivo de segundo nivel en vez de hacerlo con el presidente de AFA, tal como hizo Martino con Tapia, cuando después de completar la transición de los jugadores históricos como Diego Simeone, Gabriel Batistuta, Claudio *Piojo* López, Ariel Ortega y Matías Almeyda, para darles lugar a los de la nueva generación que encabezaban *Pablito* Aimar, Javier Saviola, Gabriel Heinze, César Delgado, Andrés D'Alessandro y, ya en ese entonces, Javier Mascherano y Carlos Tevez, flexibilizó su estilo de juego absolutamente verticalista por otro en el que se privilegiaba más la posesión del balón, justamente algo que adoptó posteriormente el *Tata* como su modelo preferido, ese con el que alcanzó su máxima expresión en el Newell's Old Boys campeón del Torneo Final 2013.

En julio de aquel 2004 el seleccionado de Bielsa disputó ante Brasil la final de la Copa América de Perú que finalizó con un empate 2-2 logrado por el corpulento delantero Adriano a 30 segundos del final del partido. En la posterior definición por tiros penales Argentina terminó perdiendo 4 a 2. En aquel equipo ya jugaban como titulares dos integrantes de la *Generación Lio*, los mencionados Mascherano y Tevez.

El caso de Mascherano es muy particular, porque en ese mismo 2004 y con Bielsa como técnico, Argentina iba a consagrarse campeón olímpico en Atenas, en el primer título que alcanzaría el fútbol nacional en esa competencia en la historia, algo que repetiría en Beijing 2008 ya con Sergio Batista de entrenador.

En la cita de la capital china también estuvo *Masche*, que de esa manera se convirtió, junto al polista Juan Diego Nelson (París 1924 y Ber-

lín 1936), en los únicos deportistas argentinos en ganar dos medallas de oro en toda la historia de los Juegos Olímpicos.

“Cualquier parecido con la realidad que vivió después Martino es pura coincidencia”, se podrá parafrasear a alguna serie de televisión para justificar las similitudes de las circunstancias que les tocaron vivir a uno y otro, con finales casi idénticos. Quizá sería más apropiado encontrar explicaciones donde las hay verdaderamente: en la nobleza de los dos protagonistas rosarinos y en el siempre veleidoso manejo del poder que ejercieron las sucesivas autoridades del fútbol argentino en el devenir de los tiempos.

Siempre fue intensa la relación entre Bielsa y Martino, desde la época en que el *Loco* lo dirigía al *Tata* en Newell's, aunque más por la impronta del primero que por la mansedumbre del segundo. Y sobre el punto hay una anécdota contada por Martino que pinta de cuerpo entero no solamente la personalidad de Bielsa, sino su forma de proceder con las personas a las que verdaderamente aprecia.

“Resulta que un día, que justo coincidía con el cumpleaños de mi señora, Marcelo me llamó a casa para preguntarme si había visto determinado partido y consultarme sobre las conclusiones que había sacado de algunos movimientos de uno de los equipos. La cuestión fue que el ida y vuelta se fue prolongando y mi esposa me estaba llamando porque la cena de celebración ya estaba lista. Yo esperé un rato porque no podía cortarle la charla de sopetón, pero después de unos minutos ya no me quedó más remedio que hacerlo. Le expliqué que mi mujer cumplía años y la familia me estaba esperando para comer. Nos saludamos y corté. Después de eso no volvimos a hablar en los días siguientes, hasta que un mes más tarde me llamó. Pero cuando lo atendí, pensando que íbamos a retomar aquella charla, me sorprendió: ‘por favor Gerardo, quiero hablar con su esposa’, me pidió. Entonces yo la llamé y le dije: ‘Angélica, te paso el teléfono. Es Bielsa, que quiere hablar con vos’. Yo no entendía nada. Estuvieron hablando como media hora y para mí era todo un misterio de qué lo estaban haciendo. Cuando por fin terminaron, le pregunté a mi mujer que era lo que quería Marcelo, y me contó que la había llamado para disculparse por el tiempo que me había hecho perder el día de su cumpleaños, y le dio varias expli-

caciones de por qué me había preguntado tantas cosas en ese momento y no en otro. Ese es Bielsa. Por eso es imposible no quererlo”, reflexionó Martino con el convencimiento propio de aquel que sabe dar y recibir afecto.

“Y también es cierto que a veces los entrenadores estamos más atados a la casualidad que a la causalidad. Cuando yo entrenaba a la selección en Ezeiza, muchas veces venía a ver los entrenamientos Diego Cocca, que por entonces dirigía a Racing y es un gran admirador del *Flaco* Menotti. Él siempre me decía que coincidía conmigo en eso de jugar con un solo *nueve*, pero resulta que una vez, impulsado por la necesidad, ya que debía dar vuelta un 0-1 ante Boca en la Bombonera en apenas media hora, ya que el partido se había suspendido por lluvia el día original de su realización alrededor de los 15 minutos del segundo tiempo, puso a Gustavo Bou y Diego Milito juntos, y en ese corto lapso terminó ganando 2 a 1. Desde ese partido siempre siguió poniendo a los dos y salieron campeones. Eso da la pauta de que muchas veces los equipos se arman solos y nuestra influencia es mínima”, admitió Martino con su “sinceridad brutal”, cuando la selección argentina ya era pasado y la de Estados Unidos un ofrecimiento que declinó aceptar, porque su vida ya estaba transitando por otros caminos. Los caminos del *Tata*.

[Capítulo 6]

Edgardo Bauza. El heredero del caos

La salida de Martino de la selección terminó de completar el cuadro de acefalía del fútbol argentino, precedida por la renuncia de Messi y la falta de un presidente en AFA, ya que por esos días Luis Segura había concluido también su 'interinato', lo que generaba de por sí un cuadro de situación terminal en todos los aspectos.

Fue el gobierno nacional el que empezó a tomar cartas en el asunto para promover al reemplazante del *Tata*, mientras desde la FIFA se ponía en marcha la conformación del Comité de Regularización, mal llamado "Comisión Normalizadora", que iba a entrar en funciones 15 días después de la dimisión de Martino, por lo que esas fueron dos semanas absolutamente en blanco para el seleccionado nacional en particular y para el fútbol argentino en general.

Sin embargo, desde la AFA residual se empezaron a lanzar nombres de candidatos por encima de cualquier 'norma de estilo futbolístico', algo que después tuvo su correlato al asumir el presidente de Belgrano, de Córdoba, Armando Pérez, al frente del Comité de Regularización, escoltado por un hombre de las finanzas de Boca Juniors como Javier Medín, quien oficiaría de vicepresidente, más la secretaria Carolina Cristinziano, funcionaria de la Conmebol y esposa del ex futbolista de Rosario Central, Gonzalo 'Pejerrey' Belloso, que también ocupaba un cargo en el máximo organismo del fútbol sudamericano, y el tesorero Pablo Toviggino, a la sazón titular del Consejo Federal y principal referente del fútbol del interior del país.

Jorge Sampaoli, Marcelo Bielsa, Diego Simeone, Mauricio Pochetti-

no, Marcelo Gallardo, Ramón Díaz, Miguel Angel Russo y Edgardo Bauza, en ese orden, fueron los nombres que, provenientes de distintos ámbitos e intereses, llegaron hasta la mesa de trabajo recién estrenada por Pérez, que dadas las circunstancias tenía poco tiempo para maniobrar una elección del candidato, ya que el 1 de septiembre estaba a la vuelta de la esquina y el partido con Uruguay en Mendoza aparecía en el horizonte como un nubarrón capaz de generar una tormenta que desalojara a Argentina de ese tercer lugar en la tabla de eliminatorias sudamericanas en el que la había dejado Martino, justamente detrás de los 'charrúas' y el por entonces sorprendente Ecuador.

Se tomó 10 días Pérez para definir al sucesor del *Tata* y el 1 de agosto, justo un mes antes del compromiso ante la *Celeste* del veterano *Maestro* Oscar Washington Tabárez, se anunció oficialmente al santafesino Bauza, el último de la lista, para quedarse con ese puesto aparentemente tan deseado pero al que, algunos por no poder y otros por no querer, habían declinado acceder todos los que lo precedían en esa nómina de candidatos.

Sampaoli no podía porque acababa de cerrar su incorporación a Sevilla, de España, en la que era la primera experiencia europea de su carrera. Bielsa consideró que no era ese el momento de volver; Simeone y Pochettino eligieron privilegiar, por una cuestión de edad (44 y 46 años, respectivamente), continuar con sus carreras en España, el *Cholo* en el Atlético Madrid español y el ex Newell's Old Boys en el Tottenham Hotspur inglés, y lo propio hizo Gallardo, que le había prometido al presidente de River Plate, Rodolfo D'onofrio, que lo iba a acompañar, desde la dirección técnica del primer equipo, hasta la finalización de su mandato en diciembre de 2017.

En cuanto a Miguel Angel Russo, impulsado por una corriente *bilardista* encabezada por el presidente de Estudiantes de La Plata, Juan Sebastián Verón, no encontró mayores adherentes fuera de ella y de eso tomó nota Armando Pérez, que al llegar al tramo final de la búsqueda ya tenía a su preferido: Ramón Díaz. El oriundo de La Rioja era visto inclusive con buenos ojos por el presidente de la Nación, Mauricio Macri, de quien era amigo desde la época en que rivalizaban "fraternalmente", uno como titular boquense y el otro como técnico riverplatense.

Pero allí Pérez se encontró con otro escollo, que no provenía precisamente del *Pelado*, sino de la propia dirigencia de River Plate, que se opuso terminantemente a esa posibilidad, atento a que el entrenador no se había ido en buenos términos del club de Núñez, ya que nunca había sido del agrado de la administración que encabezaba D'onofrio y tenía como director deportivo a Enzo Francescoli, de relación ambivalente con él desde los tiempos en que el riojano era entrenador del uruguayo.

Entonces, apremiado por los tiempos y las circunstancias, y sin más candidatos a los que echar mano -salvo el multifacético Ricardo Caruso Lombardi, autopostulado y postulado también por algunos amantes de su pintoresquismo, que inclusive llegó a tener una charla con Pérez, aunque éste la llevó a cabo solamente para ofrecerle alguna categoría de juveniles como el sub 17-, el titular del Comité de Regularización utilizó su última bala en el solitario integrante que le había quedado a la lista original de ocho componentes: Edgardo Bauza.

La empresa, pese al deseo ferviente de hacerse cargo de la selección que manifestó inmediatamente el técnico nacido en la localidad santafesina de Granadero Baigorria, situada 10 kilómetros al norte de la ciudad de Rosario, dentro del departamento homónimo, el 26 de enero de 1958, tampoco iba a resultar tan sencilla, porque el *Patón* Bauza tenía un contrato en curso con uno de los grandes de Brasil, San Pablo, con el que había desarrollado una aceptable campaña en Copa Libertadores, al punto que fue el único equipo de ese país en alcanzar las semifinales de la edición 2016 del certamen, en las que terminaría siendo eliminado por el posteriormente campeón Atlético Nacional, de Medellín, Colombia.

El récord de haber alcanzado cuatro semifinales de Libertadores con cuatro equipos diferentes (el mencionado San Pablo, Liga de Quito, San Lorenzo y 'su' Rosario Central), consagrándose campeón de ese certamen con dos de ellos (los ecuatorianos y el *Ciclón de Boedo*), más el fuerte respaldo del todavía en ese momento influyente vicepresidente de San Lorenzo, Marcelo Tinelli, le abrieron el camino a un Bauza que no se sintió menoscabado pese a constituir la octava opción para un cargo que de tan relevante y privilegiado había pasado a ser bastardeado, más por obra y gracia de la

dirigencia del fútbol argentino que del propio entorno deportivo, léase esto último como el ámbito que circunscribía exclusivamente a los propios técnicos y a los jugadores.

El cambio de Martino por Bauza empezaba de manera tan desprolija como la que había determinado la salida de su antecesor, desde todo punto de vista, ya que en principio la buena predisposición del presidente de San Pablo, Carlos Augusto Barros e Silva, le permitió salir del club cinco meses antes de cumplir el contrato de un año que había firmado en enero de ese 2016, sin ponerle las trabas económicas que por lógica le asistían, además de los contratiempos de tener que buscarle un reemplazante en forma perentoria. El gigante paulista eligió entonces volver a las fuentes después de haber elegido nada menos que a un argentino como entrenador, y le apuntó al brasileño Ricardo Gomes, nacido en Río de Janeiro pero ya de pasado como técnico en el club durante los años 2009, 2010 y 2011, para ocupar el lugar que dejaba vacante el *Patón*.

Esas desprolijidades se iban a reflejar también en lo futbolístico, ya que la variedad de opciones iniciales no respetaba una línea de juego con la que venía conviviendo la selección en, por ejemplo, los casos puntuales de Simeone, Russo y el propio Bauza, cuyos equipos se armaron siempre priorizando reducir los riesgos en defensa antes que exponerlos en pos de un ataque más eficiente y un desarrollo del juego más fluido.

El vaivén ideológico iba a corporizarse una vez más, como si esa lógica, a esta altura casi perversa, obligara a tomar el camino opuesto al derrotero anterior. “¿Cuál es el estilo de fútbol que practica el seleccionado argentino?”, se le preguntó a Martino cuando sus días al frente del equipo nacional estaban contados. “El estilo de juego de la selección no existe. Brasil, Alemania, Italia, Inglaterra, sí lo tienen, pero nosotros no. Nuestro estilo lo define el entrenador que está en ese momento, por lo que hoy puede ser uno y mañana otro totalmente diferente”, respondió el *Tata* a modo de crítica.

El mismo interrogante se le planteó a Bauza apenas pisó “suelo argentino” en el predio de AFA, en Ezeiza, y su respuesta fue exactamente igual a la de Martino, casi hasta eligiendo las mismas palabras y ejemplos. Claro que en su caso esa aseveración personal no fue hecha en tono cues-

tionador ni mucho menos, sino en defensa propia, porque su “fama” de técnico conservador se puso en el tapete apenas ingresó a su primera conferencia de prensa.

Por esos rasgos que lo identificaban el *Patón* era observado de reojo por el periodismo y la opinión pública, quienes además tenían otra duda que, a esa altura, era más importante aún que su pensamiento futbolístico, y era si iba a contar con la suficiente personalidad y capacidad de persuasión para lograr imponérselo a este grupo de jugadores que en el inconsciente colectivo popular ya empezaba a ser rotulado de “come técnicos”.

La primera prueba de fuego en ese sentido la iba a afrontar el *Patón* fuera de la cancha, ya que el primer “partido” que debía ganar tenía mucho más que tres puntos en juego: debía convencer nada menos que a Messi, el mejor jugador del mundo, para que reviera la postura adoptada en Estados Unidos, declinara de renunciar y aceptara ponerse otra vez la camiseta del seleccionado argentino.

Para ello, claro está, Messi debía estar en principio de acuerdo con la llegada de Bauza al seleccionado, un misterio insondable por esos días, ya que ningún integrante del grupo se había manifestado solidariamente en apoyo de Martino ni había lamentado su desvinculación de la dirección técnica de esa selección de la que todos eran parte. Así fue que como nadie le ofreció una despedida al *Tata*, tampoco le dio la bienvenida al *Patón*, que sin embargo tardó en advertir el estado de soledad en que iba a tener que moverse durante la gestión de su “sueño dorado” hecho realidad de manera tan “sorpresiva” hasta para él. Y torcer ese rumbo de la situación se convertiría en una misión imposible, ya que quedaría en medio de la “espada” de una dirigencia inestable y la “pared” de la indiferencia de los futbolistas.

Esto se iba a poner claramente de manifiesto apenas 10 días después de que Bauza entrara en funciones, cuando partió hacia Barcelona en pos del ‘operativo seducción’, ya que la decisión de volver a la selección, Messi la había tomado mucho antes, casi al mismo tiempo que su renuncia fue parte de un enunciado y no de un anuncio, con lo que atrajo para sí el foco de atención y lo desvió de las críticas que podían castigar a sus compañeros luego de la tercera final perdida consecutivamente.

Sin embargo Bauza viajó igual, estuvo tres días en España esperando que *Lio* lo atendiera, y cuando éste lo hizo, después de un partido ante Sampdoria, de Italia, por la Copa Joan Gamper que anualmente organiza el club catalán en cada receso veraniego, lo hizo solamente por espacio de una hora y, como era de esperar, acompañado por el *Jefe* Mascherano.

Después de esa breve charla en la que el *Patón* aseguró que hablaron “solamente de fútbol, pero nada del regreso de Lionel al seleccionado”, algo que iba a tratar “en profundidad” con él cuando regresara a Buenos Aires “por vía telefónica”, las impresiones respecto de que el capitán y el subcapitán le habían “marcado la cancha” al nuevo entrenador se fueron haciendo realidad con hechos concretos.

Tras aquel encuentro registrado el 11 de agosto, Bauza regresó inmediatamente a la Argentina porque debía dar a conocer en forma perentoria la lista de convocados del exterior para los juegos de eliminatorias ante Uruguay y Venezuela, que tendrían lugar el 1 y 6 de septiembre, respectivamente, en las ciudades de Mendoza como local y Mérida como visitante.

Y los convocados, entre los que estaba por supuesto Messi, que un par de días antes de que se conociera la lista ya había “retirado su renuncia” por “amor al país y a la selección”, según él mismo argumentó, fueron entonces “a pedir” del capitán, con el retorno de Martín Demichelis pese a su actualidad declinante en el Espanyol, de Barcelona, donde tenía muy poca actividad; la baja de Gonzalo Higuaín, muy cuestionado después de la final perdida en los Estados Unidos, a la que la opinión pública le “cargó” las dos anteriores en la otra Copa América de Chile y el Mundial de Brasil, por las posibilidades de gol malogradas en todas ellas, pero por contrapartida la continuidad de Sergio Agüero, con apenas un punto de graduación menos que el *Pipita* en la temperatura de la crítica que los medios y el hincha vertían sobre él.

Casualmente, o no tanto, esa marginación en el comienzo de un ciclo con nuevo entrenador la iba a sufrir nuevamente Higuaín con el sucesor de Bauza, Jorge Sampaoli, quien no lo tendría en cuenta para los últimos cuatro partidos de las eliminatorias, a la sazón los primeros oficiales del casildense al frente del equipo nacional.

Y para cuando Bauza llegó, esos dos grupos de opinión tan fuertes que tiene la sociedad ya habían empezado a caracterizar al seleccionado como el *club de amigos de Messi*, una especie de “clan” al que Higuaín nunca pudo ingresar plenamente por su personalidad más retraída y menos abierta (pese a ello, Lucas Biglia pediría por su vuelta a la selección una vez finalizadas las eliminatorias, y más tarde se sumarían en tropel *Chiquito* Romero, Agüero y, finalmente, nada menos que Messi y Mascherano, otra vez marcándole el terreno a un nuevo entrenador como Sampaoli, pero con el objetivo de bloquearle su preferencia por Icardi), al contrario de lo que sucedía con Demichelis, a quien *Lio* y el *Kun* le agradecieron que los vinculara con el médico italiano especialista en nutrición, Giuliano Poser, que les recomendó a ambos el consumo de “comida biológica, lo menos elaborada posible”, y trabajar “individualmente sobre cada músculo, para sacarle el máximo de energía posible”.

Messi decidió cambiar sus hábitos alimenticios después de la final perdida ante los alemanes en Brasil 2014 y al año siguiente, ya con Martino como entrenador de la selección, solía viajar asiduamente desde Barcelona hasta la atractiva ciudad italiana de Venecia, donde tenía su consultorio el nutricionista, para que éste siguiera la evolución de la dieta y el ejercicio personalizado, dos elementos que lo llevarían a mejorar ostensiblemente su rendimiento físico y por ende futbolístico, al punto de conquistar en ese 2015 su quinto Balón de Oro.

Inclusive el propio Martino al enterarse del tema se lo recomendó a Higuaín y hasta lo acompañó a una consulta con Poser, algo que entusiasmó al *Pipita* pero no tanto al *Tata*. “A mí me colocó unos cuantos aparatos en todo el cuerpo y después me sugirió que no tome alcohol ni coma carne con grasas y también elimine la sal. Pero no le voy a hacer caso, porque a esta altura de mi vida, con más de 50 años, me tengo que dar todos los gustos que pueda. Que lo hagan los jugadores, que son los que tienen que correr, pero yo no”, enfatizó el técnico rosarino respecto de los beneficios de este tratamiento, aunque no por ello dejó de resaltar sus bondades, ya que reveló que por ejemplo a Demichelis “hasta le sacó una tosecita recurrente que tenía”.

Cómo estarían de satisfechos que estaban Messi y Agüero con los resultados del *método Poser*, que en una visita que realizó por Europa su amigo, el conductor televisivo Marcelo Tinelli, le recomendaron con insistencia los beneficios de someterse a sus recetas para bajar de peso y mejorar el estado físico. "La verdad es que con esa fórmula adelgacé cinco kilos y medio, porque de ese viaje volví redondito. Ahora estoy corriendo sobre cinta de 4 a 7 kilómetros durante tres veces por semana, y además comencé una dieta. Pero todo por lo que me dijeron ellos, ya que no iba a viajar a Venecia para entrevistarme con el médico. Por eso solamente les pedí que me tiraran un título, y entonces me recomendaron que junto con el ejercicio físico eliminara las harinas, las gaseosas y el alcohol. Lo hice y estoy fenómeno", reconoció poco tiempo después quien todavía aspiraba a conducir desde la AFA los destinos del fútbol argentino.

Y si de destino se trataba, ese partido con Uruguay iba a tener en el tiempo una significación simbólica muy particular en este complicado recorrido premundialista del seleccionado, ya que el mismo adversario sería el que marcaría el comienzo oficial de dos ciclos de distintos entrenadores dentro de una misma eliminatoria, lo que registraría además otra circunstancia sin antecedentes en la historia del máximo representativo nacional del fútbol argentino.

Es que ese 1 de septiembre de 2016 comenzaría la era Bauza, que iba a durar exactamente hasta el nuevo enfrentamiento con los uruguayos en el estadio Centenario, donde su lugar lo empezaría a ocupar Jorge Sampaoli. Menos de una rueda y de un año duraría el *Patón* en el cargo, solamente ocho partidos, a raíz del nuevo organigrama diseñado por la Conmebol que alteraba el repetido calendario anterior de eliminatorias, razón por la cual el cruce ante Ecuador sería el primero y el último para Argentina, sin respetar el orden cronológico de la competencia.

Sampaoli debutaría oficialmente en la selección, en un partido "por los puntos", precisamente frente a Uruguay, el 31 de agosto de 2017, vale decir un día antes de que se cumpliera un año del primer encuentro de Bauza al frente del equipo nacional. Claro que todo esto no lo soñaba el *Patón* ni en sus peores pesadillas, porque el éxtasis que lo embargaba por haber

llegado a esa función, la más importante de su carrera, lo dejaría volar tan alto con la imaginación por aquellos días como para afirmar que estaba “convencido de que Argentina va a ganar el Mundial de Rusia”. La realidad lo bajaría a la tierra para mostrarle su cara más frustrante y dolorosa poco tiempo después.

Ese estado de fascinación que lo envolvía se puso de manifiesto, comprensiblemente por entonces, en la primera entrevista individual que estos autores le realizaron antes del debut, cuando aseguraba sentirse “muy feliz por estar en el mejor lugar del mundo, en el sitio soñado”, lo que se reflejaba en una sonrisa permanente que profundizaba los surcos de una cara que parecía forjada a hachazos, pero que en realidad encerraba la conmoción que le provocaba a “un buen tipo”, como todos lo definían, haber alcanzado una meta “deseada pero inimaginable”, para la que sin embargo aseguraba haberse “preparado durante toda la vida”.

Pero ese embelesamiento lo iba a terminar perdiendo al técnico de Granadero Baigorria, porque nunca logró despojarse de él para asumir las responsabilidades y obligaciones del cargo sin caer en contemplaciones extremas para con los futbolistas “de selección”, incluyendo entre ellos al propio Messi. Nunca podría Bauza llegar a ser Bauza, quizá por aquella confesión de no haber imaginado nunca a Bauza como técnico del seleccionado argentino.

De ese detalle no menor también se iban a percatar los propios jugadores citados para el cotejo frente a Uruguay, algo que mucho antes habían hecho Messi y Mascherano en aquella única hora de charla previa en Barcelona. En esos 60 minutos ya el *Patón* había empezado a negociar su autoridad, o una parte importante de ella, como alguna vez lo había hecho Martino cuando debió decidir entre Ezequiel Lavezzi y Nicolás Gaitán, para ver con cual de los dos terminaba cerrando la lista de convocados para la Copa América de Chile 2015. Y justamente el *Pocho* se convertiría nuevamente en una “moneda de cambio” que le iba a valer una de las tantas críticas a su gestión, aunque las prestaciones del santafesino de Villa Gobernador Gálvez en la selección hayan sido la mayoría de las veces satisfactorias.

Claro que eso iba a venir después, recién en marzo de 2017, cuan-

do Lavezzi, tan fanático de Rosario Central como Bauza, sería convocado para los dos últimos partidos en que el *Patón* dirigiría al seleccionado nacional frente a Chile y Bolivia.

Por aquellos días finales del invierno de 2016 la relación entre ambos se había vuelto muy estrecha, ya que Lavezzi no estaba jugando en el Hebei Fortune, de China, por una lesión de la que se estaba restableciendo con trabajos kinésicos y físicos que llevaba adelante en el predio de AFA, a donde llegaba poco antes del mediodía y tras ser atendido por el médico Donato Villani compartía el almuerzo con Bauza. Así, entre comida y comida, la cotidianidad los fue acercando en la faz personal, y esto, considerando que el *Pocho* era uno de los íntimos amigos que Messi tenía en el plantel, contenía un importante valor agregado para el *Patón* en su intención de pisar con mayor firmeza dentro del territorio de la *Generación Lio*.

Pero lo que lo ocupaba y preocupaba más a Bauza por aquellos días era el debut ante Uruguay, fuera de Buenos Aires como local por primera vez en eliminatorias, ya que el partido se iba a desarrollar en Mendoza, y sobre todo la presencia de Messi, por lo que la aparición por Ezeiza de su cabeza amarillenta, producto de un teñido de última hora, fue como el sol del amanecer para un *Patón* que había logrado “negociar” para su peculio las incorporaciones al grupo ‘original’ de los delanteros Lucas Alario, de River Plate, y Lucas Pratto, de buen presente en Brasil, por entonces en Atlético Mineiro, pero que después pasaría a San Pablo justamente por su recomendación, aunque él ya no estaría en ese club para dirigirlo, y del lateral izquierdo Emmanuel Mas, al que había tenido en el San Lorenzo campeón de la Copa Libertadores 2014.

Esos dos “nuevos” iban a compensar en la nómina la ausencia de Higuaín, pero también significaría una buena manera de congraciarse con la gente, y sobre todo con una de las grandes mayorías como la que constituye la hinchada de River Plate en todo el país, especialmente cuando ante una consulta de estos autores calificó sin ambages a Alario como “el futuro del fútbol argentino”.

Pero lo que más impacto iba a tener sobre el equipo no sería este trío de incorporados, sino el cambio de sistema táctico, que desterraría el

tradicional 4-3-3 de Martino para abrir paso a un más “contemporáneo” 4-2-3-1 con el que, esencialmente, Messi y Di María ya no arrancarían los partidos como extremos derecho e izquierdo, respectivamente, sino desde la misma región del terreno pero en una posición algo más retrasada y cercana a la mitad de la cancha.

Sergio Romero; Pablo Zabaleta, Nicolás Otamendi, Ramiro Funes Mori y Emmanuel Mas; Lucas Biglia y Javier Mascherano; Lionel Messi, Paulo Dybala y Ángel Di María; Lucas Pratto, fue la formación que corporizó ese nuevo sistema de juego en la presentación frente a los uruguayos, con Pratto debutando, Dybala jugando por primera vez como titular, Zabaleta retornando a los once iniciales en lugar de Mercado y Mas haciendo lo propio por el suspendido Rojo. El primero y el último caso por gusto del entrenador, los otros dos por preferencia de los referentes.

Pero todo eso iba a quedar de lado con el resultado puesto, ya que con el diario del viernes ante los ojos (el partido con Uruguay se jugó el jueves 1 de septiembre de 2016) se podría leer que Argentina ganó 1 a 0, que el gol lo hizo justamente Messi a los 42 minutos del primer tiempo, dos antes de que se fuera expulsado Dybala, y que la segunda mitad del partido se había jugado “a pedir de Bauza”, con el equipo aguantando la ventaja en inferioridad numérica y celebrando una victoria final que dejaría al seleccionado nacional en el primer puesto de las eliminatorias justo el día del debut de su nuevo entrenador.

Si hasta le salió bien al ‘Patón’ el cambio de Lucas por Lucas, de *nueve por nueve*, cuando decidió la salida de Pratto para que ingresara Alario, algo que se pareció más a una variante “para la tribuna”, que encerraba el objetivo de defenderse de la crítica que lo recibió en la función endilgándole el mote de “defensivo”, antes que a la modificación que realmente necesitaba el equipo que debía afrontar todo un segundo tiempo con un hombre menos.

Y esto quedó de manifiesto inmediatamente, porque Alario saltó a la cancha y en vez de ir a jugar como único punta, se paró extrañamente como volante por derecha, permitiéndole a Messi que fuera él a ocupar el espacio del centrodelantero que había quedado vacante. Pero aún más evi-

dente se tornó la intención cuando el goleador riverplatense bajó hasta la propia área argentina a defender y quedó parado impensadamente para todos, aunque seguramente no para Bauza, como marcador de punta, teniendo que salir jugando arriesgadamente un par de veces casi desde la línea de fondo del equipo nacional.

El cambio que reclamaban las circunstancias era el de Augusto Fernández (de buena Copa América Centenario en los Estados Unidos como volante por derecha) en lugar de Pratto, porque no solamente hubiera ocupado con más oficio ese sector de la cancha, sino que además con su buen pie habría oxigenado de mejor manera al equipo con la tenencia del balón, algo que a Argentina se le dificultaba sin Dybala en cancha y con Messi más recluso en una tarea de finalizador de contraataques que de generador. Pero sacar a un *punta* para poner a un mediocampista habría visibilizado esa aura de técnico conservador que arrastraba Bauza, y con el que tan bien le había ido en los clubes que le había tocado dirigir, pero resultaba “inadmisible” para el seleccionado argentino. Al menos para este seleccionado argentino.

“A Alario lo puse porque necesitábamos altura para defender”, fue el argumento que esgrimió el *Patón* en medio de la felicidad por el “debut ideal” que lo llevó a exponer en palabras y ante la vista y los oídos de todos, por primera vez, que su sueño era “ganar el Mundial de Rusia y llevarle la Copa al Papa Francisco”. Ya lo había hecho con la Libertadores obtenida con San Lorenzo y quería repetir cuatro años más tarde con la selección nacional, como para darle una coronación plena de gloria a su carrera. Esta segunda parte no sería posible.

Es que apenas cinco días más tarde, nada más que en su segundo partido al frente de la selección y ante un rival ‘a priori’ accesible como Venezuela, su estabilidad y, sobre todo, la credibilidad en sus capacidades, iba a empezar a tambalear.

Sin Messi, con el que había arreglado que no iría a la calurosa Mérida, la ciudad venezolana sede del partido, ni tampoco con el suspendido Dybala, la vuelta de Marcos Rojo al lateral izquierdo después de cumplir una fecha de suspensión tenía gusto a poco, tanto como el resultado final, un empate 2 a 2 que quedó maquillado porque Argentina empezó perdiendo 2

a O y tuvo en Pratto, un hombre del gusto de Bauza, a uno de los artífices de la remontada con su potencia y la autoría del primer tanto del equipo.

“Messi no viajó a Venezuela porque tenía un dolor inguinal que venía de antes y no era aconsejable arriesgarlo”, explicó Bauza después del partido, todavía empapado por la lluvia que había caído impiadosamente durante toda la jornada sobre el Estadio Metropolitano de Mérida, reiterando sus dichos de la previa del encuentro, pero ahora con la justificada argumentación de que el “campo barroso podría haberle agravado esa molestia a *Lio*, ya que había sectores en los que era difícil hacer pie”.

Los dos primeros compromisos habían pasado para Bauza y ese “cuento de hadas” en que se había convertido para él la selección argentina ya empezaba a desvanecerse, porque apenas un mes después y ya sin ser líder de las eliminatorias sino relegado al tercer puesto por el empate ante los venezolanos, tendría que visitar al Perú de su amigo Ricardo Gareca y acto seguido recibir a Paraguay en Córdoba. Para ambos encuentros el *Patón* iba a padecer el mismo *karma* que había perseguido a Martino durante buena parte de su gestión: no podría contar con el capitán Messi, en esta ocasión porque 15 días antes del partido en Lima, jugando contra el Atlético Madrid de Diego Simeone por la liga española, *Lio* había sufrido un severo desgarro en el aductor de la pierna derecha.

“Barcelona nos pide que cuidemos a Messi, pero ellos mucho no lo cuidan. Él siempre pretende jugar todos los partidos y no quiere que lo saquen, pero para eso están los médicos y el director técnico, para evaluar”, disparó Bauza apenas notificado de la baja del rosarino, que tendría para no menos de tres semanas de recuperación. Sus palabras no cayeron bien por Catalunya y el Comité de Regularización que manejaba los destinos de AFA no tenía la suficiente autoridad como para quejarse a los españoles ni tampoco sujetarle la lengua al entrenador. Pero en este último punto iba a radicar otro de los cuestionamientos que se le empezaría a realizar al técnico argentino: su excesiva verbosidad.

La caída libre que había empezado en Venezuela se agudizaría en Lima, pero no solamente por la ausencia de Messi sino también por quien tomaría la cinta de capitán en aquel empate nuevamente 2-2 frente a los

peruanos, Javier Mascherano, que mediante un fatal pase al medio facilitó la igualdad de los dirigidos por Gareca cuando restaban apenas siete minutos para el final del encuentro y Argentina ganaba por 2 a 1. La cesión errónea fue interceptada por el experimentado delantero local Paolo Guerrero y obligó al zaguero Ramiro Funes Mori, autor del primer tanto (en el partido y en la selección), a cometerle un penal que Christian Cueva transformaría en la paridad definitiva, luego que Gonzalo Higuaín pusiera por segunda vez en ventaja al conjunto albiceleste.

La igualdad le haría bajar otros dos escalones en las posiciones al equipo argentino, que así caería en zona de repechaje, una región de la tabla que le empezaría a resultar familiar en el mediano plazo. Pero más allá de eso, comenzaría a generar en el ambiente la impresión de que esa falla del infalible *Jefecito* se hacía extensiva al resto de sus compañeros, y que eso constituía un símbolo de que la *Generación Lio* empezaba a dar los primeros pasos hacia la decadencia.

Y si después de Perú esa era la sensación que había dejado el conjunto de Bauza, lo ocurrido cinco días más tarde en Córdoba se parecería mucho a una confirmación de lo anterior, porque en una de sus peores actuaciones como local en las eliminatorias terminó cayendo por 1 a 0 frente a Paraguay, en el que resultó el primer revés oficial en esa condición ante un seleccionado 'guaraní' en la historia de la selección argentina.

La polémica previa por el mal estado del piso del estadio Mario Alberto Kempes quedó en el olvido después de la magra producción de un equipo que, apretado por la necesidad y contradiciendo de plano con los cánones impuestos por Bauza a su manera de gestionar los equipos, terminó el encuentro jugando con cinco delanteros (Agüero, Higuaín, Dybala, Pratto y Di María) que sin embargo nunca lograron salir de esa improductividad que tuvo en el tiro penal atajado por Justo Villar (el experimentado ex arquero de Newell's Old Boys y Estudiantes de La Plata) al *Kun*, el mejor ejemplo de la falta de vitalidad emocional y anímica de un equipo que esta vez lucía sobrecargado por las obligaciones del presente y las frustraciones del pasado inmediato.

Bauza optó por Agüero como titular, pero actuando como segundo

punta detrás del retornado Higuaín, algo que sucedía a destiempo de la actualidad del atacante del Manchester City, que por esos días era utilizado por el técnico del equipo inglés, Josep Guardiola, como delantero central, lo que le había permitido reencontrarse con el gol. Evidentemente los últimos tiempos del *Kun* en la selección lo encontraban siempre parado a contramano de su realidad, ya que anteriormente Martino lo ubicaba como “único nueve”, cuando en ese momento *Pep* lo ubicaba más retrasado en el conjunto *ciudadano*.

Si bien esa era una lectura equivocada del *Patón* respecto de Agüero, tenía algunas más acertadas sobre otros jugadores, tal el caso de Di María, sobre cuyo rendimiento puso palabras que lo definían con exactitud, aún a riesgo de exponer al jugador pero, sobre todo, diferenciándose de sus antecesores. “*Fideo* actúa siempre muy apurado, por lo que empieza bien todas las jugadas, pero las termina mal”, le confesó a estos autores.

Lo que no leyó Bauza, o no interpretó en todo su alcance, fue el descargo posterior a la derrota ante los paraguayos que realizó quien había sido gran responsable de que Perú le empatara el partido anterior al seleccionado nacional: el por entonces ‘capitán interino’ Javier Mascherano, que ejerció ese rol en ambos encuentros por la ausencia de un Messi que iba a volver al equipo en los siguientes dos juegos, nada menos que ante Brasil, como visitante en Belo Horizonte, y Colombia, de local en el Estadio del Bicentenario de la ciudad de San Juan.

Un descarnado diagnóstico del *Jefecito* iba a poner en tela de juicio el funcionamiento del equipo pero, sobre todo, su organización dentro del campo de juego, donde el reclamo explícito hacia el técnico iba a pasar por la idea invulnerable de Mascherano respecto de que Argentina debía ser “protagonista siempre y en todo lugar”, pero “sabiendo elegir los momentos y los espacios del terreno en los que salir a presionar para recuperar la pelota”.

Mascherano se explayó largo y tendido sobre el asunto después de Paraguay y antes de Brasil, pero el *Patón* no advirtió, no quiso o no pudo verlo tan pronto, porque apenas llevaba cuatro partidos al frente del equipo (ignoraba entonces que ya había recorrido la mitad de su historia como

entrenador de la selección argentina), que los cuestionamientos estaban dirigidos a él. Pura y exclusivamente a él.

Después de aquella autocrítica en que Mascherano se adjudicó la responsabilidad del empate con los peruanos, llegó la crítica a la estrategia y los consecuentes planteos tácticos del entrenador. “Por supuesto que la ausencia de Messi fue importante y se extrañó, pero tampoco pensemos que él va arreglar todo cuando vuelva contra Brasil. Acá hay varios errores que nos están costando muchas cosas y al no poder salir de esa situación nos caemos anímicamente. Contra Paraguay no hicimos méritos ni siquiera para empatar. Por eso tengo muchísima preocupación, ya que no solamente jugamos mal ese encuentro, sino también el anterior con Perú. Lo que nos ocurre es que no podemos ser protagonistas de los partidos y después, cuando salimos a buscar y nos juegan de contra, siempre nos toman desorganizados y mal parados. Esto es una gran frustración para todos. Pero lo que más nos duele, al margen de que no se den los resultados, es no encontrar el funcionamiento y que haya tantas fallas. Jugamos mal, no vemos una luz al final del camino, seguimos perdiendo puntos y se está complicando la clasificación”, advirtió catárticamente Mascherano. El aviso estaba claro. La respuesta del aludido, no.

Y ambas cosas se iban a poner de manifiesto claramente en ese próximo partido con los brasileños en el estadio Mineirao, de Belo Horizonte, donde como había vaticinado *Masche*, no iba a alcanzar con la vuelta de *Lio* para solucionar los problemas ofensivos, ni tampoco con los retornos a la zaga central titular de Nicolás Otamendi y Ramiro Funes Mori, que por sendas suspensiones habían sido reemplazados por Mateo Musacchio y Martín Demichelis ante Paraguay, para resolver los desacoples defensivos. Y en cuanto a las falencias en el retroceso, los regresos de Lucas Biglia y Enzo Pérez no resultaron aportes realmente positivos como para lograr solucionarlas.

Encima las críticas a Bauza le iban a llegar ya 15 días antes de ese encuentro, más precisamente cuando decidió reemplazar en la nómina de finalmente 27 convocados al lesionado Paulo Dybala por dos futbolistas: uno, el que reclamaban los hinchas, fue Fernando Belluschi, de gran per-

formance en San Lorenzo, pero el otro solamente contaba con el beneplácito de los referentes del plantel, y era Ezequiel Lavezzi.

Por el *Pocho* tuvo que dar muchas explicaciones el técnico a la prensa, y su argumentación en algún punto coincidió con dichos similares expresados un año y medio antes por su antecesor Martino en Chile: “Lavezzi es un jugador que le hace bien al grupo fuera de la cancha”, parafraseó el *Patón* al *Tata*. “No va a jugar estos partidos, pero será importante acompañando al grupo”, remarcó Bauza. Sin embargo el jueves 10 de noviembre, en el estadio Mineirao, de Belo Horizonte, el ex delantero de Estudiantes de Buenos Aires y San Lorenzo estuvo en el banco de suplentes.

La nueva derrota, con una goleada por 3 a 0 que pudo ser aún mayor, vino acompañada del alarmante déficit de funcionamiento ya observado ante los paraguayos, pero con el agravante de que el rival era superior en calidades colectivas e individuales, a partir de que el ingreso de Tite para reemplazar a Dunga (fue despedido después de la pobre actuación brasileña en la Copa América Centenario) en la dirección técnica le había proporcionado otra fisonomía a la estructura de juego de Brasil, que de esta manera trepaba al primer lugar como solitario puntero de las eliminatorias, mientras que Argentina caía al sexto, con lo que ni siquiera estaba dentro de la zona de repechaje para ir a Rusia.

Claro que esto último tenía que ver también con un fallo del Tribunal de Disciplina de la FIFA, que el primer día de ese mes de noviembre de 2016 le había dado por ganado a Chile el partido que en realidad había empatado con Bolivia en la ventana de septiembre, a raíz de la antirreglamentaria inclusión del defensor paraguayo naturalizado boliviano Nelson Caberra en el equipo del Altiplano.

En esa doble jornada Bolivia había vencido a Perú, por lo que también al seleccionado incaico la FIFA le restituyó los tres puntos en juego. En ambos casos, tanto a peruanos como a chilenos les dieron por ganados sus partidos por 3 a 0, con lo que estos últimos, aunque tenían los mismas unidades que Argentina, por diferencia de gol la desalojaron del quinto puesto. Si podía haber un escenario peor para el equipo de Bauza por esos dí-

as, desde los escritorios de la casa madre del fútbol mundial en Zúrich se habían encargado de proporcionárselo.

Ante ese panorama de oscuridad con el que terminaba el año aparecía entonces Colombia, como en el ciclo de Sabella y después en el de Martino, constituyéndose en la proverbial tabla de salvación que trajera tres puntos a esa altura balsámicos para una selección que parecía hacer agua por todos lados.

Pero otra vez antes del encuentro apareció Lavezzi en escena, para tomar nuevamente protagonismo sin jugar a partir de una denuncia vía twitter del periodista radial Gabriel Anello, quien sostuvo que el jugador esta vez no ocuparía un lugar en el banco de relevos frente a los colombianos porque “en la concentración del predio de Ezeiza se fumó un cigarrillo de marihuana”, lo que consecuente podría devenir en un control antidoping positivo en caso de ser sorteado para dicho examen post partido. Eso iba a traer consecuencias nefastas para la relación entre el plantel y la prensa argentina.

Pero antes que eso explotara puertas afuera de la selección, la ya casi ‘profecía colombiana’ se cumplió una vez más en San Juan, donde Messi se encargó de desvirtuar los vaticinios de Mascherano a los que sí les había dado la derecha con su paupérrima actuación ante Brasil. Es que en suelo cuyano *Lio* se encargó por sí solo de solucionar todos los problemas de Argentina con una presentación de lujo, como para echar por tierra también con ese reclamo popular que recrudecía cada vez que aparecía como el “salvador” de Barcelona con alguna performance de su sello y después no repetía en igual medida con la camiseta albiceleste.

Una actuación para ‘10 puntos’ le cupo al ‘10’ en el Estadio del Bicentenario, que se inició a los 10 minutos del primer tiempo con un espléndido golazo de tiro libre que abrió la cuenta para un 3 a 0 que le permitirá a Argentina recuperar esa diferencia de gol perdida por el mismo marcador adverso frente a los brasileños.

Messi realmente “hizo todo”, ya que a los 22 minutos de esa etapa inicial habilitó a Lucas Pratto para la segunda conquista y después, a dos del final del partido, cuando ya las piernas de la mayoría no respondían, presionó la salida de Colombia por la izquierda, recuperó la pelota, corrió

en línea perpendicular al área dribbleando a dos rivales y le entregó el balón a Ángel Di María en un típico “tomá y hacelo”.

El triunfo le permitió a Argentina rebasar a la selección de Colombia dirigida por José Pekerman y de esa manera volver al quinto puesto de repechaje, lo que insuflaba un poco de alivio como para llegar a las fiestas de fin de año con algo de paz, tanto para los jugadores como para el cuerpo técnico.

Pero cuando todo parecía encaminarse en ese rumbo y luego de escuchar a Bauza en la habitual conferencia de prensa post partido, los periodistas se encontraron con esas “consecuencias” que generó la acusación a Lavezzi. Todo el plantel evitó la denominada ‘zona mixta’ (un angosto pasadizo de salida ubicado en el interior de los estadios, donde los futbolistas se detienen anárquicamente a hablar con la prensa) y decidió encolumnarse detrás del capitán Messi, quien tomó un micrófono y anunció que por una decisión unánime del grupo, a partir de ese momento “ningún integrante de la selección” volvería “a hablar con los periodistas, aunque no todos sean responsables de esta situación, porque la falta de respeto que se tuvo para con Lavezzi es inadmisibles”.

La medida, similar a otra que había adoptado durante el Mundial de Francia 1998 el plantel dirigido técnicamente por Daniel Passarella cuando Juan Sebastián Verón había sido acusado de un hecho parecido y fue anunciada entonces por Diego Pablo Simeone, tenía como objetivo “limpiar la imagen” del *Pocho* ante la opinión pública y de paso cerrar una vía de comunicación con la prensa argentina que de hecho nunca había sido demasiado fluida en los tiempos mediatos e inmediatos anteriores. Lavezzi también advirtió que le entablaría una demanda a Anello por “injurias y calumnias” para defender su honor. Sin embargo, nunca lo hizo. El *silenzio stampa* se ‘levantaría’ recién al finalizar las eliminatorias.

Pero más allá de esto, la suerte de Bauza ya estaba echada, porque unos días más tarde desde las “altas esferas gubernamentales” le iban a bajar precisas instrucciones a Daniel Angelici, presidente de Boca Juniors y uno de los hombres más influyentes dentro de aquella AFA inconducente, para que empezara a gestionar la llegada de Jorge Sampaoli en reem-

plazo del *Patón* para mediados del año siguiente, cuando el entrenador de Sevilla completara el primero de los dos años de contrato que tenía con el club español. La estrecha relación entre el titular *xeneize* y su par de la entidad andaluza, José *Pepe* Castro, era la vía que se buscaría para que la salida anticipada del técnico casildense no le resultara tan onerosa a la tesorería afista.

Todo esto iba a empezar a tomar forma cuatro meses más tarde, sobre fines de marzo de 2017, cuando Argentina afrontaría otros dos cruces complicados ante Chile, en la vuelta al estadio Monumental de River Plate, y la posterior visita a Bolivia, retraído en las posiciones pero siempre peligroso a la hora de enfrentarlo en los 3.650 metros de altura sobre el nivel del mar de la ciudad de La Paz.

El combo de esos días se iba a completar el 29 de marzo, 24 horas después del mencionado compromiso ante los bolivianos, cuando por fin, a dos años y ocho meses de su fallecimiento, Julio Humberto Grondona iba a tener un reemplazante electo en el sillón de presidente de AFA, que no sería otro que el titular de Barracas Central, Claudio Tapia, tal como había vaticinado *Don Julio* un año antes de morir, cuando aseguró que su sucesor surgiría “de la dirigencia del fútbol de ascenso”.

El primer encuentro ante los chilenos llegaría cargado del morbo que aparejaban las dos finales de Copa América perdidas; los dos puntos que los trasandinos habían ganado en los escritorios de la Conmebol justamente frente a Bolivia, el próximo rival argentino; la posibilidad de rebasar a los dirigidos por el santafesino Juan Antonio Pizzi y dejarlos en zona de repechaje, y la inusual cantidad de 13 amonestados (otra tarjeta amarilla los inhabilitaría automáticamente por una jornada) entre los 25 integrantes de la nómina definitiva que afrontaría ese cotejo casualmente de la fecha 13 de eliminatorias, lo que sumado a los antecedentes inmediatos era todo un dato de malos augurios cabalísticos para las huestes del *Patón*.

Pese a esas agorerías el triunfo acompañaría al seleccionado argentino, que se impondría ajustadamente por 1 a 0 con un gol de tiro penal de Messi, al que en la vuelta a Buenos Aires los hinchas le iban a perdonar todo, hasta aquella frase en la que los había desafiado diciendo que no can-

taba el Himno Nacional “a propósito”, para “no darle el gusto” a la gente que se lo cuestionaba. *Lio* se tomó revancha también del penal fallado en la final de la Copa América Centenario, cuando lanzó por encima del travesaño el primer disparo de la serie frente a su ex compañero en Barcelona, el arquero Claudio Bravo.

Pero esos tres puntos, por entonces imprescindibles para volver al lote de los directamente clasificados al Mundial, no serían lo más importante, sino lo único positivo de la noche en el estadio riverplatense, ya que el funcionamiento del equipo volvió a defecionar, a tal punto que la respuesta del público en general, aún en la victoria, fue tan fría como la aquella que los jugadores habían puesto como motivo que los afectaba durante el proceso de Martino, para así salir de Buenos Aires y jugar las eliminatorias en el interior del país.

Argentina jugó mal ante un equipo al que le faltaron su principal figura, Arturo Vidal, y su ‘termómetro’ en la media cancha, Marcelo Díaz, ambos por haber acumulado dos amonestaciones, la misma cantidad a la que en este partido arribaron Nicolás Otamendi (por segunda vez en estas eliminatorias, algo que ya le había sucedido a su compañero de zaga central Ramiro Funes Mori), Javier Mascherano y Lucas Biglia, estas dos últimas las más lamentadas por el entrenador, ya que le desarmaban la media cancha para el próximo cotejo frente a los bolivianos.

El futuro, sin embargo, ya no existía para Bauza aunque fuera a dirigir al equipo en Bolivia, porque ese flojo rendimiento colectivo ante Chile fue la gota que rebalsó el vaso, la que le hizo bajar el martillo para determinar su salida a la nueva dirigencia de AFA que entraría en funciones una semana después. “La actuación del equipo no fue de 10 puntos, fue de 11”, lanzó el *Patón* en la conferencia ‘post Chile’, poniendo un escudo dialéctico de amianto ante los periodistas, algo que horas después, según confesó, lo dijo con el objetivo de atraer para sí las presumibles críticas que se venían y desviarlas del equipo. Un poco de eso consiguió, en definitiva, pero esos cuestionamientos que se le hacían a su permanente exposición mediática, se agudizaron en la misma medida que se acrecentaba su soledad a la hora de declarar ante la “veda” impuesta por los futbolistas.

Y aunque después las estadísticas dirían que Bolivia fue su último partido al frente de la selección, en realidad fue Chile el adversario que ‘guillotiné’ su historia como entrenador del equipo nacional. Chile, otra vez Chile, como le sucedió a Alfio Basile después de caer 1 a 0 en Santiago por eliminatorias con aquel equipo dirigido por Marcelo Bielsa en 2008, y a Martino ocho años más tarde, después de dos finales de Copa América perdidas por penales ante el mismo rival, conducido alternativamente por Jorge Sampaoli primero y en la segunda ocasión por Juan Antonio Pizzi, el mismo que aun perdiendo, ahora se iba a ‘cargar’ al ‘Patón. Un trío santafesino de técnicos que actuaría como verdugo involuntario de tres compatriotas desde el otro lado de la Cordillera de los Andes.

Por todo esto y por lo que acontecería con Messi después del partido, esa victoria se terminaría transformando, proyectada al futuro inmediato, en una cuasi derrota para el equipo argentino, ya que al retirarse del campo de juego, muy disgustado por algunos fallos adversos del árbitro brasileño Sandro Ricci, el capitán argentino la emprendió contra el asistente 1, Emerson Augusto do Carvalho, al que insultó “en primer plano” con un “la concha de tu madre” que le iba a significar una suspensión por cuatro partidos.

La FIFA actuó de oficio ante la inacción de Ricci y sus asistentes, quienes no denunciaron en su informe ese insulto de Messi para con el número 1 ni tampoco para con el 2, Dewson Silva, al que le había realizado recriminaciones durante el partido poniéndosele cara a cara en un par de ocasiones.

Esto terminó de difuminar ese caótico presente de una selección que se quedaba sin conducción dentro de la cancha y tampoco la tenía fuera de ella, ya que en esa semana previa a las elecciones en AFA existía una acefalía que mostraba huecos por todas partes. Y esto fue advertido por Marcelo Tinelli, por entonces todavía con aspiraciones de conducir personalmente la futura Súperliga, quien aprovechando su fraternal relación con Messi se postuló para hacerse cargo de la Secretaría de Selecciones Nacionales, algo que le fue otorgado por el residual Comité de Regularización de la noche a la mañana, aunque sin nombramiento formal alguno.

Tinelli ya había estado ‘merodeando’ el predio de Ezeiza y había tomado contacto con Messi y el resto de los referentes aunque de manera informal, pero eso le bastó para que los jugadores lo adoptaran como “alguien de confianza” que los podía acompañar en esos días donde la incertidumbre y el desconcierto se imponían a cada paso.

Y de hecho fue muy valiosa la presencia del vicepresidente sanlorenquista por esas horas, ya que Messi, que a pesar de la sanción decidió viajar junto al resto del grupo hacia Bolivia, tuvo en él un apoyo irrestricto desde que se subieron al avión en Buenos Aires hasta la solidaridad que le manifestó en el vestuario del estadio Hernando Siles, de La Paz, donde *Lio* debió permanecer mientras se disputaba el partido, ya que por la sanción de FIFA no podía acceder tampoco a la zona de graderías para ver el encuentro.

Así fue que mientras los jugadores y el cuerpo técnico se marcharon hacia el terreno de juego, Messi y Tinelli permanecieron en el vestuario mirando todo por televisión. Nunca lo dejó solo el conductor televisivo a su amigo en los 3.650 metros de altura de una ciudad que más allá de esa circunstancia geográfica, también volvería a resultarle hostil al seleccionado argentino en el aspecto futbolístico como en otros pasos anteriores por allí, ya que terminaría perdiendo por 2 a 0 con un equipo desmembrado por suspensiones al que Bauza le tuvo que encontrar la vuelta para mejorarle, en una mínima proporción por cierto, ese mal funcionamiento que había mostrado en el cotejo anterior.

Cómo habría sido de floja la labor del seleccionado nacional frente a los chilenos, que ni el triunfo logró maquillarla, a tal punto que aun en la caída frente al modesto conjunto boliviano, la prensa terminó observando “una leve recuperación” como concepto de lo que había sido esa derrota que encima devolvía a Argentina al puesto de repechaje del que había logrado salir apenas cinco días antes.

Así, bajo ese cielo cargado de oscuros nubarrones que hacían presagiar que la tormenta que castigaba al fútbol argentino desde hacía ya mucho tiempo estaba lejos de amainar, al día siguiente Claudio Tapia se paró al frente de la presidencia de AFA, prometiendo “tiempos mejores” pero ale-

jado de los recursos, la experiencia, la influencia y el respaldo que tenía su antecesor Grondona. Y mucho menos su poder y su “muñeca”.

La reducción de la sanción a Messi, algo perentorio porque con tres fechas aún para seguir pagando la pena, se perdería el siguiente y trascendental encuentro ante Uruguay en el estadio Centenario, además de los dos posteriores en los que Argentina sería local de Venezuela y Perú (podría volver recién en la última jornada de eliminatorias frente a Ecuador, en la altura de Quito), así como la continuidad de Bauza, a la que la parte más encumbrada de la ‘nueva-vejez’ dirigencia ya le había bajado el martillo, eran los dos asuntos más importantes que *Chiqui* debía encarar en el corto plazo.

El primero terminaría bien, pero el segundo dejaría expuesto su recorrido margen de maniobra y confirmaría esa falta de autonomía para tomar decisiones que, como resultante de contar en las principales vicepresidencias con dos “pesos pesados” como los titulares de Boca Juniors, Daniel Angeli-ci, y de Independiente, Hugo Moyano, a la sazón también su suegro, iban a influenciarlo y condicionarían los primeros tiempos de su mandato.

En orden cronológico, la primera de estas dos acciones fue la determinación de discontinuar a Bauza en el cargo, algo que se concretaría recién 10 días después de la asunción de Tapia, y durante ese lapso la autoridad del flamante presidente de AFA quedó manchada por sus contradicciones públicas y sus desmanejos privados de la situación, que terminaron redondeando una salida plagada de irrespetuosidad para con el *Patón*, que resistió a pie firme hasta último momento, aun a sabiendas de que las cartas estaban echadas de antemano.

El 10 de abril el propio Tapia anunció que se había llegado a un “acuerdo” para concretar la desvinculación del técnico, y para enmascarar que la misma se había resuelto “en buenos términos”, programó para el día siguiente una “conferencia de prensa” en el predio de AFA que contaría con su presencia, la del propio entrenador y del transitorio Director de Selecciones Nacionales, Marcelo Tinelli.

La “conferencia”, que no fue tal porque no se permitieron preguntas de los periodistas, y que fue calificada tiempo después de “lamentable” por el propio Bauza y por Tinelli, se extendió por espacio de apenas siete

minutos en los que el entrenador agradeció diplomáticamente “la oportunidad maravillosa” que le brindaron de dirigir a la selección argentina, para la que auguró un futuro venturoso en el Mundial de Rusia. A su lado, el vicepresidente de San Lorenzo con el que había forjado una relación de mutuo afecto en el club de Boedo, solamente se dedicó a resaltar las condiciones humanas del *Patón*, al que describió como “un gran tipo, una buena persona”.

La semana posterior a la partida de Bauza, fue Tinelli el que decidió dar un portazo, y no solamente se alejó de la selección y la AFA, sino que también solicitó una licencia por un año y medio en San Lorenzo. Aduciendo problemas de salud para encubrir su hartazgo por los manejos y desmanejos del fútbol argentino, decidió enfocarse en su labor como conductor televisivo, pero además cumplió con la palabra empeñada ante el *Patón* el mismo día en que éste abandonó para siempre la conducción de la selección: “Vamos a la conferencia en Ezeiza, nos tragamos ese último “sapo” y después yo me voy con vos”, reveló un mes más tarde el técnico que le prometió ese hombre que había sido su principal impulsor para que llegara a dirigir a Messi y compañía. “Y cumplió”, remarcó con sentido reconocimiento quien 60 días después se haría cargo de otro seleccionado nacional, en este caso el de los Emiratos Árabes Unidos, al que no clasificaría para Rusia 2018, pero aun así le ofrecerían a Arabia Saudita para ir al Mundial. Sin embargo esto tampoco sería factible porque lo destituirían rápidamente, a raíz de los malos resultados recogidos en los amistosos previos. ¿Y quién sería su reemplazante en ese cargo, arrebatándole su sueño mundialista? Pues otra vez su “verdugo” y comprovinciano, Juan Antonio Pizzi.

Ya liberados de Tinelli y Bauza, al que según confesó el propio entrenador, Messi no le respondió los mensajes de despedida que le dejó en el celular, algo que sí hizo Mascherano, aunque públicamente sólo le ofrecieron un respaldo explícito Lucas Pratto y un ex dirigido suyo en San Lorenzo y San Pablo al que convocó por primera vez a la selección como Julio Buffarini, dos jugadores que actuaban en Brasil y no le cuestionaban, como sí hacían los que se desempeñaban en Europa, sus métodos “anticuados” de entrenamiento, los dirigentes, con Tapia como mascarón de proa,

se abocaron de lleno a cerrar la llegada de Sampaoli y tramitar ante la FI-FA el descuento de partidos de suspensión a *Lio*.

Para ello Tapia viajó a España con la doble intención de contactarse con Sampaoli y a su vez convencer a Messi de que se presentara personalmente ante el Tribunal de Disciplina de FIFA para oficiar su descargo en una audiencia prevista para el 4 de mayo. En el primer punto el titular afista tuvo éxito, ya que a pesar de que no pudo entrevistarse con Sampaoli porque éste tenía contrato vigente con Sevilla, que estaba peleando por entonces un ingreso a la Champions League en las últimas fechas del campeonato español y eso no sería bien visto por las autoridades de la entidad andaluza que tiempo después tendrían que autorizar su liberación, sí pudo hacerlo con su representante, el abogado Fernando Baredes.

En cambio no fue tan afortunado cuando quiso persuadir a Messi de la conveniencia de que se trasladara hasta Zurich, ya que éste lo recibió amablemente en su magnífica residencia de Castelldefels, en las afueras de Barcelona, pero se negó a viajar a Suiza, por lo que Tapia retornó a Buenos Aires con la premisa de dejar en manos de un prestigioso buffet español encabezado por Juan De Dios Crespo la defensa del capitán argentino, apoyado desde Argentina por los abogados Andrés Paton Urich y Ariel Reck.

La audiencia en cuestión se llevó a cabo ese jueves 4 de mayo, y al día siguiente, con una velocidad que no va de la mano con la Justicia Ordinaria, el ente disciplinario de FIFA resolvió levantarle a *Lio* la suspensión de tres partidos que aún le quedaban por cumplir y hasta la multa económica que ascendía a 10.000 francos suizos. Apenas un mes y una semana, desde aquel 28 de marzo en que había salido la sanción, pasaron para que el máximo organismo del fútbol mundial reviera absolutamente su postura aduciendo que no había “pruebas fehacientes” como para castigar con tanta severidad al capitán argentino. Pocas horas antes de conocerse el fallo, el presidente ruso Vladimir Putin realizó una declaración pública por demás elocuente en referencia a la organización del certamen ecuménico de 2018: “Un Mundial sin Messi, no es un Mundial”. Los abogados que representaron al rosarino no incorporaron eso a su descargo, obviamente, pero que lo celebraron como si fuera un elemento más de la defensa, lo cele-

braron. Y mucho. No por nada en el vestuario de Barcelona a Lionel sus compañeros lo llaman desde entonces “El Presidente”.

“El fútbol se acabó. Ahora todo es marketing. Por algo a Messi le sacaron la sanción”, convalidó las expresiones del premier ruso desde México, donde estaba dirigiendo al Atlético Zacatepec de la segunda división del fútbol de ese país, el histórico preparador físico de Diego Maradona, el linqueño Fernando Signorini.

Y solamente 15 días más transcurrieron para que se completara el combo, ya que conjuntamente con la finalización de la temporada de liga en España se terminó de acordar la rescisión del contrato de Sampaoli con Sevilla, que en realidad expiraba en junio de 2018, pero que a cambio de la ejecución de la cláusula de salida anticipada que equivalía a 1.600.000 euros, el club de Andalucía accedía a darlo por terminado un año antes.

Después de cuatro partidos plagados de sufrimientos, Argentina llegaría al Mundial el 10 de octubre de 2017 tras vencer por segunda vez en la historia a Ecuador en los 2.850 metros de altura de Quito. Ese día un Messi brillante como todos pretendían, marcó un *hat-trick* para que los dirigidos por Sampaoli vencieran por 3 a 1 a los dueños de casa y la camiseta albiceleste volviera a figurar en una Copa del Mundo. Solamente con Marcelo Bielsa, un alter ego del *Zurdo* de Casilda, el equipo nacional había ganado en la capital ecuatoriana, aquella vez por 2 a 0 en las eliminatorias para Corea-Japón 2002.

Pero apenas un día después de ese triunfo, el primero oficial de la era Sampaoli tras tres empates consecutivos frente a Uruguay (0-0), Venezuela (1-1) y Perú (0-0), los dos últimos como local, el primero en cancha de River y el segundo en la de Boca, fue Tapia el que para halagar al nuevo técnico cargó otra vez sobre el *Patón*, al revelar que “Bauza no tenía buena llegada con los jugadores”.

Ante eso, Bauza fue consultado para este libro mientras se encontraba en la ciudad de Jeddah, dispuesto a hacerse cargo por entonces del seleccionado de Arabia Saudita que se había clasificado al Mundial de Rusia, eliminando entre otros al de Emiratos Árabes al que justamente el *Patón* había ido a dirigir cuando abandonó su cargo en el de Argentina.

“Creo que mi relación con Marcelo Tinelli no tuvo nada que ver con mi alejamiento (trabaron una amistad durante su paso por San Lorenzo). La llegada de Tapia fue un tema político, porque no fue él quien me eligió. Cuando no se dio el resultado contra Paraguay de local (0-1) se complicó, porque si ganábamos, quedábamos terceros y por ahí todavía estábamos dirigiendo. La AFA tenía problemas muy graves y a mí me llevaron otras personas. Después *Chiqui* se hizo cargo y no tengo nada en su contra, pero creo que al no elegirme él, buscó la forma de encontrar a alguien que esté de acuerdo con sus ideas, y los resultados empujaron eso”, advirtió.

“Pero si tengo que hacer un balance de mi gestión como entrenador y con el cuerpo técnico que trabajé, fue algo maravilloso. Porque dirigir al seleccionado es lo máximo para un entrenador, lo mejor a lo que puede aspirar. Pero insisto en que nos tocó en un momento complicado de la AFA, con problemas políticos. Pero pese a lo que se dice y se decía, mi relación con los jugadores iba mejorando. Por eso digo que fue una experiencia maravillosa dirigir a los mejores futbolistas de la Argentina”, enfatizó.

Pero el partido con Paraguay no fue el único argumento que utilizó Bauza en defensa propia, sino que también recurrió a la falta de su mejor arma, y la de cualquier técnico, para dar pelea con las mejores perspectivas de victoria: la de Lionel Messi.

“A mí me tocaron cuatro partidos sin Messi (la mitad de los que tuvo tiempo de dirigir por eliminatorias, aventajando a Martino, que lo hizo en seis oportunidades, y a Sampaoli, que condujo los mencionados últimos cuatro juegos) y eso es tremendo. Mi visita a Barcelona para hablar con él cuando todavía estaba vigente su renuncia a la selección, fue como con la mayoría de los jugadores. Hablé con él, con Mascherano también, y fue muy buena la relación con ambos y con el resto del plantel también. Después, se dicen tantas cosas... Pero es todo mentira eso de que *Lio* lleva amigos suyos a la selección. A mí jamás me dio un nombre o quiso decir algo para que juegue uno u otro. Es un jugador extraordinario. Él solo quiere jugar en la selección y ganar. Después son todos inventos. Jugamos cuatro partidos sin él y eso complicó y mucho. Pero mi relación con él y con el grupo siempre fue mejorando con cada convocatoria, y por ende la comunicación

también. Esto último fue lo mejor de mi gestión”, remarcó.

“Y volviendo sobre ese punto de la imposición de tal o cual futbolista, por ejemplo a mí no me molestó lo que se dijo de Mauro Icardi y a los jugadores tampoco les pregunté si lo podía llamar o no. Yo citaba a los que me parecía que tenían que estar en la selección. Con Icardi estuve en Milán y le dije que en cualquier momento podía ser citado. Después, Sampaoli tendrá que convocar a los jugadores que creará los mejores para su selección, pero yo en ningún momento les preguntaba a los futbolistas a quién debía citar. Los jugadores siempre están dispuestos a dar lo mejor para el equipo y hacen un gran sacrificio para venir, tratar de ganar el partido, jugar y volver a sus clubes. No los veía tampoco presionados por las finales perdidas. No tenía nada que ver eso. Hablábamos del partido que teníamos que jugar en cada instancia. Son jugadores de selección que están acostumbrados a jugar en la selección y saben que eso depara muchas obligaciones. Como entrenador sabía que tenía que armar el mejor equipo para ganar. Siempre pensábamos en ganar y armaba una estrategia para eso. A veces se lograba, a veces no, pero el jugador es consciente de eso y sabe que la responsabilidad de ponerse la camiseta argentina es grande”, puntualizó. Icardi nunca fue convocado por Bauza. Sí al principio por Sampaoli.

“Después, cuando ellos rompieron relaciones con la prensa argentina, fue porque manifestaron su enojo por todas las cosas que se dijeron. Pero llegaron a eso después de charlar entre ellos y me lo manifestaron. Como fue una decisión del grupo, la respeté. Fue una iniciativa de los jugadores. Con la prensa yo también tuve muchos encontronazos cuando era futbolista, pero después, con los años, uno se da cuenta de que hablando se solucionan los problemas. Pero en ese momento respeté, como tenía que ser, la decisión de ellos, y así quedó”, refirió. Con Sampaoli como técnico, el mismo día en que se consumó la clasificación a Rusia 2018, esos mismos jugadores decidieron dar por terminada la “veda” con el periodismo argentino. Habían pasado 11 meses sin “palabras seleccionadas”.

Y pese a que el discurso con el que se había iniciado esa “huelga verbal” lo había pronunciado Messi como capitán del equipo, tras aquella victoria sobre Colombia en San Juan, el autor intelectual de la misma, co-

mo ideólogo del grupo, había sido el subcapitán Mascherano, que en la imagen aparecería de pie y a la derecha de *Lío*, como para respaldar con su imagen todo lo que en aquel acto de 'clausura de declaraciones' se estaba expresando, o queriendo expresar.

“Por una cuestión de edad y cantidad de partidos, Mascherano es un jugador con liderazgo en la selección. Teníamos buen diálogo, como con varios jugadores, y con él hablábamos de lo que íbamos a hacer en el partido, de la estrategia a utilizar, como lo hice en todos los planteles que dirigí con los líderes de los equipos. Uno habla porque es importante tener contacto con ellos, pero nada más que eso. Esa fue una relación muy buena. Y lo mismo sucedió con Ángel Di María, otro jugador extraordinario. El que lo pone en duda no entiende bien lo que hace. Tiene un recorrido y una dinámica como muy pocos y era fundamental en mi equipo. Más allá de que hubo algún partido que no estuvo bien, eso le pasa a cualquiera, pero para nosotros era muy importante”, refrendó.

La despedida de Bauza de la selección mediante una farragosa puesta en escena de apenas siete minutos (no fue una conferencia de prensa justamente porque no se permitieron a los periodistas formular preguntas) desarrollada inapropiadamente en el predio de AFA, puso en ridículo no solamente a sus protagonistas, el propio *Patón*, Tapia y Tinelli, sino a la organización del fútbol argentino en general.

“La despedida esa la organizaron los dirigentes. Más allá de la bronca, porque queríamos seguir, fuimos y dimos la cara. Agradecí a los jugadores. En el análisis y la opinión del periodismo, cada uno dijo lo que le parecía y en el gusto hay de todo. Como cuerpo técnico estábamos seguros de lo que hacíamos, porque sabíamos hacia dónde íbamos. Por eso cuando me fui, intenté hablar con todos los jugadores por teléfono, los saludé, y al que no pude ubicar por esa vía lo hice por mensaje. A todos les agradecí la buena voluntad que demostraron cuando fueron citados y a medida que nos encontremos en distintas partes del mundo, seguiremos charlando, porque quedó una muy buena relación”, reafirmó.

“Estos muchachos estuvieron cerca de ganar un título y no pudieron, pero no me caben dudas que son futbolistas de gran nivel que juegan en los

mejores equipos del mundo. Creo que el poco tiempo de trabajo de los entrenadores en la selección complica, pero no tengo dudas que es una generación de jugadores extraordinaria, más allá que no salieron campeones. Y en cuanto a mi sucesor, Sampaoli, es un técnico como todos, que tuvo buenos y malos momentos. A mí también me pasó. No pudimos hablar cuando me fui, pero le dejé a la gente de AFA todos los entrenamientos filmados, absolutamente todos, y por escrito quedó todo lo que hicimos. Después habrá que ver si le interesa utilizar eso o no. Pero le dejamos todo para ver lo que hicimos”, contó finalmente con un inconfundible tono melancólico en la voz. Quizá, al revés de lo que pretendía Sampaoli, que a la selección fuera *Lio* y no Messi, en su caso el que llegó a dirigir al inconmensurable seleccionado argentino fue el *Patón* y no Bauza. Y allí radicó el problema.

[Capítulo 7]

Jorge Sampaoli. Pasaje directo con suspenso a Rusia

En el vestuario visitante del estadio Nacional de Santiago de Chile reinaba la decepción, la bronca y la tristeza por otra final perdida. Esta vez fue por la Copa América 2015, en la primera conquista del seleccionado chileno, luego de un empate sin espacios en la cancha, muy físico, que decantó en los penales con mejor puntería para los locales. De a uno, casi todos en silencio, emprendieron la retirada con impotencia. Un supuesto incidente entre Javier Mascherano y Éver Banega llegó a oídos de los periodistas en la zona mixta que se propagó en los programas deportivos de televisión en Buenos Aires haciendo leña del árbol caído. Los futbolistas chilenos también desfilaron por los pasillos del estadio Julio Martínez Pradanos, pero con euforia. Las declaraciones fueron puntuales y dedicadas con ironía al periodismo trasandino. Cuando los micros de ambos planteles pusieron primera, un hombre bajito y pelado salió del estadio y fue advertido por centenares de hinchas chilenos que no dudaron en agradecerle por la conquista tan ansiada. Un cántico emergió en forma de agradecimiento y él, asombrado tal vez, levantó la mano izquierda como devolución. Mientras Lionel Messi buscaba consuelo en el trayecto camino al aeropuerto, Jorge Sampaoli solo recogía elogios. Aquel entrenador admirador de Marcelo Bielsa, otro argentino de nombre ilustre en Chile, sorteó con éxito la presión de un país que por primera vez en su historia gritó “¡campeón!” a los cuatro vientos.

Las conquistas con Universidad de Chile en la temporada 2011/2012 con vueltas olímpicas en campeonatos locales y Copa Sudamericana (2011) fueron las credenciales para su contratación como seleccionador de la *Ro-*

ja. Los inicios del ex trabajador del Banco Provincia de Casilda, donde manifestó su primer deseo de ser DT del seleccionado argentino, se remontan a Atlético Alumni de Casilda, su lugar de nacimiento, pero la lesión en la tibia y peroné, a los 19 años, lo marginó de las canchas. En 1994 inició su camino como entrenador en Atlético Alumni y continuó en Belgrano de Arequito y Argentino de Rosario, mientras siguió con detenimiento, en la piel de hincha, la campaña de River Plate, el club de sus amores. En 2002 hizo un replanteo de su vida y con bolso en mano buscó un nuevo horizonte que encontró primero en el fútbol peruano y el chileno después con la obtención de buenos resultados en la "U". El andar del equipo azul despertó opiniones positivas del periodismo local y en especial de sus hinchas. El cruce ante Boca Juniors en 2012 en las semifinales de la Copa Libertadores motivó el interés de la prensa argentina por su trabajo más allá de la eliminación sin goles a favor con el 2-0 en La Bombonera y el empate en cero en Santiago de Chile. La obtención de la Copa América 2015, más la buena actuación en el Mundial Brasil 2014, fueron sin dudas una gran pantalla para el *Zurdo*, como le dicen en su lugar de nacimiento, quien el 19 de enero de 2016 oficializó su alejamiento mediante un enfrentamiento mediático con los dirigentes de la Asociación Nacional de Fútbol Profesional (ANFP) de Chile.

Su paso siguiente fue Sevilla de España, un equipo reconocido a nivel mundial, un escalón debajo de Barcelona y Real Madrid, pero con historia. Al momento de concretar su incorporación, el conjunto sevillano gozaba de las mieles del éxito con tres Liga de Europa ganadas de forma consecutiva entre 2013 y 2016. El seleccionado argentino apareció en el camino de Sampaoli por primera vez, justo cuando se había calzado el buzo de DT de Sevilla. Entre idas y vueltas, compromisos firmados y una cláusula de rescisión altísima para la AFA, Sampaoli se quedó en el club español y Edgardo Bauza asumió con el visto bueno de la Comisión Normalizadora, encabezada por Armando Pérez, aunque éste no recordó su nombre cuando repasó la lista de candidatos en la recta final en la terna integrada junto con Ramón Díaz y Miguel Ángel Russo.

El 11 de enero de 2016, Sampaoli también tuvo otro acercamiento al seleccionado con su símbolo y capitán, Lionel Messi. Aquel encuentro tu-

vo lugar en Zúrich, Suiza, con la entrega del Balón de Oro. Las cámaras de fotos registraron ese instante donde Sampaoli conoció al jugador que tantas veces observó por televisión, analizó sus movimientos en la cancha y a quien tuvo como rival en la final de la Copa América 2015, pero sin manifestarle su admiración. Esa vez, ambos con traje de gala para la ocasión, intercambiaron opiniones en fracción de minutos. La foto tuvo repercusión y demostró una buena relación.

La campaña discreta en resultado y juego del seleccionado de Bauza reavivó el interés de la AFA, con Claudio Tapia como presidente apoyado en el espaldarazo del titular de Boca Juniors, Daniel Angelici, un dirigente afín a los intereses del presidente de la Nación, Mauricio Macri. El desgaste mediático al que fue sometido Bauza aceleró las tratativas por Sampaoli cuyo inminente arribo no fue recibido con agrado por el mundo futbolero en la Argentina.

César Luis Menotti, el entrenador que dirigió al seleccionado campeón del mundo en 1978, cuestionó la manera y forma de su contratación aunque remarcó que “no fue culpa suya” y le agradaba su estilo de juego.

Desde la vereda de enfrente del *Flaco* apareció la palabra del segundo DT campeón del mundo con la Argentina, Carlos Salvador Bilardo, quien fue muy duro en sus términos e incluso deslizó la chance de irse a vivir a otro país si Sampaoli se convertía en entrenador de la Argentina. Por supuesto, eso no sucedió.

A esa altura, Sampaoli logró unir a Menotti y Bilardo en opiniones y fue alcanzado por más visiones y puntos de vista. “No tendría que haber tomado la dirección técnica de la selección en esas condiciones, ya que tenía todo para perder. Me hubiese gustado que me dijera cómo iba a hacer para imponer su idea de juego sin entrenarla jamás, con apenas cuatro partidos por delante para clasificarse a un Mundial o quedar afuera y todo lo que eso significa para los argentinos” dijo para este libro Fernando Signorini, histórico preparador físico de Maradona y quien además trabajó con Menotti y Bilardo.

La ilusión y el sueño de Sampaoli se hicieron realidad con el acuerdo de la AFA luego de desligarse de Sevilla, un club de buenas relaciones

con Angelici. El casildense escuchó de todo. Críticas, especialmente, pero no respondió, eligió el silencio y la no confrontación, como el pasaje de la canción *Prohibido* de la agrupación Callejeros, uno de sus grupos de rock dilectos y tristemente célebre por la tragedia en *Cromañón* del 30 de diciembre 2004, que dice: “no escucho y sigo, porque mucho de lo que está prohibido me hace vivir”. Por primera vez, un entrenador que no dirigió a River, Boca o un equipo de la primera división del fútbol argentino se hizo cargo del seleccionado. En ese caso, se emparentó con Messi. El crack rosarino hizo su aparición en el mundo del fútbol sin haber sido parte de ningún club argentino, por razones ya conocidas. Este dato sobre Sampaoli hizo ruido en sus colegas con repercusión en la opinión pública.

Marcelo Bielsa, al momento de hacerse cargo de Lille de Francia el 23 de mayo de 2017, recibió el halago del catalán Josep Guardiola quien lo definió como “el mejor entrenador del mundo”. En esa presentación, el *Loco* fue consultado por la designación de Sampaoli y lo consideró “mejor entrenador” que él mismo porque tiene “una capacidad de adaptación” al juego del adversario. “Él puede variar un sistema en medio de un partido, en cambio yo no lo hago. Prefiero morir con las botas puestas y por eso no gané muchas cosas”, dijo Bielsa en lo que se interpretó como un pulgar para arriba para Sampaoli.

“Así como iban de rápido hacia delante, también provocaban que el rival volviera a la misma velocidad. Por eso entendí que ese ataque no debía ser tan sostenido, sino alternarse con más posesión del balón. Por eso empecé a seguir lo que hacía Guardiola y mezclé un poco de su método con el de Marcelo. Un maridaje de posición y posesión”, dijo Sampaoli consultado por las influencias a la hora de pensar una estrategia y posición para su equipo en un partido de fútbol.

La Argentina había superado el duro trance de no tener al mejor jugador del mundo, a su entrenador y al presidente de la AFA en un mismo momento, pero cuando el ex DT de la Universidad de Chile se hizo cargo, el seleccionado *albiceleste* afrontó el pago simultáneo de tres entrenadores: el salario y la cláusula de rescisión por Sampaoli; las deudas con Gerardo Martino, Bauza y Claudio Úbeda, el entrenador del seleccionado Sub-

20 que no pasó la primera ronda del Mundial de Corea del Sur. Este último acontecimiento fue analizado por Sampaoli con detenimiento. Para ello ideó un plan que conversó con las autoridades de la AFA. Los nombres propios fueron Pablo Aimar (el ídolo futbolístico de Messi) como técnico de la Sub-17, Nico Diez para la Sub-20 y Diego Placente en la Sub-15, para revalorizar las divisiones juveniles.

De esta manera, el *Hombrecito*, tal como lo apodaron en Chile por su estatura de 1,72 metros, afrontó el desafío, el más grande de su carrera, para enderezar el rumbo no solo de un equipo plagado de estrellas con el mejor futbolista del mundo, líder de una generación, sino también para ir más allá del mérito deportivo con la clasificación al Mundial de Rusia como máximo objetivo.

Las conversaciones por teléfono entre Tapia y Sampaoli fluyeron como parte de la negociación, pero recién el 29 de mayo tuvieron el primer encuentro para pulir detalles sobre un contrato cuya firma se dilató porque las condiciones no fueron tales como se manifestaron desde un principio desde AFA. El acuerdo dejó en claro el deseo de Sampaoli por dirigir al seleccionado quien de entrada resignó un millón y medio de euros en concepto de deudas con Sevilla por premios y salarios, que finalmente fueron parte del pago por dejar su cargo. El ente que regula el fútbol argentino prometió a Sampaoli devolverle ese monto, pero en 15 cuotas, además de hacerse cargo de 670 mil euros para abonar el total de la cláusula de rescisión. La AFA puso en aprietos el sueño del casildense quien asumió el reto con un gran riesgo consciente que un mal paso con el seleccionado argentino significaría un retroceso en su carrera como entrenador, en caso de un regreso al fútbol europeo. Según *Chiqui* Tapia, el equipo contaba con “el mejor técnico del mundo”, pero el trato ofrecido en el instante previo a las firmas del contrato no se correspondieron con semejante frase. Finalmente, Sampaoli consiguió que el acuerdo se extendiese hasta el Mundial Qatar 2022, mientras del otro lado del mostrador buscaron una renovación automática en caso que el equipo se clasifique a Rusia. Otro punto que estuvo en materia de discusión fue la gran cantidad de colaboradores propuestos por Sampaoli cuyo salario se escapaba del presupuesto imaginado por

AFA. El entrenador también puso de su bolsillo para completar un staff que creyó indispensable para poner en marcha sus ideas aunque no alcanzó el número de integrantes que tuvo en mente desde el inicio.

El proyecto de Sampaoli comenzó incluso antes de su presentación oficial que se retrasó por cuestiones legales con Sevilla. El nuevo entrenador del seleccionado se movió rápido, junto con su ayudante, Sebastián Beccacece, quien continuó como DT de Defensa y Justicia durante unos meses más, con la observación de los jugadores del ámbito local. Este cuadro de situación mantuvo lo ilógica y sorprendente que resultaba la AFA. Su seleccionador no tenía voz ni opinión, pero se mostraba en los estadios del fútbol argentino para analizar las actuaciones de algunos futbolistas. Junto con él, un ayudante que mantenía su cargo al frente de un plantel de un equipo de primera división. Lo más llamativo sucedió el 19 de mayo de 2017 con la confección de una convocatoria, para los amistosos ante Brasil y Singapur del 9 y 13 de junio en el continente asiático.

“Fue Juan Sebastián Verón quien hizo la lista, pero supongo que con un guiño de Sampaoli”, dijo el presidente de Racing Club, Víctor Blanco, al diario ABC de Sevilla. El misterio sobre quién convocó a los futbolistas fue materia de discusión. Sampaoli aún pertenecía a Sevilla cuando la lista fue publicada oficialmente por la AFA, que de inmediato, aclaró que ese listado de 20 jugadores que militaban en el fútbol exterior fue realizado por “el Departamento de Selecciones Nacionales y el Comité Ejecutivo de AFA”.

Sampaoli dio su última charla técnica en Sevilla de cara al compromiso ante Osasuna por la liga española el sábado 20 de mayo. Los hinchas sevillanos expresaron su descontento. La huida del entrenador y el culebrón con la AFA no cayeron bien, pero Sampaoli, una vez más, no escuchó y siguió.

Las trabas legales llegaron a su fin el 1 de junio cuando las primeras palabras de Sampaoli se escucharon en la acogedora sala de prensa de la AFA, en Ezeiza. Con los papeles en regla, el casildense se puso por primera vez el buzo de seleccionador y dijo lo suyo.

“Es lindo estar cerca de lo que de lejos se admira”, dijo Sampaoli ante la mirada de quienes accedimos a su primera conferencia de prensa

como entrenador del seleccionado argentino de fútbol. La frase parafraseó al cantautor José Larralde, un músico argentino del gusto de Marcelo Bielsa, quien en la canción *Herencia pa' un hijo gaucho* recitó: “Es lindo ver de cerquita lo que de lejos se almira / los placeres de la vida se gozan cuando palpitan”.

Sampaoli estaba en pleno gozo aunque su rostro pocas veces esbozó una sonrisa. Esa situación que soñó alguna vez se cumplió y el tiempo se lo demostró como posible. La población de Casilda lo vivió como un hecho histórico. El *Zurdo*, que tan obsesivo se mostró en sus inicios en Alumni, que en sus días como banquero terminaba todo rápido para asistir a las prácticas de Renato Cesarini en busca de la graduación como director técnico, alcanzó el sueño máximo.

El entrenador, de inmediato, dejó en claro su idea para incentivar, por si hacía falta, a un plantel que estuvo al borde la gloria en tres ocasiones, pero que transitaba las Eliminatorias Sudamericanas 2018 con una dificultad manifiesta.

El titular de la AFA se paró frente a los flashes de los fotógrafos y le obsequió a Sampaoli la camiseta del seleccionado argentino con su apellido en la espalda. Junto a ellos posaron una vieja gloria del seleccionado como Jorge Burruchaga, devenido y presentado como manager; Sebastián Beccacece, su ayudante de campo y con voz de mando en la Sub-20; y Jorge Desio, como preparador físico. El apellido Desio se instaló fuerte en el proyecto con la impronta de Juan Sebastián Verón, flamante Director de Selecciones Juveniles, quien propuso a Hermes como coordinador general de las juveniles y a Carlos como ayudante de Aimar en la Sub-17.

Una vez encendido el micrófono, Sampaoli expresó con mesura sus sensaciones en su tarde gloriosa. “Es cumplir un sueño que anhelaba hace mucho tiempo. Siempre admiré este lugar. Vamos a poner mucha pasión, todos los que estamos aquí, porque siempre soñamos con esto y ahora se concretó”, dijo el *Hombrecito*.

De repente, el apellido Messi entró en escena. Desde ahora, Sampaoli lo tenía en sus filas. El líder de *Generación Lio* iba a recibir conceptos suyos, indicaciones tácticas, consejos, preguntas, consultas. El casildense

ocupaba un lugar reservado para pocos y con el plus de dirigir al mejor jugador del mundo.

“Me tocó enfrentarme a Messi y en cierta manera hay que tomar mucho resguardo para frenar todo lo que genera. Ahora que lo tenemos de nuestro lado, queremos que venga Leo, no Messi. Que venga su versión más genuina y placentera”, aseguró Sampaoli como guiño al capitán y goleador del seleccionado.

Aquello que intentaron varios entrenadores, con Alejandro Sabella como máximo exponente, se convirtió una vez más en un objetivo principal: la felicidad de Leo. No es un jugador más y como tal, los entrenadores actúan en consecuencia, ya sea en Barcelona o la Argentina. La idea de juego de Sampaoli atrajo a Messi. Vocación ofensiva y un trabajo exigente convenció al crack rosarino. El *Diez* tiene que estar contento. Tanto dentro como fuera de la cancha. Sin él, no hay seleccionado. Así lo entendieron Sampaoli, Tapia y la opinión pública que a través de los años cambió su percepción con el chico que no cantaba el himno. Ese niño creció. Messi era un padre de familia, un señor récord en el fútbol europeo, pero con el seleccionado en el debe a juzgar por resultados. Desde pequeño, Messi añoró vestir la casaca *albiceleste*. Nadie podía quitarle ese sueño a pesar que los españoles quisieron verlo enfundado con la *Roja*. Las oportunidades fallidas no le quitaron las ganas de intentarlo una y otra vez, más allá de algún que otro fastidio, con renuncia incluida. La selección siempre fue cosa seria para Lionel.

“Lo importante es que Messi tenga jugadores compatibles”, dijo Sampaoli cuya mente maquinó día a día en cómo abastecer de la mejor manera a su mejor pieza. El resto de *Generación Lio* entró en juego con aroma a renovación. El análisis de Sampaoli puso en carpeta esos nombres, pero también algunos nuevos. Aquel equipo que se forjó para el Mundial Brasil 2014, casi cuatro años después, ya no contaría con alguno de ellos.

La primera lista de Sampaoli contuvo nombres históricos como Sergio Romero, Nahuel Guzmán, Nicolás Otamendi, Éver Banega, Ángel Di María y Gonzalo Higuaín, pero también sangre nueva en los casos de Federico Fazio, Guido Rodríguez, Leandro Paredes, Emanuel Mammana, José Luis

Gómez, Joaquín Correa, Manuel Lanzini, Marcos Acuña, Paulo Dybala y Alejandro "Papu" Gómez.

Sampaoli barajó varias ideas. La ubicación de Banega tendría lugar como volante central, a Mascherano lo pensó como defensor y a Dybala cerca de Messi, en conexión con el capitán, más allá de las primeras declaraciones del cordobés que llamaron la atención. "La gente tiene que entender que no soy Messi. Yo soy Dybala y entiendo que haya comparaciones, pero yo quiero ser Dybala y no el nuevo Messi", dijo en abril de 2017, en la previa del choque entre Juventus y Barcelona por Liga de Campeones de Europa.

Sin embargo, la inclusión de Mauro Icardi fue sin dudas lo más novedoso. El delantero de Inter de Italia, goleador e incluso capitán, también cumplió el sueño de ser citado una vez más para el seleccionado argentino. Icardi fue llamado por Sabella en octubre de 2013 para ocupar el lugar de un Messi lesionado, y el 15 de ese mes jugó diez minutos en lugar de Augusto Fernández. Desde entonces, no entró en consideración y su perfil mediático creció al ritmo de sus goles en el fútbol italiano. Su relación con Wanda Nara, la ex esposa de Maximiliano López, generó un revuelo no solo en el mundo de la farándula sino en el futbolístico también. Sus virtudes como goleador siempre alentaron una nueva citación. De la relación Icardi-Nara-López opinó todo el mundo. Diego Maradona le dio una trascendencia mayor a ese caso y apenas escucha el apellido Icardi suelta la palabra "traidor". La especulación sobre la actitud negativa de La Generación sobre una convocatoria a Icardi fue negada más allá de la amistad entre Maxi López y Javier Mascherano, quienes jugaron juntos en River Plate. Una fotografía de principios de abril de 2017 del rubio delantero junto con Andrés Iniesta, Mascherano y Messi (con quien compartió plantel en Barcelona en 2005) en la previa de un partido de Liga de Campeones de Europa ante Juventus de Italia reavivó la polémica.

Edgardo Bauza manifestó abiertamente las ganas de tener a Icardi cuando dirigió a la Argentina y cargó con el enojo de Maradona quien retiró su apoyo al *Patón*. El reencuentro del atacante de Inter con el equipo nacional fue esquivo y la intención de Bauza quedó tan solo en eso, qui-

zás por falta de tiempo y apremios del entonces entrenador del seleccionado argentino.

“Lo de Icardi tiene que ver con el rendimiento en su equipo”, aseguró Sampaoli sobre el delantero rosarino quien realizó las divisiones juveniles en Barcelona en la temporada 2008-2009. El llamado a Icardi no significó un contrapunto entre Sampaoli y *Generación Lio*. Al contrario, reactivó el compromiso y la sana competencia. Higuaín y Sergio Agüero, nombres ilustres, debían renovar sus créditos y dejar atrás las críticas del periodismo y los hinchas. En especial Higuaín, víctima de bromas en las redes sociales, el nuevo medio de canalización de los seguidores del fútbol para alabanza o destrucción. La figura del *Pipita* se asoció rápidamente con una persona torpe, alimentado por sus pifies en los momentos clave de las finales que La Generación disputó entre 2014 y 2016. Esa presión se trasladó a Juventus, el equipo que lo contrató luego de una transacción millonaria y que generó la ira del *tifosi* de Napoli quienes lo consideraron una traición, si se tiene en cuenta la rivalidad histórica entre los equipos del norte y del sur, una rencilla que tomó mayor dimensión cuando Diego Maradona, adoptado como un napolitano más, puso de rodillas a los equipos más poderosos de Italia con goles, gambetas, asistencias y declaraciones en la década del ochenta.

Icardi y la necesidad de insertar a Dybala en la órbita de Messi fueron los primeros movimientos del entrenador. Su estrategia también planteó la necesidad de un número cinco con mayor ductilidad con el balón. Banega apareció como el futbolista indicado. Esta apreciación derivó en el retroceso en campo de uno de los pilares de *Generación Lio*: Javier Mascherano. El *Jefe* tenía su lugar reservado en el equipo, pero como defensor central. Esa posición no le resultó ajena porque en Barcelona de España desempeñó con creces esa labor, pero en el seleccionado resultaba inédita. Sabella, Martino y Bauza descartaron esa opción en su tiempo. Sampaoli se preparaba para remover piezas en la formación, para renovar a la *Generación Lio* que por entonces se debatía entre la proximidad del fin de las Eliminatorias Sudamericanas y el lento acomodamiento de las autoridades de la AFA.

La primera prueba de Sampaoli se produjo el 9 de junio con el enfrentamiento ante Brasil en Melbourne, Australia. El cotejo finalizó con triunfo argentino por 1 a 0 con gol de Gabriel Mercado y la siguiente formación: Sergio Romero; Nicolás Otamendi, Jonatan Maidana y Mercado; José Luis Gómez, Lucas Biglia, Éver Banega y Ángel Di María; Lionel Messi y Paulo Dybala; y Gonzalo Higuaín.

La sonrisa solo se dibujó en el resultado porque la producción, más allá de las buenas intenciones de juego exhibidas en la primera parte, dejó en claro que Sampaoli tenía mucho trabajo por delante. En este partido, sin Mascherano por lesión, el entrenador casildense tomó nota sobre el caso Higuaín. El ex River Plate fue reemplazado en el segundo tiempo por Joaquín Correa, luego de una actuación con pocas luces. Su desenvolvimiento fuera de la cancha del *Melbourn Cricket Ground* de Australia también significó un llamado de atención. El delantero de Juventus demostró mayor interés en el avión de regreso que en apoyar a sus compañeros a falta de 45 minutos más de juego.

La sociedad Messi-Dybala no se puso de manifiesto. El goleador máximo del seleccionado argentino no tuvo una actuación destacada y al delantero cordobés se lo observó más atento por encontrar su lugar en la cancha que por concretar una situación de riesgo en el arco contrario.

El segundo partido de la gira tuvo lugar en Singapur, el 13 de junio, ante el seleccionado local. La goleada 6 a 0 se tradujo como lógica, con Biglia como capitán, Guzmán en el arco y los goles de Fazio, Correa, el *Papu* Gómez, Paredes, Lucas Alario y Di María. A pesar de la tan esperada convocatoria, Icardi no jugó ni un minuto porque no se recuperó de un desgarró, pero Sampaoli dio el primer paso; lo integró al grupo.

En su regreso a Buenos Aires, el entrenador se entrevistó el 16 de junio con el presidente de la Nación, Mauricio Macri, quien lo agasajó con un almuerzo en la Quinta de Olivos. De inmediato, aparecieron diferentes versiones sobre la reunión entre el casildense y el ex presidente de Boca, afecto al fútbol y a las ideas futbolísticas de Sampaoli. Las conjeturas estuvieron a la orden del día y derivó en el aviso desde Casa de Gobierno: "Fue un encuentro ciento por ciento futbolero, entre dos personas que aman el

fútbol”. Desde el entorno del seleccionador se activaron los reflejos: “La reunión no presume vinculación ideológica, sino responde a una invitación desde la Presidencia”. En 2015, cuando era entrenador del seleccionado chileno, Sampaoli confesó al programa trasandino “24 horas” su admiración por el ex presidente Néstor Kirchner y por su esposa Cristina Fernández a quienes “no le torcieron la mano” en la puja por el poder contra los medios de comunicación dominantes, léase, el grupo Clarín. El perfil de Sampaoli fue analizado con detenimiento por el diario que lo catalogó como “DT kirchnerista” y un “seguidor incondicional” del músico Carlos Solari, el ex líder y cantante de la banda Patricio Rey y sus Redonditos de Ricota. La charla con Macri duró unas horas. El presidente logró su foto con el entrenador del seleccionado argentino, pero a diferencia de Gerardo Martino, la imagen los encontró dialogando, cada uno en un sillón, sin sonrisas ni poses habituales de cara al lente de la cámara.

La ciudad de Rosario recibió entre el 29 y 30 de junio a figuras destacadas del mundo del fútbol, tanto nacionales como extranjeras. El casamiento de Lionel Messi con Antonela Rocuzzo, el amor de su vida, fue la gran excusa. La convocatoria se produjo en el hotel City Center, un complejo de grandes dimensiones, con casino incluido, en la entrada propia de Rosario, en el barrio Las Flores, una zona humilde, pero ocupada por el grupo narco Los Monos. El lujo y la urgencia de vivir al límite estuvieron separados solo por una calle. La ceremonia se realizó sin inconvenientes, bajo un operativo de seguridad fuerte que intentó pasar desapercibido lo máximo posible por pedido de la familia Messi para no alterar la vida de los rosarinos.

Desde Europa, el plantel de Barcelona estuvo representado por el uruguayo Luis Suárez, el brasileño Neymar, los españoles Gerard Piqué (con su pareja, la cantante colombiana Shakira) y Sergio Busquets más otras glorias del equipo catalán como el camerunés Samuel Eto’o, los ibéricos Cesc Fábregas, Xavi Hernández y Carles Puyol, y el brasileño Dani Alves.

La Generación, aunque no se tratase de un partido de fútbol, también estuvo presente. Las presencias de Javier Mascherano, Sergio Romero, Lucas Biglia, Gonzalo Higuaín, Sergio Agüero, Ezequiel Lavezzi, Nahuel Guzmán, Fernando Gago, Pablo Zabaleta, Ángel Di María, Éver Banega, Ma-

ximiliano Rodríguez, Martín Demichelis y Mariano Andújar confirmaron el grado de afinidad Messi en la *Generación Lio*.

Las invitaciones solo tuvieron lugar para los futbolistas, más allá de algún nombre ligado al espectáculo como el actor Nicolás Vázquez con su mujer Gimena Accardi y Marcelo Tinelli. El empresario y conductor de televisión estableció una buena relación con Messi, desde los tiempos en que La Pulga dio sus primeros pasos en Barcelona. El reencuentro en la breve estadía de Tinelli en la AFA evidenció química. Las ausencias contemplaron a dirigentes como Claudio Tapia, entrenadores como Sampaoli, el catalán Josep Guardiola y también a Maradona. Messi ideó su festejo con personas muy cercanas, del círculo íntimo, y se valió de sus mejores amigos, incluso algunos de la infancia sin el renombre o el status de las estrellas europeas.

La *Generación Lio* tuvo su momento de desfile en una de las puertas interiores del City Center, con sus respectivas esposas, pero no efectuaron declaraciones. La orden fue mantener la veda, respetarla, e incluso se extendió al resto de los invitados.

Messi lució feliz con Antonela, la mujer que supo conquistar de manera paciente, en su lugar de origen, el sitio donde comenzó el amor y se afianzó definitivamente. La boda pudo haber tenido su desarrollo en Barcelona, pero ese plan no se cruzó nunca por la mente del número 10.

Jorge Sampaoli y Sebastián Beccacece trabajaron durante el mes de julio con la mente puesta en la próxima doble fecha de Eliminatorias Sudamericanas ante Uruguay y Venezuela, del 31 de agosto y 5 de septiembre. El equipo estaba quinto, en zona de repechaje, y desde AFA aguardaban por el fallo del Tribunal Arbitral del Deporte (TAS) por la mala inclusión del futbolista boliviano Nelson Cabrera en la jornada correspondiente a la séptima y octava fecha que repartió puntos para Chile y Perú.

Durante ese mes, Sampaoli y Beccacece recibieron al arquero Sergio Romero en el predio de AFA. El caso de *Chiquito* no cambió con el paso de los entrenadores. Su habitual lugar en el banco de los suplentes de Manchester United de Inglaterra generó dudas en algún momento, en especial para Edgardo Bauza, pero su condición de titular en el seleccionado se mantuvo inalterable. El ex Racing, un agradecido eterno de Messi, esta-

ba de vacaciones y aprovechó la primera semana de julio para entrenarse en AFA. De esa manera mantuvo un diálogo con Sampaoli antes de volver a Manchester, tal como lo hizo el defensor Nicolás Otamendi.

A su vez, Sampaoli supervisó los trabajos de Beccacece y Nicolás Diez en la cancha uno del complejo dos de Ezeiza con el grupo de sparrings, bajo la mirada atenta del preparador físico Martín Bressán y los apuntes de Francisco Meneghini y Matías Manna. La idea se basó en la conversión de esos jugadores juveniles, de categoría 1999, 2000 y 2001, en una especie de Sub-20 para que tengan una identidad de juego, con los mismos preceptos que el seleccionado mayor. La planificación se ideó para el Sudamericano de Chile 2019 y para los entrenamientos de La Generación.

Durante la estadía de Sampaoli en Ezeiza también desfilaron personalidades argentinas de otros deportes como el DT del seleccionado de básquetbol, Sergio Hernández; el entrenador del seleccionado de voléibol, Julio Velasco; y el ex defensor Javier Zanetti, devenido en dirigente y embajador de Inter de Italia.

Sampaoli y Beccacece también recibieron a jugadores del ámbito local como Javier Pinola, Fernando Belluschi, Juan Foyth, Ignacio Fernández, Lucas Alario, Lautaro Acosta, Gino Peruzzi, Enzo Pérez, Emiliano Rigoni y Lautaro Martínez, entre otros. El casildense buscó ganar tiempo en la transmisión de conceptos, una situación que perjudicó la labor de sus antecesores y se estableció como un gran problema para el seleccionado.

La iniciativa de Sampaoli no fue bien recibida por un sector del periodismo, pero el principal problema recayó en su decisión de comunicarse solo en las conferencias de prensa, en una postura similar a la que utilizó Marcelo Bielsa en su paso por el seleccionado entre 1998 y 2004.

Más allá de que su entorno puso en autos a los periodistas sobre las actividades y entrenamientos con comunicados completos y didácticos, la determinación del casildense exasperó a varios conductores de programas deportivos, tanto en radio como en televisión, y de algunos cronistas en los medios gráficos, quienes esbozaron las primeras críticas. Algunas se pasaron de la raya, con observaciones extrafutbolísticas. Una de ellas acusó de “tacaño” a Sampaoli lo cual evidenció una mala intención de un sector del

periodismo y un nivel discreto de discusión. ¿Qué podía aportar un dato como ese en la búsqueda de un mejor funcionamiento del equipo? Ninguno.

En el inicio de agosto, el cuerpo técnico argentino se instaló en Europa. La gira comprendió el paso por París, Milán, Londres, Barcelona, Sevilla y Madrid. Las entrevistas con Javier Pastore, Ángel Di María, Mauro Icardi, Lucas Biglia, Mateo Musacchio, Gonzalo Higuaín, Paulo Dybala, Sergio Agüero y Manuel Lanzini.

El 8 de agosto, Sampaoli y Beccacece se reunieron en Barcelona con Lionel Messi, en la casa del capitán y goleador. El astro rosarino abrió de par en par las puertas de su hogar como señal de bienvenida para Sampaoli que se tradujo como un respaldo importante. Fue el otro extremo en comparación con su antecesor, Bauza. El encuentro duró tres horas. Durante ese tiempo, Messi transmitió su satisfacción por el trabajo realizado y blanqueó su buena predisposición, el entusiasmo por jugar y guiar al seleccionado al Mundial de Rusia 2018. En la misma ciudad, pero en otro lugar, en el hotel Claris, más precisamente, Sampaoli y Beccacece se encontraron con Javier Mascherano en otro intercambio de conceptos.

La hora de la verdad se produjo el 31 de agosto ante Uruguay, *al otro lado del río* según el cantautor Jorge Drexler, en el mítico estadio Centenario de Montevideo. La fecha 15 de las Eliminatorias Sudamericanas contempló el choque ante los charrúas con la urgencia del éxito en el debut por los puntos de Sampaoli como borrón y cuenta nueva de lo sucedido en La Paz ante Bolivia.

Messi condujo una vez más el equipo, pero con cambios en su formación. La *Generación Lio*, tal como la conocíamos, preservó algunos nombres y cedió en otros. La Argentina se alistó en aquel empate sin goles con: Sergio Romero; Gabriel Mercado, Federico Fazio y Nicolás Otamendi; Walter Acuña, Lucas Biglia, Guido Pizarro y Ángel Di María; Lionel Messi y Paulo Dybala; y Mauro Icardi.

En un partido cerrado, el seleccionado argentino no desniveló y la sociedad Messi-Dybala, como sucedió en el amistoso ante Brasil, se encontró poco en cancha. Icardi, quien generó una expectativa alta, no resolvió las pocas ocasiones de gol que se le presentaron. La igualdad no se con-

sideró un retroceso. El rival, aguerrido y clásico, mucho más en su casa, fue un examen riguroso. La Argentina necesitaba la victoria y en la planificación, los tres puntos podían lograrse en Buenos Aires, en la cancha de River ante Venezuela.

Sin embargo, el 5 de septiembre de 2017, el fútbol demostró una vez más que nada está asegurado. El empate 1 a 1, con el regreso de Javier Mascherano, desestabilizó al equipo. El plantel y el cuerpo técnico sintieron el impacto. El primer tiempo fue favorable a la Argentina, pero no lo plasmó en la red. En el segundo tiempo se acrecentó la ansiedad con el gol venezolano y la igualdad llegó con un gol en contra. Los últimos minutos expusieron a un equipo confundido, perdido y aturdido. La realidad se constató con el quinto puesto en la tabla de posiciones, en zona de repechaje.

El país se alarmó con la situación. El miedo a quedar afuera del campeonato del mundo se mencionó por primera vez. La *Generación Lio* recibió algunos cuestionamientos, como era de esperar, en tiempos aciagos.

Sampaoli dispuso de un mes para preparar los últimos dos capítulos de las Eliminatorias Sudamericanas. Perú y Ecuador quedaron en la mira. Durante septiembre, entre el malestar de la gente y un sector de la prensa, se produjeron otras noticias que viraron alrededor de un grupo sufrido. La primera novedad apareció con la negativa del defensor Ezequiel Garay a ser convocado. El entrenador casildense pensó automáticamente en él para reforzar y mejorar la última línea, considerando su buena actualidad en Valencia de España, pero no tuvo en cuenta, o tal vez no lo supo, que la historia entre Garay y el seleccionado, en especial con la *Generación Lio*, tuvo un final poco feliz. La comunicación no fue clara para los medios, tanto como su alejamiento del equipo, y Sampaoli dio por finalizada la cuestión.

De repente, a oídos del cuerpo técnico llegó la frase: "Es difícil jugar con Messi". El autor fue Dybala, el mismo que evitó la comparación con el goleador histórico de Barcelona de España. Esas palabras no cayeron bien en Sampaoli y sus colaboradores. La prensa se hizo eco rápidamente y el cordobés luego aclaró que se mal interpretó su expresión. Dybala a la carga otra vez, sin animosidad, pero con sinceridad brutal. Si la sociedad con Messi no funcionó en dos partidos, mucho menos aportó un pensamiento

abierto que instaló la polémica en los medios de comunicación. De todas maneras, quedó claro bien claro, no podían jugar juntos. Sampaoli lo entendió así también en un momento complicado del equipo y cambió su parecer sobre un plan que meses atrás lució atractivo, pero que en la práctica no resultó.

Los días movidos de septiembre arrojaron una lista de convocados ante Perú y Ecuador sin Higuaín. Una pieza valiosa de la *Generación Lio* en el pasado se quedó afuera, otra vez, como ante Uruguay y Venezuela. Una nueva ausencia de Higuaín dio lugar al regreso de un pilar, Sergio Agüero, el socio fuera y dentro de la cancha de Messi. Su fructífera competencia en Manchester City, a fuerza de goles, lo reimpulsó en el seleccionado. El *Kun* se preparó para una nueva revancha en el equipo hasta que un accidente automovilístico en Amsterdam, Holanda, lo marginó de la recta final y decisiva de Eliminatorias Sudamericanas. Agüero, en su día libre, viajó a la capital holandesa para el recital del cantante colombiano Maluma y el regreso se produjo a bordo de un taxi con un conductor de pie pesado en el acelerador. El delantero, quien alertó a su chofer de turno sobre la alta velocidad, sufrió la fractura de una costilla y salvó su vida con el cinturón de seguridad. Con Agüero a salvo, el tema del día en el periodismo deportivo, nacional e internacional, se basó en la imprudencia del ex jugador de Independiente por una actividad que concretó en su día libre. Voces a favor y otras en contra. Su entrenador en Manchester City, el catalán Josep Guardiola lo dejó en claro: "Era su día libre, no soy policía".

La baja de Agüero agregó incertidumbre al futuro del seleccionado, desmembró a la *Generación Lio* y significó una gran chance para el delantero de Boca Juniors, Darío Benedetto, pedido por gran parte de los hinchas a raíz de sus goles en la Superliga del fútbol argentino y ayudado por el cambio de escenario. El seleccionado se trasladó del Monumental a La Bombonera. Las cuestiones extrafutbolísticas se impusieron en un momento de tensión. Aquello que se insinuó en la gestión Bauza reflató con fuerza luego del empate ante Venezuela, pero con tufillo a negocio entre dirigentes y barras con la comercialización de las entradas.

El clima en La Bombonera detectó cierta esperanza en el equipo, pe-

ro algo de temor también. La Argentina, en zona de repechaje, necesitaba el triunfo ante un rival en alza que estaba por encima en la clasificación general. No solo el presente advirtió sobre Perú, también lo hizo el pasado con el empate angustioso en el Monumental en 1985, con la acción de Daniel Passarella y el gol de Ricardo Gareca para el 2 a 2. La eliminación dolorosa en 1969, en otra igualdad 2-2, fue el recuerdo más amenazante. La urgencia y el escenario abrieron las puertas para los fantasmas encarnados en la ansiedad, el temor y la respuesta anímica en caso de un resultado adverso con el correr de los minutos.

Messi fue recibido como nunca. Una bandera puso título a esa recepción: "Messi, el más grande del mundo, bienvenido a La Bombonera". Los de Boca, en la misma tribuna donde vitorearon y admiraron el juego de Diego Maradona, se desvivieron para mimar al crack rosarino y para marcar diferencias con los de River, a través de cánticos hirientes, en una lucha que sobreexpuso una vez más en qué plano queda el seleccionado frente a la pasión por los clubes. Asimismo sentó la intención de repetir negociados con un estadio de menor capacidad y comodidades para el espectador que aquel ubicado sobre Avenida Figueroa Alcorta y Udaondo.

Argentina apeló al vértigo en los minutos iniciales con una formación que arrojó estos nombres: Sergio Romero; Gabriel Mercado, Nicolás Otamendi, Javier Mascherano y Marcos Acuña; Lucas Biglia y Éver Banega; Ángel Di María, Lionel Messi y Alejandro Gómez; y Darío Benedetto.

Sin embargo, su juego, con algunas situaciones desperdiciadas, perdió brillo con el paso del tiempo y así, el reloj se puso en su contra. La sensación más vívida fue la de un equipo que dependió exclusivamente de un solo nombre más allá de tratarse de un deporte de juego colectivo. Messi era el hombre. El número diez encabezó lo mejor del equipo, en cada ataque, pero falló en la definición. El seleccionado se sintió más vulnerable que nunca y evidenció que sin Messi perdería su lugar en el selecto grupo de potencia. Los minutos finales exhibieron falta de respuesta y desorientación con una dosis de drama en la lesión de Fernando Gago quien ingresó a los 14 minutos del segundo tiempo por Banega. El ex Real Madrid solo duró siete minutos en cancha cuando se rompió los ligamentos de la rodilla de-

recha. Gago supo ser el socio ideal de Messi en la era Sabella, a excepción del Mundial Brasil 2014, y solo tocó la pelota una vez, en un pase para el goleador histórico del seleccionado argentino. Esa vuelta terminó empañada con una lesión seria que corroboró con lágrimas y un lamento grande como el estadio.

El empate, el despliegue y la lesión de Gago fueron síntomas de un momento desagradable para la Argentina. El triunfo sobre la hora de Paraguay ante Colombia como visitante por 2 a 1 otorgó esperanzas, pero el cierre de la 17ma. fecha de Eliminatorias Sudamericanas encontró a los de Sampaoli afuera de Rusia 2018.

El día después se extendió el silencio en cuerpo técnico y jugadores. Messi y Mascherano decidieron quedarse en el predio de AFA. “Nos quedamos por la lejanía de nuestras casas y para descansar”, recordó semanas después en *TyC Sports* el ex River. Los abanderados de la *Generación Lio* bajaron un mensaje de tranquilidad a pesar del contexto y de confianza en el grupo. No pusieron objeciones con aquellos que decidieron aprovechar el día libre para pasarlo con sus seres queridos.

A falta de un partido para la finalización de las Eliminatorias Sudamericanas, la Argentina se jugaba el pasaje al próximo campeonato del mundo y la *Generación Lio* la chance de revalidar su lucha por conquistar ese trofeo que resultó esquivo en Río de Janeiro. Una generación de futbolistas se jugaba una parada brava porque podían quedar en la historia como el equipo que aún con el mejor jugador del mundo en sus filas dejarían sin Mundial a un país ávido de fútbol. Sin dudas, una catástrofe futbolística. Hasta el más optimista hincha del seleccionado consideraba esa posibilidad, de quedarse fuera del Mundial. Podía suceder. El rendimiento del equipo no ayudaba, la tabla de posiciones apremiaba y la ansiedad se apodó de todos. Esta vez no se trató de la final de un certamen, tal como sucedió en Brasil 2014 o en la Copa América 2015 y 2016, las tres que se perdieron sin goles a favor y que marcaron el ánimo del plantel. Aquella vez se puso en juego al pasaje a Rusia.

La noche del 10 de octubre de 2017 (10 del 10) en Quito, Ecuador, significó la reinención de la *Generación Lio* con su líder futbolístico: Lionel

Messi. Como nunca en su trayectoria con el seleccionado, Messi se transformó en figura excluyente. El triunfo por 3 a 1, con tres goles suyos, despertó elogios aun de quienes desconfiaron por mucho tiempo de su prestación con la camiseta celeste y blanca. Si bien dio muestras cabales en San Juan cuando la Argentina entonces dirigida por Bauza goleó a Colombia, en Quito el contexto fue adverso en todo sentido y aún así, apareció su genio. De repente no hubo “peros” para Messi. Leo fue el goleador virtuoso de Barcelona y también un guerrero que guió a sus compañeros al triunfo con el derecho del pasaje directo al Mundial de Rusia. Ahora sí, *Aquí, Allá Y En Todas Partes* como el título de la canción que Paul McCartney escribió para Los Beatles en 1966, Lio dejó contentos a todos, con elogios hacia su persona, sin diferencia de nacionalidades.

La Argentina empezó perdiendo aquel encuentro en la altura de Quito. Romario Ibarra, en el primer ataque de Ecuador, al minuto, puso el 1-0. La magia de Messi apareció a los 11 minutos y a los 19 dio vuelta el resultado con una gran definición. La noche de Messi en tierra ecuatoriana, con el mendocino Enzo Pérez como buen ladero, se cristalizó con el tercer gol. Todo el plantel saltó del banco de los suplentes para abrazarlo. Argentina no dependió de otros resultados con la actuación brillante de Messi como garante del éxito. Apenas finalizó el partido, Messi fue el centro de todas las miradas. Aun así, conservó su habitual serenidad, pero íntimamente fue consciente del logro. Un buen día, el reconocimiento masivo apareció. Sin haber ganado un campeonato del mundo aun, el hincha argentino se identificó con él definitivamente. Messi, máximo goleador histórico de Eliminatorias junto con el uruguayo Luis Suárez con 21 goles, disputó el partido que todos esperaban de él. Respondió con goles y una actuación memorable que sirvió para que la Argentina se clasificase al campeonato del mundo.

No solo la afición argentina quiso abrazarlo, sus compañeros, cada uno de ellos, se tomaron fotografías con él en la cancha, los vestuarios y luego las subieron a las redes sociales. La noche ecuatoriana también fue testigo de un encuentro en la puerta del vestuario que recorrió el mundo: el abrazo sentido entre Messi y Tapia. Esa fue la manera de Lionel de agradecerle al dirigente que apareció en la escena de la AFA en el peor momento,

cuando estuvo acéfala, sin entrenador y sin el mejor futbolista del mundo, el propio Messi. La persistencia de Tapia, de buena relación con los empleados de la AFA, dio sus frutos y consiguió el aval de Messi. Esa imagen contrastó notablemente con el amague que sufrió Daniel Angelici. El presidente de Boca lució como un admirador a la salida de un teatro de la avenida Corrientes. Aguardó por el saludo del capitán, pero éste ni lo registró. La acción, muy evidente, hizo mella en el rostro de Angelici, el dirigente amigo del presidente Mauricio Macri y elemento importante en la postulación de Tapia como sucesor de Julio Grondona luego del interinato de Luis Segura.

La victoria en Quito también fue el fin de la veda con los periodistas. Cada uno de los jugadores dijeron lo suyo. Los jugadores expresaron felicidad y desahogo. Mascherano, dos días después, anunció su “fin de ciclo” en el seleccionado después de Rusia 2018 y asumió que en el plantel está “la ilusión de repetir la campaña de 2014”.

Mientras el país agradeció a Messi por la clasificación, Sampaoli reforzó un concepto a *Agencia Telam* en conferencia de prensa: “A Leo lo tuve siempre. Tuve un Leo comprometido, un Leo amateur, un Leo lleno de emociones. Tuve la suerte de encontrarme a Leo, un tipo con mucho sentimiento con la camiseta que representa. Me emocionó verlo en cada presentación. Tan involucrado nos ilusionó a todos”.

La *Generación Lio*, más aliviada, se enfocó después en Rusia 2018. Romero, Mascherano y el propio Messi, una vez levantada la veda con el periodismo, pidieron por Higuaín. Sampaoli escuchó y tomó nota. En tanto, el crack rosarino, con su habitual tono pausado, pero firme volvió a la carga: “Jamás puse ni saqué jugadores”.

[Epílogo]

La historia de la *Generación Lio* seguramente llegará a su fin con el Mundial de Rusia 2018, o al menos para muchos de sus integrantes originales, empezando por su líder intelectual, Javier Mascherano, que así lo anunció apenas consumada la clasificación para el certamen ecuménico.

Allí, en el país más extenso del mundo, este grupo de futbolistas tendrá su espacio para la revancha, para gritar campeón antes del adiós, para no terminar con la foja de servicios albiceleste en blanco en cuanto a títulos. Para no pasar de largo cuando la foto de alguien levantando una Copa le provoque más desazón que curiosidad, aunando el dolor de no haber sido con el dolor de ya no ser.

Si estar siempre cerca amerita un reconocimiento, entonces estos jugadores se merecen largamente ser campeones, porque su capitán, Lionel Messi, el mejor del mundo, ni más ni menos, también acredita en esa cuenta, pero no individualmente por ser lo que es, sino porque de conseguirlo, es justo y necesario que lo haga estando al frente de esta gran generación, que hoy por hoy se torna irremplazable en el mediano plazo, a la luz de los desaguizados dirigenciales que dejaron famélicas de futuro a las selecciones juveniles nacionales.

Es cierto que si las oportunidades fallidas en la final del Mundial de Brasil ante Alemania, o los tiros penales malogrados en las Copa América de Chile y los Estados Unidos frente al mismo rival chileno, hubieran ido donde sus ejecutantes querían, hoy “otro gallo cantaría”. Se estaría hablando entonces de un equipo incomparable, ganador de tres títulos consecutivos en la misma cantidad de años, y estos jugadores, como los del básquetbol campeones olímpicos con Emanuel Ginóbili como su líder, serían la ‘Generación Dorada’ del fútbol y no la *Generación Lio* como sugie-

re el título de este libro. Un poco de injusticia y detalles pequeñísimos, nimios, separan una de otra. Sin embargo, por esas mínimas diferencias, a los ojos de los medios y la opinión pública futbolera nacional, esa grieta es anchísima.

La única capaz de poder cerrarla, o al menos reducirla un poco, es la ilusión perenne que genera cada Mundial en los hinchas y la prensa argentina. Pero también es cierto que ese sueño se concierta porque existe Messi, “El D10s que estará en el Mundial”, según un título del diario *Sport*, de Barcelona, situado en la portada de ese medio, justo por encima de la fotografía de *Lio* celebrando el segundo de sus tres goles frente a los ecuatorianos en los 2.850 metros de altura de Quito, cuando la clasificación a Rusia había encendido luces de aterrizaje de todos los colores, menos el celeste y el blanco.

Eso es lo que genera Messi, lo que impulsa a sus compañeros y al propio técnico de la selección, Jorge Sampaoli, a declarar sin poses ni “chupamedismos” desmesurados, antes de ese último partido con Ecuador, que debían “ayudar a *Lio* para que vaya al Mundial”.

Pero al final, como siempre ocurre, quien ayudó a todos a jugar la próxima Copa del Mundo fue él, para terminar además de tamizar esa arena en la que algunos detractores todavía seguían insertando las impurezas de una crítica que no trasciende en ninguna otra parte del mundo que no sea en Argentina, el país que Messi dejó a los 13 años para radicarse en Barcelona y al que hoy, con 30, sigue volviendo por amor a sus colores, aunque no quiera cantar su Himno Nacional “de caprichoso nomás”, para no darles el gusto a esos que pervivían en la zaranda de los cuestionamientos. Ese Lionel Andrés Messi Cuccittini, rosarino para más datos, es el dueño de una constelación de futbolistas que son estrellas en sus clubes, especialmente en Europa, sin levantar la voz. Sin proponérselo siquiera. Sólo porque juega al fútbol mejor que ellos, mejor que todos los demás, pero no alardea de eso. El momento de alcanzar ‘la gloria eterna’ del fútbol está por delante, pero inclusive si no se puede lograr, quizá solamente por él, aunque ojalá que no exclusivamente por él, nadie olvidará que alguna vez existió la *Generación Lio*.-

[Índice]

[Prólogo]

[Introducción]

[Capítulo 1]

Alfio Basile y el comienzo de la *Generación Lio*

[Capítulo 2]

Diego Maradona. Diez y diez.

[Capítulo 3]

Sergio Batista. Otro golpe duro, pero en casa

[Capítulo 4]

Alejandro Sabella:

El clímax futbolístico de la *Generación Lio*

[Capítulo 5]

Gerardo Martino.

La consolidación del poder de la *Generación Lio*

[Capítulo 6]

Edgardo Bauza. El heredero del caos

[Capítulo 7]

Jorge Sampaoli. Pasaje directo con suspenso a Rusia

[Epílogo]



FOTOS DE TAPA Y CONTRATAPA: FOTOBAIRES.COM

“El que ni hablaba cuando lo tuve era Messi. Lo único que hacía era jugar. En ese momento tenía 20 años, pero ojo que no hablaba porque era el más chico del grupo solamente, sino porque directamente no quería. Era el más callado de todos. Tenía mucho respeto por los demás muchachos. Demasiado diría yo. La verdad que no me lo imagino imponiendo nada a nadie, como se dice cuando se habla de que la selección se forma con su club de amigos”.

ALFIO BASILE

ISBN 978-987-1367-71-9



9 789871 367719

HÉCTOR ROBERTO LAURADA

Nació el 5 de julio de 1958 en Burzaco, provincia de Buenos Aires. Es periodista desde 1984, después de cursar estudios en el Círculo de la Prensa, de Buenos Aires. Desde ese año y hasta el presente trabaja en la Agencia de Noticias



Télam, donde fue Jefe de Deportes entre 2000 y 2010. Entre sus principales coberturas internacionales se destacan las Copas del Mundo de fútbol de Estados Unidos 1994 y Francia 1998, además de las Copa América de Chile 2015 y Estados Unidos 2016. También cubrió el Campeonato Mundial de Básquetbol de Argentina 1990 y otros eventos futbolísticos como Eliminatorias Mundialistas y Copa Libertadores de América. También se desempeñó en las radios Belgrano y El Mundo y en la revista "Mística", del diario deportivo Olé.

JULIO MARTÍNEZ

Ciudad de Buenos Aires, 16 de julio de 1981. Sus primeros pasos en el periodismo fueron en 2002 con el magazine 'El Corresponsal' con artículos referidos a bandas de rock internacionales y nacionales. Entre 2003 y 2009 traba-



jó en Radio Continental junto con Víctor Hugo Morales para 'Competencia', 'Por Deporte', 'La Barra de Víctor Hugo', entre otros programas y como productor en 'Tirando Paredes' de Román Iucht y 'Competencia Primera Edición' con Diego Fucks. En 2011 y 2012 fue columnista de Deportes para 'La García' en radio Cooperativa.

En 2014 integró la producción del programa de TV 'De Zurda' conducido por Víctor Hugo y Diego Maradona para TeleSur.

Colaborador en los libros dedicados a Marcelo Bielsa y Alejandro Sabella de Román Iucht.

Conductor e ideólogo de Calico Skies Radio, tributo a la obra del músico inglés Paul McCartney.

Desde 2011 compone el plantel de la sección deportes de Agencia Télam con coberturas para la Copa América (2015 y 2016), partidos del seleccionado argentino y River Plate en Copa Libertadores. Periodista, sin darse cuenta, desde chico. Músico y devoto de Los Beatles.